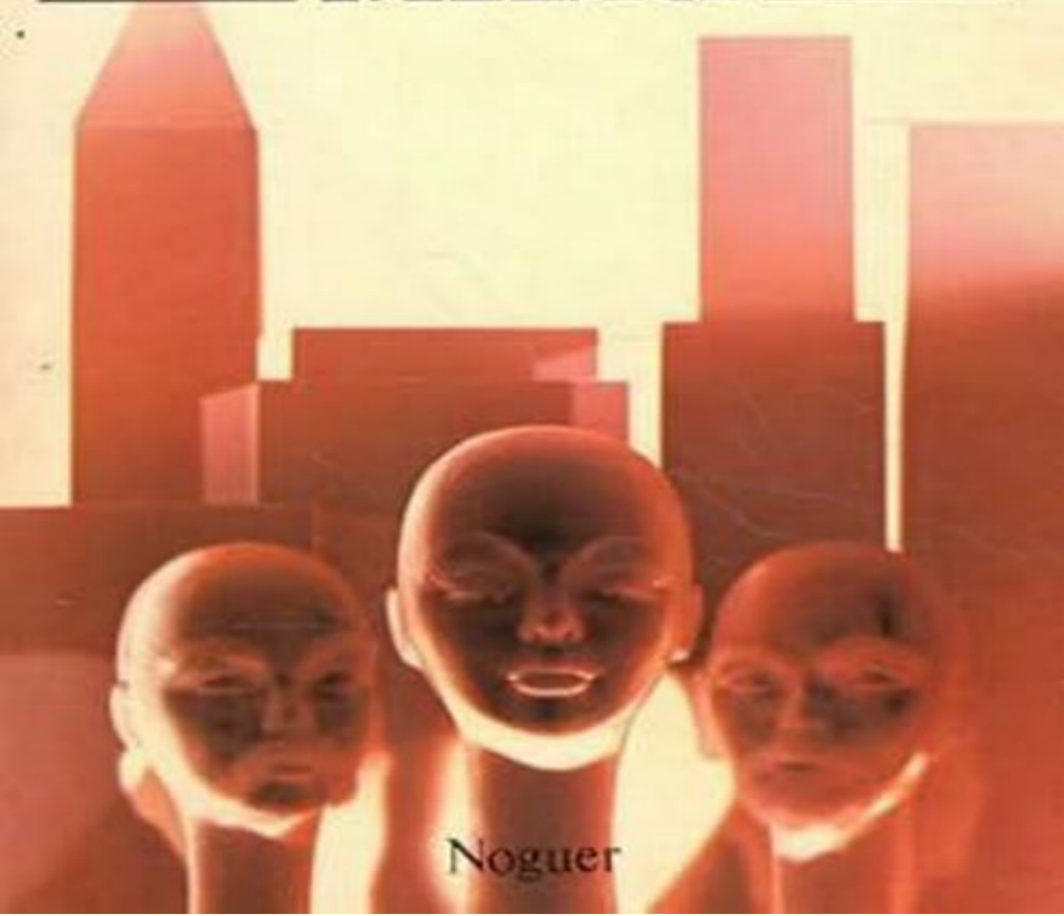
PENELOPE EN LA GUERRA

ORIANA FALLACI



Annotation

Oriana Fallaci, periodista de fama mundial -sin duda uno de los grandes reporteros de este siglo -, es también una excepcional novelista, figura destacada de la narrativa italiana de nuestros días. Con la misma audacia y agresividad con que ha recorrido el mundo de extremo a extremo entrevistando a actores y jefes de gobierno, a sabios y a figuras de la jet society, la mujer que ha convivido en la selva con los soldados del Vietcong y en Siria con los palestinos trasterrados, se revela con PENELOPE EN LA GUERRA como una novelista segura de su técnica, dominadora de todos los recursos del arte de narrar. Dos hombres y una mujer centran el desconcertante 'ménage a trois', sobre el que se construye la novela. Bill y Richard, homosexuales que se sienten oscuramente fascinados por la figura de Giovanna, y la misma Giovanna, una joven escritora al servicio de una productora cinematográfica encargada de preparar el guión de una coproducción ¡talo-americana. La relación, absorbente y conflictiva, entre estos personajes de psicología dispar pero vinculados por una corriente contradictoria de atracción y repulsión, sirve a Oriana Fallaci para trazar un ensayo de aproximación al mundo de los homosexuales norteamericanos con auténtica garra periodística, con la vivacidad apasionada de un gran reportaje. Pero la sutileza del análisis psicológico, la destreza en el diálogo, la potencia fabuladora de Oriana Fallaci, dan también la medida ajustada de su calidad como novelista.

ORIANA FALLACI

Penelope en al guerra

Traducción de V. Riera Llorca

Editorial Noguer, S. A

Sinopsis

Oriana Fallaci, periodista de fama mundial -sin duda uno de los grandes reporteros de este siglo -, es también una excepcional novelista, figura destacada de la narrativa italiana de nuestros días. Con la misma audacia y agresividad con que ha recorrido el mundo de extremo a extremo entrevistando a actores y jefes de gobierno, a sabios y a figuras de la jet society, la mujer que ha convivido en la selva con los soldados del Vietcong y en Siria con los palestinos trasterrados, se revela con PENELOPE EN LA GUERRA como una novelista segura de su técnica, dominadora de todos los recursos del arte de narrar. Dos hombres y una mujer centran el desconcertante 'ménage a trois', sobre el que se construye la novela. Bill y Richard, homosexuales que se sienten oscuramente fascinados por la figura de Giovanna, y la misma Giovanna, una joven escritora al servicio de una productora cinematográfica encargada de preparar el guión de una coproducción ¡talo-americana. La relación, absorbente y conflictiva, entre estos personajes de psicología dispar pero vinculados por una corriente contradictoria de atracción y repulsión, sirve a Oriana Fallaci para trazar un ensayo de aproximación al mundo de los homosexuales norteamericanos con auténtica garra periodística, con la vivacidad apasionada de un gran reportaje. Pero la sutileza del análisis psicológico, la destreza en el diálogo, la potencia fabuladora de Oriana Fallaci, dan también la medida ajustada de su calidad como novelista.

Título Original: *Penélope alia guerra*
Traductor: Riera Llorca, V.
Autor: Fallaci, Oriana
©1980, Editorial Noguer, S. A
ISBN: 9788427908550
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 11/12/2024

Penélope en la guerra

SEGUNDA edición: abril de 1980
Título original de la obra: Penélope alia guerra
Traducción: V. Riera Llorca
ISBN: 84 – 279 – 0855 – 5
Editorial Noguer, S. A

NOTA PRELIMINAR

HACE ya tiempo que el lector se ha formado el concepto de que Oriana Fallad es una periodista dotada de profunda pasión cívica y de un celoso respeto por la dignidad del ser humano, y seguramente la considera entre los informadores más atentos, indómitos y vivaces frente a los acontecimientos internacionales lo mismo que ante los hechos del vivir cotidiano; no sólo por leer sus artículos o sus entrevistas sino también por recordar sus libros nacidos de la experiencia periodística: “El sexo inútil” *o* “Si el sol muere”, “Nada y así sea” *o* “Entrevista con la historia”, *por atar algunos de los más conocidos.*

Ni que decir tiene que si algún día queremos comprender más profundamente algo de la sociedad de nuestro tiempo, a través de quienes del simple vivir a la política y de la crónica a la historia han sido más o menos protagonistas conscientes, deberemos contar, ante todo, con los libros en los cuales la Fallad ha reunido sus “entrevistas", publicadas siempre inicialmente en revistas, pero en cada ocasión concebidas orgánicamente en función de libro y siempre escritas con extraordinaria independencia de juicio.

Es mucho lo que podríamos decir sobre el género “entrevista”. Nuestros periódicos hacen de ella su plato fuerte, y con razón. No obstante, muy a menudo se tiene la impresión, por no decir la sospecha, de que en este particular tipo de encuestas o de servicio periodístico predomina hoy otro singular ritual de convenciones y de reglas tan rígidamente fijadas y aplicadas que acaban haciéndolas si no anónimas casi intercambiables. Si se presta atención, el actor (nombre común del género masculino que comprende también a la mujer), el médico de moda, el industrial del momento, el político en el candelera, cuando son entrevistados y se abandonan a contar su infancia dura y triste, o su encumbramiento o su reacción ante la riqueza acumulada, etcétera, contestan todos, poco más o menos, del mismo modo, con ciertas idénticas formas de estilo, y no sólo provocan la sensación de que se dejan manejar dócilmente por el entrevistador para dar siempre determinadas respuestas de determinada manera, sino que parecen, y esto es peor, expresarse con la técnica y el estilo que usaría el entrevistador si él fuese el entrevistado.

Con los trabajos de Oriana Fallad no ocurre, por fortuna, nada semejante, y acaso sea precisamente esto uno de los principales secretos de su talento de periodista. Porque uno podría incluso ingeniárselas en descomponer una entrevista de la Fallad en su “mecanismo" técnico para tratar el comprender, para sí, el procedimiento adoptado, pero, al final, resulta siempre que el entrevistado es un personaje autónomo y subsiste siempre un espléndido retrato de hombre o de mujer a la page,

representados y aprehendidos en su verdad interior y fuera de los sobados clisés corrientes. Ocurre también que sobre la “periodista” presione continuamente (y no diremos que algunas veces, desde luego, no prevarique) la “narradora”, no entendida en la acepción más convencional de personalidad dotada de fantasía novelesca, sino en el sentido de personalidad dedicada a penetrar en el interior de los valores aparentes y empeñada en descubrir los puntos focales de una figura representativa o los puntos ocultos de un caso humano. Aún más: en el encuentro con la persona entrevistada, Oriana Fallad se convierte, para empezar, en personaje, y en todas las ocasiones pone en la entrevista su empeño, su indomable curiosidad profesional y humana, y aun diría que también su furia, y al final esta actitud se convierte en el almagre que articula desde dentro los capítulos de cada uno de sus libros y les confiere unidad.

No por azar he hecho hincapié en la palabra “narradora”. Quería también sugerir esto: que una mujer como la Fallad, que ya tiene muchas manos en crear casi semanalmente ciertas figuras que quedarán entre las cosas más mordaces y auténticas de nuestro periodismo, ha sido bastante fácil —en la medida en que escribir una novela pueda ser empresa fácil—, o digamos que ha sido inevitable (y hay que lamentar que hasta ahora la ocasión no se haya repetido) llegar a la novela: crear, en otros términos, personajes, todos imaginarios esta vez, y retratos con una especie de bisturí (como ha ocurrido precisamente en Penélope en la guerraˆ que cuanto más implacable se muestra más descubre, inopinadamente, ciertos inesperados recovecos humanos e incluso sentimentales. No hay que confundirse con el término. Para mí esta novela, tan moderna, despiadada y dramática y —si queremos mirarla desde cierto ángulo visual un poco particular— también tan “cínica", tiene una pizca de fuerza precisamente en su carga sentimental, en la lección de honestidad y de lealtad que surge en el final e ilumina, a rebours, la historia entera. Y en este aspecto pocos títulos son tan apropiados como el de Penélope en la guerra, que nos sugiere la clave con que debe leerse la novela, con ese sentido de feminidad y de agresividad a la vez que emana del personaje principal y esa mezcla de ternura y voracidad que, en el curso de la acción, la Fallad sabe muy bien amalgamar en un cúmulo de situaciones y de prosa de rara capacidad de incidir en la realidad.

Enviada por un productor cinematográfico a pasar dos meses en Nueva York para familiarizarse con el ambiente y sacar de él tema para una película, Giovanna, llamada Gió, parte con la euforia de conocer un mundo distinto de aquel en que ha vivido siempre pero quizás— también, inconscientemente, con la esperanza de encontrar a Richard, un norteamericano que, soldado en los años de la guerra, halló refugio en su casa habiéndose evadido de un campo de concentración y enamoró a la niña que ella era entonces. Y, a pesar de su mirada lúcida y "viril”, el primer impacto de los Estados Unidos y su mecanización parece ajustarse a

las nociones que de aquel país tiene Gió, un poco ingenuamente, y de momento no mengua su entusiasmo.

Pero ocurre —como ocurre en las novelas y en la vida— que Gió encuentra a Richard y reanuda, en condiciones distintas, llevándolo hasta el fondo, aquel lejano vínculo de su adolescencia, idealizado en todo aquel tiempo transcurrido, y el choque con la realidad a través del inhibido Richard, será áspero y humillante, y la joven regresará a Roma, después de dos meses vividos en los 'fabulosos" Estados Unidos, con las heridas de una derrota que afectan quizá su condición de mujer, y son las heridas de una criatura humana que ha experimentado, pagando con su propia carne, más que con la inconciliabilidad de dos mundos la inconciliabilidad entre nosotros y nosotros mismos. No quiero aventurar hipótesis, pero la chica Gió que dejamos al final del libro podría ser también la mujer enamorada que, años más tarde, escribirá la Carta a un niño que no llegó a nacer. *Tiene, maduradas con la experiencia, las mismas dudas y las mismas interrogantes, y el mismo gesto para afrontar la vida; tiene, hecha por el tiempo más lúcida y consciente, la misma noción de la propia feminidad y de su papel en el mundo de hoy.*

Novela de acción tensa y cerrada en el curso de su enredo y su desarrollo (y esta vez quizá la periodista ha prevaricado de vez en cuando sobre la narradora), Penélope en la guerra *relata una historia en el fondo típicamente moderna: el imposible amor de la chica Gió por el norteamericano Richard, este patético Puck que, al revés de lo que pasa con el duende shakespeariano, es, en su fragilidad, más que el símbolo de los caprichos del amor, el símbolo de una neurosis; pero la Fallad ha dado a la acción ciertos estremecimientos, ciertos escalofríos y ciertas aprensiones de gran ternura. Diré más: en pocos libros como en* Penélope en la guerra *se encuentra la tentativa bien precisa de captar la poesía de la vida moderna con frescor tan inmediato: piénsese, por ejemplo, en el nocturno vagabundeo de Gió y Richard por las calles de Nueva York en el día de su primer encuentro y en su excursión a las cascadas del Niágara —un paisaje que roza el virtuosismo— o en aquel fin de semana en la campiña de los Estados Unidos... Pero no quiero sugerir una imagen falsamente idílica (he hablado de poesía, es verdad, pero de vida moderna) de una novela que, al contrario, es dramática y áspera y en donde, a fin de cuentas, el mensaje es el, no muy consolador, que podemos deducir de la carta de Bill a Gió, que vuelve derrotada a Roma: "No te protege nadie desde el momento en que naces y lloras porque has visto el sol. Estás sola, sola, y es inútil que esperes socorro cuando te sientas herida..." Por lo demás, Bill, igual que la misma Martine o Francesco, y el terrible personaje que es Florence, la madre de Richard (un personaje que por sí solo puede sostener y definir la calidad de un escritor y que nos documenta de manera suficiente sobre una sociedad de tipo y clima, matriarcales), están ahí, en las páginas, para corregir cualquier falsa interpretación y para*

confirmarnos que tenemos ante nosotros un libro violento y tierno, sin prejuicios y moralista, cruel y apasionado, desesperado y optimista, en virtud del cual Oriana Fallad se ha colocado en el panorama de nuestra narrativa joven en un puesto propio preciso y con un tono personal inconfundible.

MICHELE PRISCO

a mi madre

Esta nota la escribo para dar las gracias a un amigo. El amigo es Franco Cristaldi, que me ha inducido a reescribir Penélope en la guerra y a publicarla tal cual. La primera redacción fue escrita, de hecho, tres años atrás y me pareció tan mala que durante mucho tiempo la tuve escondida. Debo a los consejos, a los estímulos, al entusiasmo y a la autoridad de Franco Cristaldi, productor que sabe leer, que me decidiera a reescribirla una segunda vez, que volviera a América para reescribirla por tercera vez y que por último la entregara a mi editor.

CAPÍTULO I

HABÍA sido un diálogo ridículo.

—Algo moderno, Gió, y conmovedor. Una historia de amor, ni que decir tiene, pero con algo más que el amor. Si no, el público se aburre. Y recuerde que la protagonista ha de ser italiana; y el protagonista, norteamericano. Ya conoce usted los problemas de la coproducción. ¿Le bastan dos meses, Gió?

—Sí, comendatore.

El productor hablaba, hablaba y ella le escuchaba con la mirada fija en el reloj de pared que tenía enfrente. También en el pasillo donde la habían enviado a dormir cuando Richard ocupó su lecho había un reloj de pared y sonaba cada cuarto de hora, como la campana de Westminster.

—Le confío un trabajo insólito. En realidad le regalo unas largas vacaciones. ¿Se da cuenta de ello, Gió?

—Sí, comendatore.

Una campana que no se parecía a ninguna otra campana. Durante el día le hacía pensar en la boda de un rey, con la capa de armiño, la carroza dorada, los guardias montados a caballo. El rey tenía el rostro de Richard. Pero, por la noche, cuando quedaba envuelta en el silencio y en la oscuridad como con un sudario, aquella campana le producía la angustia de una maldición.

—Usted las merece, naturalmente. Ha trabajado demasiado en estos últimos meses y tiene necesidad de alguna distracción, de un cambio. Pero si tuviera que regalar un viaje a Nueva York a todos mis asalariados, acabaría pidiendo limosna. Usted ya me comprende.

—Sí, comendatore.

Obsesionante hasta que sonaba el cuarto, se convertía en siniestra al dar los dos cuartos y en escalofriante a los tres cuartos, a los cuatro cuartos; a partir de este momento, avanzaba en dirección a ella una procesión de fantasmas que se detenía bajo la lámpara del pasillo, hacia la cual volaban y se escondían todos, disolviéndose en manchas.

—Una excepción sólo para usted. ¿Qué no haría yo por usted, Gió?

—Gracias, comendatore.

Inmóvil entre las sábanas, se ponía rígida y fijaba la mirada en la lámpara, en la cual las manchas diseñaban perfiles de dragones, bocas de mujeres que lloraban, figuras nunca iguales cuyos contornos cambiaban hasta confundirla. Después, con un estremecimiento brusco, su fantasía se trasladaba a la habitación de Richard, con el sillón de terciopelo marrón, el cobertor blanco adornado con encajes,

los estantes con los libros de la escuela, y sobre una mesita las fotografías de los difuntos que desde los marcos de plata contemplaban a los vivos con reproche un poco gafe.

—Algo más. Gómez, mi socio en Nueva York, la atormentará un poco: le preguntará continuamente si trabaja, qué hace, si ha encontrado el tema. No se preocupe. Soy yo quien manda y quien paga. Cuando regrese me traerá usted una veintena de cuartillas y las discutiremos juntos. Entretanto, diviértase y descanse.

—Gracias, comendatore.

Los fantasmas salían de las cornisas: un hombre, otro hombre, otro más, una mujer, otra mujer, un niño con expresión de enano perverso y cuello de encaje, y el más insistente llevaba bigotes. Era insistente porque antes de volar hacia la lámpara se detenía a mirarla y sacudía despacio la cabeza. Tenía que cerrar los ojos para evitar tocarlo, seguirlo.

—Estoy seguro de que volverá usted con una magnifica historia, Gió, y que haremos de ella una magnífica película.

—Gracias, comendatore.

Volvía a abrir los ojos cuando se había desvanecido el fantasma de los bigotes. Sentía a la vez una sensación de alivio y de vacío que necesitaba llenar inmediatamente: el pensamiento corría hacia Richard. Junto a Richard subía a los rascacielos, donde las trompetas de los ángeles anunciaban el Juicio Universal a los condenados reunidos en el valle de Josafat. Después, los rascacielos se derrumbaban como castillos de arena, y la siguiente campanada del reloj la sorprendía en este terror inmediatamente ahogado en el sueño.

—Hasta la vista, Gió.

—Hasta la vista, comendatore.

* * *

Ridículo, pero inquietante. Habitualmente no se abandonaba a las fantasías cuando discutía cuestiones de trabajo con el viejo. ¿Por qué, pues, lo había hecho? “Bueno, lo he hecho”, se dijo encogiéndose de hombros. Luego cerró las maletas y tapó la máquina de escribir, se peinó, se maquilló y, a pesar de que ya era tarde y Francesco, entre suspiros de fastidio la apremiaba, se miró, un poco desilusionada, en el espejo. Nunca, al pasar ante el espejo, conseguía vencer la tentación de mirar lo que más la interesaba en el mundo: ella misma. Y cada vez quedaba un poco desilusionada, como si la muchacha que veía delante fuera otra persona. Creía tener un cuerpo robusto, por ejemplo, y en el espejo era frágil, de efebo, creía tener un rostro excepcional, boca dura, nariz fuerte y ojos firmes, y, en cambio, en el espejo era una cara vulgar, una boca tierna, una nariz pequeña y unos ojos a veces

muy asustados. Y no se gustaba. De la muchacha en el espejo le gustaban sólo los cabellos, porque eran rubios y le hacían olvidar que pertenecía a una tierra en que las mujeres tienen el pelo negro, como su madre, no cuentan para nada, como su madre, y lloran, como su madre, .Una vez, cuando era niña, había visto llorar a su madre. Planchaba las camisas y lloraba; sus lágrimas caían sobre la plancha y se evaporaban, chirriando; en la plancha quedaban unas manchitas opacas, como si hubieran sido gotas de agua y no lágrimas. Pero después las manchitas desaparecían, como si el dolor de ella no hubiera existido, y aquella vez se juró que nunca plancharía camisas ni lloraría jamás.

—¡Nunca, Gió! —repitió en voz alta.

—¿Qué dices, Giovanna? —preguntó Francesco.

—He dicho que nunca.

—¿Nunca qué, Giovanna?

—Me llamo Gió, no Giovanna.

—Sí, Giovanna.

—¿No llegarás nunca a llamarme Gió?

—No, Giovánna.

—Vamos, toma esas maletas.

Francesco se levantó tolerante y afectuoso. Levantó, suspicaz, una ceja.

—Algunas veces tengo la impresión de que me detestas. —No te detesto. Me irrita sólo que me llames Giovanna. —De que me odias.

—No te odio. Me fastidia sólo que me veas como no soy.

—De que no te importo nada. Te vas y, en lugar de estar triste, estallas de alegría.

—¡Francesco!

Le agarró las muñecas, que eran gruesas y velludas como las de un mono. Le miró a las pupilas, pacientes y melancólicas tras los cristales de las gafas. Sonrió, pensando en lo que él tenía de envidiable, sólido como un árbol de raíces profundas, fuerte como un macho que ha tenido el exquisito privilegio de nacer macho. Lo abrazó.

—Te quiero, Francesco. Lo sabes. Me gustas, Francesco, y también lo sabes. Y más tarde o más temprano, si tengo ganas de hacerlo, me casaré contigo. Pero ahora me voy. Y me voy por mi gusto. Trata de comprender, Francesco.

—Vamos, Giovanna. Necesitamos media hora para llegar al aeropuerto —contestó, serio, Francesco.

Luego levantó las maletas, como si no pesaran nada, y las metió en el coche; se sentó ante el volante y partieron. Aquel día Roma ardía bajo el sol, y en el sol las cúpulas parecían más redondas que nunca, las hojas más verdes y la dulzura más dulce. Pero ella partía sin pena

porque llevaba veintiséis años comiendo cúpulas, verde y dulzura y ahora tenía hambre de rascacielos, de gris y de guerra.

—Francesco, ¿cómo crees que es América?

—Como en los libros y en el cine.

—Yo, no. Creo que América es muy diferente de lo que dicen los libros o se ve en cine. No sé por qué, pero pienso en América con la misma confianza de quien espera hallar un milagro. Debe de ser una tierra voraz, que hay que mirar con los ojos de Alicia en el país de las Maravillas; con gente que vuela como las golondrinas entre los rascacielos, las casas que rozan las nubes, y los puentes delgados como agujas de plata...

—¿Quién te ha contado esas tonterías?

—Un americano que conocí hace ya muchos años. ¿Por qué tonterías? También podría ser verdad.

—Mira, Giovanna, todo país es bello o feo según el estado de ánimo con que lo miras. Si eres feliz, la misma Aba— dan te parecerá una obra de arte. Si no lo eres, hasta Venecia te parecerá vulgar. Y, además, ten en cuenta esto: América no es exactamente un país. Es un estado de ánimo, una época. A lo sumo, la expresión de una época.

—Francesco, ¿cómo crees que son los americanos en América?

—Como aquí. Y como nosotros. Bellos, feos; valientes, cobardes. Socialmente hablando, mi teoría es muy sencilla: nosotros somos un pueblo de inteligentes guiados por un grupo de mediocres y ellos son un pueblo de mediocres guiados por un grupo de inteligentes.

—Tal vez. Pero pagan bien las ideas. ¿Sabes cuánto ganarían en los Estados Unidos dos guionistas como nosotros? Ni más ni menos que lo que gana en Italia una estrella del cine. Los italianos pagan bien la carne y los americanos pagan bien las ideas.

—Porque tienen pocas. Los precios suben, en el mercado, cuando un producto escasea. Nosotros somos un pueblo con pocos músculos y muchas ideas; ellos son un pueblo con pocas ideas y muchos músculos.

—Francesco, ¿por qué la tomas con América?

Francesco permaneció un poco absorto, como si ordenara sus pensamientos. Los árboles verdes huían levantando el polvo; de los áridos campos llegaba el monótono chirriar de los grillos, un sabor de tierra, el espectáculo triste de los perros vagabundos, viñas bajas, ruinas, un aire de pobreza.

—Mira, Giovanna, aunque América sea la expresión de una época, a mí no me atrae porque la sustancia de esta época no me interesa, aunque sea aquella en que he nacido y en la que vivo. Yo soy un europeo que no se escandaliza de ver instalar frigoríficos bajo los pórticos del Vignola o del Sansovino, pero que necesita siempre un término antiguo en el cual apoyarse, como exigencia sentimental y estética, como salvación. ¿Comprendes? Lo antiguo me da la sensación

de lo eterno y de lo verdadero. América, este símbolo del presente, es todo lo contrario y no siento la necesidad de estrecharle cordialmente la mano.

—Hablas así porque no la conoces.

—No siento tampoco la necesidad de conocerla. Lo que determina la curiosidad de viajar son los productos de un país. Los productos más exportados de América, reconócelo, son los americanos. Y he conocido demasiados para no considerarlos un producto de poca calidad. Ya sé que esto no te gusta. Te ha quedado de los americanos la impresión romántica que te causaron cuando vinieron a Europa como liberadores. Deberías descubrir que no son mejores que nosotros. Sólo son más ricos, lo cual contribuye poquísimo a que modifique mi juicio. Sí, sí. Mueve la cabeza. Antes de seis días me escribirás diciéndome que tengo razón. Por lo demás, no es culpa mía si media hora con un campesino de Agrigento me enriquece más que una tarde con Irving Shaw o con Joe Di Maggio. No es culpa mía que la catedral de Reims me guste más que el palacio de las Naciones Unidas. ¿Quieres que cambiemos de conversación?

—Imagínate. No deseo nada mejor. ¿Es posible que siempre tengas que hablar conmigo de cosas tan serias? Me gusta reír, bromear. ¡Vete al infierno!

—Muchas gracias, estoy ya en él. A propósito, ¿no buscarás en Nueva York a la loca de Martine?

—Claro que la buscaré. Sabes muy bien que es la única mujer con quien me arriesgaría a pasar más de media hora.

—Vamos de mal en peor.

—¿Por qué? Hubo un tiempo en que Martine te gustaba.

¿No ha sido tu gran pasión?

—Razón de más para no verla.

—¡Qué conformista eres! ¿Quieres que me importe que te hayas acostado con ella?

—¿Sabes una cosa? Si todas fueran como tú, podría retirarme a un convento de frailes trapenses.

—¿Preferirías que fuese como Martine?

—Si fueses como Martine, no conseguiría quererte. —Pero Martine es mucho más bella que yo.

Francesco se volvió de pronto y casi acarició con la mirada aquel rostro liso y dorado, aquellos dientes blancos y fuertes, aquel cuerpo delgado que rebosaba salud.

—Cada poro tuyo es más sexy que toda la piel de Martine. Eres fresca como una fruta fresca. Junto a ti, Martine me parece una hoja marchita. ¿Hasta cuándo continuarás sirviéndote de esto? También el viejo está enamorado de ti y tú lo aprovechas para hacer que te envié a América.

—¿Estás nervioso, Francesco?

—No estoy nervioso, estoy preocupado, como si allá fuera a pasarte algo malo. No aludo al peligro de que caigas de lo alto del Empire State Building ni de qué te atropelle un Cadillac. Pienso en una amenaza que ni siquiera sé definir. Eres cínica y al mismo tiempo eres ingenua. Lo comprendes todo y al mismo tiempo no comprendes nada. Algunas veces me pregunto cómo puedes hacer el trabajo que haces, con tantas lagunas en tu formación. ¡Maldita sea! Has inventado de ti misma un personaje que no existe. Esto, allá, puede costarte muy caro.

—Óyeme, Francesco. No he inventado nada. Siempre he sabido lo que tenía que hacer. No es la primera vez que viajo. Vosotros los italianos todo lo dramatizáis.

—¡Vosotros los italianos! Como si tú fueras ya una americana. Como si tu casa estuviese allá. Tu casa está aquí, en donde naciste. ¿Qué vas a buscar a América?

—El tema para una película. ¿No lo sabias?

—La película no tiene nada que ver con esto. Como no tienen nada que ver los' edificios que tocan el cielo y otras fantasías. Si el viejo no te hubiera enviado a América, más tarde o más temprano habrías ido por tu cuenta. Desde que te conozco no haces más que hablar de América. Se diría que tienes una cita, allá. Peor, pareces un Ulises que va a expugnar los muros de Troya. Pero no eres Ulises, eres Penélope. ¿Quieres comprenderlo, sí o no? Deberías tejer la tela, no ir a la guerra. ¿Quieres comprender, sí o no, que la mujer no es un hombre?

Habían llegado al aeropuerto y dejaron de pelearse porque había muchas cosas que hacer. Por favor, señorita, el avión despega dentro de media hora. Por favor, ¿está renovado el pasaporte? ¿Tiene el certificado de vacunación? Por favor, pase a la aduana. No, el señor no puede entrar. Despídase, dese prisa.

—Bueno, Francesco, adiós. ¿Tienes algo más que decirme?

—Sólo esto: olvídalo.

—¿Qué? ¿A quién?

—Al americano que te contó tantos embustes.

—No seas absurdo, Francesco. Murió.

—Los muertos, algunas veces, están más vivos que los vivos. Y matan a los vivos.

—Francesco, yo sólo voy a América. ¿Por qué lo estropeas todo?

—Muy justo. *Each man must some day discover America, under penalty of death.*

Francesco se sonrió tristemente y tradujo:

—Todo hombre debe descubrir un día América, bajo pena de muerte. ¿O a costa de su vida? Conoces el inglés mejor que yo. Para tu

información, es una frase de Lafayette. La dijo a los setenta y dos años, después de haber combatido por América, el marqués Marie Joseph Paul Yves Roch Gilbert de Moitiers de la Fayette.

—¡Qué memoria! ¿No podrías despedirme un poco menos amenazadoramente?

—Oh, sí. Te espero, Giovanna. ¿Te interesa esto? —Ella se volvió de espaldas, irritada. Irritada entró en el recinto de la aduana, luego en la sala de embarque, después pasó a la pista y, cuando el avión se elevó, ni siquiera un momento se dolió por su descortesía. “A mi regreso —pensó mientras miraba un folleto de turismo— le diré que sí que me interesa, pero ahora que se fastidie por haberme dicho tantas tonterías." El folleto llevaba un título: "Nueva York os gustara en otoño.” Bajo el título había un dibujo con la estatua de la Libertad y un mensaje del alcalde de Nueva York. “Estimados visitantes, bienvenidos a Nueva York, capital del mundo. Esta estatua simboliza el apretón de manos de nosotros, neoyorquinos, que nos sentimos felices de recibiros, porque sea lo que sea lo que busquéis, Nueva York os lo ofrece. ¡Nueva York os gustará en otoño!” “¡Oh, Dios mío! ¿Y si Francesco tuviera razón? ¿Y si Nueva York no me gusta? ¡Imposible! Sería como renegar del recuerdo de Richard, de sus ojos, de su...”

¿De qué color eran los ojos de Richard? ¿Azules, negros, castaños? Es increíble como el tiempo puede esfumar, hasta hacerla opaca en la memoria, la imagen de una criatura que ha sido algo para ti. No recordaba de Richard ni siquiera su silueta. Recordaba sólo unos rizos rubios y unos hombros huesudos entrevistos por el ojo de la cerradura el día en que descubrió que él y Joseph dormían en su habitación y que por esto mamá la había trasladado al diván del pasillo, donde estaba el maldito reloj que hacía surgir fantasmas con bigotes. Después, Richard se había vuelto y se cubría el rostro con las manos. Las manos, esto lo recordaba, eran blancas como las de una muchacha, y al bajarse, habían dejado al descubierto una cara que era la de un hombre que tiene hambre. A Joseph, sí, lo recordaba muy bien. Era un hombrón con los carrillos redondos, con un lunar en la barbilla y en el lunar un pelo. “¡Mamá! Hay dos hombres en mi habitación”, había gritado. Y mamá le tapó la boca con las manos y le explicó que se trataba de dos americanos que se habían escapado de un campo de concentración. Había que esconderlos sin decir nada a nadie, porque si los descubrían los alemanes se los llevarían a Alemania, a otros campos en los cuales todos se morían. ¿No sabía que personas malas los denunciaban a los alemanes para cobrar mil quinientas liras por cada uno? Gió se había mostrado un poco incrédula: le parecía imposible que la vida de un americano costase mil quinientas liras, el precio de un par de zapatos con la suela de goma. Tenía entonces doce años, y había guerra. Los alemanes habían

invadido Italia y papá se comportaba como si le persiguieran. Aquella noche, ceñudo, repitió varias veces que no podía confiarse en una niña, y, por último, murmurando: “Paciencia”, le dijo que hiciera algo útil. ¿No estudiaba inglés? Pues que hiciese de intérprete. Su inglés era elemental, pero se hacia comprender. En inglés, Joseph le pedía un montón de cosas. Richard, en cambio, ni siquiera la miraba. Ni aun en la mesa decía nada. Sólo después de muchos días se había decidido a contestarle. “Richard, tu cama es la de la derecha, ¿verdad?” “Claro, ¿no ves que Joseph duerme en la de la izquierda?” “Richard, estoy contenta de que hayas escogido esa cama.” “¿Por qué?” “Porque es mi cama”. Él se había reído, pero de manera bufa, casi como si llorara, y le había contado muchas cosas: que tenía veinte años, que vivía en Nueva York, donde llegaría a ser pianista. Tenía una voz insegura, que en algunos momentos parecía que iba a quebrarse, como cuando uno canta, y le hablaba de Nueva York como de un país de hadas. “¿Sabes, Giovanna?, hay casas que tocan el cielo. Por la noche, si levantas la mano rascas la panza de las estrellas y, si te descuidas, te quemas los dedos. La gente vuela como las golondrinas entre los alféizares, y los trenes circulan por debajo de las calles haciendo cosquillas en los cuernos del diablo, y los ríos son tan grandes que parecen lagos; sobre estos lagos hay puentes delgados como agujas de plata.” Después la acariciaba diciéndole que también ella era muy bella y Joseph se reía. “¿No es una cosa extraordinaria? Un idilio entre Giovanna y Richard.”

Aquel idilio con Richard había durado un mes. Cuando Joseph entraba en el cuarto de baño para ducharse, ella se deslizaba rápida al encuentro de Richard y se mordía los labios para que enrojecieran y palidecía a la idea de que todo aquello pudiera terminar. También aquella tarde fue al encuentro de Richard, cuando él estaba sentado en la cama, la mirada perdida en quién sabe qué pensamientos. Al oírla se volvió y una lágrima le temblaba en las pestañas. Ella nunca había visto lágrimas en las pestañas de un hombre, por lo cual le quiso aún más y le rogó que no estuviera triste; le quería tanto que, una vez terminada la guerra, se casaría con él. Richard la había besado en la nariz; después se dejó caer en la cama, las manos entrelazadas bajo la nuca, mirando al techo. “Ven acá.” Ella se acercó al lecho, el lecho que estaba fresco y también lo estaba Richard, pero ella tenía un gran calor, en la sien izquierda una vena le latía fuertemente, y sentía también que un gran temblor le subía de las rodillas. Richard se volvió, como indeciso, perplejo, y la abrazó como hacen los actores de cine. En aquel momento los sorprendió Joseph. “¡Richard!” Escapó rápidamente, Joseph cerró la puerta y tras ella hubo un altercado mientras mamá decía: “Giovanna, ¿qué has hecho?”

Todavía los dos hombres altercaban cuando sonó la alarma y el roncar de los aviones sacudió la tierra como el zumbido de una cigarra

monstruosa. La ciudad se iluminó con unas bolitas que caían lentamente sobre las Azoteas, como cerillas extinguidas por el viento. “¡Las bengalas! ¡Las bengalas!” Papá no estaba en casa y mamá explicaba a Joseph y a Richard que era necesario huir, Joseph contestaba que no y Richard callaba. Hubo un largo momento en el cual nadie supo qué hacer, hasta que Richard dijo: “Vamos, aprisa”, con los ojos * lúcidos, lúcidos. Así ella se encontró en la calle, junto a mamá; luego en un refugio lleno de gente; unos gritaban, otros rezaban y mamá repetía que no había que tener miedo; pero ella no tenía miedo y sólo pensaba en Richard. Luego todo terminó, incluso el zumbido de la cigarra monstruosa, y fuera del refugio se había condensado un silencio de tinta; muchas cosas se habían derrumbado como montones de libros y los hilos del teléfono colgaban como mustios cordeles; en la acera una vieja parecía dormir. Saltó por encima de la vieja y echó a correr, a correr, y entró en su casa, gritando: “¡Richard!” Pero Richard no estaba ni tampoco Joseph. Lo buscó por todas partes: debajo de las camas, dentro de los armarios, incluso en el jardín, entre los rosales y las hileras de berzas. Richard no estaba. Había huido con Joseph durante el bombardeo, decía mamá, y de pronto ella se dio cuenta de que ni siquiera tenía su dirección de Nueva York. Desde aquella noche, ¡cuántos meses transcurrieron en la espera de noticias de Richard! Todos los meses de su primer dolor. Hasta que un compañero de papá llevó los saludos de uno de los dos americanos, que se encontraba ya detrás de las líneas; el otro había muerto. “¿Cuál?”, había gritado ella. Y el compañero de papá respondió: “El más joven. Murió el más joven.”

Giovanna volvió la espalda a un viajero que la observaba con avidez y trató de distraerse mirando a través de la ventanilla, pero al otro lado de la ventanilla no se veía más que una niebla incolora, el avión roncaba en aquélla niebla incolora y era como viajar, más que en el espacio y en el tiempo, en un recuerdo de espacio y de tiempo ignorados. Volvió a pensar: qué raro, también entonces iba a empezar el otoño, habían pasado catorce años justos; la vida debe de estar hecha de nudos durante los cuales sucede todo lo que se frustró en los periodos de aburrimiento: en aquel otoño incluso se había convertido en mujer. ¡Y en dónde, maldita sea! A las otras muchachas les sucedía en la cama, en la escuela, en el cine. A ella, tenía que ser a ella, en el entierro del abuelo. En el entierro del abuelo, durante el sermón, empezó a martillearle los riñones un dolor que bajaba hacia la ingle. Asustada, buscó con la mirada a mamá, pero mamá no estaba. Desconcertada, miró a su padre quien rápidamente la tomó del brazo y salió con ella. Afuera olía a hierba descompuesta, el olor de los cementerios. El perro del guardián dormía sobre una tumba y de pronto se despertó y corrió a husmearla. El padre, sonrojándose, dio

un puntapié en el hocico del perro, y juntos llegaron a la parada del tranvía. El tranvía no llegaba, la voz del sacerdote, era el eco de una amenaza: “Y Dios Nuestro Señor dijo: «Tú, mujer parirás con dolor; tú, hombre, trabajarás con sudor».” “¿Qué dice, papá?” “Nada, cosas suyas. ¿Cuántos años tienes, Giovanna?” “Doce, papá” “¿Has tenido otras veces ese dolor?” “No, papá.” “Esperemos que mamá esté en casa.” Mamá no estaba en casa. El padre apretó los labios y murmuró que qué fastidio, que si le hubieran dicho que le tocaba ocuparse de aquellos asuntos habría corrido a la estación y habría huido. Después, con torpes ademanes, —abrió el botiquín y le dio un paquete blando, y blanco y se escapó a la cocina a buscar un huevoˆ porque una niña que crece debe alimentarse: ella se quedó con el paquete y un gran deseo de llorar. Pero no lloró; hizo, en cambio, las horribles cosas que había que hacer y volvió enseguida a la cocina, donde el padre la esperaba, asustado, con el huevo en la mano. Con el huevo en la mano, papá la había mirado los ojos y al no verlos enrojecidos exclamó que qué raro, todas las chicas lloran cuando les pasa, ella, no; por tanto, no se había convertido en una mujer, sino en un hombrecito. También Richard decía siempre que era un hombrecito; Francesco, al contrario, decía que era una mujer. En fin, ninguno parecía estar de acuerdo en este asunto: que se fueran todos al infierno. ¿Qué le importaban sus juicios y ciertos recuerdos? Esta vez le esperaba un otoño feliz, sin dolores. Sonrió al viajero que continuaba mirándola con avidez.

El viajero era americano y enseguida quiso ofrecerle un whisky on the rocks y le dijo que regresaba a Nueva York después de dos años de ausencia.

—¿Contento, entonces? —preguntó Giovanna.

—No —repuso él, sin vacilar.

—¿Por qué? —inquirió Giovanna.

El americano calló.

—¿En dónde ha estado estos dos años?

—Aquí y allá, por Europa.

—¿Y prefiere Europa a América?

—Si —contestó el hombre, sin titubear.

—Yo, en cambio, estoy contenta de ir a Nueva York.

El americano calló.

—Nueva York debe ser muy hermosa en otoño.

El americano calló.

—Si hubiera podido escoger, habría nacido en América y no en Europa.

El americano calló. Después se encogió de hombros.

—Todas las cosas están hechas desde tres puntos de vista: el mío, el suyo y la verdad. ¿Otro whisky?

—Gracias.

—Es usted muy simpática. Hermosa y simpática.

—Gracias.

A las diez de la noche el avión llegaba a Nueva York y, mientras el americano lanzaba suspiros de resignación, Giovanna entró en el edificio sobre el cual ondeaba una bandera llena de estrellas. Se sentía como un judío apátrida que al llegar a la Tierra Prometida besa sus orillas, murmurando extasiado “¡Israel!” Giovanna había llegado a la Tierra Prometida. Y se dio una orden: “¡Adelante, Gió!” Gió era su nombre desde que había hecho carrera en el cine. Giovanna era un nombre demasiado corriente, banal, y el productor le había propuesto dividirlo en dos: o Vanna o Gió. Y ella había escogido enseguida Gió; no sólo porque era breve, picante y le recordaba América, sino porque podía confundirse con el nombre de un hombre.

CAPÍTULO II

EN VERDAD no era fácil entrar en la Tierra Prometida. Había que exhibir papeles timbrados, llenar unos cuestionarios, aceptar el examen de arcángeles vestidos de policías, con una pistola en lugar de la espada de fuego, demostrar y jurar que no se está enferma, que no se es comunista, que no se tienen vicios como la homosexualidad ni el ateísmo, ni se sufre la vergüenza que se llama miseria. Desconfiados, los arcángeles hurgan entonces en las maletas, buscan rosas, salchichones, instrumentos del mal donde anidan gérmenes y filoxera; y mientras dura esto, una se siente poca cosa, indigna de ser admitida, temblando a la idea de ser enviada a Long Island, que es el humillante confín donde son enviados los no admitidos, privados de toda esperanza como el Purgatorio para quienes aspiran al Paraíso. Pero luego, superados los exámenes, a pesar de su apariencia, los arcángeles son inocuos y de pronto te aceptan, te saludan con pesadas manazas y con nombres dulcísimos, miel, queso fresco, azúcar mío; te adoptan, te contagian, te engullen y en un abrir y cerrar de ojos te conviertes en uno de ellos. ¿Ella no era ya uno de ellos cuando, de pie ante la ventana de su habitación, en el décimo tercer piso del Park Sheraton Hotel, las manos en los bolsillos del pijama y una expresión de triunfo en el rostro, se bebía Nueva York con la complacencia de un niño que ha descubierto el mar?

Giovanna aguzó el oído hacia el rumor de los automóviles y de las excavadoras: le apareció música de arpa. Aspiró el aire que apestaba a bencina y polvo: le pareció que olía a jazmín. Se alejó silbando de la ventana y ofreció su cuerpo desnudo a la ducha, después al secador automático y mientras el aire caliente embestía sus hermosos senos, los costados enjutos, se acordó de cuando era niña y le tocaba siempre la toalla más húmeda, y mamá le decía que se callara que había quien no tenía ni siquiera aquello, y pensó: “¿Estoy en casa?” “¡En casa!”, se dijo, poniéndose la bata. “En casa”, canturreó, examinando con dedos nerviosos sus compromisos: a la una, comida en Sardi con Martine; a las tres, cita con Gómez; a las seis cóctel en su honor. Sí, la casa de uno no es aquella en que le ha tocado nacer, sino la que escoge cuando es adulto y se puede decidir sobre lo que gusta y lo que no gusta, para los años que quedan por vivir. He aquí lo que habría tenido que decir a Francesco, he aquí lo que le habría dicho como respuesta. Puso una cuartilla en la máquina de escribir y escribió.

“Querido Francesco: han pasado los seis días y lamento no poder darte la razón. Es verdad, en efecto, que el palacio de las Naciones

Unidas no resiste la comparación con la catedral de Reims; pero si Miguel Ángel viniese ahora a Nueva York aplaudiría a Le Corbussier; si Leonardo da Vinci subiese en el ascensor que en tres minutos te lleva al piso ciento doce del Empire State Building, le dolería no haber registrado la patente. En poniente, que se ve color de rosa, como los dedos de la señora de quien había tu Homero, los rascacielos parecen torres de San Gimignano; teniendo en cuenta que fueron construidos en una época tan necesitada de funcionalidad, no me parece licito escandalizarse porque no tienen aquella inclinación exquisita. Nueva York es un milagro que me sorprende cada día más; aquel americano no había mentido. No se ven estatuas en esta isla cortada en rectángulos perpendiculares e iguales, ni cúpulas ni jardines. El bosque de cemento se levanta, trágico y gris, sin una curva, sin una voluta extraña, un hilo de verde. Dondequiera que se pierda la mirada encuentras esquinas duras, geométricas escaleras de hierro, cubos de piedra. Y, no obstante, .en esta ausencia de gracia todo tiene un sabor de magia: desde los rascacielos que se elevan como gigantes petrificados hasta el miedo que te corta la respiración cuando te metes en calles que no acaban nunca; pero en el fondo de cada calle hay una mancha de azul que te libera del miedo. Con el sol, los cristales brillan más que los diamantes. Con la oscuridad, queman más que las estrellas. Por comparación, las estrellas pierden esplendor, la luna se apaga y el cielo está en la tierra. Querría decir esto en la historia que escribiré: que, aquí, el cielo está en la tierra. Y la gente como yo se siente nacer una segunda vez. En cuanto a los americanos, son ricos: es verdad. No hay deseo del cual tengan que abstenerse, derroche que hayan de prohibirse, fatiga que no puedan evitarse. Para los deseos más absurdos, las tiendas ofrecen hormigas fritas y cañones en desuso, orquídeas y castillos desmontados, zapatos de marta y elefantes. Para los derroches más inútiles las aceras están llenas de sillones intactos, colchones sin un agujero y filetes apenas mordisqueados. Para las— fatigas menos evitables los escaparates te sugieren cartas ya escritas, almohadas que te adormecen, máquinas para lavarte. No obstante, su cerebro no parece sufrir por esto. Por otra parte, siempre he creído que el cerebro es un músculo que hay que nutrir como los demás músculos y que con el hambre funciona mucho menos. No te inquietes por mí. No hay nadie, no hay nada que pueda hacerme daño. Me siento fuerte, fuerte, fuerte, y no me falta nada, excepto tú. ¿Sabes, querido?, a veces pienso en la manera cómo te volví la espalda, cuando me hiciste aquella pregunta: claro que «me interesa». Tuya afectuosamente, Gió.”

Releyó la carta y se felicitó por su habilidad, se puso el tailleur verde porque el tailleur era el traje con el que se sentía más cómoda y porque el verde era el color que realzaba más sus cabellos, metió el

sobre en el canal neumático y bajó a la Sexta Avenida con la nariz levantada de un Napoleón que se dispone a recorrer triunfalmente los Champs Elysées.

* * *

Sardi estaba lleno a rebosar, pero Martine se habría hecho notar aun entre la multitud que llena la plaza de San Pedro durante la elección de un papa. Sentada en el diván de terciopelo rojo, bajo una lámpara que la coronaba, levantaba su rostro irregular como si fuese un trofeo y ante esto, en la pared, los retratos de las grandes estrellas del cine carecían de interés. Al verla, Giovanna sintió un poco de celos: para Francesco no debía de haber sido desagradable llevársela a la cama. Por lo demás, todo el mundo sentía algo frente a Martine: simpatía o antipatía, envidia o amistad, nunca indiferencia. Al contrario de Giovanna, que muy a menudo podía pasar inadvertida, Martine provocaba siempre interés; y muy a menudo sólo un tipo superficial se habría permitido relegarla al papel de una sofisticada ridícula que aquel día llevaba los cabellos castaños recogidos en una pirámide, los ojos más pintados que de costumbre y el dedo anular de la mano izquierda medio oculto por un brillante grande como un caramelo de menta.

—Mon petit chou! I am so happy! ¿Por qué no me has llamado antes, sinvergüenza?

—Apenas acabo de llegar, Martine.

—Mentirosa. Y yo que no sabía dónde encontrarte después de haber leído la columna de Knicker. Lo sabes, ¿no?, que Knickerbocker ha anunciado tu llegada en su cadena de doscientos periódicos.

—No, no lo sabía. Delicioso país en donde te citan en doscientos periódicos de una vez sin que hayas hecho nada para merecerlo. Estoy contenta de verte, Martine. Francesco te manda muchos saludos.

—¡Querido, queridísimo Francesco! Tratable también, si no fuera tan pesado. Pero quizás a ti no te parece pesado. A propósito, no sabes cuánto me alegré al enterarme de que se había enamorado de ti. ¿Sabes?, en el fondo ya te quería cuando a mí me hacia la corte: Giovanna por aquí, Giovanna por allá. ¿Cuántos siglos hacia que no nos veíamos?

—Dos años, Martine. Y no has cambiado hada.

—En cambio, tú sí. Y me digo: qué gran carrera has hecho. Veo siempre tu nombre en el cine. Y pregunto: ¿Qué estás haciendo ahora en Nueva York?

—Vacaciones de trabajo. Oficialmente estoy aquí para inventar una historia. Prácticamente para descansar haciendo de cobayo para un experimento. Antes, las historias de las películas se inventaban en

casa, ahora se envía a alguien al país en donde se quiere ambientar el tema. Siempre resulta más auténtico. Por lo demás, me gusta. Y tú, ¿qué haces?

—Bombeo alimentos de mi ex. Pregunto: ¿has visto a mi nuevo chico?

Martine levantó el anular izquierdo para que Giovanna saludara el brillante.

—Mi ex es un tesoro, todavía dispuesto a hacerme regalos. Digo: no debería haberme divorciado. Los hombres jóvenes no me van. Digo: debería volver a casarme con él. ¿No es elegante casarse con el ex marido? A una la hace tan fiel...

—¡Martine! —exclamó Giovanna, riéndose a carcajadas.

La sombra de celos que Giovanna había sentido al pensar que Francesco había amado a Martine antes de amarla a ella se desvaneció en buen humor. Si en el mundo había una criatura incapaz de ser fiel, era Martine. Todos sabían que se había casado con aquel cincuentón multimillonario y había seguido dando su aprobación a las camas más sólidas de Europa: hasta que el marido la llevó a América y pidió el divorcio.

—¿Por qué te ríes? ¿Qué tendría esto de extraordinario? No puedo vivir sola, no sé, y si no fuera por Bill... Sí, Bill. Lo conocí en el acostumbrado cóctel, y al principio ni siquiera me miraba. Estaba pegado a dos cabezas de chorlito que le hacían la corte. Bill escribe comedias. Pero yo me acerqué a él, le dije que había visto sus comedias y la misma noche no dejamos verde ni seco.

Se interrumpió para encargar la comida al maître que esperaba con una ceja levantada.

—Pato asado, ¿te parece bien? Y guisantes, ¿te gustan? Nada más para mí. Tengo que cuidar la línea. *Merde*! ¿Cómo te las arreglas para estar como un espárrago comiendo todo lo que te apetece? Bueno, ¿qué decía? ¡Ah, sí, Bill! Darling, el viernes por la noche tienes que ir necesariamente al Morocco. Quiero que conozcas a Bill. ¡Qué hombre! Elegante, inteligente. Figúrate que ha llegado a explicarme por qué yo me siento bien en América. Dice que en América vivimos en el equívoco de que la felicidad quiere decir bienestar. Los americanos, dice Bill, no conocen otra felicidad que la material, que se llama bienestar. Y porque son generosos como casi todos los que comen bien, dice él, querrían esparcir esta felicidad por todo el mundo, como si la felicidad fuera una cosa para comer.

Puso cara .compungida, porque aquella conversación le exigía un esfuerzo. Los diálogos serios le daban a Martine dolor de cabeza.

—¿Existe algún otro país, dice, que en su constitución prometa la felicidad a los ciudadanos? Por consiguiente, dice, esto se acabará: saltará por los aires con la bomba o con cualquier otra cosa por el

estilo, porque, dice él, lo previo también Nostradamus cuando escribió que vendrá un pájaro de fuego y quemará la gran ciudad sobre las aguas, que seria Nueva York. De manera, dice, que lo mejor es tratar de pasársela lo mejor posible. A propósito, ¿continúas siendo tan virtuosa?

Giovanna apenas había empezado a comer. Se interrumpió bruscamente.

—No empieces otra vez, Martine.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué espera el atontado de Francesco? ¿Llevarte al altar? Y tú, ¿puedes resistir? Ma chérie! ¿Puede saberse por qué? Eres demasiado hermosa y estás demasiado cargada de tentaciones para ser al mismo tiempo tan virtuosa.

—Déjame en paz, Martine.

—¡Ni soñarlo! Quiero comprender. Hoy día las vírgenes escasean más que los hombres verdaderos. Figúrate si voy a renunciar a comprender ahora que me encuentro con una. Y, además, ¡a tu edad! Piensa que también lo he discutido con Bill.

Volvió a poner cara compungida.

—Bill dice que en ciertas mujeres la virginidad persiste a causa del catolicismo: el gusto de la pureza, el temor al pecado, el miedo de encontrarse con un católico que lo tenga y otras tonterías. Pero este no es tu caso, me parece: si no recuerdo mal, tú eres medio atea. También dice que en otras mujeres se debe al temor de quedar embarazadas: tampoco creo que este sea tu caso. No eres del tipo de mujer que se avergüence de buscar un remedio. En fin, dice que algunas veces es una forma de romanticismo o de orgullo: de* romanticismo porque esperan el amor inocente, de orgullo porque no soportan pertenecer a un hombre ni ser escogidas. De hecho, son mujeres por su cuerpo pero no por su espíritu. Este es el caso más grave y requiere un milagro. No me salgas ahora con que tu caso es el más grave.

—Martine, si no cambias de conversación, me marcho.

—¡Válgame Dios! Estás en el caso más grave. Lo habría jurado. Pero ¿sabes lo que resulta más desconcertante? Que no pareces precisamente tan virtuosa. Con esa piel y esos ojos tienes el aspecto de una que desvencija las camas cada noche. Y con tu flirt, peor todavía. Me pregunto qué cara pondrían algunas de tus amistades si supieran la verdad.

Giovanna se dejó llevar por la sonrisa.

—Muy sencillo. Quedaría arruinada mi carrera. Sería puesta en ridículo y me lapidarían después. Dirían: imagínate, Gió, la que escribe historias de amor que enloquecen a la censura. De hecho dejo que crean todo lo contrario. La verdad está en manos de una élite muy reducida que se guarda muy bien de divulgarla porque equivaldría a hacer un mal papel. Tú ya sabes, el macho italiano no revela ciertos

fracasos. ¿Crees que me equivoco?

—Pienso que eres desconcertante, chérie. La más desconcertante mezcla de cinismo y de ingenuidad que haya visto nunca en una sola persona. Sufrirías mucho si no creyera que eres un poco astuta. Dime, ¿has estado enamorada alguna vez?

—No, gracias. Pásame la sal.

—Entonces ten cuidado de no enamorarte en los Estados Unidos: lo pasarías mal, mon petit chou. Los hombres de aquí son los más peligrosos del mundo. No como seductores, se entiende.

El resto del almuerzo fue un incesante monólogo de Mar— tiñe que hablaba de vestidos, de amantes, de zapatos, de Bill, y finalmente se levantó y dejó en el plato tres dólares de propina.

—Además de la felicidad, la constitución de los Estados Unidos se empeña en procurar el quince por ciento de propina. Lo dice también Bill.

—Entonces, darling, nos vemos el viernes por la noche en El Morocco. ¿Conoces El Morocco? Vulgarote, pero encuentras alii a toda Nueva York. Verás, Nueva York es muy pequeña. Nadie se escapa. ¿Irás, dime, irás?

—Muy bien, iré.

—Perfecto. Ahora telefoneo a Bill y se lo anuncio. ¡Ah, se me ocurre una idea! ¿Por qué no dejas el hotel y te vienes conmigo? La habitación de mi ex está desocupada. Te gustará. Y te gustará también la casa. Está en Greenwich Village. Por algo dice Bill que el Village es la expresión de la ingratitud de nosotros los europeos. ¿Irás, dime, irás?

—No sé, Martine. Tengo que pensarlo. Estoy muy habituada a vivir sola.

—Nada de pensarlo. Te espero el sábado. ¡Oh, la idea de vivir con una virgen me divierte enormemente! Y trabajadora, por si fuera poco. ¿Sabes?, la gente que trabaja es una casta social que no conozco. Bill aparte, se entiende.— Acabaríamos descubriendo que tiene rabo.

—Ni siquiera rabito.

—Acabaríamos descubriendo también cómo se las arregla para enamorarse. ¿De veras no has estado nunca enamorada? ¿Y de Francesco? Olvidé hablar de Francesco a Bill.

—Martine, tengo que irme.

Se despidieron chasqueando besos en el aire y turbó a Giovanna un nuevo malestar. La oficina de Gómez estaba en Park Avenue, a mucha distancia del Sardi, y durante el tiempo que el taxi tardó en llegar allí, la frase estuvo resonando en sus oídos. “¿De veras no has estado nunca enamorada? ¿Y Francesco?” Sí, pensándolo bien, lo había estado, lo estaba todavía, pero no de Francesco. De Richard. Y Richard había muerto. Y había muerto por su culpa. Y ella se

encontraba en Nueva York y llamaba a la puerta de Gómez, productor asociado, y lo saludaba con énfasis y se sentaba ante su escritorio y le miraba la nariz, que era enorme, los ojos, que eran pequeños, y escuchaba su voz

agresiva y lo seguía a otra habitación en la cual había un florero encima de una mesa, y, en un rincón, una chica con gafas.

—Querida Gió, este es su despacho y esta es su secretaria. Quiero que se sienta usted completamente a sus anchas, que no le falte nada de lo que pueda desear. De ahora en adelante vendrá usted a trabajar aquí.

—Pero... señor Gómez. La secretaria...

—Nada de peros. Aquí tiene el frigorífico, para cuando tenga ganas de cocacola o de whisky. Para el café, avise a la secretaria. Es una chica muy trabajadora y una taquígrafa muy rápida. Estará aquí todos los días desde las nueve hasta las cinco. Usted, por su parte, vendrá cuando quiera, claro. El sillón es giratorio, descansa la espina dorsal.

—Pero... señor Gómez...

—Nada más. Esto es lo menos que puedo hacer por usted. Ahora, volvamos a mi despacho. Tengo que decirle algo muy importante.

—Pero... señor Gómez. La secretaria...

—Siéntese. Hasta ahora hemos hablado de problemas inmediatos: el tema— de la película, la ambientación de la película, en fin, el trabajo que ha venido a hacer. Un trabajo nada fácil. Con el pretexto de hacerle un regalo, el viejo le ha dado un hueso duro de roer. Nueva York no se comprende en un día y escribir una historia que se aguante, en tales condiciones, es una empresa que haría temblar al difunto Fitzgerald. Pero la hará usted. Ayer vi su última película, la de esos tipos de la bolsa negra, ambientada en Alemania. Es una obra maestra. El director, excelente, los intérpretes, buenos, pero el tema y la puesta en escena me han entusiasmado. Usted ha nacido para este oficio, no cabe duda. —Hubo una pausa—. Por consiguiente, quiero proponerle una cosa antes de que lo haga otro y usted se me escape como una urraca en busca de piedras preciosas. ¿O.K.?

Gómez se metió en la boca un chicle, apoyó los codos en el escritorio *y la* escrutó con la mirada.

—¿Casada?

—No.

—¿Sentimentalmente comprometida?

—No.

—¿Le gusta América?

—Sí.

—Muy bien. Este país pertenece a la gente joven y usted es joven; a la gente sana y usted es sana; a las mujeres y usted es una mujer.

Muy bien.

Escupió el chicle, pero con pudor. Giovanna pensó que era simpático, a pesar del asunto del despacho y de la secretaria. *El* tipo que se avergüenza de ser amable y hace *la comedia del* brusco. El tipo, además, a quien le es difícil decir mentiras y escucharlas.

—¿Le gusta el dinero?

—Sí.

—Muy bien. A esta pregunta conteste usted siempre que sí. Aquí sólo cuenta el dinero, querida. El dinero es nuestro Dios, nuestra fe, nuestra suprema religión. Observe los bancos en los Estados Unidos: altos, solemnes. ¿No parecen catedrales? Son nuestras catedrales. Observe a los empleados de Wall Street: todos de negro, muy compuestos. ¿No parecen sacerdotes? Son nuestros sacerdotes. Fíjese cómo pronuncian todos ellos la palabra dólar: con devoto respeto. ¡Ah, sí, querida Gió! Mientras esté en América, a esa pregunta conteste siempre que sí. ¿Le gustaría quedarse en América?

—Sí.

—Muy bien.

Gómez la miró con mayor atención.

—Ahora vayamos al grano. Hollywood envejece, los escritores de Hollywood envejecen. Estamos sedientos de temas nuevos, de escritores nuevos, no corrompidos por la literatura, alentados por la juventud. Y pagamos bien, mejor que en cualquier otro país. ¿Lo sabe?

—Lo sé.

—Naturalmente, tengo conciencia de que cometo una mala acción, que traiciono a su productor que es amigo mío. Pero el viejo es hombre de mundo, perdonará. Abreviemos, el tiempo es oro. ¿Qué le parecería mandar al viejo al diablo y quedarse en América? Mil quinientos dólares al mes. ¿Le interesa?

Mil quinientos dólares era casi un millón de liras. Giovanna miró a Gómez, aturdida, incapaz de pronunciar una palabra, de moverse.

—Vamos, no se haga la difícil, baby. Queda entendido que ésta es la cifra base. Aparte los extras, los gastos. Y luego, siempre se puede discutir. Llegar, no sé, a los dos mil. Siempre da gusto satisfacer las pretensiones de una mujer graciosa. Usted sabe ser muy graciosa: esto aumenta su precio. ¡Ah, si se tratara de un hombre, ni un dólar más! Pero usted es una mujer y aquí me tiene dispuesto a dejarme desplumar. No es que me obligue, claro está. Todavía no ha nacido el americano que me obligue a pagar mucho dinero. Pero... Paciencia: sabré servirme de su palmito y de su cerebro. Ahora responda usted.

Esta vez Giovanna se encogió de hombros. ¿Qué había de responder? Le parecía retroceder en el tiempo, a cuando era cronista de un periódico cualquiera y el productor italiano la llamó a su despacho para pedirle que escribiera guiones. “No lo he hecho nunca,

comendatore". "Pruébelo, pequeña, pruébelo. Basta una intriga, un poco de realismo, de sexo. ¡Con su fantasía!" "Pero ¿por qué me lo pide a mí, comendatore?" "¡Dios mío, qué ingenua es usted! Porque una cosa que ha escrito una joven guapa vale el doble que lo que escribe un viejo feo. Hay que saberse vender al mundo. Piense en el champán. ¿Qué es? Vino que pica. Si echa un poco de sales efervescentes en un vino cualquiera, picará también. Pero el champán se llama champán, tiene un tapón especial y todos lo consideran más que un vino que pica. Pruébelo, pequeña. Trescientas mil para empezar. ¿Le parece bien?"

—Pero, Gómez, usted no me conoce. Puede equivocarse.

—¡Por todos los dólares del mundo! Es usted astuta. Vamos, Gió, tratémonos de tú y no nos perdamos en diplomacias. Sabes muy bien que yo huelo el talento como un perro trufero huele la trufa. Dime, más bien, si te gustaría vivir en Hollywood o si prefieres Nueva York. ¡Ah, veo que te brillan los ojos! Reflexiona y dame una respuesta lo más pronto posible. Pero entretanto trabaja y saca de paseo tu cara bonita. Lo importante, ¿sabes?, no es existir: es hacer saber a los demás que se existe. Melancólico, ¿eh? Muy bien. Vamos a empezar con el cóctel de hoy. Se da en tu honor: que tu vestido sea sexy, ya sabes.

—Lo será. Pero tengo otra cosa que pedirle.

—Adelante.

—Ese despacho, esa secretaria... No estoy acostumbrad a trabajar en una oficina y la secretaria no la necesito. No tendré que escribir mucho en estos dos meses. Sólo ir de un lado para otro, hacer alguna investigación, tomar unos apuntes. La chica de las gafas me fastidiaría. Y en mi habitación trabajo mejor. Para entendernos, no me va. En algunas cosas soy un poco anticuada.

—¡Ah, no puede decirse que tengas pelos en la lengua! Paciencia. De todos modos, las tendré a tu disposición, oficina y secretaria. Si cambias de idea, allí están, las dos. Adiós, baby. Nos veremos a las seis en el cóctel. Y acuérdate: dos mil.

—Dos mil.

Giovanna salió ebria de orgullo. De nuevo le parecía que volvía a ser niña y se preguntaba cuál sería la manera más fácil de llegar a ser alguien, y a veces se veía en un escenario, con las ropas de Ofelia; otras veces en un tribunal, con la toga de los flecos dorados, y otras en un quirófano, con la bata blanca. Y más allá de los árboles y de las colinas, más allá de los confines del cielo, veía ciudades inmensas, países desconocidos, el mundo entero para conquistar. El mundo que Gómez le ofrecía con dos mil dólares al mes. Con dos mil dólares al mes, ¿qué le importaban Richard, el remordimiento de haberle causado, en cierta manera, la muerte, su absurdo amor infantil? Con

dos mil dólares al mes podía meterse sola y sin temor en el remolino de las grandes multitudes, acariciar con la mirada los rascacielos de cristal puestos allí para demostrar que nada, absolutamente nada, era imposible en aquella Tierra Prometida, como pasar ante una iglesia ennegrecida y reírse de los débiles que se arrodillan para rogar al Señor, como ceder un taxi a un hombre que corría menos que ella, como entrar en estos almacenes de lujo y comprarse un vestido.

Entró y como una racha de viento fétido y dulce, la arrolló una multitud de mujeres. Mujeres hermosas y feas, jóvenes y viejas, con paquetes y sin paquetes. No había siquiera un hombre entre aquella masa de mujeres que cogían, dejaban, volvían a coger, volvían a dejar, compraban: voraces, violentas, hermanas. Sí señor, hermanas, pensó. ¿Acaso tenían necesidad de hombres estas hermanas nacidas en una tierra en la que cualquier Giovanna ganaba dos mil dólares al mes? A mediodía, cuando las oficinas se vaciaban para la pausa de la comida, los hombres, con pantalones, iban por las aceras a buscar tristemente un poco de aire y se sentaban, cansados, para recuperar energías; pero las mujeres, con los pulmones llenos ya de oxígeno, se metían en almacenes que carecían de aire, y en ellas había huellas de cansancio. Detenida ante un establecimiento oía sus pasos batir el asfalto como pisadas de búfalos, luego las pisadas se convierten en galope, más fuerte, cada vez más fuerte, hasta que aparece la manada: inexorable, negra, y con la cabeza baja se lanza sobre vosotras y sobre lo que hay para comprar: si eres un hombre te sientes presa del terror, pero si eres una mujer te exalta la alegría.

Se abrió camino a codazos entre la manada. Subió en un ascensor maniobrado por una mujer, que la escupió, junto con otras mujeres, en una séptima planta llena ya de mujeres. Pasó por los salones donde vio colgados miles y miles de vestidos de mujer, todos idénticos, todos catalogados por medidas y colores, todos para ser comprados por una mano que agitaba un puñado de dólares. Después, como un fraile trapense que hace tiempo ha sofocado sus deseos viscerales pero que se encuentra de pronto en una orgia de cuerpos y los desea con sombrío deleite, se lanzó sobre los vestidos. Los palpaba, los apretaba, los arrebataba de las pezuñas de los búfalos, que a su vez palpaban, apretaban y le arrebataban los vestidos de las manos, en un rito sexual e inmundo. ¿Este rojo? No. ¿Este azul? No. ¿Este blanco? No. ¿Este dorado? ¡Sí! Un vestido de color de oro para celebrar sus dos mil dólares al mes.

—¿Qué talla, por favor? —preguntó la empleada indicando con un gesto aburrido una larga hilera de vestidos dorados.

—Talla doce —contestó Giovanna.

—Por aquí, por favor —dijo la empleada introduciéndola en un pequeño probador forrado de espejos.

Giovanna se probó el vestido, temblando. En los espejos se reflejó al infinito una fila degradante de mujeres con vestidos dorados, cada una idéntica a las demás, una más pequeña que otra: más pequeña, cada vez más pequeña, hasta que, al fondo, el rostro desaparecía y también los brazos y las piernas. Y la mujer quedaba como una gota de oro: fría y reluciente como una pelucona.

—Me lo quedo —decidió Giovanna.

—Se lo envuelvo —dijo la empleada.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Giovanna.

No costaba más que veintiséis dólares y noventa y nueve centavos, retoques aparte. Pero no había que hacer ningún retoque.

CAPÍTULO III

APENAS entró, con su vestido dorado, el miedo le oprimió el estómago. Como si tuviera que sucederle algo ilógico y al mismo tiempo inevitable; o como si allí estuviese un enemigo invisible observándola. Preocupada, miró por todas partes, buscando, pero no vio nada que justificara tal sensación. El cóctel era un cóctel corriente y la gente estaba allí para rendirle honores. Asustada, se agarró a Gómez, como pidiéndole ayuda y Gómez consideró timidez este gesto.

—Vamos, vamos, sólo son imbéciles a quienes has de demostrar que existes.

Luego la empujó entre los invitados que atestaban la sala, explicando a cada uno quién era, de dónde venía y qué hacía.

Los invitados se dividían en grupos y cada uno tenía en la mano derecha un vaso de whisky. Cuando se acercaba ella, el vaso pasaba de la mano derecha a la mano izquierda y empezaba un diálogo absurdo, lleno de sonrisas absurdas y de alegría hipócrita. Raramente alguno entablaba una conversación que fuera más allá de los cumplidos generales o consideraciones sobre el boletín meteorológico.

—How do you?

—How do you do?

—¿Viene usted de Italia?

—Sí, vengo de Italia.

—Hermoso pays, Italia.

—Gracias.

—How do you do?

—How do you do?

—Hermoso día, hoy.

—¿Le gusta Nueva York?

—Sí, me gusta Nueva York.

—How do you do?

—How do you do?

Al parecer nadie se fijaba en su vestido dorado, como si un vestido dorado fuese una cosa absolutamente normal. Nadie se preocupaba de nada. En un rincón, un caballero borracho había capturado una botella de whisky que sostenía inclinada de tal manera que el whisky le caía lentamente sobre los pantalones, después goteaba en un triste reguero sobre el suelo, y los invitados, lo miraban inmóviles. Aumentaba el miedo de Giovanna. Un miedo injustificado, irracional, que le doblaba las piernas, le paralizaba el cerebro y le blanqueaba el rostro.

—¿Qué te pasa, mi baby?

—Nada, Gómez, nada. Quizás estoy cansada.

—¿Quieres beber, baby?

—No, gracias.

—Entonces, habla, colabora. Estos duermen desde que Cristóbal Colón desembarcó de su carabela. Eres tú quien ha de despertarlos. ¡Ah! Ahí veo a un productor que debes conocer.

—How do you do?

—How do you do?

El productor era un buen mozo que regresaba de un safari en Kenia. Se informó en términos generales de sus cualidades de escritora y después le habló de cierto león al que había herido en la oreja pero que no quería morir. Ella escuchaba, aburrida, mirando a su alrededor y crecía su miedo.

—¿Te sientes mejor, baby?

—Sí, mejor, gracias —mintió.

—Ahora quiero presentarte al señor Hultz. Es el señor que te pagará los dos mil dólares al mes.

—Muy bien.

—Trata de estar contenta, de ser amable. No sé qué te pasa esta noche. Cuéntale un chiste. Le encantan los chistes.

—Muy bien.

Se acercaron al señor Hultz, que era un hombre gordo y rubio y que se agarraba a su vaso con ambas manos, con la evidente ilusión de que esto le sirviera para no caerse en el suelo.

—Hultz, te presento a nuestra invitada de honor, mi nuevo descubrimiento. No permitas que se escape.

La mano izquierda del señor Hultz soltó el vaso y tomó a Giovanna por la muñeca, consciente de que aquel sostén era un poco más seguro.

—Guapa. ¿Le hacemos una pequeña prueba?

—No, Hultz. Gió no quiere ser actriz. Ha escrito el guión para la película sobre la bolsa negra en Alemania. Aquel filme que te gustó tanto, ¿no te acuerdas?

—¡Anda! ¿Es ella?

El señor Hultz apretó con más fuerza la muñeca de Giovanna, que de nuevo advirtió la presencia del enemigo invisible y desvió la vista, desconcertada.

—Gómez, esta es la mejor presa que me hayas proporcionado. ¿Le has dado ya una secretaria y un despacho? Quiero que tenga todo lo que necesite. —Luego se volvió hacia Giovanna—. Perdone, miss Talento. He olvidado su nombre. ¿Cómo se llama?

—Gió —contestó Giovanna.

—¿Joan? —preguntó el señor Hultz.

—No Joan: Gió —dijo secamente Giovanna.

La presencia misteriosa crecía, crecía... Ahora las manos de Giovanna estaban heladas y su humor era pésimo.

—¿Gió como John? —preguntó, sorprendido, el señor
Hultz.

—Gió como John —repitió, seca, Giovanna.

—Pero es un nombre de hombre —exclamó el señor Hultz.

—Es un nombre de mujer.

—Baby, te he recomendado que seas amable —murmuró
Gómez.

—Por favor, Gómez, vámonos.

—Pero, baby... ¿Te has vuelto loca?

—Vámonos.

—Habla bajo. Acabará por oírte.

El señor Hultz, al contrario, se reía benévolo, sin atender a sus murmullos.

—Apostaría cualquier cosa a que John me ha traído algún chiste de Roma.

—Anda, cuéntale un chiste —suplicó Gómez.

Giovanna apretó las mandíbulas.

—¿Conoce usted la historieta del napolitano que está tomando el sol, señor Hultz?

—No, no.

—Muy bien. Un napolitano está tomando el sol, sin hacer nada. Pasa un señor rico y le pregunta*. "¿Por qué está tomando el sol sin hacer nada, en lugar de trabajar?"

—¡Ja, ja! —rió el señor Hultz y soltó la muñeca de Giovanna.

—El napolitano le pregunta al señor rico por qué razón él trabaja en lugar de estar tomando el sol. Y el señor rico responde: "Para ganar dinero y poder tomar el sol cuando sea viejo."

—¡Ja, ja, ja!

El señor Hultz reía, y Giovanna estaba pensando en lo estúpido que era el señor Hultz cuando descubrió en el fondo de la sala dos ojos cuya mirada vagaba en el vacío con una melancolía conocida, enseguida un rostro flaco, como *el de* un hombre que pasa hambre, y luego una cabeza rubia, muy familiar.

Bruscamente, Giovanna bajó la mirada sobre el señor Hultz.

La levantó.

La cabeza rubia estaba todavía allí.

Bajó la mirada, petrificada.

La levantó de nuevo.

La cabeza rubia continuaba allí.

Bajó de nuevo la mirada.

Y sí, pasó mucho rato antes de que se diera cuenta de que era inútil estar allí quieta mirándolo, en lugar de correr hacia él. Cuando

lo comprendió, inició el movimiento de lanzarse hacia adelante; pero el señor Hultz reía y apretaba su muñeca.

Intentó liberar su muñeca. No lo consiguió. Intentó llamarle, gritar su nombre. No le salió ningún sonido de la garganta. Por fin consiguió liberar la muñeca y se metió entre la gente.

Se metió, pero la gente se había convertido en un bloque de madera, los invitados eran pedazos de madera pegados unos a otros que un Dios divertido y despectivo no permitía que se separaran un solo milímetro. Allí estaban, con sus vasos y sus sonrisas de madera y avanzar era como avanzar en una pesadilla; como cuando sueñas que alguien se dispone a matarte y quieres escapar y tus piernas no se mueven; querrías pedir socorro, pero tú lengua ha sido cortada.

—¡Richard! —gritaba en silencio—. ¡Richard!

La cabeza rubia estaba inmóvil. Luego desaparecía. Reaparecía después. Desaparecía y reaparecía como un espejismo; y mientras Giovanna penetraba dolorosamente en aquel atasco de madera, seis veces lo perdió de vista, y volvió a verlo, lo perdió otra vez y lo vio de nuevo, hasta que llegó al fondo del salón y la cabeza rubia ya no estaba allí.

—Baby, ¿buscas a alguien?

El tono de la voz de Gómez delataba preocupación.

—No gracias. Me pareció haber visto a un amigo. Es evidente que he bebido demasiado.

—No has bebido ni siquiera una gota de agua.

—Había bebido antes.

—Nada aguza tanto la vista como el whisky. ¿Puedo ayudarte?

—No. Era un fantasma.

—¿Tiene un nombre ese fantasma?

—Ni siquiera lo recuerdo.

—Entonces, vámonos. Al fin y al cabo, Hultz se ha desplomado. —Se metieron en el ascensor y Giovanna levantó de pronto la cabeza.

—Gómez, ¿hay una lista de los invitados a este cóctel?

—No. A veces las invitaciones se hacen por teléfono. Algunos, a menudo, vienen por azar, sin saber por qué se da el cóctel. Pero no temas, baby. El mundo es pequeño y Nueva York es más pequeña que el mundo. Si has perdido a alguien ya está escrito que has de encontrarlo, lo encontrarás. Yo tengo sangre española, y creo en los fantasmas.

—Pero yo no he perdido a nadie, Gómez.

—Tanto mejor.

Gómez la miró con atención y trató de hacerla sonreír.

—Vamos, vamos. ¿Dónde se ha escondido tu hermoso vestido de oro?

—Debajo del abrigo.

—Te sienta bien ese vestido. Deberías lucirlo también por la calle y la gente diría: He aquí, por fin, una chica toda de oro.

Giovanna sonrió, impenetrable.

—Eres muy amable.

—¿Te acompaño al hotel, baby?

—No, gracias, prefiero andar un poco.

—Entonces, adiós. Y trabaja, te lo ruego.

—Adiós, Gómez —dijo Giovanna, que no pensaba en el trabajo sino en Richard; y que con la mirada interrogaba a los transeúntes, buscándole, creyendo reconocerlo en cada uno de ellos.

Le pareció identificarlo en un hombre que compraba el "Herald" y luego en otro que llamaba un taxi y, por último, en uno que le volvía la espalda y, al acercarse ella, le preguntó: "¿Vamos, guapa?" Buscaba, buscaba y se repetía inútilmente que esto era grotesco, que si el hombre del cóctel hubiera sido Richard, habría sido él quien hubiese corrido a su encuentro, y de todos modos Richard había muerto. Exacto. Pero no hubiera podido reconocerla: ella era una niña en aquel entonces. Palabras. Todo el mundo sabía que aquel cóctel se daba en su honor; su nombre no había cambiado. Exacto. Pero Gómez había dicho que a menudo la gente va a un cóctel sin saber por qué ni para quién se da. Tenía que buscarlo, por lo menos para librarse de una pesadilla. Y ¿cómo buscarlo? El teléfono, claro. Todos los americanos tienen teléfono.

Entró en un snack bar. Las cabinas estaban todas ocupadas. Se metió en otro snack bar. Un hombre se escurrió en la cabina libre antes de que ella hubiera tenido tiempo de cerrarle el paso. Se apoyó en el borde de metal del mostrador, pidió una cocacola y esperó a que el hombre saliera de la cabina. El hombre no salía. Hablaba y hablaba. Giovanna esperó. Al fin el hombre salió y ella se metió en la cabina. Buscó la guía. No estaba allí. Salió de la cabina. Tomó la guía. Pero ¡qué guía! La guía telefónica de Nueva York eran seis libros. Tomó uno al azar. Era la guía por profesiones. ¿Cuál era la profesión de Richard? Pianista. ¿No le había dicho que cuando fuera mayor sería pianista? ¿Cómo se dice pianista en inglés? Pero ¡qué tonta! Era mejor buscar por nombre, en la letra B.

B de Balíne. Aquí está la letra B.

Había muchas páginas con la letra B. ¡Maldita sea! ¿Cómo se hace para buscar una criatura dentro de tantos quilos de papel impreso?

—Bala... Bale... Bali... Balinoski.

No. Más arriba.

—Balifort.

No... Más abajo.

—Balimas, Balian, ¡Balín!

No. Tenía que ser Baline. Baline, con una e final. Esto lo

recordaba muy bien porque un día le había escrito el nombre en su cuaderno. El dedo se deslizó un milímetro, una fracción de milímetro, en busca de una e que no estaba allí. No había ningún Baline con *e* final. No había más que aquel Balín sin nada. Giovanna se mordió el dedo, que volvió a apoyar sobre el nombre de Balín. ¿Se podía escribir así también? Llamaría a aquel Balin cuyo nombre de pila era Laurence, acaso el padre de Richard. Entró en la cabina, metió los diez centavos en la ranura. Marcó el número, pero su dedo temblaba de tal manera que no acertaba a meterlo en el lugar debido y tuvo que marcarlo tres veces.

—¿Cómo? —contestó una voz irritada—, ¡Aquí no hay ningún Richard!

Dejó el auricular, ruborizada. ¿Por qué tenía que haberlo? Richard había muerto, murmuró. Volvió a la biblioteca de guías. ¿Y si llamara a Joseph? Joseph Orwell. Tonterías. Joseph le había dicho que vivía en Texas. Dejó de buscar en la letra O y se fue hacia el hotel, cansadísima, irritada. Pero, ¿qué es esto de correr tras un fantasma? El dolor por Richard se había desvanecido hacía ya tiempo y los hombres a quienes había conocido en el curso de aquellos años le demostraban que la fidelidad a un recuerdo es imposible. Debería imponerse disciplina, no permitir que su fantasía la distrajera de su viaje a Nueva York: el trabajo. Pero le dolían las rodillas y ahora le dolía también la cabeza. ¡Si por lo menos hubiera podido confiarse a Gómez o a Martine! Lástima que detestara ciertas debilidades mujeriles.

Las dos primeras noches no durmió. La tercera llegó tarde a una cita con el joven productor que había estado en Kenia, el cual, intrigado por su fuga, la había buscado; las horas transcurrieron de manera tan plácida que, hablando con él, tuvo la impresión de que se curaba de una misteriosa enfermedad. Se impuso que, en lo sucesivo, nada de sentimentalismos ni de alucinaciones. Para empezar, telefonearía enseguida a Martine diciéndole que no la vería en El Morocco y la telefoneó enseguida. Martine le gritó de indignación, su amistad traicionada y le replicó que por lo menos fuera al Peter, un restaurante de la calle Cincuenta y Siete, donde cenarían a eso de las nueve.

—Te lo ruego, cariño. Bill llevará a un amigo, un pelma inaguantable. Tienes que librarme de él.

Ella se mostró inflexible y a las nueve, después de una cena rápida, se metió en la cama a meditar sobre su sensatez, su autosuficiencia, el indiscutible dogma de que somos siempre nosotros quienes nos construimos nuestro destino y ¡qué frío! ¡Qué raro! No era todavía septiembre, ¿cómo podía hacer ese frío?, pensó. Cautamente sacó un brazo bajo la sábana, encendió la luz y trato de averiguar si era frío o fiebre. Un zumbido raro le hizo comprender que se trataba

del aire acondicionado. La camarera había elevado el volumen. Más cautamente aún se levantó y buscó el interruptor para pararlo. No lo encontró y se metió otra vez en la cama para pedir ayuda por teléfono. El teléfono estaba entre la Biblia y la biografía del señor Sheraton, fundador de los Hoteles Sheraton. Tenía los números, como todos los teléfonos, y además una línea con otros números a los cuales los clientes del señor Sheraton debían llamar según lo que necesitaran. Había un número para el mozo y otro para la camarera, uno para el limpiabotas y otro para el servicio de correos, uno para el director y otro para el portero, uno para las llamadas urbanas y otro para las llamadas interurbanas. Pero no había ningún número para decir que tenía frió y que no encontraba el interruptor del aire acondicionado.

Giovanna titubeó un poco, estremeciéndose, luego llamó a la centralita y dijo que tenía frío. Le respondieron que no era asunto suyo. Llamó al mozo y a la camarera, a la oficina postal y al portero, al director y al subdirector y todos le contestaron que no era asunto suyo y que tenía que dirigirse a otro. Furiosa, dejó el teléfono y buscó en la biografía del señor Sheraton dónde pudiera estar oculto el interruptor del aire acondicionado: la biografía contaba solamente lo muy audaz que había sido aquel hombre que no poseyendo más que cincuenta centavos había construido hoteles tan eficientes. Dejó la biografía del señor Sheraton y tomó la Biblia; pero tampoco la Biblia decía dónde se encontraba el interruptor del aire acondicionado ni a quien hay que llamar cuando se tiene frío. Se levantó, recogió el abrigo y las prendas cálidas que tenía y lo echó todo encima de la cama como hacia cuando era niña y en casa no había calefacción y un brasero había de bastar para toda la familia, y volvió a la cama, pero ya no tenía sueño. Se vistió, se maquilló y bajó al bar del Sheraton para calentarse con un coñac.

—Un coñac doble, por favor.

El barman no se movió y dijo, con voz monocorde:

—No ladies alone in the bar.

¿Qué había dicho? ¿Es que estaba sorda?

—Un coñac doble, por favor —repitió.

—No ladies alone in the bar.

¿Qué diablos le decía aquel hombre? Repitió otra vez, pacientemente, su demanda.

—Un coñac doble, por favor.

El barman no se movió. Intervino un cliente, divertido.

—No se admiten señoras solas en el bar. Usted no es americana, ¿verdad?

—No. De todos modos, quiero un coñac.

—Me permite usted que se lo ofrezca —dijo el cliente, que se le acercó mirándole el escote.

—¡Vaya usted al diablo! —exclamó Giovanna, y, nalgueando, salió a la calle.

Llamó a un taxi.

El taxi se detuvo con un estridor de neumáticos. La chica se metió en el vehículo y dio un portazo.

—Al restaurant Peter, de la Calle Cincuenta y Siete Este.

Tuvo clara conciencia de haber dado aquella dirección sólo cuando el taxi se detuvo ante una pequeña escalera de madera que, de la acera, bajaba hacia el establecimiento, en la puerta del cual se leía “Peter”. Y entonces hubiese querido decir al taxista que se volviera atrás, que se había equivocado, que no tenía ganas de ver a Martine ni a Bill ni al pelmazo amigo de Bill. Pero no lo dijo. Pagó y descendió por la escalerilla de madera. Paciencia. Estaría allí diez minutos, el tiempo de beberse un coñac y contentar a Martine.

Abrió la puerta y avanzó.

El local era pequeño y estaba a oscuras, con mesitas de mármol y la elegancia de ciertos locales a la inglesa. Martine estaba sentada bajo una copia del Tintoretto y resplandecía de joyas como un ex voto. En aquel momento se llevaba un cigarrillo a los labios y su cara se veía iluminada por dos encendedores. Los dos hombres, por su parte, uno a su derecha y otro a su izquierda, eran dos manchas en la penumbra, puestas allí para encender el cigarrillo de Martine. Giovanna los miró apenas, distraída por aquellos grititos.

—¡Has venido, perdida! ¡Ah, qué feliz soy!

Luego Martine hizo las presentaciones.

—Gió, éste es Bill. Bill, ésta es Gió.

Bill se levantó y le estrechó fuertemente la mano. Era un hombre alto, esbelto, con bigotes maliciosos y ojos llenos de indulgente ironía. Olía intensamente a tabaco y su sola presencia turbaba.

—Gió, éste es Dick. Dick, ésta es Gió.

Dick se levantó y Giovanna quedó con la mano medio levantada, tendida a Richard Baline.

CAPÍTULO IV

COMO cuando se busca' un objeto perdido, invocando histéricamente la ayuda de los santos y de los familiares, y cuanto más vana es la búsqueda más aumenta el histerismo y, al fin, cuando el objeto le viene a uno a la mano por casualidad, uno se siente de pronto tranquilo y casi se avergüenza de haber armado tanto alboroto, así Giovanna miraba al hombre que había atormentado su adolescencia y aquellos días en Nueva York.

No sentía alegría, estupor ni alivio. Sólo pensaba: “Entonces murió Joseph, entonces no me equivoqué, pero cuánto ha cambiado”. En el fondo de su memoria encontraba, en efecto, los rasgos precisos de él, y era como si tuviera delante a otra persona. Las mejillas seguían hundidas, pero en el hueco se marcaba una arruga. La boca no revelaba ahora tristeza, sino desagrado. El cuerpo era menos delgado y lo que continuaba intacto era la turbación de la mirada. Los ojos, ahora lo recordaba, eran azules.

—Hola, Gió —dijo Richard, atrapando aquella mano inmóvil en *el aire,* y era evidente que no reconocía a Giovanna y que, por lo tanto, no comprendía lo que le pasaba.

Bill se llevó la pipa a la boca y la sujetó con los dientes. Martine, sorprendida, abrió los labios.

—¿No me reconoces, Richard?

Richard no contestó. Bill abrió la boca y dejó escapar una bocanada de humo. Martine palmoteo.

—¡Se conocen! ¡Es extraordinario! ¡Se conocen!

—Te llamas Richard Baline, ¿verdad?

—Sí, me llamo Richard Baline.

Hubo un largo silencio.

—Richard, soy Giovanna.

De nuevo silencio. La cara de Richard revelaba sólo una vaga incertidumbre. Giovanna tragó saliva:

—Durante la guerra... Con Joseph Orwell...

De pronto, Richard se puso rígido, como si el nombre de Joseph lo hubiese pinchado con la punta de una aguja. Luego se volvió para mirar a Bill, como si le pidiese ayuda. Después miró, incrédulo, a Giovanna.

Otra vez Giovanna tragó saliva.

—He crecido, Richard.

De nuevo Richard se volvió a mirar a Bill. Después exclamó:

—¡La pequeña Giovanna!

Y Giovanna se encontró con la cara apretada contra la chaqueta

de Richard, percibió un penetrante olor de espliego, dos brazos huesudos la estrechaban con fuerza, y reconoció, sin emoción, aquella voz insegura que en algunos momentos se quebraba en notas falsas, como la de uno que canta, y ahora decía:

—Increíble, realmente increíble. ¿Sabes que si te hubiera encontrado por la calle no te habría reconocido? Ahora eres una mujer.

—Tengo veintiséis años.

—Yo tengo treinta y cuatro.

Le tomó una mano y después la otra. Las estrechó y atrajo a Giovanna para que se sentara en una sillada su lado.

—¡Giovanna! ¿Qué haces, en Nueva York?

—Trabajo. Para el cine.

—¿Con quién?

—Con uno que se llama Gómez.

—¿Gómez? Lo conozco.

Y esta vez fue Giovanna la que se volvió a Martine. Martine no comprendió.

—Cariño, este encuentro es delicioso, pero estoy aburrida de estar metida aquí dentro. Quiero ir a El Morocco, quiero bailar. Vamos ya os haréis carantoñas en El Morocco. ¿Digo bien, Bill?

Bill asintió, con dignidad. Luego se levantó y puso la estola de piel sobre los hombros desnudos de Martine y permaneció inmóvil apremiando con los ojos a Richard y a Giovanna.

Richard y Giovanna no contestaron.

—¡Vamos, muchachos! —gruñó Martine.

Richard y Giovanna no contestaron.

~ —¡Quiero *irme*! —gritó Martine.

Richard y Giovanna no contestaron.

—O.K. Haced lo que os parezca. Nos veremos más tarde en *El* Morocco —concluyó Martine, y se fue, un poco irritada, mientras Bill la seguía en silencio.

Ya en la puerta, Bill se volvió, la pipa apuntando a Richard. Pareció que iba a decir alguna cosa. Pero no la dijo.

Salieron. Se oyó un portazo. Giovanna y Richard se miraron, confusos.

—Richard, no me digas que ayer estabas en el cóctel de Hultz.

—Sí, estaba. Alguien me llevó sin decirme siquiera de qué se trataba. Me marché casi enseguida. ¿Por qué?

—Te vi.

—*¡Cristo!* ¿Dónde estabas?

—Pues allí. Era un cóctel en mi honor.

—*¡Cristo! No* me digas que eras la chica del horrible vestido

dorado. ¡Cristo, sí! ¡Eras tú! Cristo, ¿por qué no me llamaste?

—Estabas en el fondo de la sala. Cuando llegué allí, ya te habías marchado. Creí que eras un fantasma. Te suponía muerto, ¿sabes?

—¿Muerto? —Se estremeció—. Murió Joseph. Quiso escapar, unirse a un grupo de partisanos, y murió. Yo no quería escapar, y mucho menos incorporarme a los partisanos, pero no se podía desobedecer a Joseph. Te mandé un mensaje, apenas pasadas las líneas. ¿No te lo llevaron?

—Sí, pero equivocado. Cosas que pasan.

—¿De veras recuerdas estas cosas? ¿De veras te acordabas de mí?

—¿Cómo no? Y, además, intenté telefonearte después del cóctel. Pero no encontré tu nombre en la guía.

Richard se rió, un poco apenado.

—Hay tres mil ciento diez y seis Smith en la guía de Nueva York, dos mil cuatrocientos cuarenta y cuatro Williams, dos mil ochocientos treinta y cinco Brown. Y ni un Baline. Esto me distingue de los demás americanos, ¿no te parece? Tengo el teléfono a nombre de mammy. Es quien lo paga. Oregon 4… —Le dio el número—. Apúntalo enseguida.

Giovanna lo apuntó con gesto maquinal. Poco a poco, la absurdidad del encuentro, su inevitabilidad, se aclaraba en su mente, y se envaraba en un terror opresivo.

—Y… ¿vives solo, Richard?

—Claro, ¿con quién iba a vivir?

—¿No te has casado?

—¿Yo? —rió de nuevo más apenado aún—. ¿Y tú?

—No. Vivo sola. —Ahora el terror se desvanecía y se transformaba en una gran ternura—. ¿Sabes, Richard, que recuerdo todo lo tuyo?, que querías ser pianista… ¿Has estudiado piano?

—No, era demasiado tarde. Me encontré con estas manos.

Tendió las manos que Giovanna recordaba pálidas y lisas y ahora las veía oscuras, nudosas.

—Soy fotógrafo, sobre todo fotógrafo de modas. ¿No has visto mis fotografías en “Harper’s Bazaar” y en “Esquire”?

—…y las cosas que me decías de Nueva York: las casas que tocaban el cielo, los dedos que rascaban la panza de las estrellas…

—¡Cristo, qué memoria! ¿De veras, te conté tantas mentiras?

—No eran mentiras. He visto Nueva York así.

Richard le dirigió una rápida mirada de gratitud y consultó su reloj.

—¿Tienes sueño, Giovanna?

—No, la verdad.

—Muy bien. Son las diez y media y yo no me voy a dormir nunca antes del amanecer: me parece que el sueño roba tiempo a la vida. Vamos a ver Nueva York.

Se detuvo, asustado.

—Naturalmente, no quiero estorbar tus planes. Lo he dicho así... Quizás preferirías ir con Martine... Te llevo.

—No quiero ir con Martine.

—Bien. ¡Muy bien!

Gritaba como un chico mal educado, agitándose.

—*¡Mi* Giovanna! ¿Cómo te ha llamado Martine?

—Gió. Todos me llaman Gió.

—Bien. *¡Muy* bien! ¡Me gusta! Te llamaré Gió.

—Pero *yo* te llamaré siempre Richard.

—Como mammy. También ella me llama sólo Richard.

—¿Por qué te llaman Dick?

—Es el diminutivo de Richard. Soy un tipo de diminutivo.

—También yo, ¿no?

Aquella noche, en Nueva York, soplaba una brisa ligera. *Del* mar llegaba un olor salobre que sofocaba el hedor a *gasolina y a polvo*: acre, como de pescado, como el que se *respira a lo* largo de la playa cuando somos felices. Los semáforos eran guiños de rojo, verde y amarillo, el taxista que los llevaba en dirección al puerto era un hombre alegre; en el puerto los barcos se mecían en fila, uno junto a otro como si fueran lanchas, y eran los buques más grandes que Giovanná hubiera nunca visto, los más blancos, los más bellos, y ora les envolvía un perfume de algas, ora se dejaba oír el sublime estruendo que era el rugido del ferryboat que partía a Staten Island.

—¿Has tomado alguna vez el ferryboat?

—No, nunca.

—Date prisa, que está a punto de soltar amarras.

Efectivamente, soltaba amarras, con la redonda cubierta entre el espumear del agua. Se alejó, deslizándose sobre un mar de peces, bajo un cielo de peces, sin estrellas porque las estrellas habían caído en la tierra, en la punta extrema de la isla que se llama Wall Street.

—Mira, Wall Street está temblando. Tiembla siempre con el viento.

—¿Y no cae?

—No puede caer. Es inmortal.

Reían tontamente, como niños, y la cara de Giovanna era fresca bajo las salpicaduras de las olas y las manos de Richard. Él le volvía la cabeza para que se viese la gran señora de hierro que llaman estatua de la Libertad y que, alzando un brazo viril, con la antorcha, parecía surgir del mar por un prodigio. Richard puso una moneda en el catalejo y la gran señora se acercaba, se acercaba, estaba ahora encima y Giovanna casi podía tocarle la nariz, la boca, el vestido verde musgo, la corona alrededor de la cual las gaviotas volaban lentamente o se cernían inmóviles con la cabecita erguida, las alas

extendidas y las patas encogidas, graznando un lamento pronto olvidado a causa de una nueva salpicadura de espuma, el ruido del ferryboat que te devuelve a tierra, y otro taxi, el ascensor que te lleva a la cúspide de la torre más alta del mundo.

—¿Has estado alguna vez en la azotea del Empire State Building, de noche?

—No, nunca.

—Date prisa, va a subir.

Efectivamente, subía en un soplo, mientras las orejas se llenan de aire, pero no te importa; el estómago se te revuelve, pero no te importa; y era como si no hubieras estado nunca en un ascensor, como si no hubieses visto jamás los números amarillos que se encienden en correspondencia con las plantas: veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta... "¡Dios mío, qué rápido, sube, Richard!", ochenta, noventa, cien, ciento uno, ciento dos, ciento tres...

—¡Estamos en el cielo!

—¡Es como si volara!

—¿Ves esa terraza que hay debajo de nosotros? Una vez un avión chocó contra ella.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y no se destrozó?

—No. Se destrozó el avión.

Y ahora abajo, otro sibilante soplo, mientras las orejas se llenan de aire, pero no te importa; el estómago se te revuelve, pero no te importa. Ahora, rápido, otro taxi que te precipita dentro de las luces, de los ruidos, de las caras que te parecen alegres porque tú estás alegre.

—¿A dónde me llevas, Richard?

—A Times Square.

—Pero si ya la conozco, Richard.

—No, no la conoces.

Naturalmente, había visto Times Square muchas veces en aquellos días. Pero era como si no la hubiera visto nunca y de sus labios brotaba una risa feliz, sumisa, mientras Richard le indicaba el infierno de luces que quemaba los muros, los techos, las calles; después el humo que salía del asfalto, luego la cascada de plata que bajaba desde un cuarto piso para anunciar determinada agua de mesa; más allá el fuego que ardía en un tercer piso para anunciar cierta marca de cigarros, luego los escoceses que en un segundo piso bailaban para recomendar cierta marca de whisky, más allá el torrente de platino que caía alrededor del palacio del "Times" para informar sobre cierto gángster que había sido detenido, luego el llamear azul, verde, violeta que nacía, moría y de nuevo nacía para anunciar una película de Marilyn Monroe.

—¿Te gusta? ¿Eh, te gusta?

—Es maravilloso, Richard.

No todo era maravilloso en Times Square. En una acera, un mendigo dormía abrazado a la bomba del agua y unos teddy boys pegaban puntapiés al paquete de andrajos que era su cuerpo. En la otra acera, una histérica del Ejército de Salvación levantaba su carita medio escondida por un gran mechón de sus cabellos y gritaba:

—¡Los condenados morirán! ¡El Señor os matará!

La gente se reía a carcajadas:

—¡Oooooh, qué miedo!

En las puertas de los bares las prostitutas se ofrecían, los borrachos vomitaban, las criaturas extraviadas lloraban; pero Giovanna y Richard no podían ver esto porque aquella noche eran de nuevo unos niños.

—¿Compramos crocante, Richard?

—¡Oh, sí!

El perfume de las almendras con azúcar y mantequilla excitaba el olfato de Giovanna y de Richard, como un desquite. ¿Cuándo había sido tan bueno el crocante? Nunca. Cuando era niño, mammy no le daba crocante para comer porque decía que era antihigiénico. Cuando era niña, mamá no le daba crocante porque decía que era indigesto.

—¿Vamos al tiro, Richard?

—O.K. Vamos a tirar.

Había puestos de tiro al blanco en Times Square. Y en el barracón del gigante vestido dé persa antiguo, que calzaba unos zapatos con una borla y llevaba una media luna encima del turbante, se podía tirar contra patos de cartón, contra indios de plástico y hacer muchas cosas, como imprimir un título absurdo en un ejemplar falso del “ Times”, fotografiarse en cincuenta segundos, preguntar el propio futuro a una máquina. Empuñaron, riéndose, las escopetas. Miraron a las diez y ocho velas alineadas sobre un banco. Había que apagar de un tiro cada una. Detrás de ella los niños silbaban y gritaban;

—¡Dale, baby!

—¡Defiendo América! —gritó Richard.

Y apagó diez y seis velas.

—¡Defiendo Europa! —contestó Giovanna.

Y apagó diez y siete.

—Me has ganado. Me alegro —dijo Richard.

—Diez y siete es mala suerte, bad luck.

—Buena suerte, good luck.

—Vamos ahora a hacernos la foto.

Se metieron en una cabina y se sentaron, serios como escolares, la mirada fija en el objetivo, y de pronto apareció *la* fotografía; desenfocada, de color marrón, idéntica a las que se hacen en la escuela, cuando uno se sienta junto al chico o la amiga que le gusta

más.

—Ahora preguntemos el porvenir a la máquina.

La máquina era de hierro. Se metía una cartulina firmada, llena de agujeros como los recibos del gas o de la electricidad, se maniobraba una palanca y la máquina entraba en acción con un fragor terrible. Por los agujeros de la cartulina se metían unas agujas de acero y un brazo automático entregaba la respuesta: estampada allí, ante tus ojos. El veredicto para Richard decía: “Odias las responsabilidades personales. Nada de lo que haces es deliberado o deseado por ti. Vivirás solo.” El veredicto para Giovanna decía: “Eres obstinada en tus deseos. Todo lo que te sucede lo has querido. Vivirás sola.”

—Richard, ¿no será esto un poco verdad?

—¡Qué va, Gió!, las máquinas se engañan. He aquí una edición extraordinaria para ti.

Haciendo una cómica inclinación, Richard le entregó el ejemplar falso del “Times” en el cual había hecho imprimir un título enorme: *Gió arrived in New York! Dick very happy.*

—Eres adorable, Richard.

—Menos que tú.

Soplaba una brisa ligera aquella noche en Nueva York. Del mar llegaba un olor salobre que sofocaba el hedor a gasolina y a polvo: acre, como de pescado, como el que se respira a lo largo de la playa cuando somos felices. Y no había allí nadie que les dijera: “Basta ya, niños”. Los semáforos eran guiños de rojo, verde y amarillo, y un silencio peligroso fermentaba las cosas, su inquietud, la ciudad entera. Se detuvieron ante un restaurante y un pavo grande como un avestruz dormía, desplumado, junto a aguacates grandes como calabazas, mortadelas grandes como columnas, lechugas grandes como coles, cada una de cuyas hojas era una cazuela pintada de verde, y todo era tan mastodóntico que parecía proceder de otro planeta para saciar el hambre de algún gigante o el estupor de Giovanna.

—Y ahora, ¿a dónde vamos?

—A Radio City. Quiero mostrarte el cine más grande del mundo.

Compraron avellanas, entraron en el cine más grande del mundo, y se sentaron juntos en la oscuridad para ver a John Wayne a caballo.

—¿Avellanas? —ofreció Giovanna tendiendo el cartucho.

—Avellanas.

Richard tomó el cartucho y con él la mano de Giovanna. Sus dedos se entrelazaron, un poco sucios de la sal untuosa que dejan las avellanas, pero ninguno de los dos se dio cuenta de ello.

Tampoco se dieron cuenta de que John Wayne se apeaba del caballo y disparaba contra alguien y lo mataba.

Salieron.

El reloj de Radio City señalaba las doce y media. Un silencio peligroso volvía a fermentar las cosas, su inquietud, la ciudad entera. Los dos sabían que deberían haberse despedido porque era tarde, porque estaban cansados, porque no tenían ya doce años y veinte sino veintiséis y treinta y cuatro. Pero:

—¿Tienes sueño, Gió?

—No, no tengo sueño.

—¿Te... gustaría ir a otro sitio?

—Sí, quiero ir a otro sitio.

Y cometieron el último error.

El último error se llamaba Palladium, una pista de baile para negros. Los negros se sentaban en el suelo y marcaban el ritmo con las palmas rosa. El ritmo lo marcaba un tambor y el tambor era enorme, y también el negro que lo tocaba era enorme. Tenía enormes pies y enormes pantorrillas, enorme estómago y enormes dedos con los cuales extraía del tambor un ritmo obsesivo y cruel que los negros llamaban twist. Más que extraerlo, lo inventaba, con la pesada soberbia de un pueblo sano; y pronto no le bastaron los dedos para inventarlo; por esto se puso a golpear con los codos, y a los pocos momentos tampoco los codos le bastaron y empezó a dar golpes con la cabeza, más fuerte, cada vez más fuerte, hasta que muchos de los negros se levantaron y, agitando las caderas, los hombros y los brazos se lanzaron a bailar en la pista, estremecida de ingles, rostros contraídos y sudor. Uno de los negros gritó:

—Come, young lady! Come!

Y otros gritaron:

—Go, young lady! Go!

Eran cien, doscientos, trescientos, todos negros y enormes alrededor de ella, tan pequeña y blanca, y seguían el ritmo, reían con ojos enormes y dientes enormes, se apartaban para abrirle paso, y la excitación aumentó.

—¡Ven, Richard!

—¡Estás loca!

—Go, young lady! Go!

—¡Por favor, Richard!

—¡Cálmate, Gió!

—Come, young lady! Come!

El negro que la había llamado primero se adelantaba, inexorable. El tambor sonaba cada vez más fuerte. Trescientos pares de ojos la miraban fijamente, entre divertidos y ofendidos. Trescientas gargantas la incitaban, hostiles y cordiales. El negro estaba a dos pasos, a un paso, ante ella, la tomaba del brazo, tiraba de ella.

—¿No quieres bailar con un negro, young lady?

El tambor sonó menos fuerte y entorno se hizo casi el silencio.

—¿No quieres?

Se levantó. Estuvo indecisa un momento, frenada por el miedo y la contrariedad. Luego, se lanzó de repente en la pista, entre aquel estremecimiento de ingles, rostros contraídos, sudor, y mientras el tambor volvía a sonar más fuerte, los negros gritaban:

—Go, young lady! Go!

Y Richard, excitado, se puso a gritar con ellos:

—Go, Gió! Go!

Y comenzó a mover las caderas y los hombros. Y bailó, bailó en perfecta sincronía con el tambor, con las palmas rosa que marcaban el ritmo, los gritos y los movimientos de cabeza, hasta que todo terminó con un rugido glorioso, un último grito de Richard, y se encontró despeinada, sudorosa, con los sentidos alborotados, sobre un niño a quien deseaba y que la conducía ahora en un taxi hacia Washington Square, que se detenía con ella bajo el arco de Washington Square, circundado de árboles, negro, tan extraño en Nueva York, imprevisible, y la miraba como si no hubiera ya nada más que decir.

Entonces ella dijo:

—Martine vive aquí.

Él dijo:

—También yo vivo aquí. A— tres manzanas.

Ella dijo:

—¿Tomamos un whisky?

Él dijo:

—No... No sé si tengo hielo.

Ella dijo:

—Sí que lo tienes.

Y casi lo empujó hacia la casa de dos pisos, el portal con un león de piedra, la pequeña puerta pintada de verde, que abrió. Al otro lado de la puerta había un pasillo, después una salita con un diván de terciopelo marrón, dos butacas de terciopelo marrón, una mesa llena de fotografías y de máquinas fotográficas. En el lado derecho de la sala había dos puertas: la de la cocina y la del cuarto de baño. En el lado izquierdo, una puerta de corredera desde la cual se veía un dormitorio, con una cama doble, una librería y una cómoda. Al pie de la cama había un receptor de televisión. La cama estaba por hacer.

Con un movimiento torpe, Richard estiró la sábana y el cobertor y ocultó un par de calcetines entre los libros.

—El whisky está en el escritorio. Voy a buscar el hielo.— El hielo estaba en la cocina y al pasar del dormitorio a la cocina, Richard se quitó la chaqueta y quedó en mangas de camisa. La camisa flotaba sobre los hombros huesudos y el tórax un poco flaco. Giovanna sintió que le oprimía el vientre un súbito impulso de ternura.

Bebieron el whisky: ella lentamente, como si no lo necesitara, él

de un trago, como si quisiera darse ánimo. Los dos en silencio. El silencio interrumpido sólo por un rumor de pasos que llovía del techo, rítmicos, lentos, despiadados, como los de una persona que espera a alguien que tarda pero que ha de llegar. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos... Richard levantó la vista al techo y corrió a poner tres o cuatro discos en el tocadiscos. Después se quitó los zapatos y se tendió en la cama. Por la ventana, con las cortinas corridas, entraba, encendiéndose y apagándose a intervalos precisos, el anuncio azul de la Gordon's Gin. Giovanna pensó que, con aquella luz azul sobre el rostro, Richard parecía un arcángel. También tenía de los arcángeles la dulzura femenina y los cabellos un poco largos que se le rizaban detrás de las orejas y sobre la frente.

—¡Ah, qué pasaje! ¡Qué voz! ¿Te gusta, Gió?

—¿Quién es?

—La Fitzgerald. Me encanta. He comprado seis discos suyos en un año. ¡Ah! Esta es *Love for sale*. Después viene *Night and Day*. Y luego *Ace in the Hole*. ¡Ah, divina! ¿Estás triste, Gió?

—No. ¿Por qué?

—Hablas muy poco. Con monosílabos a veces. Yo, en cambio, hablo demasiado. No puedo estar callado. Nunca. Sobre todo cuando soy feliz. ¿Eres feliz, Gió?

—Sí.

—Yo soy tan feliz, en este momento, que tengo miedo. Miedo de qué me preguntarás. Bueno, pues no lo sé. De todo y de nada. Tal vez porque me parece tener veinte años. ¡Cristo! ¿No oiremos la señal de alarma? ¿No vendrán los alemanes?

Se bebió otro whisky, gozoso. Después cruzó las manos bajo la nuca y miró al techo, como el día en que ella había entrado en la habitación en que dormía y se había sentado a su lado, en la cama, cuando Joseph estaba en el baño.

—Veinte años, realmente. ¡Cuando pienso que la otra noche estaba en el cóctel y miraba distraído a una chica que llevaba un vestido dorado! ¿Quién iba a pensar que aquella chica era la misma niña que me había cedido su cama? ¡Qué pequeño es el mundo! Y tú, ¡qué hermosa eres! Deberías posar para mí. De veras. Habrías tenido que verte cómo bailabas. Aquellos negros se te comían con los ojos. ¿Sabes?, tuve miedo cuando aquel mono grandote se acercó para invitarte. Pero después he sentido un auténtico terror. Pensaba: "Ahora se la comen, Dios mío, ahora se la comen."

Giovanna dejó el vaso con el whisky casi intacto y se sentó, cauta, en la cama. Él hablaba y hablaba, con las manos cruzadas bajo la nuca, como aquel día; y a ella le subía por las piernas un temblor, com aquel día; en la sien izquierda palpitaba una vena, como aquel día, y todo volvía a empezar en el momento preciso en que se había

interrumpido aquel día. Se aproximó a él un poco más en el lecho. Le miró directamente los ojos.

—Richard.

—¡Oh, te aburro! Perdóname. Sí, comprendo, es un poco tarde. Enseguida te acompaño al hotel. Pero ¿por qué no esperas un poquito más? Sólo un poquito. ¿Quieres ver la televisión, quizás? La enciendo.

Se sirvió otro whisky, nerviosamente, esta vez. Encendió el televisor, en el cual se vio a una chica en camisa que saltaba sobre un colchón: el anuncio de la noche.

—¡Qué raro! Debería haber un buen programa a esta hora. Pero sí, quizá tengas razón: son ya las dos y media. ¿Quieres volver al hotel? Pero, no, espera, te lo ruego.

—Richard —dijo Giovanna, resuelta—, no quiero ver la televisión. No quiero irme al hotel.

Luego se acercó un poco más a Richard y todo sucedió como tenía que suceder: mientras una chica en camisa anunciaba un colchón, mientras la Fitzgerald cantaba *Ace in the Hole,*. mientras los resplandores de la Gordon's Gin se encendían y apagaban sobre ellos, en una escena de película de tercer orden. Ahora Richard había apagado la luz y respiraba fuertemente, como quien ha corrido mucho. Ella, por su parte, contenía el aliento, como hacia cuando caían las bombas de los aviones. No sentía placer, ni alegría, ni horror: sentía sólo un gran sueño, luego un gran hastío, después un gran sueño y por último un gran dolor como el día en que el médico la había operado de otitis con un hierro caliente dentro de la oreja. Abrió los ojos y sobre los suyos vio los de Richard: desmesuradamente abiertos, desesperados, sorprendidos. Y Richard se lamentaba.

—Oh! I am sorry, sorry!

—No, Richard. ¿Por qué?

—Oh! I am sorry, sorry, sorry! —repitió Richard.

Luego el hombre se separó y se acurrucó en el otro borde de la cama, se cubrió la cara con las manos, estremecido por un gemido. Un gemido que pronto se convirtió en sollozo y luego en llanto. Un llanto desolado, impotente, de niño que ha hecho algo malo pero no sabe bien por qué y teme ser castigado.

—Por favor, Richard, no llores. No hay por qué llorar. Te lo ruego, Richard, no llores. Debería ser yo quien llorase, ¿no? Mírame, Richard. ¿Te parece que esté llorando?

En efecto, sus ojos estaban secos y tampoco sentía un nudo en la garganta. No sentía ni remordimiento, ni pesar, ni sensación de alivio o de culpa. Sentía sólo aquel dolor en el fondo de su ser, insistente ahora como un dolor de muelas.

—Perdóname, perdóname, Gió.

—Richard, obedéceme. No puedo ver a la gente llorar. Serénate.

Pero no se serenaba. Y entonces ella se levantó, buscó la bata de él y se la puso. Encendió la luz, paró el tocadiscos, después el televisor, buscó un pañuelo y, como una madre queˆ consuela a un hijo enfermo, le separó las manos de la cara, le secó como pudo las mejillas, lo cubrió con la sábana y luego con la colcha, le ahuecó la almohada bajo la cabeza, volvió a meterse en la cama y apagó la luz. Él la dejó hacer, en silencio. Luego tomó el pañuelo, se lo pasó por los ojos, se sonó. Luego le apoyó la cabeza sobre un hombro y estuvieron largo rato así, pidiéndose, silenciosamente, disculpas por todo, mientras la noche se desvanecía con la primera claridad que anuncia la mañana.

Al alba, cuando el anuncio de la Gordon's Gin dejó de relampaguear, Richard dio un gran suspiro y se dejó caer sobre la almohada, apretando el pañuelo mojado entre los dientes. Giovanna esperó a que se durmiera, salió con precaución del lecho, recogió sus ropas amontonadas en el suelo, se vistió y con los zapatos en la mano, para que Richard no se despertara, salió de la casa. Hacía frío y soplaba un poco de viento: un trozo de papel danzando en el aire abofeteó al lechero, que soltó una blasfemia. Un taxista se detuvo y dijo:

—Buena juerga, ¿eh, baby?

Ella respondió secamente:

—Park Sheraton Hotel.

Pero a los pocos metros dijo al taxista que volviera atrás. Él obedeció y ella, sin advertir una cara de mujer que la espiaba desde una ventana del segundo piso, miró insistentemente la casa, el portal con el león de piedra.

—¿Ha cambiado de idea? —preguntó el taxista.

—No, gracias. Siga.

En el hotel se durmió enseguida.

* * *

Se despertó por la tarde, con la confusa sensación de que había sucedido algo, pero no recordaba qué.

Recordó el incidente del aire acondicionado, pero la cosa no era esto.

Recordó la discusión con el barman, pero la cosa no era esto.

Recordó el taxi que la llevó al bar Peter y a Martine que gritaba: ‘‘¡Os conocéis!”, pero la cosa no era esto.

Recordó las velas del tiro al blanco y como Richard gritaba: “¡Me has ganado! Me gusta”, pero la cosa no era esto.

Recordó la escena en el Palladium, con el negro que le decía: “¿No quiere bailar conmigo?”, pero la cosa no era esto.

Recordó a Richard que lloraba en la cama, diciendo: “I am sorry, sorry, sorry!” y de pronto supo claramente lo que había sucedido.

Sintió primero una gran maravilla y luego un inmenso miedo, como si la habitación se hubiera abierto sobre una vorágine negra que la precipitaba directamente en el infierno. Se tocó el vientre para comprobar si había cambiado: seguía siendo el de siempre. Se tocó los brazos y las piernas y el resto del cuerpo, como si cada parte de él se hubiera hecho monstruo: seguían siendo los mismos brazos y las mismas piernas y el mismo cuerpo. Buscó el dolor físico que la había molestado y no lo encontró. Halló sólo una angustiosa pregunta: “Y ahora, ¿qué hago?”

—Ahora, nada —se dijo en voz alta—. Me baño.

Se levantó para que el agua corriese en la bañera y, mientras atravesaba la habitación, vio la carta.

CAPÍTULO V

LAS MALETAS de Richard estaban preparadas y la papelera, junto al escritorio, estaba llena de hojas de papel. Al llegar a la decimoquinta cuartilla, Richard soltó un taco, se puso en pie y empezó a dar zancadas de un lado a otro de la habitación. La camarera había abierto las ventanas para que circulara el aire y, no obstante, le parecía notar en la pieza un perfume que no era el acostumbrado perfume masculino del espliego sino un perfume de mujer que le enervaba. Pasó al dormitorio. La cama estaba hecha, pero en el tocadiscos había quedado el disco de la Fitzgerald y verlo le sobresaltó. Pasó a la cocina y vio los vasos, limpios y alineados pero verlos le desconcertó. Pasó al cuarto de baño y se afeitó, pero apareció sobre la piel una gota de sangre y Richard, de pronto, enrojeció y se tapó los ojos. ¡Pobre Gió! Era tremendo haber hecho aquello; como dar una puñalada a un niño. ¿Quién es el imbécil que puede sostener que es un rito, un momento sagrado? Es una acción sucia y dolorosa: mammy tenía razón. Acabó de afeitarse apresuradamente, lanzó con enojo la toalla, volvió a la sala y se dejó caer en una butaca. Miró hacia el techo y del techo llovió, como de un grifo mal cerrado, el rumor de pasos.

Iban de una pared a la otra y luego a la inversa: rítmicos, lentos, despiadados, como si quien caminaba esperase a alguien que tardaba, pero que había de llegar. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Ahora se detenían, pero enseguida comenzarían de nuevo; y en el intervalo le parecía oír una respiración afanosa, la respiración de mammy que esperaba, rígida, la invocación: “Hallo, mammy!” Sucedía así siempre, cuando él estaba en casa. Para llamarte, Florence se ponía a andar de un lado para otro y no se detenía hasta que el hijo contestaba. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. “Hallo, mammy!” “¡Ah, estás ahí, hijito!” Como un guardián que custodia a su prisionero. Richard se oprimió las mandíbulas, rabiosamente. Por 1o general, cuando sucedía esto, Richard se quedaba en el sillón, con las piernas separadas, los codos sobre los brazos de la butaca, las manos en el estómago, pensando que la haría esperar un poquito, un poquito más, veinte minutos, treinta, cuarenta, para que comprendiera que había crecido y deseaba estar solo; o bien corría hacia el tocadiscos y ponía el disco más ruidoso que tenía a mano, elevaba el volumen hasta que los pasos ya no se oían. Pero luego sonaba el teléfono y todo se acababa. Le resultaba difícil no responder al teléfono. El timbre lo desesperaba y la voz de ella, tan suave, le proporcionaba consuelo; pero el hecho era que Florence no bajaba nunca a ver lo que él hacía, y respetaba el acuerdo.

El acuerdo era que ninguno de los dos había de invadir el terreno del otro y Florence 1o respetaba, incluso cuando ardía en deseos de bajar y los nudillos apretados por la terraza de sus dedos hicieran crac. Pero esto hacia más dramática aún aquella escaramuza amorosa que les dejaba agotados como después de un terrible abrazo, una renovada certidumbre de no poder prescindir uno de otro. Por te demás, ¿cómo habrían podido prescindir uno de otra? Para Florence, Richard era una riqueza que había que defender a costa de cualquier indignidad. Para Richard, Florence era el símbolo más sombrío de 1o que temía, las mujeres: pero una mujer en quién podía confiar, una mujer fuerte, una mujer que sabía defenderte. No se perdía en debilidades, como él y como su padre, aquel hombre triste, humillado, incapaz de comprarse una corbata él solo, ignorante de toda agresión. El día en que los muchachos del Village se habían burlado de él porque hablaba con las flores, su padre no había movido ni un dedo para defenderlo, pero Florence... El día en que la maestra le explicó que los niños nacen de la barriga, su padre no hizo nada para consolarlo, pero Florence...

Florence decía siempre que los niños los trae el viento: se posan, como las hojas, en la ventana, cien cada vez, y la mamá escoge el niño que le gusta más. Por esto la revelación de la maestra le había descompuesto y había regresado a su casa llorando; pero Florence había replicado que la maestra era una mentirosa. Y podía gritarlo fuerte delante de los compañeros de la escuela: “¡La maestra es una mentirosa!” No lo gritó, claro está, pero se lo dijo a todos como un secreto, hasta que la maestra quiso hablar con mammy. “Su hijo carece de todo sentido de la realidad. Su hijo está enamorado de los ángeles, señora.” “Y usted no tiene maldita la gracia, señora: no se meta en esto.” La maestra se había puesto a llorar. ¿Cuántos desquites, advertencias y. días felices debía a mammy? En verano él y mammy iban a Coney Island. Salían de casa con las provisiones y mammy conducía el coche. Recorrían la larga avenida bordeada de palmeras, luego bajaban a su pequeña playa particular y estaban allí hasta la puesta del sol, adorándose. El resto de la playa rebosaba de gente, de botellas vacías y restos de panecillos. Las chicas en traje de baño abrazaban a los hombres medio desnudos y les besaban en la boca mientras mammy decía: “No mires, es asqueroso.” Pero en aquel pañuelo de arena todo era limpio, casto, perfecto. A la puesta del sol, cuando llegaba la hora de regresar a casa, él lloraba, A la puesta del sol, los barracones encendían sus luces, los tiovivos daban vueltas y los coches de las montañas rusas se deslizaban en un estruendo de hierros, los hot dogs se freían en un agradable olor de grasa; le habría gustado mucho mezclarse con la gente y ver a la mujer-sirena o al hombre-asno, en lugar de regresar a Nueva York. Pero Mammy decía

que no, que no, y a lo sumo lo llevaba a Kiddieland, donde por cada niño había un policía, hasta que un día lo puso delante de la mujer-sirena, que era horrible, desnuda y con la cola en el lugar de las piernas. Él se había puesto a gritar mientras Florence decía: "¿Has visto? Te he traído aquí para que veas que mammy siempre tiene razón." Sí, lo sabía, era verdad, mammy tenía siempre razón; pero esta vez no escucharía sus consejos, su afecto morboso. Descolgó el teléfono, que empezaba a sonar y cogió la decimosexta cuartilla para escribir a Gió. Echó al cesto de los papeles también la decimosexta cuartilla. ¿Y si por una vez renunciara a escapar? *¿De* qué le habría servido escapar de la guerra? Nada más que para empeorar las cosas. No, no debía escapar... No, sí...

Tenía diez y ocho años entonces y papá había muerto después de una pelea con mammy: "Lo destruirás, como me has destruido a mí, bruja." "¿Ah, sí? ¿Yo te he destruido? Yo que te protejo, te defiendo y te ayudo?" "Florence, me encuentro mal." "Sí, estás enfermo. Tanto que, ¿qué cosa sabes hacer fuera del acto cochino que llamas el rito, el momento sagrado?" "Florence, estoy muriéndome." "Ha muerto, mammy". "Y ahora que tu padre ha muerto, ¿qué vamos a hacer, hijito?" "He decidido enrolarme, mammy" "Pero, hijito, te van a mandar a la guerra." "Por eso, mammy". "Tú no estás hecho para la guerra, hijito". "Da igual, debo ir, mammy."

Esperaba que la guerra lo liberase de la indiferencia por la muerte de su padre, de las debilidades cultivadas en la prisión materna, que lo mataran. Pero Florence tenía razón: él no estaba hecho para ir a la guerra, a ninguna clase de guerra. Los soldados, a quienes divertía su timidez, su cuerpo grácil, hacían burlas de él; una noche lo llevaron a un burdel en donde... La espera del combate destrozaba sus nervios; nunca había soportado los ruidos ni el espectáculo de la sangre ni el peligro. Nunca había entrado en batalla cuando lo desembarcaron en Sicilia y ni siquiera imaginaba f lo que pasaría cuando, la noche anterior, el general, con el cigarro en la boca, había gritado a la tropa: "Ningún jodido hijo de puta ha ganado nunca una guerra yendo a morir por su jodido país. Las guerras se ganan siempre matando a otros jodidos hijos de puta por su jodido país." Le había exaltado el general. Se sentía audaz y resuelto mientras el buque surcaba la oscuridad: decidido a vivir, decidido a matar. Después, al amanecer, ¡qué horror! Las lanchas de desembarco se deslizaban inexorables hacia la playa de fuego. Desde la playa llegaban las bombas en llamaradas y estallaban, levantando chorros de agua; secas como la risa de mammy. Pero allí no había risas de mammy. Había gritos, lamentos y estallidos, y muchachos como ¿1, que se lanzaban resueltos al agua, y de pronto se hundían con sus fusiles ya inútiles. Un soldado pequeño y rubio había caído de bruces sobre el agua,

como sobre una almohada, los brazos extendidos como invocando piedad. ¿Piedad? No había salvación ni piedad, ni en el cielo, ni en el mar, ni en la tierra. En tierra los muchachos caían en posiciones cada vez más grotescas, rodando, tropezando, doblándose todos en un grito: "¡Aaaah!", y después en un silencio de estupor. Del cielo descendían los paracaidistas lentos como las hojas de papel en los desfiles de Broadway, pero no eran hojas de papel, sino vidas humanas, colgadas de un trapo. Algunas veces descendían ya muertos y él los veía desmadejarse en un ruido sordo. Un muerto, dos muertos, cien muertos, mil muertos; y a cada muerto él se sentía más vivo, más vivo, porque le había tocado al muerto y no a él. ¿Cuánto había durado el infierno de Gela? Nunca lo sabría. Ni sabría nunca si él había matado a alguien; disparaba con los ojos cerrados, a veces gritando para darse valor y alguien junto a él decía: "Está borracho." De veras estaba borracho: de miedo, de explosiones, de desesperación. Luego, con la oscuridad, se había sentido mejor. Las explosiones se habían hecho más raras y él incluso había dormido media hora, escondido en un hueco, con los oídos sordos a los rumores. Pero, como una maldición, comenzó a alborear, y lo enviaron de patrulla con Joseph. Era el mes de julio y Sicilia era un campo de olivos desgajados, después de los olivos había un campo de naranjos que manchaban el verde como monedas de oro y él los miraba, soñoliento y encantado. Marchaban juntos, él, Joseph y otro. Parecía que todos los italianos y alemanes se habían marchado y que entre las monedas de oro no había más que aquel muerto, un italiano muerto en su ametralladora. Tenía un grumo de sangre en medio de la frente, casi como una cereza, y estaba sentado aún con el dedo tocando casi el disparador. Ya es terrible ver a un muerto que está allí como un vivo, pero luego... De pronto el muerto se movió como si se estremeciera, y cayó adelante, con el dedo en el disparador; la metralleta se disparó y la ráfaga segó por la mitad al tercer soldado. ¡Dios santo! Richard había visto muchas cosas durante aquel desembarco infernal, pero nunca a un muerto que disparase a un vivo y lo partiera por la mitad. Y se puso a gritar, a gritar y a correr, a correr, mientras Joseph le seguía diciéndole: "Cállate, idiota... ¿Qué haces? ¿A dónde vas?" Y se habían encontrado ante aquellos diez alemanes.

Lo que siguió fue humillación, sereno espanto. Un barracón de prisioneros, un tren que los llevaba a Alemania, Joseph que le proponía tirarse del tren, él que no quería hacerlo pero que acabó lanzándose, rodando por una pendiente escarpada, rodando con los brazos apretados alrededor de la cabeza para protegerla, el hombre que le acompañó a casa de aquella niña bonita que hablaba un inglés cómico: Giovanna. No, no habría podido soportar más el prolongado terror en aquella casa, el continuo mirar a través de las persianas

bajadas y esperar que los alemanes se presentaran en cualquier momento, si no hubiera sido por Giovanna. Joseph no había comprendido la ternura que él sentía por Giovanna; una ternura de hombre nunca sentida por una mujer, una gratitud casi amorosa. Joseph lo maltrataba, diciéndole: "¡Idiota! ¿No comprendes que está enamorada de ti?" "Pero, Joseph, si no tiene más que doce años..." "A los doce años se empieza a sentir lo que siente una mujer. ¡Idiota!" ¡Qué sabia él! ¿Acaso había tocado nunca a una mujer, excepto al monstruo conocido en el burdel? ¿Y no era una mujercita la que había abrazado en la cama cuando Joseph se indignó tanto? Luego había sonado la alarma, Joseph le había obligado a huir y Joseph había muerto. ¿Quién podía saber lo que habría pasado si Joseph no hubiera muerto? Tal vez él se habría curado. Lo insultaba como un hermano, lo escuchaba como un confesor; pero en su lugar ahora estaba Bill. Y a Bill se había sobrepuesto Giovanna. ¡Gió! Le había conmovido tanto en el cine al ofrecerle las avellanas. Le había exaltado tanto bailando con los negros. Lo de después, ni siquiera el sabría explicar cómo había sucedido ni por qué. Sabía sólo que por unos minutos había reencontrado en el lecho los gestos de un hombre: fáciles aunque inconscientes. Y después, ¡Dios, qué desastre! ¿Desastre? ¡Qué va! Hombre o no, ninguna Giovanna usaría nunca de su debilidad para traer al mundo otro Richard. Con dedos firmes sostuvo la cuartilla decimoséptima y escribió finalmente la carta.

Cuando la terminó eran las cuatro de la tarde. La metió en un sobre, tomó la maleta y la bolsa de las máquinas fotográficas y pensó, titubeante, si debía telefonear a mammy y a Bill, pero no telefoneó. Mammy lo habría retenido y Bill habría ironizado: "Dick, ¿quieres demostrar que sabes ir por el mundo sin mí?" Llamó un taxi y cinco minutos más tarde entraba en el Park Sheraton Hotel, para dejar la carta, y salía enseguida como perro perseguido. A las cinco se dirigía hacia el aeropuerto y sólo cuando el avión voló por encima de las nubes se sintió verdaderamente seguro. ¡Qué tonto haberse enojado tanto! Sonriéndose examinó sus uñas mordisqueadas y la sortija que llevaba en el meñique de la mano derecha, regalo de Florence, despidió un resplandor triunfante. En aquel mismo momento, en el trigésimo piso del Park Sheraton Hotel, Giovanna leía la carta.

"Querida Gió: Nunca en mi vida he escrito una carta tan difícil como ésta, ni he afrontado una situación tan cruel, de manera que hay muchas probabilidades de que esta hoja de papel acabe como las otras en el cesto y de que yo me vaya sin haberte explicado mi remordimiento y mi confusión. Querida Gió, lo que sucedió anoche fue, por lo menos, imprevisto: me pregunto por qué ha tenido que sucederme a mí, precisamente a mí. Después de todo, no nos

conocíamos suficientemente; de hecho, no nos conocíamos; un mes pasado en tu casa cuando tú eras una niña no basta para que yo comprenda quién eres ni para que tú comprendas quién soy. Unas pocas horas pasadas juntos tirando al blanco, viendo una película y bebiendo whisky no pueden servir de mucho más. Y ahora me voy. Nuestro encuentro no tiene ninguna posibilidad de derivar en unas relaciones serias y durables, ni la tendrían aunque yo me quedara. Gió querida, por razones que no puedo explicarte pero que no me honran, no estoy en situación de asumir, con respecto a ti, las responsabilidades que me corresponderían. Para desdicha mía y tuya he asumido ya una que es gravísima; pero espero que no sea la más grave y de ésta puedo por lo menos pedirte perdón. De las otras no podría ni siquiera pedirte perdón porque significarían la tragedia absoluta. Querida Gió, habría sido mucho mejor que nos hubiéramos limitado a escuchar los discos de la Fitzgerald y aún mejor que no nos hubiéramos encontrado, porque yo, como Peer Gynt, he descendido al antro de las brujas y voy en busca de una salvación que nadie puede ofrecerme. Querida Gió, *debería haberte dicho* estas cosas por la mañana, cuando saliste de mi habitación y creías que yo estaba *dormido*; tenía los ojos cerrados para que no me hablaras. *Hablar* habría significado discutir y yo no quería *discutir. Quiero sólo* rogarte que me creas cuando te juro *que me siento conmovido por* ti y por la culpa que compartimos. Tuyo,

Richard”

“P.S. Te aconsejo que vayas a ver a un médico o una doctora. Yo estaré en el Plaza Hotel de San Francisco. No sé hasta cuándo.”

* * *

En aquella carta no había ni siquiera una tachadura, una *corrección, un error. Una* chica indecisa entre el cinismo y la *ingenuidad no habría podido* encontrar víctima y verdugo más *peligroso y cualquiera* otra no habría titubeado en *comprenderlo y en* retirarse en buen orden. Pero Giovanna, con el *optimismo de* aquellas criaturas que no se arredran ni siquiera ante la derrota evidente y que después de cada derrota levantan la cabeza ciegamente pensando que peor podía haber sido y que no está todo perdido, no quiso comprender; y mucho menos retirarse en buen orden.

Una primera y rápida lectura de la carta de Richard le había hecho intuir que le daban con la puerta en las narices. Una segunda lectura, más atenta, le había hecho comprender la lucha que Richard debió sostener consigo mismo para decidirse a escribir una carta como aquélla. En un tercer examen, muy atento, se le reveló lo que no se

decía en la carta pero que le habría gustado que se dijera. Así, no condenó el grotesco consejo de ir a ver a un médico ni descifró las alusiones a las brujas. Pensó sólo que si Richard le daba su dirección de San Francisco era como si la invitara a reunirse con él o a escribirle. Pero ¿cuál de las dos cosas tenía que hacer? Naturalmente, no podía ir a San Francisco. Con Gómez tras ella, apremiándola en la cuestión del trabajo, era imposible. Entonces, le contestaría. Y, con toda su mala fe, compuso la trampa que sigue.

"Mi querido Peer Gynt: Tu carta podría titularse «Cómo Deshacerse de una Chica Molesta». Muchas gracias por haber sido tan amable y sincero. Sin embargo, te equivocas al pedirme que te perdone y a temer las responsabilidades. Si hay alguna responsabilidad, es mía; y no te implica a ti necesariamente. Te equivocas hablando de culpa. ¿Culpa de qué? Te equivocas maravillándote de lo que ha pasado. Yo sé poco de ti, es verdad. Tú sabes poco de mí, es verdad también. Pero aun dejando de lado el recuerdo que nos unía, el detalle de que no hayamos sido extraños uno a otro, no creo que sea necesario conocer la dirección y los pecados recíprocos para sentir lo que sentimos ayer los dos al vernos de nuevo. En la vida suele darse una especie de fatalidad. Fue esta fatalidad, y no nosotros, la que decidió lo que tenía que pasar. ¿Ha sucedido demasiado aprisa? Es posible. Pero las cosas importantes, como nacer, amar y morir no se regulan por el reloj, querido Peer Gynt. Y en esta confianza espero tu regreso; te agradeceré que vuelvas; te comprenderé si no vuelves. Para el caso de que no regreses, permíteme que te diga lo más importante: no te preocupes por las brujas, sean del género que sean. El drama más humano en la historia de Peer Gynt se desarrolla cuando baja al antro de las brujas y consigue librarse de ellas. Debo ser de la pasta de Solveig: las brujas no me dan miedo; también ellas tienen derecho a la vida. Amistosamente tuya,

Gió"

"P.S. No tengo ninguna necesidad de médico. Nunca me he sentido tan bien como ahora."

Giovanna pegó el sobre, salió al pasillo para meterlo en el canal neumático, repitiendo los mismos ademanes que cuando escribió a Francesco, y se dispuso, con indiferencia aparente, a esperar el desarrollo de la situación. Podría darse el caso de que Richard se acercase como un ratón a la trampa y se tragara el queso. Si no se lo tragaba, qué se le iba a hacer: Richard quedaría en su vida como el instrumento romántico que la había librado de un diente molesto: su

difunta virginidad. Más tarde o más temprano tenía que suceder: en este sentido, a fin de cuentas, le debía gratitud. Vamos, ¿no era ahora una auténtica mujer? Con nuevos ademanes llenó de agua la bañera, se metió en ella y acarició el placer de sentirse limpia bajo el jabón; No hay nada mejor que una buena jabonadura para lavarse de un exceso de emociones: lo decía también Francesco. Entonces se acordó de la existencia de Francesco y su seguridad se desvaneció. Abrió la boca, tragó agua como uno que se ahoga y faltó poco para que se cayera sobre el frío borde de la bañera, esmaltado de blanco.

Se recuperó rápidamente y se dijo:

—Mañana me voy a vivir con Martine.

CAPÍTULO VI

LA CASA de Martine era una construcción de tres pisos en Washington Square, con la cubierta de pizarra, la fachada oculta por la hiedra y el precio excesivo de un objeto de anticuario. Se entraba en ella por una pequeña puerta vidriera, lacada de blanco y protegida por cortinas de organdí y luego por un pasillo saturado de *Jolie Madame* que Martine echaba cada día como DDT. Junto al umbral había un timbre de alarma que sonaba cada vez que se abría la puerta. La camarera tenía que telefonear enseguida a la policía dispuesta a comparecer, diciendo que no se molestara, que entraba la dueña de la casa o un amigo. Martine, que vivía aterrorizada por la idea de que podían robarla o asesinarla, había hecho instalar aquel instrumento en complicidad con un sujeto del FBI, y esto era el único lunar en la exasperante sofisticación de un lugar en el que no existía nada equivocado: ni un cenicero, ni una alfombra ni el terciopelo color de hoja muerta que cubría la barandilla de la escalera interior.'

Por aquella escalera se subía al primer piso, en el cual estaban el comedor y el salón, ambos llenos de espejos, cuadros y objetos de adorno que Martine había traído de Europa junto con su divertida locura; en el segundo piso estaban su dormitorio y el de su ex, ocupado por Giovanna. Las dos habitaciones quedaban separadas por un tocador y daban a Washington Square, con los plátanos, los bancos, el busto de Garibaldi, la iglesia católica, los muchachos con blue jeans, el viejo bar frecuentado por homosexuales, modelos enfermas de cerebralismo, y beatniks, y con nombre francés: Monocle. "También la cultura tiene sus derechos, n'est-ce pas? Y además, chérie, yo no puedo soportar East Side, los ascensores. La única cosa que podría hacerme romper con Bill es que vive en un decimoséptimo y en East Side."

Giovanna detestaba a los clientes del Monocle, la falsa desenvoltura del Village: de Nueva York prefería, obstinadamente, los sólidos rascacielos de cristal, los rápidos ascensores. Pero la casa de Martine tenía la ventaja de estar sólo a tres manzanas de la de Richard; y Martine, como anfitriona, era perfecta. Distribuía atenciones, escuchaba toda clase de lamentaciones y devolvía el buen humor con sólo exclamar: "¡Christian Dior!", su manera de traducir la imprecación "¡Cristo Dios!". Cuando se enteró de lo que había pasado con Richard se limitó a exclamar: "¡Christian Dior!", y después a sugerir un viajecito.

—Me han invitado a un garden party en New England. Acompáñame, mon petit chou. Conocerás docenas de Richards, para

dar y vender.

—Gracias, Martine. Prefiero quedarme en Nueva York. Para el caso de que regrese y me llame.

—Si te llama, tampoco te encontrará. Para el señorito estás todavía en el Park Sheraton.

—He distribuido propinas entre los porteros para que le den tu número de teléfono.

—Peor para ti. Todo el mundo tiene derecho a hacer tonterías. Pero deja ya el teléfono, por favor. Me vienen ganas de convertirme en timbre y hacer rin, rin, rin.

—Le estaba quitando el polvo, Martine.

—¡Christian Dior! Ya tenemos para eso a la camarera. Pero en fin, Gió, ¿en qué han acabado tus bellas consideraciones sobre el diente molesto que habías de arrancarte?

—He cambiado de idea.

—Perdónala, San Lucas, perdónala.

—¡Cállate, Martine!

Habían transcurrido ya cuatro días desde que había enviado su carta, pensaba Giovanna, y la situación tenía que resolverse de una manera o de otra en las próximas cuarenta y ocho horas. Era mejor no arriesgarse en viajecitos y quedarse sola en Nueva York. Apenas Martine se hubo marchado, muy alegre, hacia su garden party, Giovanna volvió a hojear revistas junto al teléfono y cuando éste sonó, su mano, veloz, levantó el auricular.

—Hola, Gió. ¿Te acuerdas de mí? Soy Bill.

—Ah, sí... Nos conocimos hace unos días en el bar Peter. Martine no está en casa. Está de viaje a New England.

—No he llamado a Martine, te he llamado a ti. ¿Puedo verte?

—Si quieres.

—Me encuentro en el Monocle, tomando un whisky. ¿No te gustaría bajar?

—Bueno, la verdad es que... Sí, voy.

Rogó a la camarera que la avisara enseguida en el caso de que telefoneara el señor Baline, bajó las escaleras preguntándose por qué razón Bill la habría llamado precisamente en ausencia de Martine. Trató de recordar, y no lo consiguió, cómo era Bill. Pensó que seguramente ni le reconocería; la presentación había sido demasiado apresurada y luego no había tenido ojos más que para Richard. Lo reconoció antes de que él se volviera.

Bill estaba sentado en un taburete frente al mostrador, dando la espalda, deliberadamente, a la puerta y bebía sosteniendo el vaso de whisky con la mano izquierda, el pulgar en el borde del vaso y el meñique en la base. Llevaba un traje oscuro, de corte perfecto, y tenía la nuca salpicada de plata. Cuando ella entró, Bill se volvió con

lentitud estudiada y con lentitud estudiada se levantó y emergió de la penumbra ofreciendo el espectáculo de una roca de cara agradable, irritante, apenas endurecida por las arrugas de una madurez ya avanzada, atenuada apenas por los bigotes odiosos. Cada detalle en la persona de Bill provocaba, en efecto, respeto y antipatía ya a primera vista: la estatura excesiva, los hombros anchos, la boca desdeñosa, en fin la autoridad con que se movía y con qué decía las cosas, como si nada y nadie contara fuera de él. Tenía el aire de un hombre que nunca se había arrodillado y, en la misma medida que Richard parecía frágil, Bill parecía indestructible. Era el símbolo mismo de una América orgullosa de sus rascacielos, de sus calabazas mastodónticas, de su pueblo lleno de vitaminas y de sangre.

—Hola, Gió. Puedo llamarte Gió, supongo. Tenemos algunos afectos en común.

—Hola, Bill.

Giovanna se subió a uno de los taburetes y sostuvo con firmeza la mirada de aquellos ojos despiadados que la escrutaban por debajo de los párpados medio cerrados y examinaban los posibles secretos de quien estaba frente a ellos.

—¡Qué placer, verte! Hemos tenido tan poco tiempo para hacernos amigos después de tu emocionante encuentro con Dick. Emocionante, ¿no? Os olvidasteis de reuniros con Martine y conmigo en El Morocco.

—No nos veíamos desde hacía catorce años y yo le creía muerto. Increíble, ¿no?

—La verdad es que las cosas que suceden no son nunca increíbles puesto que suceden. La realidad, estimada amiga, supera siempre a la fantasía. Cuando escribo, sigo siempre esta regla: presentar personajes y situaciones reales, no ceder a la invención. Y ¿en dónde estuvisteis? Si no es indiscreción, claro.

—Aquí y allá, como los turistas. En el cine, en el ferryboat, en el tiro al blanco.

De pronto se ruborizó y se odió por haberse ruborizado. No le había ocurrido desde hacía mucho tiempo. Bill fingió no haberlo notado y le pidió un whisky con un breve movimiento del índice.

—¡Oh, sí, Nueva York de noche! Dick la adora. Dick es como un niño: se divierte con nada, pero a veces cae de pronto en depresiones apocalípticas. ¿Conoces aquella frase de Camus? “¡Qué duro es, qué amargo es ser hombre!” Parece escrito por Dick. En realidad no será nunca un hombre; la fatiga de crecer le es intolerable.

—No lo conozco bastante.

—Yo lo conocí después de la guerra. Sólo con mirarlo se habría dicho que la habíamos perdido. ¿Me interesó por esto? Despertaba, ¿cómo te diré?, mis peores instintos paternales. Por ejemplo, su llanto.

¿Tú lloras, Gió? No, diría que no. Veo tus ojos intactos. Intactos y bellísimos. ¿Te ha dicho Dick que tienes unos ojos bellísimos? Es fácil enamorarse de esos ojos, de veras.

Había levantado una mano y le tocaba los párpados. Giovanna se sorprendió de no sentirse molesta y de experimentar, al contrario, un placer indefinido. ¡Ah, sí, Martine tenía razón! El hombre fascinaba. Pero al mismo tiempo Giovanna notó que renacía su antipatía y entonces se preguntó cómo podía sostener Martine que habían nacido para estar de acuerdo.

—Martine sostiene que hemos nacido para estar de acuerdo —continuó Bill—. Dice que los dos somos fuertes pero que no sabemos resistir a la dulzura, sobre todo a la dulzura de quienes tienen necesidad de nosotros. Es posible que Martine no tenga razón. Un espléndido acuerdo, o sea… —se estremecieron los bigotes de Bill— …un conflicto atroz.

Giovanna se bebió casi todo el whisky que quedaba en su vaso y no respondió.

—A propósito, Gió, ¿sabes en dónde se encuentra Dick? Le busco desde hace cuatro días. Desaparecido. Te felicito, sabes beber.

Giovanna bebió otro trago, para tomarse tiempo. Luego se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Habría jurado que lo sabias. ¿Te dijo que tenía que marcharse?

—No.

—Estoy preocupado por él. Dick es muy extraño y sería conveniente no dejarlo nunca solo. ¿Sabes?, es el típico representante de una generación privada de dioses. No es católico, no es judío, no es marxista. No cree ni siquiera en el dinero ni en el éxito. Vive en total anarquía, pero la anarquía requiere autosuficiencia, y esto es precisamente lo que no tiene Dick. ¿Estamos de acuerdo?

—Tal vez.

—No puede decirse que seas una mujer muy habladora. Odio a las mujeres que exasperan con su palabrería, como Martine. Imagínate que una noche me ilustró durante dos horas sobre el ejercicio de tu virtud. Agrega a esto que Martine, cuando se enoja, tartamudea. Una pesadilla: vi— virtud, vi-vives. Al fin exclamé: “Sí, Martine, vivo, pero si continúas así, me matas.” Sorry. No te hace gracia, ¿verdad?

—Al contrario. Es muy divertido.

—Embustera. No encuentras nada divertido. No puedes divertirte. Estás demasiado nerviosa.

Lo estaba. A las cinco de la tarde la camarera bajaba al drugstore y el teléfono quedaría sin custodia. Bajó bruscamente del taburete.

—Perdóname, Bill. Ahora tengo que volver a casa.

—Comprendo. Terminemos el whisky. Después, ¿puedo salir

contigo? Hoy no tengo ganas de escribir y sufro de soledad. Por esto te he llamado. Mira, los americanos tememos sobre todo dos cosas: la soledad y el silencio. Cuando oyen el silencio se meten un dedo en la oreja para asegurarse de que no están sordos; o encienden la radio. La radio es su oxígeno. ¿Has visto? También cuando salen de casa escuchan la radio: con el transistor. Ayer me pasó una cosa que iría bien, me parece, para tu película. Marido y mujer se paseaban por el parque, agarrados por el brazo, cada uno de ellos con su transistor pegado a la oreja.

—Hablas como si odiases América —dijo Giovanna.

Y se apresuró hacia la puerta.

—¡Oh, no, al contrario, amo mucho a América! Como amo a la gente infeliz.

—¿Martine te parece infeliz?

—No he dicho que ame a Martine.

Atravesaron la calle. Dos chicas con libros bajo el brazo se volvieron para mirar a Bill y le dirigieron un silbido de admiración, que él no recogió. El hombre andaba despacio y Giovanna aprisa. Al abrir la puerta, el dispositivo de alarma se disparó sin que la camarera pudiera advertir a la policía que no se molestara. Había salido.

—¡Idiota! —dijo, feroz, Giovanna.

Enseguida, con mayor ferocidad, descolgó el micrófono y dijo:

—Todo bien. Muchas gracias.

Subió a la salita y se sentó junto al teléfono. También Bill se sentó junto al teléfono.

—¿Por qué no te sientas en aquella butaca, Bill? Estarás más cómodo.

—Estoy muy bien aquí. Gracias.

—Te digo que no. Estarás más cómodo en aquella butaca.

—Estoy bien aquí. Te lo aseguro.

Se miraron fijamente en silencio: ella seria y él risueño. Luego Bill se puso a juguetear con el teléfono. Levantaba el auricular y volvía a dejarlo. Cuando lo levantaba, se lo llevaba un momento al oído, como si se divirtiera escuchando el rumor y mientras esto duró, Giovanna sentía como una dolorosa opresión. Lentamente, de manera inexorable, la antipatía se centuplicaba mezclada con otro sentimiento que no habría sabido definir. Un deseo de pelear, seguro, pero al mismo tiempo un deseo de escuchar su voz profunda, agradable; un deseo de echarlo, seguro, pero al mismo tiempo un deseo de tenerlo —allí, de saber algo más de él. Bill era un hombre tan misterioso en su claridad... La excitaba también diciéndole cosas desagradables. ¡Si por lo menos dejara el teléfono! Se tomó tiempo.

—Bill, me disgusta saber que no amas a Martine.

—¿Por qué?

—Me parece que Martine te quiere.

—Martine no quiere a nadie. Ni siquiera a sí misma. ¿Por qué no escribes un guión sobre Martine? Es divertida, imprevisible, se mueve en un mundo humorístico, y las historias humorísticas gustan mucho en esta época sin aparentes tragedias.

Continuaba jugando con el teléfono. Giovanna trató de distraerlo.

—¿Otro whisky?

—No, gracias. Preferiría una taza de té.

—¿Té?

Giovanna dirigió una mirada de odio a Bill. Para preparar el té tendría que bajar a la cocina. ¿Se divertía de veras alejándola del teléfono? ¿Por qué? Se levantó de mala gana, bajó a la cocina, llenó la tetera con el agua tibia del grifo, puso precipitadamente la taza y el azúcar en la bandeja y volvió, para afrontar su mirada irónica.

—¡Qué rápida!

—Sistema americano.

Puso el té en la taza, saboreando por anticipado la mueca de Bill; pero Bill bebió sin hacer ninguna mueca.

—¿Te gusta?

—Es excelente.

—¡Cómo sois los americanos! Con tal de beber, sois capaces de engullir incluso una taza de pésimo té.

—Estas banalidades son indignas de ti, querida Gió.

—¿Banalidades?

—Exacto. Vosotros, los europeos, decís siempre banalidades ofensivas para nosotros los americanos. Nos consideráis obtusos, bonachones, acostumbrados a hincharnos de whisky o de cualquier líquido. Como único descubrimiento nos atribuís el de la goma de mascar y las máquinas tocadiscos automáticas. No nos tomáis en serio ni siquiera cuando ganamos las guerras que vosotros habéis desencadenado. Venís aquí, os exaltáis, luego os indignáis y escribís ensayos contra nosotros, libros contra nosotros, chascarrillos contra nosotros. Y no entendéis nada de nosotros. Agradecemos, si no vuestra comprensión, por lo menos la renuncia a vuestro perpetuo desprecio.

Bill dejó la taza, sacó la pipa, la acarició lentamente y se puso otra vez a jugar con el teléfono, con una misteriosa sonrisa. Giovanna levantó de pronto la cabeza.

—Óyeme, Bill. Nadie ha hablado de desprecio ni con desprecio. Has sido tú quien ha sacado a relucir la historia del transistor pegado a la oreja. ¿Me equivoco si te digo que el más nervioso de nosotros dos eres tú? Yo amo América. Me gustan su cordialidad, su eficiencia, su supercivilización. Me doy cuenta de que pertenezco más a este país que a aquel en que nací. ¿Qué más quieres? ¡Y deja el teléfono, por Dios!

—O la la! De manera que también sabes hablar, que no eres tan avara de palabras. Y sabes también ponerte furiosa, no eres tan plácida. ¡Interesante! Mereces que deje el teléfono.

Dejó el auricular con delicadeza, sonriéndose aún más misteriosamente.

—En cuanto a tu amor por América, es todavía demasiado pronto para tomarlo en consideración. Los flechazos no presagian nunca grandes amores o amores duraderos. Los amores verdaderos florecen de la indiferencia o del odio. Aprenderás pronto que nuestra cordialidad es defensa, que nuestra eficiencia es miedo, que nuestra supercivilización es sólo supérmecanización. Pero cuando suceda esto te darás cuenta también de que América te ha entrado en la sangre como un veneno para el cual no existe antídoto. Nosotros somos una enfermedad inexorable, Gió, y no hay otra medicina para sobrevivir más que la que nosotros hemos inventado: hacer sucumbir a los más débiles para salvar a los más fuertes, matar a los demás para vivir nosotros. No hay lugar, entre nosotros, para el amor y la piedad. O yo o tú: ésta es la ley que nos rige. Si no lo crees, dile a Dick que te cuente qué cosa es el huracán en América. Nadie sabe contar como Dick lo que es el huracán en América.

Giovanna se levantó, aburrida.

—Bill, tengo que trabajar.

—No seas tonta, Gió. Estoy hablándote muy seriamente. Con ligereza no puedes enfrentarte con este país y la gente de este país. Tienes que comprender antes la ley.

—Bill, tengo que trabajar.

—Bueno, peor para ti.

Se levantó, se acercó a ella, le arregló un rizo que le caía sobre los ojos. Ella se apartó, como si la hubieran pinchado.

—Bill, tengo que trabajar.

—Sí, sí, ya me voy —un estremecimiento de los bigotes de Bill—. ¿Ves, Gió, qué mal anda el mundo? Un hombre y una mujer destinados a estar de acuerdo se encuentran en una tarde de espera. Hablan, beben, luego van a una casa acogedora cuya propietaria ha tenido el buen gusto de marcharse y cuya sirvienta ha tenido el buen sentido de dejarla libre, olvidándose incluso de custodiar el teléfono. El hombre y la mujer tienen buenos motivos para detestarse, aunque es evidente que no se desagradan. Ella se separa de él como si la hubieran pinchado porque él le ha arreglado un rizo del cabello y él le arregla con gusto el rizo. ¿Conclusión? Podrían pasar agradablemente el tiempo, yendo cada uno al descubrimiento del otro o, ¿qué sé yo?, haciendo el amor...

Bill se abrochó la chaqueta, apagó la pipa vaciando el tabaco, en el cenicero que estaba junto al teléfono y se rió de manera ambigua;

era difícil saber si se divertía o si hablaba con convicción.

—No es que cuente mucho hacer el amor, entendámonos: el estremecimiento de un instante es el mismo si estás con una prostituta como si estás con la mujer que adoras. Y por ese estremecimiento cuánto derroche de sentimientos, cuántos vínculos, cuánta impaciencia antes y cuánto fastidio después. De todos modos, visto que el Padre Eterno no ha inventado nada mejor, podíamos probar. Y en lugar de probar, la mujer dice: vete, querido, que tengo que trabajar. Y él se va. Él es un americano que respeta el trabajo. Quien trabaja tiene éxito. Él es americano, respeta el éxito. Sí, querida Gió. Hoy día todo el mundo habla de sexo, pero habla y basta. Estamos convirtiéndonos en hermafroditas, como las babosas. Sabes, ¿no?, cuál es el privilegio de esas criaturas afortunadas: contienen en sí los órganos necesarios para reproducirse sin necesidad del amor. Tardaremos más o menos en llegar a una época en que los hombres y las mujeres se reproducirán sin contactos de amor. Nos distinguimos de las babosas en una sola cosa: corremos más. Pero ¿a dónde corremos? Para ir a la oficina, al teatro, dondequiera que nos espere el éxito: estamos dispuestos a vender nuestra vida por un poco de éxito. Ahí tienes un tema para un guión que nadie te comprará nunca: “La carrera de las babosas hacia el éxito”.

Sonó el teléfono.

Uno y otro tendieron rápidamente la mano hacia el aparato, pero Bill fue más listo y levantó el auricular que se llevó, burlonamente, al corazón.

—Dámelo, Bill.

—Hallo? Yes.

—¡Dámelo, Bill!

—Hallo? Hallo?

—¡Bill! ¡Dámelo, te digo! ¿Quién es?

Bill retenía con fuerza el auricular que Giovanna trataba de arrebatarle.

—Es la camarera, Gió. Sólo la camarera. Quiere saber si tiene que comprar yogur. ¿Ha de comprar yogur?

Giovanna no contestó.

—Nada de yogur —dijo Bill.

Luego dejó el auricular sobre su soporte y se dirigió hacia la puerta.

—Adiós, graciosa babosa; esta espera se está poniendo ridícula. Pero me voy de veras. Y si Dick ¡lama, salúdalo de mi parte. Te has llevado a Dick a la cama, ¿verdad? Sí, lo leo en tus ojos. Y luego le has hecho huir, ¿verdad? Sí, lo leo en tus ojos. Y si tú no fueses tan virtuosa, o si entrase en tus planes románticos, podrías llevarme a mí también a la cama, ¿verdad? Tú no eres una babosa: eres una medusa.

Una graciosa medusa que quema a quien se le acerca.

—¡Vete al infierno! —gritó Giovanna.

Y de un puntapié cerró la puerta.

¡Hermafroditismo, babosa, medusa! ¡Y ella escuchando con la boca abierta. Ella comiéndoselo con los ojos! ¡Asqueroso! ¿Cómo se permitía invitarla, meter la nariz en su vida privada, insultarla, quizá calumniarla? ¡Qué rabia! Sólo de pensar en esto le entró un gran apetito. Bajó a la cocina, se preparó un emparedado y lo devoró. Después destapó una botella de champán que Martine reservaba para una ocasión importante y se bebió la mitad. Por último subió a su habitación, se sentó ante el escritorio y puso una hoja de papel en la máquina de escribir.

“Querido comendatore: ¿Se acuerda usted de Martine? Bueno, al encontrar a Martine aquí en Nueva York se me ha ocurrido una idea. Construir el personaje femenino en torno a un tipo como Martine. Es divertida, imprevisible, se mueve en un mundo humorístico. Las historias humorísticas gustan en esta época sin tragedias aparentes...”

Por la noche durmió mal. Soñó los largos veranos aburridos de cuando era niña, las olas que se rompían en cilindros blancos como babosas, el mar que extendía sobre la arena una alfombra transparente de medusas. Al amanecer, el bañero llegaba a la playa con un bastón, lo levantaba como un sable y de un golpe sordo partía por la mitad las medusas aún vivas. Después el bañero usaba el bastón como una cuchara, recogía aquella pulpa de gelatina, y la metía en un cubo que había hundido lejos en la arena. Lo llamaba el entierro de las medusas y ella la seguía, compungida porque le parecía que también las medusas tenían derecho a un poco de cortejo antes de ser sepultadas. Luego, mientras el bañero preparaba la fosa, ella continuaba allí, mirando y haciéndose preguntas. Se preguntaba si las medusas sufrían ahogándose en el aire: saltar fuera del agua había de ser para ellas como ahogarse en el aire. Se preguntaba si las medusas sentían algún dolor cuando el bañero las golpeaba. Y un día quiso probar. Agarró el bastón, que era pesado, lo levantó por encima de su cabeza y lo blandió sobre una medusa que hacía un último chapoteo de vida. Pero todo lo que vio fue una ola silenciosa.

CAPÍTULO VII

DOS DÍAS más tarde, Richard regresó a Nueva York. La trampa se había disparado, aunque con algún fallo. Cuando su figura seca apareció tras los pasajeros de San Francisco, una sombra imponente se movió y fue a su encuentro con familiar lentitud. Era Bill.

—¿Olvidaste algo?

—¿Por qué?

—Partida imprevista, regreso imprevisto. Tu telegrama ha llegado a sorprenderme.

—Nada. Un trabajo.

—¿Y ese aire de abatimiento?

—Nada. Un trabajo que ha fracasado.

Arrepentido ya de haberle enviado aquel telegrama, Richard no parecía dispuesto a justificarse o hablar. Su rostro delataba cansancio. Tenía los párpados hinchados, como los de una persona que no ha conseguido dormir en muchas noches, y a la salida del aeropuerto tropezó. No obstante, mostraba una decisión insólitamente resuelta, viril: la expresión de un hombre que ha decidido serlo y que no quiere pedir ayuda a nadie.

Callaba, e inducía a Bill a callar también. Y no rompió el silencio ni siquiera cuando el coche rojo de Bill entró en el túnel de Queen para salir a la ciudad. En general, el túnel era peligroso para sus nervios. Le parecía una pesadilla amarilla, sin principio ni fin, con un ahorcado que lo miraba fijamente a intervalos desde el muro brillante de ladrillos; y por esto se ponía a hablar, a hablar. Pero aquel día el túnel le pareció lo que era: un corredor con principio y fin, con un policía cada cien metros para dirigir el tráfico.

—He visto a tu pequeña amiga italiana —dijo Bill, dirigiéndole una mirada inquisitiva.

—¿Ah, sí?

—Le pregunté si sabía dónde te encontrabas. Me respondió que no. ¿Lo sabía?

—No.

—Extraña chica. A su manera, encantadora. Habla poco y tiene unos ojos bellísimos. Se pone feroz cuando se encoleriza.

—¿Ah, sí?

—Me mandó al diablo. Me gustaría que saliéramos una noche con ella para reanudar las relaciones.

—O.K.

Richard asintió en tono distraído y volvió a callarse. Bill no interrumpió su silencio hasta que llegaron a la puerta de su casa.

—Bueno, Dick, ¿me ofreces un whisky?

—Lo siento,. Bill. Estoy agotado.

—Lo veo, amigo. Descansa, ahora.

A pesar de su expresión de fastidio, Bill se mostraba comprensivo, paciente.

—Bueno, Bill, adiós. Y gracias por haber ido a esperarme.

—Adiós. Pasaré a recogerte. hacia las siete. He tomado dos butacas para el teatro, para celebrar tu regreso. Se trata de esa revista musical nueva, *Jamaica*. La Home está estupenda. Montalbán, nada mal.

—Lo siento, Bill. Esta noche tengo que hacer.

—Adelante, Dick. No tengo ganas de ver a Martine.

—Sí, ve con Martine.

—Como quiera, madame.

Bill descargó las maletas y los labios le temblaban de ira bajo los bigotes. Mientras abría el portaequipajes de su coche pareció que iba a decir algo. Pero se marchó sin agregar ni una palabra más. Richard ni siquiera se volvió para mirarlo.

Se sentía como un enfermo que ha querido disputar un combate de boxeo y ha caído sobre la lona antes de haber podido defenderse. ¡Cuánto pesaba la maleta! ¿Cómo la subiría solo por la escalera? Tiró de ella, jadeando, y delante de la puerta pintada de verde titubeó; abrió con la cautela de un asesino que vuelve al lugar del crimen. Al fin entró y sudaba de tal manera que corrió al baño para lavarse la cara. En el baño, la toalla tirada con rabia estaba todavía en el suelo. La recogió con dedos inseguros y se miró en el espejo. El espejo reflejó un rostro que revelaba sus treinta y cuatro años. Esto le dio fuerza, le impuso calma. Cuando sonó el timbre del teléfono, contestó sin precipitación.

—Has vuelto, hijito. ¿Ha pasado algo, hijito?

—No, mammy, todo va bien.

—Ni siquiera una carta, hijito. Sólo aquel telegrama. Ya sabes cuánto me hacen sufrir estas cosas.

—No he tenido tiempo, mammy.

—Te fuiste sin despedirte de mí, hijito.

—Era tarde, mammy. Perdía el avión.

—Pero no me habías dicho que saldrías de viaje.

—¿Por qué tenía que habértelo dicho, mammy?

—¡Richard!

—No empecemos, mammy.

—¿Está contigo, Bill, hijito?

—No, mammy.

—¿Sabes lo que te digo, hijito? Que Bill pierde demasiado tiempo tras esa Martine.

—Hace muy bien, mammy.

—¿Estás loco, hiato? Es el tipo de mujer que lo separa de la familia, de los amigos, de todos. La clásica devora— dora de hombres.

—Bill no tiene familia, mammy.

—Te tiene a ti, hijito.

—Mammy, estás diciendo un montón de tonterías y me estás fastidiando. Quiero pedirte que de ahora en adelante te ocupes de tus malditas cosas y no metas la nariz en las mías. ¿Entendido? Y deja de andar de un lado a otro de la casa. No subiré. Y deja de telefonear. No responderé. Soy adulto, estoy vacunado y pago los impuestos. Quiero componérmelas como me parezca. ¿Has entendido, mammy?

Richard colgó con un golpe seco y se sintió como la noche en que el general, con el cigarro en la boca, había arengado a las tropas que habían de desembarcar en la playa de Gela: decidido a vivir, incluso a matar. Vería a Giovanna, se lo diría todo, le pediría la complicidad necesaria para salvarse. Giovanna comprendería. ¿No había escrito que las brujas no la preocupaban? De la segunda batalla de su vida saldría un nuevo Richard, capaz de renunciar a la libertad condicionada de la madre, capaz de decir a Bill: “Puedo prescindir de ti”. ¡Dios mío! ¿Cómo empezaría a decírselo? Tonterías, ya pensaría en eso más tarde. De momento la llevaría al teatro. Silbando marcó el número del Winter Garden, pidió dos buenas butacas de platea que consiguió sin dificultades.

—Para usted hay siempre, señor Baline.

Después llamó al Park Sheraton y murió el silbido.

—Se fue, señor.

—¿Se fue? ¡Cómo! ¡Es imposible!

—Un momento, señor. Tenemos aquí su nuevo número de teléfono.

—¡Ah, gracias!

Tuvo que hacérselo repetir dos veces y lo escribió garabateando porque le temblaban los dedos. Todavía le temblaban cuando marcó el número de Martine. Y del techo empezó a llover el ruido de pasos.

—¡Ha telefoneado, Martine! ¡Ha telefoneado!

Martine, vestida aún con su ropa de viaje, rociaba toda la casa con Jolie Madame. Continuó rociándola y levantó una ceja.

—Si te alegra tanto…

—Y me ha invitado al teatro.

—¡Qué originalidad! También yo voy al teatro esta noche. Bill ha sacado dos entradas para ir a ver Jamaica. Algo en él empieza a no gustarme, pero ha insistido mucho; A propósito, ¿qué quería de ti, el otro día?

—Nada… Se aburría, quería hablar.

—¿De qué?

—De alta filosofía. Me ha explicado algunos misterios del cosmos. ¡Oh, Martine! ¿No es extraordinario que Richard haya regresado?

—Anda, vete a la peluquería a que te laven el pelo. Tus cabellos parecen espinacas sin clorofila. No lo digo por ese atontado de Dick, se entiende, sino por los otros. Te diré: los hombres son como las joyas. Cuestan caros y son difíciles de conseguir. Pero si eres astuta siempre puedes agarrar alguno. Y entonces debes estar alerta para no perderlo.

—Deja ya de hacerte la cínica, Martine.

—No soy cínica. Adoro las joyas y también a los hombres. A los que lo son de veras, se entiende. A propósito, ¿a dónde te lleva tu Richard después del teatro? ¿A ese sitio habitual de afeminados?

—Si aludes al Monocle, te diré que he estado allí sólo una vez: con Bill, no con Richard. Martine, ¿me prestas el vestido blanco?

—Toma el que te guste más.

—Martine, ¿me sienta bien?

—¿Cómo no? Pareces una virgen que va a su primera cita.

—Si crees confundirme, te equivocas —dijo Giovanna.

Se precipitó a la peluquería y nunca una tarde fue tan larga como aquélla: no llegaban nunca las siete. A las seis y media estaba ya en la calle y decía al taxista que se diera prisa. A las siete menos cuarto estaba ya en la acera del Winter Garden, esperando a Richard; y se llevaba la mano a los cabellos, que no estaban bien, y se tocaba el vestido, que le caía un poco ancho; las pestañas estaban demasiado cargadas de rímel, el reloj caminaba cada vez con más lentitud. ¿Por qué Richard no había ido a recogerla en casa? ¿Por qué no llegaba? ¡Ahí está, ya llega! Avanzaba con su caminar titubeante, sus largas piernas siempre un poco dobladas, sus largos brazos siempre colgantes, sus rizos siempre un poco despeinados, su voz estentórea que ahora decía:

—Sorry, he llegado tarde por culpa de Bill. Démonos prisa. ¿Ha empezado ya el espectáculo?

Nada más. Y ahora la empujaba por el vestíbulo, ahora daba las entradas a una máscara vestida de rojo, la guiaba por un pasillo tapizado de rojo, la hacía sentarse en una butaca roja, mientras la orquesta tocaba y la gente se callaba.

—¿Estás cómoda? ¿Ves bien desde aquí?

—Muy cómoda, gracias. Veo muy bien, gracias.

—Silencio, por favor.

—¿Todo va bien?

—Sí, Richard. Soy feliz.

—Silencio, por favor.

—No, si te pregunto si...

—¡Silencio, hemos dicho!

—¿Qué preguntabas, Richard?

—Nada, nada.

—¡Psssst!

La revista musical se llamaba *West Side Story* y Richard la había visto ya dos veces: pero no apartaba su mirada del escenario. Giovanna la seguía sin interés, pero no movía la cabeza. Los dos estaban sentados rígidamente, tiesos, temerosos hasta de rozarse con los codos; como si el mágico encuentro de seis días atrás no se hubiera producido y ahora fueran unos extraños. El descanso llegó como una liberación.

Junto con los demás salieron a la acera, pero Richard se encontró de pronto rodeado de gente y en vano Giovanna le interrogaba con los ojos, los labios apretados, a fin de reanudar el diálogo interrumpido por los siseos. Frenado por el miedo de tener que afrontar su nueva batalla de Gela, protegido por aquel ir y venir de frases, Richard evitaba su mirada y se metía en conversaciones polémicas.

—Demasiada voz.

—¡Qué va! Poca voz.

—Excelente, el ballet, ¿no le parece?

—No, mediocre.

Cuando volvieron a la platea no habían cambiado entre ellos una sola palabra y otra vez se sentaron rígidos, tiesos, temerosos de rozarse siquiera con los codos: él pensando que la confesión se presentaba bastante más difícil de lo que había previsto y ella pensando que— disparar una trampa es cosa fácil, pero ¿qué hacer después? Imprevisiblemente, estúpidamente, su victoria se convertía en la de un soldado que ha hecho prisionero a un enemigo, pero ahora tenía que hacerse cargo de él, alimentarlo, soportarlo, impedir que se fugara, correr el riesgo de pasar a ser, a su vez, su prisionero, incluso encariñarse con él. Y para aumentar aquel riesgo, en el escenario pasaban cosas sugestivas. María amaba a Tony y Tony amaba a María; entre piruetas y canciones no dejaban de repetírselo y se abrazaban con frenesí en la cama, lo cual hizo sentir a Giovanna el deseo de abrazar a Richard, de repetir la Cosa. Cuando bajó el telón, Giovanna se volvió resuelta hacia Richard.

—¿Vamos a casa?

—¡Oh, no! Vamos a tomar algo en el Monocle.

—Ya lo conozco. Estuve allí con Bill.

—¡Ah, sí! Me lo dijo. A propósito: perdóname que te haya hecho esperar y que no fuera a recogerte. Bill me telefoneó que quería verme. Vive en la calle Cincuenta y Cinco. Me era más cómodo venir a Broadway desde allí.

—Naturalmente. ¿Qué quería?

—Nada. Conoce bien a Tallulah Bankhead y me ha preparado un

reportaje sobre ella —contestó Richard arrugando la frente.

Todavía le parecía oír la carcajada de Bill: "De manera que el combate es para esta noche. Será un espectáculo del cual me gustaría no perderme detalle".

Fueron al Monocle. Giovanna paseó su mirada descontenta por la penumbra, tratando de habituar a ella sus ojos.

—Extraño, ¿no? Siempre hay oscuridad en los restaurantes y los cafés de Nueva York. Vista desde fuera, esta ciudad es un derroche de luz, pero por dentro tienes que caminar a tientas, como los ciegos. Se diría que los americanos tienen vergüenza de mirarse a la cara en cuanto se encuentran entre cuatro paredes.

—La tienen, Gió, la tienen: vergüenza y miedo. Por esto aprecian la oscuridad. Por otra parte, es romántico, ¿no?

—Si —dijo Giovanna, aguzando la vista.

Poco a poco empezaba a ver, y cuanto más veía se sentía más descontenta. La tarde en que había bajado para encontrarse con Bill, el Monocle, estaba vacío, se parecía a cualquier café del Village. Pero ahora se movían en el local curiosas personas: en un rincón hablaban dos jóvenes que se acariciaban mutuamente las mangas de la chaqueta. En otro, dos chicas que llevaban pantalones, se despedían, una, la más fea, lloraba y sus lágrimas caían de sus ojos empañados y sobre la mesa hacían paf.

—No te vayas enseguida, espera.

—¡Oh, me estás fastidiando!

—Te lo suplico, cariño...

—¡No me llames cariño!

—Pero ¿qué cosa tiene ella que no tenga yo?

—Es guapa. Y no se pone pesada.

A Giovanna se le escapó una mueca.

—¡Qué gente! Parece imposible: la dejo en Roma y la encuentro en París; la dejo en París y vuelvo a encontrarla en Londres; la dejo en Londres y de nuevo la encuentro en Nueva York.

—Tienes razón, Gió. Este no es el lugar más adecuado para hablar. Vámonos a otra parte.

—¿Por qué? No soy ninguna niña. Además, ¿qué molestia nos causan? A mí sólo me parecen cómicas, elegantes. ¿Vienes a menudo al Monocle?

—Sí, naturalmente. Aquí vienen cover girls, modelos: la materia prima para mis reportajes. Bill dice que este es mi verdadero oficio.

—Richard, ¿cuántas veces te has enamorado de tus cover girls? Si yo fuera un hombre, perdería la cabeza por las cover girls.

Giovanna se sentía moderna, indulgente. Él, en cambio, se sentía más perdido aún que el día en que las barcazas de desembarcó se deslizaban veloces hacia la playa. Se pasaba las manos por la cara,

como si quisiera lavársela, y cuando las manos bajaban hasta la barbilla, el rostro parecía más demacrado, más espectral.

—Debo hablarte, Gió. ¿Bebes algo?

—Whisky, gracias.

Llegó el whisky. Richard se bebió su vaso de un trago y pidió enseguida otro.

—Tu carta era muy graciosa, Gió. Muy amable y muy graciosa. La he leído varias veces y...

Un joven le interrumpió deteniéndose junto a la mesa.

—Hola, Dick. Hace un siglo que no nos vemos. ¿Quieres presentarme a esa preciosa criatura? ¿Qué hace? ¿Cómo se llama? Nos traicionas, Dick.

—Se llama Gió, es italiana y trabaja para el cine. Y ahora excúsame: tengo qué hacer.

Bebió un sorbo de whisky.

—La he leído varias veces, te decía, y me ha hecho reflexionar mucho. Mira, Gió, yo he regresado, pero no querría causarte ningún daño. Es muy fácil hacer daño a quien no está preparado para recibirlo, como tú. Por consiguiente, quiero ser claro desde el primer momento y...

—Hola, Dick.

—Hola.

—¿Dónde te habías escondido?

—No estaba en Nueva York.

—No traiciones, ¿eh?

Richard se dominó para no soltar un taco. Luego puso la mano sobre la mano de Giovanna, que pensó: "Está ardiendo. Tiene fiebre."

—Te decía... Te decía que para comprenderme deberías comprender antes este país, tan grande, tan igual, tan alucinante. Vas de Nueva York a Chicago, por ejemplo, y la distancia que recorres es tan grande como si te fueras a otro país, ¡qué sé yo!, como si fueras de Roma a París. Vas de Nueva York a Los Ángeles y es como si fueras de Roma a Moscú, y aún más. Pero cuando llegas te encuentras siempre con el mismo país, el mismo aeropuerto, la misma lengua. Como si viajaras en un tapis roulant que te lleva al mismo punto del cual has partido. Si comprendes esto, comprendes también la soledad que esto provoca, el miedo que te viene de la soledad, la debilidad que el miedo te causa...

—Hola, Dick. ¿Cómo te va?

—Hola. Te decía... ¿Qué te decía? Sí, te decía que la soledad, en este país, es, a la vez, causa y efecto. Mira nuestra estructura social. Observarás que no deja lugar para un hombre solo o para una mujer sola. La gente soltera, divorciada o viuda es rechazada por todos porque oficialmente está sola, de manera que cuando alguien viene a

tu encuentro... ¿Me sigues?

—Sí, claro... También Bill me ha hablado de esto.

—¡Bill! —Richard tragó saliva, hizo una pausa y continuó—: Déjate de Bill ahora. La persona que viene a tu encuentro porque te ve solo, decía, constituye un milagro, quienquiera que sea la persona. Pero si la persona se interesa de veras por ti, el milagro resulta doble. La verdad es que en esta soledad nadie se interesa realmente por ti. Te preguntan cómo estás, por ejemplo, pero no quieren de veras saber cómo estás porque, en lugar de contestar: "Bien, muchas gracias", tienes que responder a tu vez: "¿Cómo está usted?" Se informan de ti, pero nunca sobre hechos importantes, por ejemplo: "*Did you enjoy your scrambled eggs*?" ¿Te han gustado los huevos fritos? Y tú piensas: "¡Qué cordialidad! Si le interesa si me han gustado los huevos fritos, quizá pueda pedirle algún consejo sobre la existencia de Dios." Le sonríes y respondes: "Sí, gracias. ¿Cree usted en la existencia de Dios?" Y verás cómo echa a correr. No, no me mires tan sorprendida, que no estoy loco, Gió. Soy lógico y llego enseguida al punto que me interesa. Gracias al cielo, tú no eres como las demás. Luego, seremos amigos o seremos enemigos: si hemos de ser enemigos no nos veremos más, pero si hemos de ser amigos...

—Hola, Dick.

—Hola, Mary.

—¿No me necesitas, cariño?

—No, gracias, nada de modas de momento. Preparo un reportaje sobre la Bankhead.

—De todos modos, llámame, cariño. Ya sabes que salgo siempre muy a gusto contigo. —Luego volviéndose hacia Giovanna, preguntó —: ¿No le parece a usted condenadamente atractivo?

También la chica era condenadamente atractiva. Giovanna apretó los labios y pensó, con estupor, que estaba poniéndose celosa. Le molestaba que Richard tuviera que ver con tantas bellezas. Y desvió la mirada cuando Mary besó a Richard, con lo cual se perdió el gesto de él, que rechazó el beso como una mosca molesta.

—¡Cristo! ¿Qué necesidad tienen de interrumpirme con sus holas? Al próximo que me interrumpa lo estrello contra la pared. No, no te inquietes, no estoy borracho. Puedo beber una botella de whisky y continuar lúcido como un abstemio. Es lo único que sé hacer bien. ¡Camarero, otros dos whiskies, por favor! Bueno, ¿qué decía? Decía que una vez fui a que me viera un psicoanalista, por todo esto. Pero el hombre se murió y yo no había ido bastante para que aquello me sirviera de algo. Imagínate que era cuando hacía poco que había muerto mi padre. Tengo que contarte todavía lo de mi incorporación al ejército, la broma macabra que me hicieron unos soldados en un burdel, el terrible desembarco en Sicilia... ¡Ah, lo sé! Vosotros, los

europeos os reís del psicoanálisis. Lo consideráis una manía de los americanos. Vosotros los europeos, tenéis otras cosas: los curas, por ejemplo. Y en cierta manera ellos os escuchan gratis. Todo lo más os chantajean con la fábula del infierno. Aquí, en cambio, a nuestros sacerdotes, de camisa blanca, hay que pagarlos y no te dan ni siquiera la ventaja de confesarse a través de una rejilla. Te miran a la cara, todo lo más la nuca, y tú estás allí, tendido en el diván, sintiendo la mirada en el cogote, y te avergüenzan, y no paran. Como estoy haciendo ahora contigo. ¿Me sigues?

Le seguía, y cómo. Le seguía con los ojos, con los oídos, con el cerebro; sobre todo con un miedo inmenso. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué había dicho ya al psicoanalista? ¿Qué significaban aquellas alusiones, aquella renuencia? Una parte de ella quería saber y la otra no quería. Una parte de ella estaba dispuesta a recibir la puñalada y una parte de ella estaba dispuesta a taparse los ojos, los oídos y el cerebro, con tal de ahorrarse heridas. No se trataba solamente de voluntad o de sentimientos: su experiencia vital tenía demasiados huecos para que pudiera intuir hasta el fondo de la cuestión. Intuía sólo, y de modo confuso, que si él era un hombre equivocado ella era una mujer equivocada, que si ella podía ayudarlo él podía ayudarla: la barricada que separa a los hombres de las mujeres es de tal manera fina y frágil que lo mismo puede romperse que superarse.

—Te sigo, Richard —dijo, seria, Giovanna.

—Se trata de esto —dijo Richard, resuelto—. Yo...

No pudo terminar la frase.

—¡Aquí los tenemos! —gritaba contenta, Martine—. ¿No hemos hecho bien en venir a reunimos con vosotros? Decía Bill que os encontraríamos en el Monocle. ¡Vaya olfato que tiene Bill! Queridos, es la una de la madrugada y me muero de hambre. Vayamos los cuatro a comer. Bill ha descubierto un restaurante japonés que cierra al amanecer. Bill ha encargado una buena tempura.

Giovanna se levantó, resignada. Y mientras dentro de la cabeza se le insinuaba una aguja de hielo, se percató de la sonrisa maligna de Bill, que observaba a Richard, atusándose los bigotes.

CAPITULO VIII

—¿QUÉ querías decirme, Richard?

Había sido una cena embarazosa: Martine fría de estupor, Bill más provocativo que nunca, Richard ocupadísimo mordiéndose las uñas y Giovanna educadamente hostil. El camarero japonés les había invitado a quitarse los zapatos; dada la situación, esto había sido bastante grotesco. La tempura era un vulgar frito de camarones que Martine detestaba. Martine se había puesto a gritar que quería otra cosa, de manera que el camarero japonés encendió el fogón incrustado en la mesa, y luego coció allí carne y cebolla, lanzando contra los cuatro rostros fastidiados un nauseabundo olor a grasa. El hecho había permitido a Bill hacer un brillante discurso sobre la perfidia de las mujeres, al cual Giovanna había replicado con frases venenosas. Por último, con gran alivio de todos, las dos parejas se habían separado: Bill y Martine a casa de Bill, Giovanna y Richard, en un taxi, a Washington Square.

—¿Qué querías decirme, Richard? —repitió Giovanna.

—¿Cuándo? —preguntó a su vez Richard, abriendo la boca, con la más inocente sorpresa.

—Cuando estábamos en el Monocle, antes de que llegaran Bill y Martine —dijo Giovanna.

—No recuerdo. Habrá sido alguna tontería que me habrá pasado por la cabeza después de ver aquella revista musical. ¿Te ha gustado? ¿Eh? ¿Te ha gustado?

—Sí, Richard, no divaguemos. ¿Qué querías decirme en el Monocle?

Richard observó con atención las uñas roídas y se encogió de hombros, con el aire de quien realmente no se acuerda. La irrupción de Bill y de Martine habían disipado en él el único momento de valor y aquel valor no volvería nunca más. ¡Maldito Bill! Le había dicho que no fuera a molestarlo, *“si vienes no me hagas la puñeta”*. Encogiéndose otra vez de hombros, trató de dar una respuesta concluyente.

—Mira, Gió, hay tres tipos de personas: las que viven la propia vida, las que discuten la propia vida y las que escriben la propia vida. Bill la escribe, tú la discutes y yo la vivo. ¿De qué sirve que nos expliquemos, como si fuéramos personajes de una comedia? He regresado y esto es todo. Pare.

El chófer detuvo el coche en la esquina de la Quinta Avenida con Washington Square. Giovanna y Richard se apearon.

—Te acompaño —dijo Giovanna.

Afectuosamente, Richard la empujó hacia la casa de Martine.

—Me corresponde a mí, acompañarte.

—Yo te acompaño a ti y luego tú me acompañas a mí —dijo Giovanna, tratando de bromear.

—Gió, estoy cansado. Piensa que esta mañana estaba en San Francisco.

—No había pensado en esto. Buenas noches, Richard.

—Buenas noches, Gió.

La besó como se besa a una hermana, sobre la frente. Se sonrió, confuso.

—Gió, ¿cómo dicen en los melodramas? “Te necesito”. Eso es, te necesito. Por esto, duerme bien, descansa.

Después se alejó, titubeando, sombra delgada sobre los muros. Y la chica corrió hacia su casa, feliz. ¿Qué importaba que esta segunda velada hubiera sido un desastre?

Richard había dicho: “Te necesito”. No importaba nada más. Cerró los ojos, se tocó la frente, que ardía, apoyó los labios en la almohada, imaginando que no era una almohada sino Richard. Sonrió ante su propia excitación, pensó que le había gustado repetir lo antes posible la Cosa. Dicen que la segunda vez es más agradable; lo sabría mañana. Mañana entraría por la puerta pintada de verde y sabría, se repitió a sí misma. Y confiadamente se durmió para despertarse en una mañana cargada de promesas.

¿No eran acaso una promesa aquellos plátanos verdes? ¿No eran una promesas aquellas campanas que sonaban en la iglesia de enfrente? ¿No eran una promesa aquellos muchachos y aquellas chicas que andaban dándose una mano y con los libros en la otra? ¿Y no era agradable vivir en el Village, este barrio policromo y pintoresco, de casitas isabelinas con las escaleras exteriores y barandillas de hierro oxidado? Llamó a Martine con un grito de gozo y la respuesta fue un gruñido bajo la almohada. Martine salió de las sábanas violeta mostrando una cara abotargada por el sueño y ojos enrojecidos, como de quien ha llorado.

—¿Qué quieres, Gió?

—¡Maldita sea, Martine! ¿Qué has hecho?

—¿Qué quieres que haya hecho? He vuelto a casa a las seis de la mañana. Dame un cigarrillo y di que me traigan jugo de melocotón con champán.

—Giovanna le dio el cigarrillo y pidió a la camarera el jugo de melocotón con champán.

—¿A esta hora, Martine? ¿No sería mejor un café?

—No fastidies.

—Comprendo. Estás enojada conmigo por lo de anoche.

Martine, tengo que pedirte...

—Me he peleado con Bill. Guárdate tus excusas.

—¡Oh, no! Fue culpa mía.
—No es culpa tuya.
—Sí, lo es. ¡Cuánto lo siento, Martine!
—A mí me importa un bledo.
—Pero ¡si estabas tan enamorada de él!
—Ya no lo estoy.
—Martine, ¿qué ha sucedido?
—Y tú, ¿en dónde has estado?

Con los cabellos sueltos sobre los hombros, el rostro medio oculto por el humo del cigarrillo, Martine la miraba con atención.

—En ningún sitio. Vine directamente a dormir. Richard estaba cansado.

—Bien hecho. ¿Volverás a verlo?

—¡Claro que volveré a verlo! Si supieras cuánto lo quiero, Martine... No he conocido nunca a nadie como Richard.

—Eso no lo dudo.

—¡Oh, te has despertado de mal humor, Martine! Adiós.

Bajo a la cocina a tomarme un café.

—Gió, ven acá.

—Sí, Martine. ¿Qué quieres?

Martine apagó el cigarrillo, bebió un largo sorbo de jugo de melocotón mezclado con champán y se acurrucó entre las sábanas.

—Nada, quería decirte que está sonando el teléfono.

—Lo oigo.

—Entonces, contesta. ¿Qué esperas? ¿No comprendes que me destroza los nervios, que no puedo soportarlo? Responde, por Dios. Quizás es tu queridísimo Richard.

Giovanna se encogió de hombros, sin comprender. —Hallo?

* * *

Era Richard. Alegre, también él. Y por la noche se mostró más alegre aún. La llevó a un restaurante húngaro, en el cual la divirtió ajustándose una galleta al queso sobre un párpado, a manera de monóculo, y luego fingiendo fumar un grisino. Le hizo comer crauti a la kolozsváá, y beber Cháteauneuf-du-Pape.

—Odio los huevos con jamón, las palomitas de maíz y la cocacola. ¡Ah, Gió, cómo me gusta la buena cocina europea!

Dio propinas exageradas a los dos violinistas, la llevó a un refinado night club en el cual cuatro artistas de talento desconocido se burlaban de América.

—La Nueva York que tú conoces —decía Richard— no es la verdadera. Es la de Bill, hecha de cemento, avena y orgullo. Yo te mostraré la verdadera Nueva York que es alegre, elegante,

internacional como ninguna metrópoli. Dime: ¿dónde, en Europa, encuentras la vieja Hungría, la vieja Rusia, la vieja Francia, la vieja Italia? En Europa intentáis copiar a América, sois casi americanos. Pero aquí encuentras a los europeos que emigraron hace cien años, y no los hemos echado a perder. ¡Ah, Gió! Has de comprender por qué amo a Nueva York. Porque aquí en Nueva York tengo el mundo entero: Londres, París, Petersburgo, Tokio, Beirut, Shangai. Todo está aquí, hasta el sentido del humor. Mira a esos granujas: ¿no te parecen exquisitos?

Le habló de los doscientos mil gatos que viven en los túneles del metro y de los cinco mil halcones que viven en los rascacielos.

—Sí, los hemos contado, uno por uno. Somos insuperables en estadísticas, ¿sabes? Conseguimos hacer el censo de los gatos y de los halcones.

Le explicó el cuento del señor Roosevelt Zanders, taxista de Rolls Royce y tan rico que para ir a su trabajo se hace llevar por un taxista. Al salir a la calle se puso a bailar el tip tap alrededor de un transeúnte que tenía cara de aburrido y cuando éste le lanzó un tremendo aullido, Richard exclamó:

—Mira,—está irritado porque no ha llegado a ser presidente de los Estados Unidos. Todos los americanos están enojados porque no logran ser presidentes de los Estados Unidos.

—¿Y tú no quieres serlo?

—Me cisco: soy fotógrafo. ¡Ah, Gió! No sabes lo que es la alegría sublime que te exalta cada vez que cuentas una historia a través de una imagen. La imagen ha durado sólo un segundo, una fracción de segundo, pero, no obstante, la has capturado y ha sido como meter el tiempo en una botella. Cuando meto el tiempo en una botella me siento un mago, un alquimista, una bruja. ¿Irás a mi estudio a ver mis reportajes? ¿Irás?

—Ahora mismo. Vamos.

—¿Ahora? Imposible... No hay nadie allí a esta hora. No sería correcto.

—Pero ¿qué hay de malo en estar solos? Toda la noche la hemos pasado en lugares que están llenos de gente.

—Sí, tienes razón, pero tengo un hambre terrible. ¡Ah! ¿Por qué siempre tengo apetito? Gió, permíteme una herejía: te ofrezco un par de huevos fritos con jamón en este snack bar.

Entraron en *el* snack bar, se sentaron entre personas solas que bebían melancólicamente café, se comieron sus huevos fritos con jamón y continuaron con sus desatinos. Pretexto: un anuncio transmitido por la radio.

—¿La oyes, eh, esta voz que llueve y no sabes nunca de dónde llueve? Es la voz del dios americano que no se ve pero que existe y

cuando no canta te ordena alguna cosa: tomar un avión, beber jugo de tomate, no ofender al Congreso. ¡Ah, Dios mío! Dame un poco de silencio.

—Vamos a casa, Richard. Allí hay silencio.

—Vamos, vamos, quiero andar un poco.

La campana del Village daba las tres cuando, por último, llegaron a Washington Square. Así, aquella noche, Giovanna ni siquiera se atrevió a decir que quería acompañarlo más allá de la puerta pintada de verde. Y aquello fue el inicio de una serie embriagadora y absurda de noches embriagadoras y absurdas.

Richard telefoneaba generalmente por la mañana para decidir a dónde irían por la noche. Por la tarde pasaba a recogerla, alrededor de las siete, y juntos se iban a cenar en cualquier restaurante caro y exótico y después a pasar unas horas en cualquier teatro o night club o cine, en donde Richard se sentaba, acurrucado como un gato, la mano sobre la mano de Giovanna, que al cabo de un rato la retiraba entumecida, haciéndole gritar:

—Pero ¿qué te propones? ¡Vuelve a darme la mano!

O bien iba a un cóctel, a una sesión privada, a cualquier lugar siempre lleno de gente, donde aquel divertirse parlanchín, afectuoso, incompleto, duraba hasta las tres de la madrugada o hasta las cuatro. Cuando Giovanna regresaba con los zapatos en la mano para no despertar a Martine, y se dejaba caer semivestida, en el lecho, incapaz de conciliar el sueño, insatisfecha, preguntándose qué iba mal en sus relaciones con Richard, que en ocho días no se había atrevido a llevarla a la cama.

—¿Te acompaño?

—No, soy yo quien tiene que acompañarte.

—¿Quieres subir?

—No, está ya a punto de amanecer.

—¿Voy a buscarte a tu casa mañana?

—No, soy yo quien ha de recogerte.

Y recordando estas discusiones, riñas penosas, tentativas siempre fracasadas, Giovanna se adormecía, para despertarse, avanzada la mañana, con la cabeza pesada, la lengua pastosa, las piernas torpes, el brazo cerca del teléfono para contestar a cualquier llamada de él. Los días, en aquel período, se convertían en espacios de tiempo entre una llamada telefónica y otra, entre el momento en que Richard subía la escalera para llevársela y el momento en que más tarde se despedía de ella al pie de la escalera. En aquellos intervalos no conseguía hacer nada. El tema del guión era una pesadilla permanente y siempre aplazada, la confianza de Gómez una preocupación nunca resuelta. A veces, para engañar a Gómez, iba a la oficina y encargaba a la secretaria alguna investigación o que le copiara los apuntes con los

cuales llenaba su libreta de notas: frases, observaciones, pensamientos de Richard. O bien trataba de montar una historia; pero las palabras, en su cerebro turbado, se convertían en números; sobre cada hoja se repetía como un estribillo el mismo principio: “Elena levantó los brazos hacia el cielo y gritó: ‘¡Cristian Dior!’ Elena era bella, con un rostro irregular cuyo atractivo irresistible ella conocía muy bien, y en el dedo anular izquierdo llevaba un brillante grueso como un caramelo de menta.” Martine había leído una de aquellas hojas y, sintiéndose halagada, se había llevado las manos a la cabeza.

—¡Cristian Dior! ¿Es esto todo lo que da de sí tu famoso talento?

—Dame tiempo, Martine. Falta la inspiración. Ya vendrá.

—No has sufrido nunca de veras. Por esto te falta la inspiración.

—¿Qué sabes tú de los sufrimientos, Martine?

—Nada, mon petit chou. Tienes razón.

Dadas las condiciones de privilegio en que había empezado, pensaba Giovanna, y las pocas semanas transcurridas, no había motivo para inquietarse mucho. Por si esto no bastara, el productor le había contestado contento de la bondad de la idea y animándola a que se tomara su tiempo. Sin embargo, aumentaba su sentimiento de culpabilidad al mismo tiempo que la necesidad de gozar mejor de su estancia en los Estados Unidos; y en vano se repetía que no había de perderse en escrúpulos: estaba viviendo el período más fascinante de su vida, el más despreocupado, el más fértil…

¿Fértil? No dormía lo suficiente, hacia las diez se levantaba con náuseas y bebía litros de café para desvelarse y poder contestar a Richard, con voz alegre: “Claro que nos vemos. A las siete.” Después, con esfuerzo, se disponía a acumular energías para la noche y, mientras Martine meneaba la cabeza, salía a estirar las piernas por el Village. Pero inevitablemente iba a parar al pie de las ventanas de Richard, miraba la entrada, con el león de piedra y el anuncio apagado de la Gordon’s Gin, y tomaba un taxi. El taxi la dejaba en el centro de la ciudad, en donde, llevada por la pereza, entraba en los almacenes, en un Automat. No sabía resistirse al anuncio de los Automat, aquellas letras rojas que simbolizaban la cruel América de Bill, traicionada cada noche en complicidad con Richard. Se aproximaba a las macabras paredes de vidrio que dividían el local en secciones: Alimentos Calientes, Alimentos Fríos, Dulces, Bebidas. Metía las monedas en las ranuras y, tiraba de las manecillas y, con la ingenua diversión que había sentido ya en sus primeros días en Nueva York, tomaba una hamburguesa, una ensalada marchita, que en la mesa de plástico no habría podido comer. Luego salía a la calle Cuarenta y Dos, se metía en la Quinta Avenida y se sentaba en la escalera de la Public Library, junto a los estudiantes y a los vagabundos.

El edificio neoclásico de la Public Library, con las columnas blancas, la balaustrada punteada por los excrementos de las palomas, los árboles grises, era su punto de equilibrio topográfico y sentimental. Allí se sentía igualmente distante del Village, de la América de Richard y de los rascacielos del Rockefeller Center, la América de Bill. Acurrucada en uno de los peldaños, los brazos en torno a las rodillas y sobre éstas la barbilla, podía observar y pensar. Observaba el tráfico cruel a lo largo de la Quinta Avenida, los autobuses verdes, los taxis amarillos y molestos, los automóviles de la propaganda electoral gritada por medio de altavoces, los vendedores de periódicos distribuyendo sin cesar diarios que eran pronto tirados en los depósitos de inmundicias, aquellos pies que caminaban sin detenerse, aquellos rostros que desfilaban sin detenerse, le asaltaban las dudas. ¿Por qué a mucha gente no le gustaba esta Tierra Prometida y le parecía un infierno? Pensaba en sí misma, en la Cosa, en Richard, y sentía angustiosas sospechas. ¿Por qué la Cosa no se había repetido? ¿Por qué cada noche la entretenía hasta demasiado tarde, en lugares agradables, sí, pero siempre llenos de gente? ¿Por qué no comprendía lo ridículo que era para una mujer de veintiséis años encontrarse metida en una relación platónica con el mismo hombre a quien se había dado la primera vez de su vida? ¿De qué servía haber abierto las puertas del Infierno si no se atrevían a entrar en él? Ella era adulta, él era adulto, ella era libre, él era libre. ¿No resultaba cada día más ridícula aquella castidad de recién nacidos?

Incapaz de comprender, resuelta a no comprender, transformaba las sospechas en interrogantes sin respuesta. Luego se levantaba, disgustada, tomaba un autobús que la dejaba en la esquina de la calle de Richard y allí, con ironía amarga, estallaba la última pregunta: ¿de veras había ocurrido la Cosa? A sus sentidos ahora despiertos se añadía la desesperada curiosidad de ver otra vez el lecho más allá de la puerta pintada de verde, de convencerse de que la Cosa realmente había sucedido. Imaginaba excusas, pretextos para poder volver, hasta que una tarde, cuando Richard llamó para advertirla que pasaría a recogerla alrededor de las ocho, contestó:

—No estaré en casa a esa hora. Pasaré yo a recogerte. Adiós, excúsame, tengo prisa.

Luego encargó a la camarera que en el caso de que el señor Baline llamara preguntando por ella contestara: “La señorita no está. No puedo tomar ningún recado porque no sé dónde ha ido ni cuándo regresará.” El señor Baline volvió a llamar, la sirvienta dijo lo que tenía que decir, Martine lanzó una mirada de soslayo, sin hacer comentario alguno. A las ocho en punto Giovanna estaba allí.

—¡Entra! —gritó desde el baño la voz estentórea de Richard—. No hay llave.

Cautamente, Giovanna movió la manecilla y abrió.

—Ponte cómoda. Sobre la mesita tienes whisky.

Más cautamente aún, Giovanna avanzó por el largo pasillo y se encontró en la sala.

—Acabo de afeitarme.

En silencio, Giovanna se sentó en una butaca y vio todo como lo recordaba: el escritorio lleno de cuartillas y de fotos, el diván de terciopelo color castaño, la puerta de corredera que separaba la sala del dormitorio. Estaba cerrado.

—Gió, ¿estás ahí?

—Claro que estoy aquí.

—Por favor, ¿me pasas una camisa? En el tercer cajón de la cómoda que hay en el dormitorio.

—Muy bien.

Tenía las manos sudorosas y le resbalaron más de una vez sobre la puerta de corredera. Al fin consiguió abrirla y por un momento el cobertor blanco, el televisor al pie de la cama y el tocadiscos le cortaron el aliento: la Cosa había sucedido realmente. Pero se recuperó enseguida y el espejo de la habitación reflejó el rostro de una muchacha circunspecta que abría un cajón, sacaba de él una camisa y se alejaba. Al cerrar la puerta de corredera, tenía las manos secas. Dio la camisa a Richard, que sacaba un brazo desde el cuarto de baño y fue a servirse un poco de whisky. La botella hizo tin, tin, tin contra el vaso.

—Gió, ¿estás ahí?

—Claro que estoy aquí.

—¿A dónde quieres que vayamos, esta noche? ¿Al polinesio, al español, al francés, al chino? Ya hemos estado en casi todos ellos.

—Donde tú quieras, Richard.

—Anda, Giovanna, no te hagas la sumisa. Es un papel que no te va.

—¿Sumisa, yo?

—No, gracias a Dios no lo serás nunca. Pero lo pareces en las ocasiones menos oportunas, como cuando se trata de escoger un restaurante. ¿No sabes que los americanos detestamos elegir? Míralos con la minuta en las manos: tiemblan. Parece que se digan: “¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a comer ahora?” Esta noche me siento americano hasta en el menú. No tengo ganas de escoger.

Richard había salido del baño y se abrochaba la camisa; luego la metía dentro de los pantalones y se le notaban los costados lisos. Se sonrió con su aire de arcángel deslucido. Giovanna lo deseó más que nunca.

—Podemos comer aquí. Bajamos al drugstore, compramos cualquier cosa y la comemos aquí. ¿No te parece bien, Richard?

—No.
—¿Por qué? Sería divertido.
—No. Detesto el olor de la cebolla, del aceite frito y de los platos sucios. Volvamos al Peter. Su menú es fijo y nos ahorrará las decisiones.
—De acuerdo. Entonces, siéntate aquí y bebamos algo.
—Gió, estoy cayéndome de desfallecimiento, estoy desnutriéndome. He fotografiado todo el día una maldita colección de vestidos y tengo hambre. Vámonos enseguida a comer, te lo ruego.
Giovanna se levantó ante él, irritada.
—¿Te fastidia verme aquí?
—¿Fastidiarme?... Qué tontería, Gió, ¿por qué... habrías de fastidiarme?
Había retrocedido un paso.
Giovanna se le acercó, resuelta. Le puso una mano en el hombro y lo oprimió.
—Richard, esta historia es inconcebible. Richard, no somos ya unos niños. Richard, yo te pí...
El timbre del teléfono le cortó la frase en la garganta. Richard corrió para contestar.
—Sí, Bill. No, Bill. Imposible, Bill. Sí, salgo con Gió. Sí, Gió está aquí. Muy bien, te llamo más tarde o mañana por la mañana.
Dejó el auricular como si le pesara. Se rascó una oreja, se pellizcó la nariz, se fingió preocupado buscando algo.
—Perdóname, Gió. ¿Qué me decías?
—Nada. No decía nada.
—Vámonos enseguida, entonces.
Aquella noche Richard cayó en una melancolía deprimente. Devolvió el plato de pollo relleno y dejó casi todo el vino en la botella. Al final inició un injustificado discurso sobre la muerte.
—¡Ah! ¿Cómo es posible vivir en esta ciudad de cadáveres? Tú no lo sabes, pero ésta es una ciudad construida sobre cadáveres. Levanta la mirada hacia un rascacielos y dentro, entre el hierro y el cemento, está, por lo menos, el cadáver de un obrero de los que lo construyeron. Caminas por una calle cualquiera y bajo tus pies está, por lo menos, el cadáver de un obrero que trabajó allí. Bajas al metro y encima de tu cabeza hay un techo de cadáveres: los cadáveres de obreros que cayeron en el mortero y allí se quedaron, porque, para sacarlos, los contratistas habrían perdido un tiempo precioso. Vas a pescar a la orilla de un rio y, en el fondo, mezclado con el limo, está el cadáver de un suicida con una piedra al cuello, o el de un gángster a quien mataron sus rivales. Vas a visitar a un amigo y te das cuenta de que los cristales de su ventana están empañados, con muchas motas negras en todas partes. Le preguntas por qué y te dice, muy tranquilo,

que al lado de su casa hay una Mortuary Home, en la cual, evidentemente, están quemando un cadáver. Aquellas motas negras que empañan los cristales es todo lo que queda de un hombre. Una cosa importante: ¿gracias a este inconveniente tan banal pagas menos por el alquiler? ¡Ah, no! Yo no estoy hecho para vivir en una ciudad en la cual los cristales de las ventanas se empañan porque cerca hay un crematorio. No estoy hecho para vivir en un mundo en el cual los aviones escriben en el cielo: “Beba Pepsi Cola.” Cuando veo un avión yo pienso en un ángel. Y dime, Gió, ¿es que un ángel puede escribir en el cielo “Beba Pepsi Cola”?

—Come, Richard.

—Come, come. Aquí todos lo resuelven todo con la comida. ¿Eres tú una de ellos? Come, come. Lo dicen también los psiquiatras: cuando te acomete un dolor, come. Como si el alma tuviera un sistema digestivo. ¿Lo dices también tú?

—No lo digo, Richard, pero yo vengo de un país donde el sistema digestivo sufre más aún que el alma porque el alma se satisface con sueños y el sistema digestivo no. He aprendido a ser práctica, y he visto demasiados muertos para poder permitirme llorar por los cadáveres de quienes construyeron Nueva York. Pero te comprendo. No comas si no quieres.

—¡Ah, Gió! Qué alivio escucharte, saberme comprendido. Mira, Gió, a ti puedo decirlo; cuando lo digo a Bill me siento mezquino. Hay momentos en que anhelo la muerte como un vaso de agua fresca cuando se tiene sed. Incluso lo probé una vez ¿sabes? Con la pistola de mi padre, apenas había regresado de la guerra. La apoyé contra la sien, apreté el gatillo y ¡clic! Estaba descargada. ¡Qué vergüenza, Gió, qué vergüenza! No tuve valor de cargarla e insistir. Nunca tendré ese valor. El suicidio no es un gesto vil, Gió. Es un gesto de valentía, un acto de libertad: el acto supremo de una libertad suprema. Es la elección definitiva entre tener o no tener la única cosa que poseemos: la vida. La desdicha es que quien no tiene el valor de suicidarse no tiene tampoco el valor de vivir...

Giovanna escuchaba un poco sorprendida, un poco asustada; y al mismo tiempo seguía la música difusa del habitual tocadiscos de los restaurantes. Era una música dulce, nostálgica, que la conmovía más que la charla de Richard. Olía a buhardillas, a gente que va en bicicleta, a café demasiado fuerte en tazas que son demasiado pequeñas, olía Europa. ¿Qui era? ¡Ah, is! *I love París*. Puso mayor atención: “*/ love París in the Springtime, I love Paris in the Fall, I love Paris in the Winter when it freezes, I love Paris in the Summer when it...”* ¡Cuánto le habría gustado en aquel momento —pensó— estar en París, estar sentada en un bistrot junto al río que no recuerda cadáveres, caminar por calles que no cubren cadáveres, bajar a una estación del

metro en el techo del cual no hay cadáveres! La devolvió a la realidad la voz de Richard.

—Vámonos, Gió. Estas jeremiadas me matan.

Aquella noche fueron a escuchar canciones populares y durante todo el rato Richard la estrechaba contra sí. A medianoche le propuso irse a. dormir. En la esquina de la calle, pareció que le asaltaba una nueva duda: la besó largamente.

—Si no tienes sueño... Si quieres subir un momento.

—No, gracias. Estoy cansada y tengo que dormir —respondió Giovanna.

—¿De veras?

—De veras.

—Entonces, buenas noches. Mañana por la tarde, desgraciadamente, no podremos vernos. Nos veremos el domingo por la mañana. ¿Te parece bien? Mira, Gió, se me ocurre una cosa: nosotros dos no nos hemos visto nunca de día. Siempre después de la puesta de sol. El domingo por la mañana nos veremos a la luz del sol. ¿Te parece bien?

Giovanna contestó afirmativamente y entró en casa esperando encontrar a Martine y poder preguntarle si comprendía algo. Por ejemplo, por qué Richard se había puesto a hablar de la muerte después de haber intentado ella decirle: “Yo te deseo.” Y . por qué ella no había subido cuando Richard, por último, había dicho aquella frase tan anhelada: “¿Quieres subir un momento?” Martine no se encontraba en casa. Había dejado una nota: “Como con un rubio. Es posible que no regrese. Avisa a la camarera que hay que comprar yogur.” Debajo de la nota de Martine había una carta de Francesco. La abrió con dedos ágiles y la leyó tratando de definir las sensaciones que la lectura le producía.

“Querida Giovanna: ¡Qué pena darme cuenta de que me olvidas! Ni siquiera una línea, ni siquiera una tarjeta, y esta separación es mucho más penosa de lo que podía creer. Tengo que reconocerlo: desde el momento en que me despierto hasta que me duermo no hago más que preguntarme cómo estás, qué haces, cómo va tu trabajo. He sabido por el comendatore (¿no es un poco triste haberme enterado por él?) que ya has encontrado un tema para el guión: Martine. La noticia me ha hecho sonreír. ¿Es posible que Nueva York no te ofrezca nada mejor? Ciertos personajes de teléfono blanco me han fastidiado siempre: en la vida y en el cine. Uno se pregunta cómo se las arreglan para vivir, si tienen una renta fija. En tu lugar, yo explotaría el personaje de Martine sólo superficialmente e insistiría más en los Estados Unidos. Y en cuanto al personaje masculino, ¿lo has definido ya? Te escribo apresuradamente porque me dispongo a marchar: voy a

París a colaborar en una puesta en escena. Estaré allí dos semanas. Puedes escribirme, si quieres, a la oficina de París. ¿Me escribirás? Quiero saber qué ha pasado. Te abraza, Francesco.”

No, no conseguía definir ninguna sensación leyendo aquella carta: sólo una vaga envidia porque ahora Francesco se encontraba en París. Por consiguiente, le contestaría y le confesaría la verdad. Se inclinó sobre el papel y contestó.

“Querido Francesco: Me preguntas qué ha pasado y me conoces como mujer leal. Ha pasado exactamente lo que temía: he encontrado a aquel muerto. A veces los muertos están más vivos que los vivos; tenías razón. Pero es inútil explicarte las circunstancias increíbles en las cuales lo he encontrado. Cuanto más pienso en ello más tengo la sensación de ser una mosca que ha quedado prendida en una telaraña, o el peón de una absurda partida de ajedrez que disputa un Jugador Invisible. Richard Baline no es en manera alguna un hombre que te iguale en méritos lo sé. Pero muy a mi pesar tengo la impresión de que lo amo. A veces la sola idea de renunciar a verlo una noche me hace sentirme pobre. Por tanto, perdóname, Francesco. Tenía que decírtelo y nuestras relaciones no eran de tal índole que me indujeran a creer que te he traicionado. No éramos amantes, ni cónyuges ni prometidos. Éramos, y espero que continuemos siéndolo, tiernos amigos. Y es al tierno amigo a quien digo: ‘No sé, no puedo saber cómo acabará esto, cuándo acabará, si acabará. Pero haré todo lo posible para que no acabe’. De nuevo te pido que me perdones. Gió.”

Era casi la una de la mañana. En la plaza los beatniks hacían el acostumbrado ruido de los viernes. Tres manzanas más allá, detrás de la puerta pintada de verde, un dedo flaco marcaba el habitual número de teléfono.

—Hallo, Bill?

CAPÍTULO IX

OBSTINADAMENTE, Martine se negaba a contar lo que había pasado con Bill en la noche del restaurante japonés. A las preguntas de Giovanna se cerraba en el silencio y movía la cabeza o bien cambiaba de conversación, y cuando se quedaba sola, miraba como hipnotizada sus uñas o refunfuñaba algo entre dientes, como si la atormentara una idea fija, una obsesión.

Su vida se desenvolvía siempre en la girándula de los estrenos teatrales, los cócteles y los flirts destinados a morir en el espacio de veinticuatro horas. No obstante, Giovanna pensaba que su amiga no era ya la misma. Era, ¿cómo decirlo?, un poco menos Martine. Se daba el caso, por ejemplo, de que respondiera a un cortejador particularmente agradable que no podía aceptar su compañía debido a compromisos incancelables o a su jaqueca. Después se quedaba en la cama escuchando ruidosos discos, dormitando y repitiendo que quería comprar un perro, quizás un terrier de Yorkshire, porque era el más pequeño en el mercado. “Dime, ¿no te parece un niño peludo?” Si salía para cenar fuera de casa, regresaba a horas razonables. Por la mañana, al despertarse descansada, mostraba un humor sensato e indulgente. Decía: “Mon petit chou, no hagas tonterías”. Una tarde insistió para que la acompañara a Hammacher y Shlemmer y allí ocurrió algo que dejó perpleja a Giovanna.

En aquellos almacenes había una sección de artículos para perros. Martine daba vueltas distraída cuando su mirada se posó en una caja de zapatos para cuando llueve, tan pequeños, que no habrían servido ni a un recién nacido. Se llevó la mano al corazón, cerró los ojos, arrugó la frente y, con una especie de estertor—dijo:

—Los quiero.

—Pero ¿qué vas a hacer con ellos, Martine? Ni siquiera tienes un perro.

—No importa. Los quiero. Compraré el peno.

—¡Martine! Primero se compra el perro, y después los zapatos para el perro. Podría no ser su medida...

—Compraré un perro al cual le vayan bien.

—Martine, eso es estúpido.

—No. Un par, por favor.

El empleado la miró sin reaccionar. Después tomó la caja de plástico transparente en que estaban los zapatos, hizo un paquete y lo entregó a Martine.

—Tome, Madam. Cuatro dólares y veinticinco centavos. Martine lo miró como sumida en un sueño.

—He dicho un par.
—Este es el par, Madam.
—No son un par, son cuatro. ¿Qué hago yo con cuatro?
—¿Cómo dice, Madam?
—Digo que me basta un par.
El empleado parpadeó.
—¿Es un perro normal, su perro, Madam?
—Claro que es un perro normal. Será un perro normal. ¿Cómo se permite usted insinuar que mi perro sea un monstruo?
—¿Puedo observarle, señora, que un perro normal tiene cuatro patas y no dos?
Martine le miró fijamente un segundo, perdida en su sueño, luego palideció, enseguida se ruborizó y al fin estalló en la carcajada más escalofriante que Giovanna oyó jamás. Riéndose, había tomado el paquete y riéndose había salido de los almacenes sin comprar lo que quería y riéndose había regresado a casa, donde Giovanna descubrió una lágrima que le resbalaba por la mejilla.
—¡Martine! ¿Qué te pasa? ¿Lloras?
—¡Oh, sí! De tanto reír.
Y ahora los cuatro zapatos para perros estaban en la sala, junto con las antigüedades, los ceniceros de jade, los huevos de mármol y Martine los acariciaba con un dedo con la uña esmaltada de rojo mientras decía a Giovanna:
—¿Preocupada por mí esta noche?
—No. Ya me dijiste que quizá no volverías.
—¿No me preguntas lo que he hecho?
—No. Has estado cenando con un rubio.
—¿Sólo cenando?
—Martine, no quiero saber lo demás.
—Aquí te esperaba. Después he estado caminando toda la noche, sola.
—¡Anda! ¿Por qué?
—Tenía que pensar. Gió, tengo grandes novedades para ti. He decidido cambiar de vida.
Giovanna, aún en pijama, estaba sentada frente a Martine. Al verla regresar, habría imaginado cualquier cosa menos que su amiga hubiese decidido cambiar de vida.
—Martine, ¿quieres volver a casarte?
—¿Estás bromeando?
—¿Esperas un niño?
—No digas disparates.
—¿Quieres hacerte monja?
—Gió, no tienes ninguna fantasía. Mírame bien. ¿No ves nada nuevo en mí?

—¿En qué?

—En el vestido. Míralo bien.

—Lo miro. Es un Chanel beige, con ribetes dorados. Muy bonito. Más que bonito, estupendo. Probablemente lo has comprado esta mañana, junto con el sombrero.

—Gió, mírame mejor.

Martiné metió el cigarrillo en una boquilla y se puso a andar de un lado para otro y se detuvo al fin con la boquilla levantada,

—Veo una boquilla. Es larga y probablemente de oro.

—Gió, eres deprimente. Y estás un poco ciega. ¿No ves que llevo el uniforme?

—¿El uniforme?

—En fin, ¿cómo se llama el vestido de trabajo?

—¿Es un vestido de trabajo, ése?

—Sí.

Martine se tendió en el diván y saboreó lo que iba a decir.

—De ahora en adelante trabajaré.

—Perdona, Martine. No he comprendido.

—Has comprendido perfectamente. De ahora en adelante trabajaré. Ya comprendo que tratándose de un elemento de desorden y de frivolidad como soy yo, el anuncio sorprende. Yo no sé nada de la clase social llamada clase trabajadora. Cuando alguien pronuncia esta palabra, trabajador, lo miro como si me dijera otorrinolaringólogo, trabalenguas que nunca he sabido lo que significa. Sin embargo, trabajaré. Y enviaré a todos la participación: “Martine tiene el honor / de anunciar / que ha entrado a formar parte / de la clase trabajadora”. Lindo, n’est-ce pas?

—Diría que es prematuro.

Giovanna se sentía cada vez más divertida.

—No lo creas. Chérie, ponte de pie y saluda a una trabajadora con horario y estipendio. Desde esta mañana formo parte del personal de Harper's Bazaar. La cosa ha ido de esta manera: a las siete de la mañana, después de haber caminado por toda Nueva York, he entrado en un bar y he tomado un café, luego otro café y después otro café, y así hasta las nueve. A las nueve me he metido en un taxi y he ido a Bergdorf y Goodman. He dejado mi vestido negro de noche y he comprado este Chanel. Luego he tomado otro taxi y he ido a ver a mi amiga la directora de Harper’s Bazaar. He entrado en su despacho y hemos tenido este diálogo: “Chérie, ¿necesitas un mandadero?” “Martine, ¿te dedicas a proteger a los mandaderos?” “Chérie, ¿necesitas un periodista?” “Martine, ¿te dedicas a proteger a los periodistas?” “Chérie, ¿necesitas una modelo?” “Martine, ¿estás arruinada?” “Ingenioso”, le dije. Y enseguida le comuniqué mi decisión. Ni siquiera parpadeó. Sólo me dijo que anduviera de un lado

a otro del despacho. Lo hice y me dijo que sólo puedo hacer un trabajo: llevar trajes—Le dije que bueno, que me iba bien, y me ha hecho firmar unos papeles según los cuales resulta que desde el lunes a las nueve de la mañana formo parte del personal de Harper's Bazaar. Voilá.

—Martine, eres una embustera. En Harper's Bazaar no toman a un empleado en cinco minutos.

—Bueno, he resumido un poquito.

—Y tú no te levantas a las nueve. A las nueve te acuestas.

—Bueno, de ahora en adelante a las nueve estaré levantada y el sinvergüenza de Bill no podrá decir que soy una inepta, una parásita, que siempre he vivido a costa de otros sin hacer nada, que no puedo comprender las cosas porque nunca he estado levantada a las nueve...

—Martine, no me salgas ahora con que has hecho eso por Bill.

Martine tomó el auricular, porque estaba sonando el teléfono.

—Oh, darling! Oh, dear! No, el lunes por la noche no puedo. A partir del lunes trabajo. No, no es una broma: he encontrado trabajo. Hallo! Hallo!

Dejó el teléfono.

—Ha cortado la comunicación diciendo que se había equivocado. ¡Idiota!

Tomó de nuevo el teléfono, que volvía a tonar.

—Oh, darling! Oh, dear! Estoy muy bien: he encontrado trabajo. No, querida, no estoy borracha. Hallo! Hallo!

Dejó otra vez el teléfono.

—Ésta ha creído que estaba borracha. ¡Oh, Gió! ¿Por qué no me creen?

—No te creerán nunca. Y menos que todos, Bill.

—¿Bill? ¿Quién ha hablado de Bill? No quiero hablar de Bill. No tengo nada que ver con Bill. ¡Oh, me pongo nerviosa! Me sentía tan feliz y ahora me pongo nerviosa. ¿Por qué quieres estropearme el día hablándome de Bill?

Y, agarrando de nuevo el teléfono, Martine volvió a gritar la extraordinaria noticia, y dirigió nuevas preguntas a Giovanna.

¿Qué había pasado, aquella noche, con Bill? Ciertamente algo muy grave tenía que ser si Martine había quedado tan trastornada como para buscarse un trabajo. ¿Por qué Mar— tiñe ocultaba la verdad e inventaba mentiras? De todo lo que había contado Giovanna estaría dispuesta a apostar que sólo un detalle era verdadero: la cena con el rubio. Con toda seguridad algo más que una cena: Martine no era mujer para vagar de un lado a otro de Nueva York como una poetisa romántica y luego entrar en un bar matutino para resolver la crisis con un gesto definitivo. También estaba dispuesta a apostar que el diálogo con la directora del Harper's Bazaar se remontaba a

muchísimos días: como el documento firmado. Pero ¿qué le habría dicho Bill, además de los insultos que tanto la habían ofendido?

—Martine... —empezó Giovanna.

—Mon petit chou, nada de interrogatorios. Ahora voy a tomar un buen baño y enseguida a dormir. Quiero dormir hasta el lunes por la mañana. Me van a fotografiar, ¿sabes? Debo estar fresca como una rosa. Y mañana no me despiertes, te lo ruego. ¿Tú qué haces mañana?

—Salgo con Richard.

—¡Christian Dior! ¿Cuándo te decidirás a plantar al tal Richard?

—No tengo ninguna intención de plantarlo, Martine.

—¿Y ni siquiera meterte en la cabeza que no es un tipo hecho para ti?

—Ni siquiera eso. Mi parecer sobre el tema es diferente.

—Cariño, escúchame bien: en ciertas cosas yo sé más que tú. Dick no es el que tú crees. Lo has adornado con tus pasiones infantiles, con tu sugestión por América. No amas a Dick*, amas a América. Y Dick no es América; en este sentido no podías haber elegido peor. Dick es la anti— América, diría Bill. ¡Ah, Bill! ¡Que este nombre no sea pronunciado nunca aquí!

Aquella noche Giovanna la pasó en un tormentoso duermevela: el zumbido de las sirenas de los remolcadores acompañaron hasta el alba su revolverse continuamente en el lecho. Llegaba nítido desde el Hudson y no le sugería ninguna idea de grandeza o de magia: sólo el recuerdo de agua maloliente, un fétido hedor de nafta. Empezaban, sin que ella lo supiera, las primeras dudas, las primeras incertidumbres. Y la esperaba, sin que lo intuyera, un día difícil. A las diez de la mañana, cuando llamó Richard, se sentía cansada como si hubiera estado bailando hasta muy tarde. Aceptó sin entusiasmo el programa que Richard le propuso.

—Primero iremos a Harlem, a la misa de los negros, después al Museo de Arte Moderno. Ven enseguida. Harlem está en el otro extremo de la ciudad. Necesitaremos por lo menos media hora para llegar allí.

La voz de Richard sonaba un poco histérica y en el auricular retumbaba un rumor de pasos, pero no los habituales pasos que la primera noche llovieron desde el techo. Giovanna se vistió apresuradamente, ocultó bajo un foulard su pelo despeinado y corrió a su encuentro. La oprimía un presentimiento desagradable y al mismo tiempo ansia de verlo y abrazarlo. Cerró la puerta con cuidado, para no despertar a Martine.

* * *

Los negros iban todos vestidos de blanco: zapatos blancos, calcetines

blancos, camisas blancas. Las mujeres se cubrían la cabeza con una pequeña cofia blanca. En aquel blanco que debía significar pureza, las caras y las manos destacaban más negras aún, más trágicas. Los hombres estaban a un lado; las mujeres a otro. Entre el grupo de los hombres y el grupo de las mujeres había una tribuna con la bandera de los Estados Unidos, un tocadiscos y un sacerdote con traje de calle que con una batuta marcaba el compás. La iglesia se llamaba Church of the Heir y se encontraba en el segundo piso de un viejo edificio. Más que una iglesia era una gran sala con bancos y reclinatorios ante los bancos. No había imágenes religiosas ni flores ni crucifijos: sólo un pedazo de tela en la cual se leía, en grandes letras: "Dios te mira con el reloj en la mano, ¿Confiésate?" Los que llegaban eran recibidos a la entrada por dos mujeres ministros del Señor, vestidas también de blanco con una faja color violeta en la cual se Leia: "Dios te mira con el reloj en la mano. ¡Confiésate!" Las ministros del Señor tenían como función secar el sudor de los fieles y dar a cada uno un abanico porque, explicaban, pronto tendrían calor allí dentro. En el abanico se Leia: "Dios te mira con el reloj en la mano. ¡Confiésate!"

Hicieron sentarse a los tres en la parte de las mujeres: en la última fila. Bill a la izquierda. Giovanna en el centro y Richard a la derecha. Ninguno de los tres habló ni intercambiaron miradas entre sí. El encuentro en casa de Richard había sido poco cordial.

—Hola, graciosa babosita. ¿También tú vas a la misa de los negros?

—No contigo, Bill.

—O.K. Dick, tu Gió no me quiere. Será mejor que me vaya.

Y Richard la miró con su acostumbrada expresión de desconcierto y culpabilidad, y luego intentó un acuerdo que le permitiera no perder a ninguno de los dos.

—¡Bill! ¡Gió! ¿Qué os pasa? Bill, ¿por qué quieres marcharte? Gió, escúchame: Bill me ha propuesto acompañarnos y yo prefiero que vaya con nosotros. Algunas veces en Harlem se acaba a golpes. En fin, ¿es posible que tengáis que pelearos siempre?

Y así fue como salieron de casa, uno al lado de otro, y se sentaron, uno al lado del otro, en el automóvil rojo de Bill. Giovanna en el centro, Richard a la derecha y Bill a la izquierda, que era el que conducía. Uno al lado del otro a lo largo de la Quinta Avenida, desierta porque era domingo; uno al lado del otro por el Central Park, desierto también, aunque era domingo; uno al lado del otro por anchas vías en espiral, con aquel viento que entraba por la ventanilla y aquel calor que les llegaba del motor. Richard molesto, Giovanna mortificada y Bill callado. Bill conducía con gestos tranquilos, seguros, y Giovanna pensaba: "¡Qué domingo tan raro! Es la primera vez que

Richard y yo nos vemos de día y aquí tenemos a este antipático. ¿Por qué habrá querido venir?" Bill se sonreía, de la manera glacial de costumbre y Richard pensaba: "¡Qué domingo tan raro! Es la primera vez que Giovanna y yo nos vemos de día y aquí tenemos a este tipo despótico. ¿Por qué habrá querido venir?" Uno al lado del otro, por las calles rectas y por los pasos subterráneos, los semáforos rojos convirtiéndose en pausas de silencio pesado, y así habían entrado en Harlem, entre una multitud oscura y hostil, apoyada en las paredes, en los faroles, y habían aparcado el automóvil rojo, habían subido al segundo piso para sentarse ante la tremenda tira de papel: "Dios te mira con el reloj en la mano. ¡Confiésate!"

Te entraba un sincero deseo de confesarte, o el terror de hacerlo. El tocadiscos emitía un motivo obsesionante de twist, como el que escucharon la primera noche en el Palladium. Los negros batían palmas y cantaban; el canto repercutía en los cristales como un temporal. El aire era caliente, denso de sudor y de amenazas. De pronto el sacerdote levantó la batuta, detuvo el tocadiscos y dijo:

—Dios te mira con el reloj en la mano. ¡Confiésate!

Una mujer salió de sus filas y se puso a gritar sus pecados. Era alta y flaca y llevaba gafas. Gritando, se retorcía en su vergüenza y una de las ministros del Señor le quitó las gafas para que no se rompieran. Sus pecados eran pecados corrientes, sin importancia, pero los negros decían:

—Uuuuuuu.

Y Giovanna habría querido hacerla callar, y gritar: "No la condenéis. Nosotros tres somos mucho peores." Giovanna sudaba. Se volvió hacia Richard y le dijo.

—Richard, por favor, vámonos.

Richard no la oyó. Estaba pálido y escuchaba a la mujer. Pero Bill la oyó y con ademán decidido y seco tono de voz, ordenó:

—Dick, vámonos. Gió tiene razón.

—¿Por qué? Yo me divierto.

—¡Vámonos, te digo!

Salieron, Richard a la derecha, Bill a la izquierda, Giovanna entre los dos. Cada uno de los tres presentía que era inútil escapar. Bajaron despacio la escalera. Otra ministro del Señor les dijo:

—Ahora ya conocéis el camino. Volved.

Bill contestó cortésmente:

—Volveremos muy pronto, gracias.

Cerraron cuidadosamente la puerta y se encontraron otra vez entre una multitud oscura y hostil, y llegaron al automóvil rojo. El coche estaba lleno de pintadas y en el parabrisas habían escrito, en grandes letras: *"Go to Hell, please"*: Id al infierno, por favor. Y sucedió aquella escena terrible.

Sucedió que Richard empezó a borrar las letras con la mano, riéndose, pero Bill le sujetó como una tenaza la mano

y, volviéndose hacia unos negros que les miraban, preguntó:

—¿Quién ha sido?

Un muchacho con chaqueta de cuadros, masticando

goma, se separó de la pared en que se apoyaba.

—Yo. ¿Por qué, hombre?

—No intentes hacerlo otra vez, muchacho.

—*¿Qué* has dicho, hombre?

—He dicho que no vuelvas a hacerlo nunca, muchacho.

El joven escupió la goma de mascar, que cayó a los pies

de Richard.

—Lo haré siempre que me dé la gana, hombre.

—Y yo te digo que no vuelvas a hacerlo nunca, muchacho.

—Déjalo, Bill.

La voz de Richard sonó temblorosa: era la voz de uno que empieza a tener miedo. Bill se puso rígido.

—¿No ves que es un mocoso, Bill? Un negro mocoso

—insistió Richard.

El muchacho se dirigió a Richard.

—¿Qué has dicho, hombre?

Richard le volvió la espalda e inició el ademán de abrir la portezuela del coche.

—He dicho que eres un negro mocoso —contestó entre dientes.

—Repítelo, hombre.

Richard empujó a Giovanna hacia el coche.

—Vamos Gió.

—Ni soñarlo —contestó Giovanna, desasiéndose.

—Repítelo, hombre.

Giovanna se plantó ante el muchacho.

—Ya te lo ha repetido. Eres un negro mocoso.

—¿Ah, sí?

El muchacho la miró, luego miró a Bill y después miró a

Richard. Se lanzó contra éste.

—¡Bill! —gritó Richard.

Bill estuvo quieto un momento. De pronto, rápidamente, se puso entre los dos y los separó.

—Tú, métete en el coche —ordenó a Richard.

Se volvió hacia el muchacho y le dijo:

—Y tú vete a tu casa.

Richard obedeció metiéndose en el coche.

El muchacho obedeció, escurriéndose enseguida a lo largo de la pared.

Giovanna no se movió.

—¿Ninguno más? —preguntó entonces Bill, volviéndose hacia el grupo de negros.

—Hombre, sí.

Plácidamente, un negro se destacó del grupo, y luego otro y otro. Cuatro, en línea, esperaban una señal suya. Él se mantenía firme con su camisa perfectamente planchada, la corbata perfectamente anudada, con su elegancia de Madison Avenue. Los cuatro negros esperaban una señal suya.

—¡Adelante! —dijo Bill, apartando de un empujón a Giovanna.

Fue cosa de un momento. De pronto los cuatro negros le rodearon, lo cubrieron y lo sumergieron en una sorda lluvia de puñetazos. De repente Bill resurgió: imponente, erguido, firme como un rascacielos de hierro y a su vez se puso a repartir puñetazos ninguno de los cuales fallaba el objetivo elegido. Cuanto más pegaban los negros más pegaba él. Cuanto más se doblaban los negros, más se erguía él, incapaz de ceder. Los cabellos le caían sobre los ojos, la corbata se le había puesto de través y casi le habían arrancado una manga de la chaqueta. Pero no cedía. Y atacaba más bien, como un toro entre toros, mientras Richard, acurrucado en el coche, gemía:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Giovanna, turbada, miraba a uno y a otro. El primer negro golpeó a Bill en la nariz, que empezó a sangrar. Giovanna se olvidó de Richard y se metió en la pelea. Atacó primero al negro que le había dado en la nariz a Bill y luego a otro y a otro. Daba puntapiés y puñetazos, como podía, resuelta también ella como un pequeño toro, ágil y feroz. Y la cosa duró hasta que comparecieron dos policías en un coche gris.

—Bueno —dijo Bill, pasándose una mano por los cabellos y tocándose la nariz, como si fuera un objeto precioso que alguien se hubiera atrevido a tocar.

—Hemos tenido suerte. Te lo había dicho, Dick, que no era cosa de venir aquí.

—Me las habría arreglado muy bien yo solo —murmuró Richard, con la mirada fija en el parabrisas.

—Lo sé, lo sé —dijo Bill.

El hombre se quitó la chaqueta, cuya manga se había ya desprendido totalmente, se arregló la corbata y puso el coche en marcha.

—Mira, Dick, los pobres no son malos, pero tienen el pésimo gusto de mostrarse pendencieros con los ricos.

—Los negros, quieres decir —murmuró Richard.

—Los pobres, Dick. Blancos y negros. Y en cuanto a ti, Gió, te felicito. Te has portado muy bien. Te he visto pegar un puntapié que valía un zurdazo. ¿En dónde aprendiste?

—En la escuela —gruñó Giovanna.

Y jadeante todavía por la fatiga, se secó el sudor y encendió un cigarrillo. Estaba furiosa. No conseguía comprender, de veras no lograba comprender por qué Richard se había refugiado en el coche y allí se había quedado. Lo odiaba. Odiaba también a Bill, que se había mostrado tan valeroso y lo había humillado. Pero sobre todo odiaba a Richard, y así recorrieron las anchas vías en espiral, con el viento que entraba por la ventanilla y el calor que salía bajo el motor; luego pasaron por el Central Park, desierto a pesar de que era domingo, y después por un trecho de la Quinta Avenida, desierta porque era domingo, Bill a la izquierda, Giovanna en el centro y Richard a la derecha: Richard mortificado, Giovanna furiosa y Bill callado. Lo que había ocurrido era realmente terrible: los tres lo sabían. Significativo, humillante como si hubieran confesado sus pecados en aquella sala llamada Church of the Heir. Y la culpa, concluía Giovanna, era toda de Bill, que había sido el primero en buscar camorra. Cuando Bill los dejó ante el Museum of Modem Art, se despidió de él con frialdad redoblada.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Richard a Bill, implorando casi que no le dejara solo con Giovanna.

—¿Con una manga rota y la nariz sangrando? No, muchas gracias. Cuéntale lo del huracán. Le sentará bien.

El coche partió ruidosamente.

El museo era una cosa aburrida, como todos los museos. Lo único que le impresionó fue un cubo de hierro comprimido, llamado *The Yellow Buick*. Tenía las dimensiones de una caja grande y, explicó Richard, en otro tiempo había sido realmente un Buick amarillo y después alguien lo había comprimido de aquella manera porque en América se comprime todo: los sentimientos, el valor y el miedo. Que Giovanna lo observase. En aquella caja dura, de lados lisos como cortados a cuchillo, estaba todo lo que en otro tiempo había sido un automóvil: los guardabarros, las ruedas, el volante, la matrícula. Tal vez, también reducido a las proporciones de un muñeco estrujado, se encontraba allí el dueño del coche. Giovanna miró con la frente fruncida y una sensación de náusea que la apretaba la garganta. Con los ojos semicerrados buscó entre las planchas de metal comprimidas el rastro de un dedo, de una oreja, de un pelo siquiera de quien había sido el propietario del automóvil y quizá se encontraba, realmente, reducido a las proporciones de un muñeco estrujado, dentro del horrible sarcófago. Gélidamente concluyó que tenía hambre. ¿Él no? También tenía hambre. Y subieron a comer en el snack de la decimosexta planta, donde Richard explicó que sólo podían entrar los miembros del club. Los miembros del club podían también alquilar un Modigliani o un Picasso y tenerlo treinta días en su casa. Aquello era

simpático en América, ¿verdad? ¡Oh, sí, muy simpático!

En el snack tomaron sopa fría, carne fría y patatas frías. Después Richard dijo que tenía necesidad de aire y bajaron a pasear por la Quinta Avenida. En silencio se detenían ante los escaparates adornados, en silencio se asomaron a la pista de hielo del Rockefeller Center y contemplaron a las parejas de enamorados que patinaban, a los papás que patinaban y a los niños que patinaban: americanos felices que con dos cuchillos sujetos a las plantas de los pies pasaban alegremente un día difícil. Los americanos felices vestían de rojo, de azul, de todos los colores; y eran bellos. Las mujeres tenían unas piernas bonitas y los hombres tenían un tórax robusto y los niños eran rubios. En la esquina de la Quinta Avenida encontraron, en cambio, un americano infeliz que vendía castañas asadas fuera de temporada.

—Gió, ¿quieres castañas asadas? —preguntó Richard con la premiosa gratitud de quien ha conseguido romper un silencio.

—Sí, querido. Me gustan —contestó Giovanna, que, alzándose sobre las puntas de sus pies, le besó en la mejilla.

La chica sentía por Richard una ternura infinita, una piedad infinita. Y aquel cartucho de papel, con diez castañas asadas fuera de temporada valían en aquel momento todos los puñetazos de Harlem.

—Veinticinco centavos, por favor —dijo el americano infeliz.

Richard pagó los veinticinco centavos, luego tomó a Giovanna por el brazo y juntos reanudaron su marcha a lo largo de la acera desierta, y al pie de los rascacielos sin color. El otoño empezaba a anunciarse con cierto fresco y las castañas calentaban agradablemente los dedos. En el momento en que Giovanna se las llevaba a la boca tenían, además, un perfume; y era un perfume de casa. Giovanna pensó que en uno de los días próximos comunicaría a Gómez su decisión de quedarse en Nueva York.

CAPÍTULO X

—DE MANERA, baby, que has ligado un perfecto amor con Dick. Toda la ciudad habla de ello. Nueva York, ¿sabes?, es tan pequeña... ¿Era él el fantasma que habías perdido?

Giovanna ocultó la carta de Francesco y se recostó en la silla. Luego miró a Gómez, que continuaba de pie, ante su escritorio, mirándola fijamente a los ojos.

—Sí. Era él.

—Habría apostado a que lo era, naturalmente. Dick, ¿éh? Hum, Dick. Buen fotógrafo, pero...

—¿Has venido a aconsejarme? —preguntó Giovanna, agresiva.

—/Oh, no! Yo tengo la misma teoría que Goethe sobre los errores: los errores de un hombre lo hacen particularmente amable. Imaginemos lo que puede pasar con los errores de una mujer. Tu secretaria me ha dicho que quieres hablarme.

—Sí. ¿Puedo ir a tu despacho?

—¿Cómo no? Ya que éste te gusta tan poco...

Pasaron al despacho de Gómez. Gómez se sentó en una butaca, encendió un cigarro y Giovanna se puso a caminar de un lado a otro.

—O.K., baby. ¿En qué puedo servirte?

Giovanna se detuvo, con las manos cogidas en la espalda.

—He decidido aceptar aquella proposición y quedarme en Estados Unidos.

¡Ah! —exclamó Gómez, echando una gran bocanada de humo y cruzando las piernas—, ¿Y cuándo lo has decidido?

—Estos días. Tu proposición sigue siendo válida, ¿verdad? ¡Oh, lo sé!, me he portado como una romana que se cae de sueño, 'casi no he venido a mi despacho y esto te desagrada. Pero yo trabajo a mi manera, ya que te lo dije. Y con el tiempo acabaré por aceptar vuestras reglas.

—Baby, no inviertas los papeles; esta vez parece que eres tú quien quiere convencerme. Gómez no cambia nunca de idea, especialmente con una persona que le gusta. Te has portado a tu manera, como harás siempre. En cuanto a que te aclimatarás, nadie lo duda. Eres el tipo que dentro de dos años necesitará cinco teléfonos encima de su escritorio.

—Es evidente, de todos modos, que las condiciones han de ser las mismas que me propusiste. Si no, renuncio.

Gómez la estudió a través de la cortina de humo.

—Dos mil al mes y una carrera segura. El sueldo doblado cuando lleguemos a los cinco teléfonos. En el lugar que tú elijas. Supongo que

preferirás Nueva York a Hollywood.

—Exacto. ¿Cuándo firmamos el contrato?

—Aún no te has librado del italiano. No te preocupes si hay que pagar daños y perjuicios: los pagaré yo. Más bien dime quién se ocupa de dar la bonita noticia al rival. El viejo se pondrá como una bestia.

—Me ocuparé yo. Tiene una debilidad por mí; casi paternal, se entiende. No olvides que me regaló dos meses por un trabajo que podía hacer en dos semanas. También me perdonará la traición. Me pondré patética y... Claro, tendré que volver a Italia cuando se cumplan los dos meses, para llevarle el guión y para arreglar otras cosas, conseguir el permiso de residencia en Estados Unidos, etcétera. O.K.?

—O.K. Eres la mujer más valiente que conozco en Nueva York. Y cuando adoptas tu aire de coronel casi me das miedo. Contrasta, ¿sabes?, con tu carita de madonna y tus ricitos de oro.

—No soy ninguna madonna, Gómez. Y no tengo intención alguna de serlo. Hago sólo lo que vale la pena. La vida me ha dado lecciones mucho más duras de lo que tú puedas creer. Tengo la cara de una mujer corriente y paso por una mujer corriente porque me agito poco. Pero por dentro soy peor que una mujer cualquiera. A veces, Gómez, me pregunto si no seré una mujer equivocada.

Gómez se levantó, le puso una mano sobre el hombro y la miró escrutadoramente.

—Baby, va todo bien, ¿verdad?

—Muy bien, de veras.

—¿Estás segura?

—Segurísima, sí.

—Te veo ojerosa, has adelgazado. Cada vez que te veo me pareces más extraña, más cerrada. Baby, te diré algo: para cualquier cosa que necesites de mí, cuenta conmigo. Quiero hacer tu fortuna, ya lo sabes, pero quiero también que seas feliz. Las dos cosas, desgraciadamente, no siempre van acordes.

—Pero yo soy feliz, Gómez. No me falta nada.

—Esperemos que así sea.

—¿Por qué? ¿Es que no se ve?

—No, no se ve. He observado a docenas de personas cuando han venido a anunciarme que habían escogido a América y sus ojos brillaban. No era cuestión de dinero. Tus ojos no brillan precisamente. Tienes una mirada asustada como la *de una* liebre que está a punto de ser cazada. Y te preocupas por quinientos dólares de más.

—Fuiste tú quien me *dijo que* aquí sólo cuenta el dinero. Y luego *he* hecho mis cálculos: con los impuestos y el costo de vida en Nueva York no es, después de todo, una gran cantidad. Si me quedo es porque escojo a América, no porque gane algo más que en Italia.

—¿Sólo América?

—¿Qué otra cosa?

Gómez la acompañó hasta su despacho. Puso un dedo encima del sobre de Francesco, en el que se leía su dirección en Roma.

—Como habrás observado, no me ocupo nunca de la vida privada de los demás, pero tú caso es diferente—, siento como un deber, una responsabilidad, ¡y el que te ha enviado esa carta?

—No es más que un amigo.

—Un amigo a quien has destrozado el corazón, lo jurarla.

—Le pasará.

—¿Cómo no? Todo pasa en este mundo. Todo. Nada vale la pena, nada—. ¡Maldita sea! Tengo diez teléfonos encima de la mesa y no he dejado de ser un estúpido.

Se fue casi encolerizado. Giovanna guardó la carta de Francesco en su bolso y se dispuso a marcharse.

La carta de Francesco decía: “Querida Giovanna: Gracias por tu brutal sinceridad. América, por tanto, no te ha cambiado. No, no hay nada que perdonar: lo que ha sucedido lo daba por descartado cuando te fuiste, yo lo sabía antes que tú. Te deseo que seas muy feliz porque lo mereces más de lo que los otros creen. Pero si algo cambiara, recuerda que yo existo y que te espero. Y continúa, te lo ruego, dándome noticias tuyas. Francesco.”

Giovanna salió para encontrarse con Richard en las escaleras de la Public Library.

* * *

Aquella mañana Richard había telefoneado temprano, y como Giovanna se entretuvo explicándole lo que tenía que hacer en la ciudad, le propuso encontrarse para comer juntos

—No más tarde de la hora de comer. Tengo algo importante que contarte.

—¿No puedes decírmelo enseguida?

—No. Es una sorpresa.

—¡Vamos, Richard, no hagas el niño!

—Te digo que es una sorpresa.

No se podía resistir a Richard cuando adoptaba aquel tono misterioso. Así habían quedado en reunirse en la escalinata de la Public Library y una vez más Giovanna subía los escalones ennegrecidos que llevaban a la plazoleta de piedra, una vez más se sentaba en el mármol desgastado, entre los estudiantes y los vagabundos, pero con pensamientos nuevos: estaba decidida. Se quedaría en Estados Unidos, se quedaría en Nueva York: entre esos autobuses verdosos y sin gracia, esos automóviles amarillos y

molestos, esas aceras donde al mediodía no llega nunca la luz del sol porque los rascacielos la detienen, y estos ruidos que destrozan los oídos. “¿Y cuándo lo has decidido?” “Estos días.” ¿En estos días, después de haber comprendido que Richard tenía necesidad de ella, o en los primeros días, después de haber comprendido que esta ciudad de gigantes estaba hecha para ella? “Quiero hacer tu fortuna pero quiero también que seas feliz.” “Pero yo soy feliz, Gómez.” ¿Lo era? ¿Lo era de veras en sus encuentros estériles con Richard, la inútil prudencia con que trataba de conocerlo, la espera siempre aplazada de abrazarlo en el lecho, una sospecha que no llegaba a tomar forma? Tonterías, se dijo. Richard había quedado simplemente trastornado por una culpa que no deseaba repetir y la felicidad fija no existe. Existen sólo momentos felices: aquellos en que se es muy estúpido o muy inocente. En este momento, por ejemplo, era feliz: porque Richard llegaría de un momento a otro.

Llegó con el retraso de costumbre, nunca era puntual. “La puntualidad es de las máquinas, no de las criaturas”, decía. Cayó como una sorpresa: contento, atractivo, diferente de todos y en cuanto lo vio el corazón le dio un vuelco. Por lo general, siempre era así. Nunca apeado por la costumbre. Richard le entregó una gran caja, inclinándose en una reverencia cómica.

—Detesto las flores. Las considero verdura que apesta a muerto. Así, te he traído una cosa que no está ni viva ni muerta.

—Gracias, Richard. ¿Qué es?

—Una muñeca.

—¿Una muñeca, a mí?

—Sí... ¿No te gustan? Yo adoro las muñecas. Cuando era niño jugaba siempre con muñecas. Las lavaba, las vestía y algunas veces les daba leche.

—Richard, eres exquisito y embustero.

—Sí, adoro las mentiras tanto como las muñecas. Esta se llama Poor Pitiful Pearl. Pobre Perla Lastimosa. Se llama así porque es pobre y fea. Mira qué nariz. Y las trenzas sobre el delantal.

Se sentó junto a Giovanna en la escalinata. Una pareja rara se volvió a mirarlo con insistencia un poco ávida.

—Es conmovedor, Richard. Esta es la primera muñeca que he tenido en mi vida. Cuando era niña no me gustaban.

Richard se agitó, se estiró con los brazos cruzados en la espalda y se balanceó.

—No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

—¿Por qué había de estarlo?

—Porque el otro día no la emprendí a puñetazos con los negros.

—Detesto los hombres que se pegan puñetazos.

—Bill se lió a puñetazos y tú también.

—Bill es un pendenciero y yo soy una mal educada. Richard, espero que no nos hayamos encontrado para hablar de esto, ¿verdad?

—¿Lo ves? Te molesta hasta recordar el hecho. Me odiabas, el otro día. Lo sé. Pero, si pudiera explicarte...

—No hay nada que explicar y no te odio. Vamos, ¿cuál es la sorpresa?

—Te la diré más tarde. I

—No, enseguida.

—Más tarde. Soy malo y me gusta verte impaciente. Pierdes tu seguridad, te vuelves más humana. ¿Qué has hecho esta mañana?

—Nada especial.

—No te creo. ¡Tenías una voz por teléfono! Parecía que fueras a comprar el Empire State Building.

—Tenía la voz de costumbre y no he comprado siquiera un ladrillo. He ido a hablar con Gómez.

—¿Para qué?

Giovanna acarició a la Pobre Perla Lastimosa. Se preguntaba si debía comunicar a Richard su decisión. Se dijo que no. Probablemente correría el riesgo de asustarlo.

—Trabajo con él, ¿no? Teníamos que discutir sobre el tema de la película. Gómez quiere un papel que le vaya bien a Paul Newman para el protagonista masculino.

—¡Ah! —exclamó Richard, desilusionado—. ¿Vamos a comer?

—Tú y yo nos vemos sólo para comer.

—¡Aquí te esperaba! Mañana nos veremos para otra cosa.

—Vamos, dilo. ¿Para qué?

—Para hacer un viaje.

—¿Un viaje?

—Sí, breve. De la mañana a la noche. Pero un viaje.

Richard ayudó a Giovanna a ponerse de pie, se divirtió picando su curiosidad hasta que estuvieron en el snack bar de enfrente.

—Vamos, Richard, ¿a dónde me llevas?

Richard agitó los dedos, imitando un avión en vuelo.

—Más allá de los confines, donde el agua ruge y las gaviotas sollozan. Millares de gaviotas, millones, y el dios americano no te atormenta con su voz y el rumor es silencio: al Canadá. En el otoño tengo que hacer un reportaje sobre modas en las cascadas del Niágara. Por el paisaje, ¿sabes? Así que mañana voy a echar una ojeada. Se sale a las ocho y se vuelve a las seis. ¿Te sientes con ánimos de levantarte tan temprano?

—¡Claro que sí!

—Entonces, esta noche, nada de cena. Nos acostamos a las nueve.

—Sí, señor.

Estaba tan contenta que después de la comida fue a comprarse un.

impermeable: en las cascadas lo necesitaría. Lo compró rojo y se lo puso enseguida aunque hacía un día soleado. Luego se fue a casa y con el impermeable puesto esperó a que regresara Martine. Martine, apenas la vio, cerró los ojos horrorizada.

—Mon Dieu! Después de los focos que me han quemado las pupilas hace media hora... ¿Cómo te atreves a imponerme ese rojo atroz?

—Voy a las cascadas del Niágara, Martine.

—¡Christian Dior! No puedes imaginarte qué cosa es trabajar. Me pregunto quién habrá inventado este odioso pasatiempo. Martine por aquí, Martine por allá, Martiné mueve el meñique, Martine levanta la nariz, Martine esconde la barriga, Martine esto es un vestido y no un delantal. ¡Ah, si hubiera hecho caso a san Lucas! Lo decía san Lucas "Martine, el trabajo humilla, cansa y fatiga." ¿A dónde has dicho que vas?

—A las cataratas del Niágara, Martine.

—¡Oh, qué asco, qué repugnancia, qué aburrimiento! Llueve desde arriba, llueve desde abajo, te mojas toda, se te descompone el peinado, se te deshace el maquillaje. Me llevó allí un imbécil, hace dos años, y por poco lo mato. Dime, ¿hay algo más estúpido que llevar a una mujer a ver caer un poco de agua? Lo mismo que hacer el viaje de boda a Venecia o como pasar el verano en Saint-Tropez. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Voy con Richard. Tiene que preparar un reportaje.

—¡Figúrate! ¡Tenía que ser él! ¡Ah, mis pobres pies! Ya lo decía san Lucas: "Martine..."

Giovanna le volvió la espalda: se necesitaba algo más para apagar su entusiasmo y aquella noche se metió de veras en la cama a las nueve, y a las seis de la mañana siguiente estaba ya dispuesta, con su impermeable rojo y sin rastro de sueño.

Richard, al contrario, tenía los ojos más hundidos que de costumbre como si hubiera dormido poco o se hubiese corrido una juerga. La alegría del día anterior se había desvanecido. Después de soltarse el cinturón de seguridad se durmió y no despertó hasta que el avión estuvo en la pista del aeropuerto de Buffalo, una pequeña ciudad provinciana con las casas de madera y un jardín delante, lo cual confirmaba el carácter excepcional de Nueva York. Aquella mañana había una niebla densa y el chófer del Ford que alquilaron dijo que no saldría el sol en todo el día; la estación ya había pasado y las barcas que llevaban a los turistas a pasear por el rio habían suspendido el servicio. ¿Quién va a venir con este tiempo? Richard contestó, bostezando, que sin este tiempo no habría venido: detestaba el espectáculo de las cascadas apestosas de muchedumbre, de emparedados y de hot-dogs.

—¿Viaje de novios? —preguntó el taxista.

—Hermano y hermana —contestó Richard, que enseguida volvió a dormirse.

Hay una hora de aburrimiento hasta llegar a las cascadas. La carretera era llana, y el paisaje mísero en el gran silencio. Pero de pronto el paisaje se convirtió en niebla y el silencio en rumor. Un rumor violento, como de una montaña que cae; y una niebla blanca, como una nube que está a punto de estallar en lluvia. Richard abrió los ojos y dijo:

—Ya llegamos. No mires, porque lo estropearías todo. Mira al suelo. Ya te avisaré yo cuando puedas mirar. Chófer, párese aquí, por favor.

El taxista detuvo el coche, Richard y Giovanna cruzaron una verja de hierro, y luego de bajar una barra, también de hierro, introduciendo diez centavos en una ranura, entraron en un ascensor manejado por un sirviente sorprendido. El ascensor bajó y se detuvo en el fondo de un pozo, casi al nivel del lecho del rio. Por un corredor de ladrillos salieron al aire libre. Richard conducía a Giovanna tapándole los ojos con una mano.

—Camina, pero no mires. No tropieces, yo te guío. No mires, te he dicho. Ya, ahora. ¡Mira!

De momento, no vio nada. La envolvía una nube más espesa que el humo, más opaca que una tela y los millares y millares de gotas que le caían sobre las pestañas y los ojos la cegaban y la obligaban a cerrar los párpados. Tenía que cerrarlos y abrirlos para acostumbrar la vista, como se hace en la oscuridad para distinguir las formas. Sólo que aquella oscuridad era blanca. En la oscuridad blanca oía sólo el rumor, apocalíptico ahora como el estallar continuo de bombas, pero alimentadas con sollozos, gritos y llantos que eran las voces de las gaviotas, explicó Richard. Después, poco a poco, lo vio. Entonces se agarró a Richard y durante un rato estuvo con el rostro levantado, mojado, el cuerpo erguido, mojado, en su impermeable rojo, mojado, pensando que, en este país, no sólo el cemento sino también la naturaleza incorrupta expresaba una Tierra Prometida.

Era un rascacielos de agua que desde una esquina circular, allá arriba, se precipitaba abandonándose totalmente en el vacío. Liso, primero, como una vidriera, revuelto luego más que un mar tempestuoso, se desvanecía en el fondo en un remolino de espuma: inexorable como el mismo pensamiento de Dios o de América en el cual ella creía. Alrededor de aquel remolino, las gaviotas volaban blancas y enloquecidas, descendiendo la cabeza con gritos de horror y volviendo a elevarse en un ruidoso aleteo. Todo era gris: el cielo, el agua y las piedras. Aquello le recordaba a alguien.

Pero ¿a quién? No a Richard, seguro, porque Richard estaba allí,

con su cuerpo frágil y, castañeteándole los dientes, le decía:

—Vámonos, Gió. Acabaremos por pillar un resfriado.

No alguien a quien viera todos los días o que admirara.

Alguien, quizás, a quien odiaba. Pero ¿quién?

—Vámonos, Gió. ¡Dios, qué humedad!

Se fueron. Subieron en el ascensor, otra vez estuvieron al otro lado de la barra de hierro, luego de la verja de hierro y después en el coche, que el taxista había calentado para que se secaran un poco. El taxista explicó que las cascadas se hallaban en una especie de herradura y que la herradura pertenece por partes iguales a los Estados Unidos y al Canadá, pero los Estados Unidos poseen una cascada y media, el Canadá sólo media cascada. Ahora estaban en el Canadá. Y la atormentaba aquella pregunta. El agua le recordaba a alguien. A alguien, quizás, a quien odiaba. Pero ¿quién era? ¿Quién? Atravesaron la frontera con el Canadá y un policía bajo el retrato de Isabel II examinó los pasaportes y les preguntó si llevaban algo para declarar. Richard contestó que no y Giovanna estuvo a punto de preguntar: “Pero ¿quién?” Miraron la gran cascada de frente, pero no se detuvieron porque era como mirarla en el cine, entraron en un edificio en el cual no había nadie, otra vez bajaron en un ascensor en el cual no había nadie, fueron a parar a un sótano que conducía a un túnel, y la pregunta continuaba atormentándola. Pero ¿quién? ¿Quién? Antes de entrar en el túnel se metieron en una caseta para ponerse las botas de goma, el sobretodo de goma, el capuchón de goma. Las botas eran negras, el sobretodo era negro, el capuchón era negro y así cubiertos de negro, idénticos ahora como hermano y hermana, recorrieron el túnel que llevaba a la terraza desde la cual se ve la cascada por detrás; aquella cascada era más pequeña, pero tenía una ventaja: podía verse por detrás, desde el espacio comprendido entre el agua y la roca. El túnel estaba desierto, y sus pasos retumbaban sobre el pavimento como cañonazos multiplicados por el eco. A cada paso aumentaba el fragor, obsesivo, y el andar solemne de aquellas dos figuras sin rostro ni manos ni piernas ni voces tenía algo de macabro, anunciaba algo pérfido. Giovanna acogió como un regalo la franja de luz que era la primera terraza y se aproximó sonriendo a la barandilla de hierro, pero la sonrisa se desvaneció enseguida. Aquello era un telón de agua; un telón idéntico a los que bajan sobre el escenario al final del espectáculo; tenía incluso sus pliegues y sus flecos. Pero éste no bajaba, más duro que una pared de acero. Y al caer daba contra la masa de piedra como una gran guillotina, y a cada golpe a uno le parecía sentir que le cortaban el cuello y le recordaba a alguien. Pero ¿a quién? ¿Quién?

Levantó su mojado rostro hacia el rostro mojado de Richard y se lo preguntó; pero el fragor del agua apagaba por completo las voces,

se advertía sólo el mudo movimiento de los labios. Los labios de Richard, notó Giovanna, se torcían en una especie de mueca y sus rasgados ojos estaban llenos de agua que parecía lágrimas.

—Richard, esto me recuerda a alguien. Pero ¿a quién?

—Es la terraza de los suicidas, Gió. Si levantas un brazo, te lo ves cortado en el acto.

—¿Qué dices?

Aquel rumor.

—¿Me tiro, Gió? ¿Qué te parece? ¿Me tiro?

—¿Qué dices?

Aquel rumor.

—Bill sostiene que nunca tendría el valor de hacerlo.

—¿Qué dices?

Aquel rumor.

—Le podrías contar que he tenido valor, esta vez; que no ha sido una desgracia.

—¿Qué dices?

Aquel rumor.

—Y luego podrías incluirlo en tu película. Estas cosas van siempre bien en una película.

—¿Qué dices?

Aquel rumor.

Aquel rumor terrible. Richard gritaba desesperado, toda su indecisión, su incurable búsqueda de la paz, y ella no le oía; no veía más que aquel mudo movimiento de los labios, aquella mueca que parecía la mueca de un loco, aquellos ojos llenos de agua que no era agua sino llanto.

—¡Richard, no se oye nada! Vámonos, siento frío.

—Gió, ¡qué estúpida eres!

—¡Vámonos, Richard!

—Pero, Gió, ¿qué has venido a hacer a Nueva York?

—¡Vámonos, Richard!

—Gió, ¿es que no comprendes lo que has hecho?

—¡Vámonos, Richard!

—Gió, ¿por qué no me ayudas, por lo menos a hacer esto? ¡Seria lo mejor para todos, Gió!

Richard pasó una pierna por encima de la barandilla de hierro y por un momento se mantuvo a caballo sobre ella, con el sobretodo rozando casi la gran guillotina de agua. Y se reía, a conciencia de lo grotesco que era su deseo de la muerte y su miedo de la muerte, aquella postura de niño que finge que va a caballo; pero al mismo tiempo lloraba porque ella no comprendía.

—Richard, ¡no hagas el imbécil!

—Richard, esto que haces es peligroso.

—¡Richard, que te mojas los pantalones, te digo!

—Richard, ¿te parece que es el lugar a propósito para hacer el indio?

Y tiraba de él, divertida, fastidiada; pero sus manos mojadas resbalaban sobre las de él que se reía, mostrando los bellos dientes lavados por el agua, diciendo algo que ella no entendía.

—¡Qué estúpida eres, Gió!

—Bueno, me has hecho enojar. Yo me voy. Nos veremos allá arriba.

—¡Gió!

Lentamente, tímidamente, Richard pasó también la pierna izquierda al lado del agua. Ahora tenía los pies en el borde exterior de la terraza y sólo las manos lo sujetaban a la barandilla. Un pequeño salto, un ligero empujón hacia adelante y todo habría terminado. Ahora estaba solo. Los pasos de Giovanna, ignorante, enojada, se alejaban más y más resonando en el túnel. ¿Qué esperaba entonces? ¡Dios! ¿Qué esperaba? Nada, se dijo. Separó una mano de la barandilla y se dispuso a separar la otra. Esto es, ahora me echo. Un momento nada más y me tiro. Un instante, un pequeño instante. Bueno, ya ha pasado. Me tiro. ¡Oh!, ¿por qué no me tiro? ¡Dios mío, haz que me tire! ¡Dios, mamá, Bill, Gió! ¡Gioooó!

Fue entonces cuando oyó aquel ruido de voces en el túnel y luego el chillido de Giovanna, que se había vuelto al grito de él, para decirle que la siguiera.

—¡Richard! ¿Qué haces?

Se sujetó fuertemente a la barandilla.

La agarró con la otra mano.

Descabalgó por la parte del túnel, a tiempo para ver una comitiva de turistas fuera de temporada que se dirigía hacia la terraza, riendo desacompasadamente, luego a Giovanna, que corría, resbalaba, lo sostenía, lo llevaba hacia el ascensor, le quitaba el impermeable, capuchón, las botas.

—¡Dios mío, Richard! ¿Qué hacías allí?

—Nada, jugaba. ¿Por qué corrías de aquella manera?

—¡Imbécil! Por un momento he pensado que querías matarte.

—¡Qué va!

—Entonces, ¿por qué estabas allí? ¡Imbécil!

—Me divertía.

—¡•Bonita diversión! Mira cómo te has puesto. Vamos.

Y como si nada hubiera sucedido, subieron en el ascensor, fueron al coche para secarse la cara y luego a un restaurante para comer pavo asado: ella otra vez alegre, él apenas nervioso.

—¿Has encontrado lo que buscabas, Richard?

—No, no creo que haga ese reportaje.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Richard, ¿quieres dejar de hacerte el niño? Estás enojado conmigo porque te he insultado, lo sé. Pero he tenido miedo. Esto es todo.

—¿Quién está enojado? Eras tú quien estaba enfurruñada.

—Pensaba. Una idea que me bulle en el cerebro desde que he visto la primera cascada. Aquella agua tiene algo de humano y al mismo tiempo de inhumano. Me recuerda a alguien, pero ¿a quién?

Giovanna se puso a comer distraída. Se interrumpió de pronto.

—¡Ya sé!

—¿Qué sabes?

—A quien me recuerda el agua. —Richard se inclinó sobre el pavo.

—¡A Bill! ¡Me recuerda a Bill! A Bill cuando se pone furioso. Un huracán de agua: con puñetazos en lugar de agua.

Richard se inclinó más sobre el pavo.

—El huracán es una cosa seria, Gió. Mucho más seria.

—¡Imagínate!

—Te lo contaré un día. Y entonces comprenderás que es una cosa más seria.

—Cuéntamelo enseguida. Hace un mes que me habláis del huracán. Hazte contar lo que es el huracán. Y no sabes lo que es el huracán. Y huracán por aquí, y huracán por allí. ¿Qué diablos será vuestro huracán?

—Es lo peor que puedas ver en América. La prueba de

Dios.

—¡Imagínate!

Giovanna engulló un buen bocado. Richard, en cambio, apartó su plato.

—Tú no admites, ¿verdad?, que se pueda creer en el huracán.

—No, de veras.

—Y ni siquiera que se pueda creer en Dios, ¿verdad?

—¿Dios? No tengo ganas de plantearme problemas metafísicos. Me los planteé a los diez y seis años; naturalmente, no conseguí resolverlos, y desde entonces evito semejante rompecabezas. Digamos, si esto no molesta, que sólo creo en mí misma. Es más cómodo y más rápido.

—No crees ni siquiera en América, ¿verdad?

—En América sí creo.

—No crees ni siquiera en América porque no crees en el business, en el conformismo, en la religión civil. De América te gusta lo mismo que me gusta a mi*, la magia, la gloria, la locura. Eres más rebelde de lo que te imaginas, eres más cristiana de lo que quieres, eres más

romántica de lo que niegas, y por todo esto eres incrédula en cuanto a Dios y en cuanto a los Estados Unidos de América.

—Cambiemos de conversación, Richard.

Richard movió lentamente la cabeza, como si no hubiera oído lo que ella decía o como si no le importara. Luego se pasó las manos por la cara: el mismo gesto de aquella noche en el Monocle. Continuó:

—Quienquiera que no crea en Dios y en los Estados Unidos, debe esperar el huracán porque sólo cuando viene el huracán se puede creer.

—Dejémoslo, Richard.

—La radio, que es la voz del dios americano, lo anuncia muchos días antes, a fin de que sepas que el huracán llegará y estallará para castigarte y para destruirte. La radio te dice la hora exacta y el minuto exacto, para que estés dispuesto a defenderte y huir. Pero tú te ríes de tu secretaria que dice: "Tengo que darme prisa porque llega el huracán/' Te ríes de los americanos que con el transistor pegado a la oreja siguen las incidencias del huracán. Te ríes de todos los que corren para alcanzar el ascensor, y cuando el ascensor ha partido y tú te quedas solo en el pasillo para esperar otro ascensor, no se te ocurre ni siquiera la sospecha de que pueda ser demasiado tarde, que hubiera sido mejor tomar el otro ascensor. Bajas, tranquilo. Llegas tranquilo al metro. Miras con ironía a los creyentes que están ya todos en fila para correr a sus casas. Los creyentes están allí, callados y grises, con el transistor pegado a la oreja y ninguno mueve ni un músculo, ni se distrae; cuando llega el tren suben en fila compacta, parten todos en la misma dirección como condenados en el valle de Josafat; y tú que no crees ser un condenado porque eres incrédulo, te quedas en el andén, mirando cómo se van. Ya llegará otro tren...

—Por favor, Richard...

—Pero el otro tren no llega y tú empiezas a sentirte culpable de haberte quedado en el andén, que está vacío. Luego llega y tú subes pero te sientes aún culpable porque es un tren vacío, que te lleva con retraso al valle de Josafat. Tratas de no pensarlo, intentas reírte y la risa no te sale; no consigues ni siquiera una sonrisa, hasta que te apeas y sales a la estación que está más vacía que el tren que te llevó y subes al exterior, para sorprenderte solo en una calle en donde no hay nadie. Nadie, ¿comprendes? Ni un hombre, ni una mujer, ni un taxi, ni un autobús. Todo está vacío como cuando eras niño y jugabas al escondite con los otros niños y querrías gritar: "A la una, a las dos, a las tres..." Buscas un café y las vidrieras están cerradas, apagados los rótulos. Buscas un portal y los portales están cerrados, con los batientes cubiertos con sábanas embutidas, como cadáveres rígidos dentro de un sudario. Buscas un soplo de brisa y no encuentras más que un calor sofocante. Hace calor; porque estás solo y tienes miedo.

Finges no tener miedo: levantas la mirada y una alfombra negra se desenrolla en el cielo. Aumenta tu miedo. Finges ignorar que aumenta, te encaminas a lo largo de una avenida y miras la calle que cruza la avenida como si tras la esquina todo hubiera terminado. Llegas a la esquina, te dispones a atravesar la calle y recibes una bofetada, miras a tu alrededor, desconcertado, y te das cuenta de que nadie te ha dado una bofetada. Das un paso atrás, te avergüenzas, das un paso adelante, tratas de cruzar, el viento te embiste. Un viento sombrío, rabioso, que no lleva nada consigo: ni papeles, ni pantalones sacudidos ni faldas levantadas. Sólo un viento en la cara, que si te quitas la cara ya no hay viento. Entonces levantas de nuevo la mirada y ves otra alfombra negra desenrollarse en el cielo, pero más negra; la primera, por comparación, era gris; y es de noche. Tu reloj te dice que es de día pero es de noche. Y en esa noche caminas doblado en dos como un penitente, te agarras a los postes, a los picaportes, a todo lo saliente y te juras que comprarás un transistor y vivirás con él pegado al oído y tomarás el ascensor que tomen los otros, el tren que tomen los demás y harás todo lo que Dios y los Estados Unidos quieran. Y lloras.

Ahora Giovanna callaba. Richard tenía los ojos llenos de lágrimas y le agarraba las muñecas como si fueran picaportes en un huracán.

—Lloras porque estás arrepentido y tienes envidia. Sabes que todos están en sus casas, con la cerveza, la mujer, los niños, esos niños vestidos como duendes, de amarillo, de rojo, esa mujer bien vestida que mira la televisión, esa cerveza fresca, esa familia que se ha salvado porque escucha la radio con sus transistores, porque cree en el business y en la religión civil, porque es conformista en un país en el cual el conformismo quiere decir salvación. Y mientras te das cuenta de esto, empieza a llover. Es una lluvia que no viene de las nubes sino directamente del cielo; no está hecha de agua, está hecha de hierro, hilos de hierro pesadísimos y duros, agujas divinas que te perforan la cara y los vestidos y te reducen a un montón de harapos que no tienen ni siquiera la fuerza de moverse mientras te agachas en el umbral de una puerta que alguien ha abierto para ti. Te quedas en el umbral sin pertenecer al huracán ni a la comunidad, y con los ojos imploras al portero, que te mira burlón porque no perteneces al huracán ni a la comunidad, y no acude a ti porque no lo mereces, porque has desobedecido a América y a Dios. Y esto dura hasta que llega un hombre que es fuerte y te recoge, y te toma en brazos como un niño y te dice: “Tranquilízate, no llores.” Y te lleva hasta una decimosexta planta, un piso con cerveza y televisión, con tibieza maternal. Y mientras te quita aquellos harapos mojados, te consuela y te calienta, tú comprendes por qué los rascacielos tienen cantos de acero en Nueva York y por qué las aceras tienen los bordes de hierro y por qué los automóviles son molestos y por qué no cuenta en Nueva York la

elegancia, ni la gracia ni el refinamiento, y por qué las mujeres son independientes y viriles, y por qué los hombres se apoyan siempre en algo, como si no tuvieran espina dorsal, y por qué sus zapatos tienen suelas ordinarias, ya que su marcha es pesada, de rinocerontes que saben resistir a la lluvia y al viento. Comprendes por qué Nueva York no tiene fuentes ni estatuas sino calles cortadas a cuchillo, sin nombres sino números pero capaces de resistir a una naturaleza violenta por la cual todo lo que es débil queda destruido, como lo destruye la lluvia cuando penetra por las rendijas y los vanos dondequiera que haya debilidad, y lo explora todo, lo moja todo, te mata si no has encontrado refugio. Comprendes, en fin, por qué la regla de Dios y de América es selección, porque su ley es una ley de hombres, porque los valores espirituales son valores terrestres, porque América es Dios igual a América igual a Business igual a América igual a Dios. Y no hay manera de escapar: hay que estar de parte de Dios igual a América igual a Business igual a América igual a Dios, de lo contrario, se está solo. Solo y condenado como yo, ¿comprendes?

Richard se inclinó bruscamente con la cara entre las manos, sin preocuparse del camarero que le miraba confuso. Luego levantó una cara descompuesta y vieja en cien y cien años; y un prolongado sollozo subió a la garganta de Giovanna pero se le quedó en la garganta, con las palabras con las cuales habría querido consolarle, decirle que no estaba solo ni condenado porque ella lo quería y estaba dispuesta a defenderlo de todos los huracanes de Dios y de América. En cambio, y como siempre, el sollozo bajó al estómago, como una píldora, y del rostro de piedra de ella salieron diez palabras.

—¿Richard, es Bill el hombre que te abrió la puerta?

—Sí, es él.

—Richard, ¿qué es Bill para ti?

—Es… el hombre que me ha salvado la vida.

—Richard, ¿por qué me has traído aquí? ¿Por qué has querido contarme eso? ¿Por qué Bill quería que me lo contaras?

—No sé, no sé. Quizá para demostrarte que no hay salvación para mí. Tal vez para demostrarte que él es un hombre y yo no lo soy.

—Richard, debes librarte de esa pesadilla y de la gratitud eterna para Bill. Nadie muere por un temporal y Bill miente cuando dice que te ha salvado la vida. Miente para sentirse más fuerte, más…

—Vamos, Gió. Perderemos el avión si no nos damos prisa. ¡Ah! ¿No te ha parecido exquisito el pavo canadiense? Me siento siempre mejor después de una buena comida. Vamos. Me enterneces cuando te pones seria. Esta noche te llevo al Latín Quarter; suponiendo que no te escandalicen las mujeres desnudas. Las hay bellísimas, ¿sabes? No tanto como tú, se entiende.

El Canadá era una mancha verde. La chaqueta de Richard estaba

todavía un poco húmeda. Los labios de Richard estaban frescos. Pero Giovanna pensaba en Bill y lo odiaba. Lo odiaba hasta el punto de no soportar la vista de un hombre con bigotes, pensó cuando un policía con bigotes le devolvió el pasaporte. Que no encontrara otra vez a aquel Bill. Y pocos días después lo encontró.

CAPÍTULO XI

HACÍA frío aquel día: el frío que metaliza a Nueva York en otoño, cuando el viento que viene del mar abofetea las mejillas como una tela mojada y la tierra se ennegrece en un prematuro mensaje de nieve. El cielo era plomizo y mucha gente llevaba abrigo. En el octavo piso de Macy, Bill compraba un cubrecama de visón. Giovanna se encontró junto a él antes de que pudiera evitarlo y Bill, sin dejar de acariciar el visón, sin ni siquiera levantar la mirada—dijo:

—Hola, Gió.

—Hola —contestó secamente Giovanna.

—¿Te gusta el visón, Gió?

—Nunca me lo he preguntado. Me importa una higa el visón.

—¡Ah, sí! Olvidaba que no eres americana. Las americanas adoran el visón, ¿no lo sabias? Cometerían cualquier delito por tener el visón, incluido el de matar al propio marido. Es así como mueren los maridos en los Estados Unidos: destrozados por una tira de visón.

Se atusó el bigote.

—Naturalmente, esta es la versión oficiosa. La versión oficial es que mueren de surménage por comprar ese visón. ¿Cómo matáis a vuestros maridos en Italia? ¿Con el visón?

—Yo no tengo marido.

—Lo tendrás, lo tendrás. ¿Qué dirías de un marido americano que te regalara un visón?

Giovanna se arqueó como un gato, se dispuso a poner en acción los propósitos feroces que meditó en el Canadá. Pero con inmenso estupor se dio cuenta de que no lo conseguía.

—Oye, Bill, tengo prisa. Y tú estás escribiendo la escena de una comedia. Adiós.

Ágil, Bill la inmovilizó con un brazo mientras con la mano libre continuaba acariciando el visón. A su pesar, y de pronto arrepentida, Giovanna pensó que el perfume de tabaco que se desprendía de Bill era bueno, insinuante.

—¿Por qué te soy antipático, Gió? Y pensar que tú no me eres nada antipática. Me gustas también; cada día más. Me gusta tu risa, tu enojo, tu malicia. Si nos acostáramos me gustaría incluso tu pasión cerebral porque, lo apostaría, no hay erotismo en ti: sólo pasión cerebral que no sirve de nada sin un tipo como yo. —Luego, volviéndose hacia la empleada—dijo—: Por favor, mándelo a mi dirección. Pago con un cheque.

—No me toques, Bill. Y vete a hacer la corte a Martine.

Martine!... Su sapiencia amorosa me hace bostezar. En ella no hay

más que erotismo y del más banal. Puede usarlo con todos. Tú, al contrario, ¿con quién podrías consumar tu pasión cerebral sino con un hombre que te comprenda? En fin, con Bill.

—Suéltame o te doy una bofetada.

—No antes de que me hayas explicado por qué te soy antipático.

—No me eres antipático, Bill. Me eres odioso. Siempre inoportuno en todas partes con tu aire de supertitán que escarnece a la humanidad, que humilla a quien no se cree un dios como tú; haces sufrir a Martine, rompes los cascos a Richard y ahora me los rompes a mí. Eres presuntuoso, egoísta, malvado. Y me gustaría ser un hombre para liarme a golpes contigo y romperte ese hocico hinchado de maldad.

—Oh, la lá! —exclamó Bill, arrugando la frente, y parecía decididamente anonadado—. Oh, lá lá! Entonces tú eres de veras un hombre, querida Gió. Un hombrecito vestido de mujer y muy feroz. Merecerías la lección que di a mi mujer. Me amenazó con pegarme si no le compraba el visón. La licencié y me forré de visón el abrigo. Como ves, también yo adoro el visón.

—Déjame. No soy tu mujer, no tengo ningún deseo de llegar a serlo y no pido ningún visón: ni para cubrecama ni para abrigo. ¡Suéltame, te digo!

—No, preciosa babosita. Con este brazo te he tomado y con este brazo te tengo. Ahora nos vamos a tomar un whisky y hablamos un poco, como amigos. Tengo que explicarte algunas cosas.

La empujó hacia la escalera móvil. Giovanna se retorcía, rabiosa.

—¡Ni soñarlo!

—Estate quieta, Gió.

—¡Suéltame!

—No seas tonta, Gió.

—Que me sueltes, te digo...

Y se soltó. El sacudió la cabeza.

—Lástima. ¿Ves lo difícil que es seguir el evangelio? Dar de beber al que tiene sed, dar de comer al que tiene hambre, enseñar al que no sabe: ¿cómo se puede seguir el evangelio si los sedientos quieren continuar teniendo sed, los hambrientos quieren continuar teniendo hambre y los que no saben quieren continuar con su ignorancia? Lástima, lástima. Y yo que creía... ¿Cuándo te vas, Gió?

—No me voy, lo siento por ti. Voy a firmar un contrato con Gómez, lo siento por ti. Me quedo en América, señor Supertitán.

—¡Oh, qué gusto! Esta sí que es una buena noticia. Dime, Gió, ¿te quedas para hacer carrera o te quedas por Dick?

Hallábanse ambos en la acera. Estaban uno frente a otro y, con el índice de su mano derecha, Bill apartaba el mechón de pelo que, como siempre, caía, obstinado, sobre un ojo de Giovanna. Giovanna apretó

los labios pensando de nuevo, pero esta vez con ira que su perfume de tabaco era bueno, insinuante.

—Vamos, Gió. ¿Te quedas para hacer carrera o por Dick? Porque si te quedas por Dick…

—No te importa —contestó Giovanna.

Y le volvió la espalda fingiendo no haber visto la mano que Bill le tendía.

CAPÍTULO XII

EL VERANILLO de San Martín estalló de pronto como una burbuja de jabón. Una mañana Giovanna se despertó con la idea de tener mucho calor y, a pesar de las protestas de Martine, que no soportaba en el sueño el más insignificante rayo de luz, abrió todas las ventanas y descubrió el milagro: el aire estaba perfumado de hierba tierna, las chicas se paseaban con blusa y por un momento a Giovanna le pareció ver incluso una golondrina. Entonces telefoneó a Richard y Richard le respondió riéndose que no se trataba de ningún milagro ya que cada año se renovaba en América como la notificación de los impuestos.

—Lo llamamos el verano indio. Nos prepara, para el invierno, que es muy duro. Deberías ver Connecticut en esta estación. ¿Quieres que vayamos al campo?

—¡Oh, sí!

—Muy bien. Ni hoy ni el sábado tengo nada que hacer. Si salimos enseguida podemos estar de regreso mañana por la tarde. ¿Qué te parece, le pido el coche a Bill?

—Bueno, sí, pídeselo —contestó Giovanna encogiéndose | de hombros.

Después se vistió, complaciéndose, una vez más, con su imagen reflejada en el espejo. Los pantalones se ajustaban a sus caderas estrechas, el pullover masculino le daba un aspecto graciosamente equivoco, la ausencia de maquillaje le hacia parecer un muchacho.

—¿Estoy bien, Martine?

—¿Cómo no? Pareces un efebo.

—¿Le gustará a Richard?

—Quizá demasiado.

—¿Y tú qué haces hoy, Martine?

—Asisto impotente al desastre.

—¿Qué dices?

—He dicho que me quedo en casa. El sábado es el día consagrado al Señor. ¿A qué hora vuelves?

—No vuelvo. Richard está libre hasta mañana.

—¡Oh, Dios mío!

—Martine, no seas siempre catastrofista, por favor —dijo Giovanna, fastidiada.

Después esperó con impaciencia el sonido del claxon, se precipitó escaleras abajo y saludó a Richard exhibiendo con presunción sus pantalones.

—¿Te gusta?

Advirtió enseguida la mirada ávida de él.

—Funny boy! Deberías vestirte siempre así.

—También tú. Ese aire negligente te sienta mejor que los trajes fúnebres a la inglesa. ¿A dónde vamos, Richard?

—A casa de Igor, un amigo mío. Y es posible que esta noche durmamos en un motel. ¿Has estado alguna vez en un motel?

—No. Vámonos, Richard.

¿No acababan siempre en un motel los enamorados de los Estados Unidos? Aquella perspectiva de intimidad, tan inesperada, aumentó su alegría. Se rió apoyando la cabeza sobre el hombro de Richard, que se rió también. Riéndose, tomaron la carretera a lo largo del Hudson, grande y lento como un rio africano, con orillas espaciosas desde las cuales los pescadores echaban el anzuelo. Un aire de paz.

—Míralos, Gió, aquellos son ciudadanos que se salvarán, pasan el week end pescando, según las órdenes del dios americano.

—¡Maldita sea! Hemos olvidado las cañas.

—No importa. Los tipos como tú se salvan siempre. En cuanto a mí, sé lo que tengo que hacer. Cuando el dios americano me pida cuentas de los delitos cometidos contra el conformismo, le diré: “Señor, merezco una reducción de pena. Pasé con Gió el más burgués de los week end. Salimos un sábado a mediodía y volvimos a las siete de un domingo. No pescamos, Señor, porque no teníamos cañas. Pero dormimos en un motel. ¿No merezco una reducción de pena, Señor?” “Pero el domingo por la mañana tú no fuiste a misa, Richard Baline”, tronará el dios americano, en un tintineo de dólares. “No, Señor, dormía. Pero al entrar en la autopista finalmente fui capaz de echar mi cuarto de dólar en la cesta automática y no obligué al funcionario a inclinarse para recogerlo.”

¡Plic! El cuarto de dólar cayó en la cesta, con precisión, y el funcionario sonrió. Y así fueron por la cinta de asfalto que se insinúa en el campo, luego rodaron a lo largo de las paredes de árboles, que no eran verdes como suelen ser los árboles, sino amarillos, rojos, violeta; casi como si fueran árboles de otro planeta o de un pintor loco.

—Richard, ¿no es extraordinario?

—Lo es.

—Yo creía que toda América era gris, sin colores.

—Los hay hasta el éxtasis.

—Richard, mira ese bosque. ¡Parémonos!

Detuvieron el coche en el borde de una pradera. Se metieron por un pequeño camino y llegaron al bosque, que era una alfombra de hojas amarillas y rojas, y moradas, entre las cuales asomaban tímidas cabecitas de violetas. Una ardilla asustada huyó en un relampagueo de cola, Giovanna alargó un brazo sobre las ramas, y las ramas crujieron como las ramas de su infancia, cuando el abuelo la llevaba al torrente

y juntos echaban el cebo a las anguilas, un sólido sedal de bramante que en la oscuridad se transformaba en un collar de viscoso centelleo. El torrente en el cual escondían el cebo estaba lleno de piedras que caían rodando en cuanto se apoyaba en ellas la punta del pie, y por esto el abuelo le decía que se sentara y estuviera quieta y ella se sentaba para verle echar el sedal, que saltaba en el agua mientras los gusanos se decoloraban en un rosa cada vez más pálido. Después, de regreso, ascendían por el sendero, el abuelo delante y ella detrás, llegaban al manzanar donde las manzanas caían de los árboles produciendo un rumor sordo, pasaban por el atajo, donde los excrementos de las ovejas parecían bayas y llegaban a casa cuando su madre freía las crujientes flores doradas de calabaza.

—Párate ahí, Funny Boy. Tienes un aire tan interesante que quiero registrarlo. Clic.

—¿Sabes, Richard?, a veces pienso que no hay buenos ni malos. Sólo hay momentos en que somos buenos y momentos en que somos malos. Tú, por ejemplo, me haces sentir buena. Bill me hace sentir mala. Este bosque me hace sentir buena. El Monocle me hace sentir mala.

—No quiero hablar del Monocle y tampoco de Bill. ¡Cristo! Dices que lo odias y tienes su nombre continuamente en los labios. Estás en el Niágara y hablas de Bill. Estás en Connecticut y hablas de Bill. Estás en Nueva York y hablas de Bill. ¡Ni que estuvieras enamorada de él!

—Richard, ¿sabes ser celoso?

—¿Por qué no? ¿Te disgusta?

Richard dio dos o tres vueltas, riéndose, y se sentó junto a ella y ahora sus pupilas tenían el color de las violetas, sus cabellos llameaban como las hojas y su cuerpo se movía como la cola de la ardilla.

—Al contrario. Me gusta mucho, Richard.

—Bueno.

Richard se puso a coger violetas.

—Cuando era niño, mammy me decía: “Richard, no pises las violetas; Richard, no mates las violetas." Pero si se las ofrecía, decía: “¡Qué chico tan bueno!” ¿Qué diferencia hay entre pisarlas y cogerlas?

Le dio las violetas.

—¡Qué chico tan bueno!...

—¡Oh, mammy!

—Richard, ¿cómo es tu madre?

—Una mujer fuerte, como tú. Me comprende, me absuelve y me adora. Una vez abofeteó a un caballo porque me miraba con antipatía.

—¿Un caballo?

—Sí. ¿Tú abofetearías un caballo por mí?

—Sí.

—Lo sabía. ¡Ah, mi Funny Boy!

Inició el ademán de abrazarla, pero en el mismo momento descubrió a una hormiga que se movía lentamente sobre su pullover y agitado como si hubiera visto una víbora, la aplastó con la uña del dedo meñique.

—¡Qué asco!

—Richard, ¿qué molestia te causaba?

—Ninguna.

—¿Entonces?

—¡Oh, mammy! Vámonos.

Regresaron y el viento pasaba por los cabellos de Richard con la misma suavidad con que pasa por los trigales inclinando en olas las espigas. Giovanna le miraba los cabellos y lo amaba de tal manera que le parecía que algo se rompía en su interior. Entonces desviaba la vista y la fijaba sobre los árboles que desfilaban rápidamente y sobre el asfalto y sobre los árboles aparecía la imagen de una mujer cruel que abofeteaba a un caballo. El caballo era alazán, tenía en los ojos una expresión de humillación y ni siquiera movía una pata mientras la mujer lo abofeteaba y decía: “¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?” Luego el caballo se desvanecía y también la mujer y en su lugar aparecían una hormiga y un dedo meñique y el meñique aplastaba la hormiga diciendo:

“¡Qué asco!”

—¿En qué piensas, Gió.?

—En nada. Y tú, ¿en qué piensas?

—En nada.

En realidad Richard pensaba en el motel. ¿Y si en vez de llevarla a un motel la llevara de regreso a Nueva York? Imposible: la paciencia de Gió había durado bastante, quizá demasiado. Esta noche él tenía que armarse de valor y, lejos de los pasos de mammy, del fantasma de Bill, encontraría seguramente los gestos de un hombre, la tentación de amarla. ¡Oh, Dios mío! ¿Y si no los encontraba? Sería mejor llevarla a Nueva York. Imposible: le había dicho ya que la llevaría a un motel. ¡Oh, Dios mío, haz que suceda algo! Haz que tenga que llevarla a Nueva York.

El automóvil rojo se metió en un camino entre pinos y se detuvo en el borde de un prado. Más allá del prado había un cottage y un estanque. De pie ante el estanque, Igor pescaba. Él echó a andar enseguida hacia ellos, balanceando su cuerpo de anciano.

—Salve, Dick. ¿Quién es ese hombrecito?

—Igor, ésta es Gió, éste es Igor.

Igor tendió la mano y escrutó a Giovanna, con la misma atención de Bill, la tarde en que se encontraron en el Monocle.

—Imagínate que mirándola de lejos me decía: ¡Qué pequeño se ha

vuelto Bill! Bienvenida, Gió. Ha hecho bien trayendo a Dick aquí. Se deja ver muy de tarde en tarde. ¿Vas mejor, Dick?

—Muy bien, gracias —contestó, un poco titubeante, Richard.

Luego, volviéndose a Giovanna, explicó:

—Igor es psicoanalista. Por consiguiente, asegura que estoy loco y querría curarme. Pero yo no estoy dispuesto a darle mi dinero. —Luego se dirigió a Igor—: Ahora estoy al cuidado de Gió, que no me pide ni siquiera un centavo.

—¡Pobre Gió! —dijo Igor.

También él tenía un aire burlón. Y también él fumaba en pipa. Pero su cara era anónima, sus hombros se encorvaban y cuando hablaba no resultaba irritante; en este sentido se parecía más a Gómez. Giovanna pensó que de una manera o de otra todos se parecían en América. Sólo Richard no se parecía a nadie. Richard, completamente olvidado de Igor y de ella, se había puesto a dar patadas a un balón.

—¡Atrapa ésta, hop! ¡Atrapa esta otra, hop!

—Dick, ¿quieres— comer? '—le preguntó Igor.

—No, me basta con un bocadillo. ¡Coge ésta! ¡Esta otra, hop!

Igor meneó la cabeza.

—Dice siempre eso y luego revuelve la cocina en busca de caviar y de pechugas de pollo. Por desgracia mi mujer no está en casa: temo que hoy tendrá que mortificar su refinamiento y comer carne en conserva. Vamos, querida. Dejémosle que corra. Necesita desahogar la energía amodorrada en él. ¿Le conoce usted hace mucho tiempo, querida?

—Sí y no.

Con pocas palabras le explicó la historia.

—Muy interesante. ¿Qué edad tenía Dick entonces?

—Veinte años. Y usted, ¿desde cuándo le conoce?

—Desde hace unos cinco o seis años. Me lo trajo Bill. ¿Conoce usted a Bill?

Giovanna le dirigió una rápida mirada.

—Sí, lo conozco.

—Es un hombre inquietante, gran comediógrafo. Me dijo que Dick había quedado trastornado a causa de un temporal y quería que lo curase. Lo intenté, pero fue un trabajo inútil. No quiere confesarse. Asegura que su primer psicoanalista se murió y que yo me moriría también. Viene a verme sólo porque esta casa le gusta. Dice que es la única en que no habla el dios americano. Dick tiene una inteligencia viva, una fantasía muy suelta. Es una lástima que no consiguiera curarlo. Dígame, querida, ¿era ya así cuando tenía veinte años? ¡Oh, no me diga nada y perdóneme! Sufro deformación profesional. Es lo que más a menudo me reprocha mi mujer. Mire, yo psicoanalizo a los

demás y mi mujer me psicoanaliza a mí. Los americanos necesitan siempre ser psicoanalizados por alguien. Por aquí, la cocina está por aquí. ¿Me ayuda a abrir las latas?

Se pusieron a abrir latas. A través de la ventana de la cocina se veía un bosque de castaños y muy cerca había uno con muchas campanillas colgadas, que la brisa hacía sonar suavemente. Giovanna pensó que era un lugar apropiado para los enfermos de los nervios y que Igor era una excelente persona. Quizá la primera con quien se sentía completamente a sus anchas.

—Igor, ¿por qué dice usted eso? A mí, América me parece un país muy sano. Uno llega a América, sale a la calle y se pregunta dónde está la gente enferma: nunca se ve un lisiado, ni un ciego, ni un jorobado, ni uno que estornude o tosa.

—Fantasías, querida, fantasías. Nuestra salud es sólo aparente. Trate de pasar unas horas en una farmacia. Se dará cuenta de que en ningún país del mundo se venden tantas medicinas como en los Estados Unidos. Uno tiene malo el hígado, otro el corazón y otro el estómago. Y quien no está enfermo del cuerpo lo está del alma. En una palabra: complejo.

Sacó el pan de molde y puso las rebanadas en un plato, junto al salmón y a la carne en conserva. Pasó a la sala y se sentó en una butaca.

—¿Y sabe usted cuál es el complejo más corriente en los Estados Unidos? Para las mujeres es el complejo de ser hombres y para los hombres el complejo de ser mujeres. La mayoría de las veces es un complejo justificado: ninguno de nosotros es un hombre total, hasta el fondo, y ninguna mujer es una mujer total, hasta el fondo. Nuestra civilización lo impide. Por otra parte, América me gusta exactamente por esto, por su deseo insaciable de salud y de perfección. Es una manera de buscar el Absoluto. Y a usted, Gió, ¿qué cosa le gusta de América?

—La grandeza, creo; la potencia, la indestructibilidad. Todo en América expresa fuerza: desde los rascacielos hasta las cascadas. Todo expresa seguridad: desde el dinero hasta el descaro. Es un país sobre el cual no ha pasado la guerra, donde no se piensa en la guerra. Se viaja por Europa y todavía se encuentran casas destruidas, recuerdos del miedo. Si uno viene a América y…

Igor sonrió con tristeza.

—Bueno, sí, somos un país sin matices. Todo blanco y todo negro. Y la gente lo ve sin matices. Todo blanco y todo negro. No me gustaría psicoanalizarla el día en el cual lo que, a sus ojos, era blanco como el paraíso se volverá negro como el infierno. Aquí tenemos a Dick. Esta vez tenía mucha energía que derrochar.

Entró Richard, dando saltitos.

—¿Qué dices? ¿Qué dices?
—Digo que te cases con ella. Es exactamente lo que te conviene.
—¿Eh? —dijo Richard, palideciendo, mirando a Giovanna.
Giovanna ni siquiera parpadeó.
—He dicho que te cases con ella y me has entendido perfectamente. Si no te casas con ella, tú que eres joven y guapo, me caso yo, que soy viejo y feo.
—Gió, cariño, ¿qué es este cadáver de pescado en lata? Igor, desgraciado, ¿qué es este pan geométrico sobre el cual Pitágoras demostró que el cuadrado construido sobre la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos? ¡Tengo hambre! No quiero teoremas ni porquerías para enviar a los damnificados de Formosa. Dame un filete, pero que esté vivo, sangrante, y que ruja todo el orgullo de ser comido por Richard Baline.
Escapó a la cocina e Igor, lanzando una mirada inquisitiva a Giovanna que había acompañado la hábil fuga con una sonrisa, lo siguió para que no cometiera tonterías. En aquel momento ni siquiera podía imaginar que un día tan caluroso e inocuo pudiera preparar el último acto de su tragedia.

* * *

Harto de comida, Richard abrazaba a Gipvanna y Giovanna, con los brazos cruzados, aceptaba el brazo con evidente placer. Detrás de su pipa, Igor aprobaba con paternal tristeza. Era una tarde hermosa, alrededor del estanque las ranas croaban y ninguno de los tres hablaba, amodorrados por la digestión y la somnolencia. Fue Igor quien primero rompió el silencio.
—¡Qué noticia! ¿Eh?
—¿Cuál?
—¡Vaya! No me digas que la ignoras.
—Pero ¿cuál?
—¿No habéis leído los periódicos?
—¡Dios mío, no! ¿Qué ha pasado?
—¿Ni siquiera habéis oído la radio?
—¡Nooo! ¿Qué ha sucedido?
—Cosa de Jocos —gruñó Igor.
—Vamos, dilo —imploró Richard.
—Sputnik —dijo Igor retorciendo la lengua.
—¿Sputnik qué? —preguntó Richard.
Y de pronto quitó su brazo de los hombros de Giovanna y se volvió, ansioso, hacia Igor.
Giovanna arrugó la frente.
—Sputnik —repitió Igor, dando a Richard un periódico, casi con

un gesto despectivo.

Era el “New York Times” del sábado 5 de octubre de 1957, que en su primera página llevaba un título amenazador: “La Luna roja sobre América.” Entre el título y el artículo en negritas, había el dibujo de una pelota de hierro, casi igual a las minas que durante la guerra flotaban en el mar o llegaban suavemente a la playa para matar a alguien. En el artículo se decía que el día anterior, el viernes 4 de octubre, los rusos habían lanzado hacia las estrellas un satélite artificial de ochenta y tres kilos y seiscientos gramos de peso y cincuenta y ocho centímetros de diámetro; que ahora viajaba a miles de millas sobre la tierra para proclamar el triunfo de un gran país que no era Estados Unidos. Una gran pelota de hierro, brillante y liso, con cuatro aguijones de hierro, brillantes y lisos, y una marca: made in URSS; que iba ligera por el vacío y pasando por encima de América hacia, burlona: “¡Bip! ¡Bip!”

—Es una broma —dijo, incrédulo, Richard—. Has hecho componer la página en la tienda de artículos de broma de Times Square.

—No es una broma. Es el principio de la derrota —dijo Igor, sin dejar de fumar tranquilamente su pipa.

—¿De veras no es una broma? —gritó Richard, sin recoger la palabra derrota—. Entonces, ésta es la noticia más fantástica que he oído desde que estoy en el mundo. Imagínate, Igor: un sueño que se convierte en realidad. Navegar por el espacio, subir hacia las estrellas, meterse en el infinito como los rayos de luz. Igor, ¿no es pasmoso?

Agitaba el periódico como una cometa.

Igor continuó fumando su pipa.

—Es el inicio de la derrota, te digo.

—Igor, ¿estás loco? ¿Qué importa que el satélite sea ruso, americano o chino? Lo han lanzado los hombres, Igor; hombres como tú y como yo, con dos brazos y dos piernas. Iremos a la Luna, iremos a la Luna Igor, ¿no te hace enloquecer de entusiasmo? Gió, díselo tú.

Giovanna permaneció inmóvil, con la frente más fruncida aún,

Igor dejó de fumar la pipa.

—Es el inicio de la derrota te digo. En cuanto a ir a la Luna, la sola idea de ello me causa un inmenso fastidio porque el hombre tendrá siempre los mismos problemas: en la tierra en la Luna o en cualquier otro planeta. Y tal vez en la Luna no se pueda ni siquiera pescar porque no hay ni mares ni ríos m peces.

—Igor, no me escuchas —dijo Richard, inclinándose hacia él, como se hace con los niños testarudos—. Escúchame, por favor.

—¡Escúchame tú, pequeño idiota! —gritó Igor. golpeando la mesa con la pipa, haciendo saltar chispas de tabaco—. ¡Escúchame tú! No hay nada pasmoso en esa bola de hierro, sólo demuestra que ellos son

más fuertes que nosotros. Lanzarán otros sputnik al vacío y otros más. Lanzarán anímales en el vacío y finalmente hombres. Irán a la Luna y a Marte y a otros planetas y tal vez vayamos también nosotros, pero a la zaga, siempre a la zaga, porque ellos son más fuertes, más pobres y más fuertes, más crueles y más fuertes, más locos y más fuertes. Y mientras vayamos tras ellos por los planetas y las estrellas, construirán las bombas, o una bomba sola, brillante y lisa como esa bola de hierro, con la muerte concentrada en un grano de arena. ¡Y ay el día en que sean tanto más fuertes, más pobres, más crueles, más locos y más fuertes como para dejar caer ese grano de arena, mortífero como una mota de polvo en el ojo de Dios! Tal vez ese día esté lejano, muy lejano, pero yo oigo ya el ulular de las sirenas, el lamento desgarrador que anuncia un avión, dos aviones, veinte aviones con el grano de arena, ese rugido imponente que avisa que, en cinco minutos, en cuatro minutos, en tres minutos, en dos minutos, en un minuto, el grano de arena caerá. Y los pocos que se salvarán se verán obligados a vivir bajo tierra, en la oscuridad, como los topos: y nos convertiremos en un país de topos con ojos claros que ven solo en la oscuridad porque un rayo de luz ¡os ciega, con gráciles miembros que no podrán arrastrarlos fuera de la madriguera para contemplar el desolado paisaje de ciudades destruidas, disuenas, de rascacielos reducidos a montones de piedras. ¡Tú estás loco. Richard Baline.' Estás loco porque no comprendes. Estás loco porque no quieres vivir el espacio de tiempo que queda por vivir. ¡Ah. Dios mío! Vosotros tenéis tiempo. Usadlo para dormir juntos, reír juntos y amaros. Para qué queréis hablar tanto del sputnik? Ahí fuera tenéis d sol y nuestros ojos no están pálidos.

Richard se estremeció, un poco asustado.

Giovanna, rígida, incapaz de decir nada, tragó saliva. ¿Existía, pues, alguien que pudiera inspirar miedo a la Tierra Prometida y humillarla? ¿Existiría alguien en condiciones de burlarse de ella y destruirla? Miró a Igor, que con resignado cansancio recogía su pipa y barría las cenizas, y por un momento se sintió casi traicionada porque era un americano derrotado que recogía las cenizas, el primer americano derrotado que veía en su vida. Miró a Richard que con reflexiva mortificación doblada el periódico y lo dejaba sobre la mesa; y por un momento se sintió casi engañada porque era un americano sin orgullo el que dejaba el periódico sobre la mesa, el primer americano sin orgullo que la había tomado del brazo.

Richard la agarró del brazo.

—Bueno, Gió, vámonos.

—¿A dónde? ¿A dónde vamos?

—A Nueva York. El periódico dice que el Sputnik pasará esta noche sobre Nueva York.

—¿Y qué?

—¡Cómo! Así..

—¿Qué quiere decir “así”? Yo quiero ver Connecticut.

—Ya hemos visto Connecticut. Lo veremos mejor la próxima vez.

—Me cisco en la próxima vez. Y me cisco también en tu precioso Sputnik. Pienso quedarme en el campo y pasar la noche en un motel.

—Dormiremos otro día, en un motel.

—¡Basta, Richard!

—¡No!

—; Richard!

—¡No, no, no! —gritó Richard, como un niño que está acostumbrado a conseguir lo que quiere.

Giovanna le miró desconcertada y luego miró a Igor, como si le pidiera ayuda. Igor abrió los brazos, desconsolado, y sus labios dibujaron una especie de mueca.

—No es un juguete, Dick. Es un instrumento que vuela alto y veloz. No conseguirás tocarlo con tus manos aunque vayas a Nueva York.

—Bueno, aun así, iré.

—Esto es estúpido, Dick.

—Me tiene sin cuidado.

—También eso es estúpido, Dick.

—En fin, ¿la habéis tomado los dos conmigo?

Giovanna lanzó otra mirada a Igor, esta vez para decirle que era inútil insistir, y ciñó con un brazo a Richard.

—Nos vamos, Richard. Nos vamos, pero cálmate. Adiós, Igor.

—Adiós, Gió.

Partieron sin que Igor hiciera ningún nuevo intento para detenerlos. Ahora parecía helarle la indiferencia. Y de nuevo Richard y Giovanna salieron a la cinta de asfalto, de nuevo pasaron a toda velocidad entre las paredes de árboles, contra el viento que pasaba por los cabellos de Richard; pero los árboles ya no eran amarillos, rojos y violeta, eran verdes como todos los árboles del mundo, el viento ya no alisaba los cabellos de Richard como cuando pasa sobre un campo de trigo, sino que los despeinaba como un viento cualquiera sobre unos cabellos cualesquiera, el aire ya no olía a hierba tierna sino a polvo. El veranillo de San Martin había terminado de repente. Y mientras las cosas volvían a una realidad banal, se desvanecían equívocos e ilusiones, y caía entre ellos un silencio embarazoso. Giovanna no llegaba a demostrar tristeza, rabia, despecho; se preguntaba sólo qué clase de hombres eran estos que podían escarnecer la Tierra Prometida. ¿Eran realmente más fuertes que Bill, que Gómez, que Igor? No sabía nada de los rusos. Nunca le habían interesado a pesar de Dostoievski y Tolstoi. El único ruso que había conocido, era aquel

prisionero que el abuelo había llevado a casa después de la fuga de Richard; y le daba risa pensar que un tipo como aquél pudiera lanzar satélites al cielo, la muerte sobre Nueva York. Vladimir era gordo como un cura rural y estaba siempre silencioso en un rincón, con aquel aire de bestia herida, aquellas gafas de miope, aquellos muslos enormes que le obligaban a tener separadas las rodillas, aquella barriga oprimida por la chaqueta, de la cual saltaba a menudo algún botón. Podía estar callado días enteros, mientras los botones hacían ¡tac! en el silencio, y se sacudía su torpor sólo para decir, sin que viniera al caso: “Spasibo, spasibo!” o para decir: “Un momento” y sentarse ante su diccionario ruso, italiano y alemán. Sabía sólo un poco de alemán y así traducía del ruso al alemán y luego del alemán al italiano; al traducir sacaba la lengua, a la manera de los niños que hacen palotes y por último ofrecía el papel escrito como si ofreciera una flor; después lo echaba a la estufa, para que se quemara y no quedase rastro. Escribía: “Cada guerra pasar dejar rastro sangriento. Guerra yo odio.” Escribía: “Un día Vladimir reconstruir su país y hacer potente país espacio infinito.” A lo cual ella contestaba encogiéndose de hombros: “Pero ¿qué quieres reconstruir, gordinflón? ¿No ves que te caes?” Lo odiaba porque había tomado el puesto de Richard y dormía en la misma cama, en su cama. Lo odiaba porque Richard había muerto y él estaba vivo. Por tanta injusticia no se conmovía ni cuando él pedía el atlas geográfico, buscaba la página en que estaba Rusia, apoyaba el dedo sobre Siberia y murmuraba: “Mein Mutter”, mientras las lágrimas aparecían por debajo de las gafas y caían con leves rumores sobre Siberia. “¡Oh, santa criatura, han deportado a su madre a Siberia!”, exclamaba mamá para quien Siberia no era más que una inmensa cárcel. Pero ella se encogía de hombros, como diciendo que le tenía sin cuidado, y el día en ˆue Vladimir partió para intentar pasar las líneas que no podría pasar porque estaba demasiado gordo y no podía correr mucho, la chica ni siquiera había contestado a su “Spasibo, spasibo”. Richard se había ido sin un pedazo de pan, pensaba, y se sentía muy irritada al ver cómo su madre llenaba de comida la bolsa de Vladimir: un pollo asado, troceado cuidadosamente, un dulce hecho con sacarina, una botella de vino tinto, como si en vez de ir a morir se fuera a pasar un día de campo junto al rio.

—¿Qué piensas, Gió?

—Nada, Richard.

—¿No estás enojada porque no hemos ido al motel?

—No, Richard.

—¿No estás algo impresionada por lo que ha dicho Igor? —No, no.

—Igor exagera siempre. No comprendo por qué es tan pesimista.

¡En lugar de estar contento! ¡Ah! ¿No es algo extraordinario haber nacido en este momento de la humanidad?

El automóvil rojo se deslizaba a lo largo del Hudson y el perfil de los rascacielos era un bordado negro contra el rosa del cielo; también el aire era rosa a causa del crepúsculo precoz; pero Giovanna no se daba cuenta porque miraba el asfalto y pensaba con amargura en lo “extraordinario” que podía ser haber nacido en esta estación de la humanidad. Arrimados a una pared, dos negros con el cuello de la chaqueta levantado y el sombrero hundido hasta los ojos, se contemplaban con tristeza los zapatos. ¿Habrían leído también la gran noticia? Al pie de un semáforo, un guardia pálido levantaba de mala gana la porra y sus dedos eran delgados y pálidos, cerúleos. ¿Habría perdido también un día de sol? ¿Y Richard? ¿También Richard advertía la incertidumbre? No, flotaba, distraído, en su mundo habitual de sueños, de pueriles entusiasmos, y de poética inconsciencia. Giovanna, indulgente, le acarició la nuca.

—Realmente extraordinario, Richard —contestó, con una gran sonrisa.

—Verás, Gió, a dónde te llevo.

—¿Adónde me llevas?

—A casa de los rusos.

—¿Hay rusos en los Estados Unidos?

—Hay de todo en los Estados Unidos.

Atravesaron a gran velocidad dos o tres avenidas y en la Cincuenta y Cuatro Richard detuvo el coche, con estridor de frenos, ante una vidriera en la cual un rótulo anunciaba “Russian Tea Room”. Abrió la puerta con una inclinación y empujó a Giovanna al interior, donde un camarero con botas de cuero, pantalones hinchados y camisa rusa, se adelantó a su encuentro junto con una vieja con falda larga hasta los tobillos, blusa de lino y una diadema en la cabeza, como en las oleografías de la Rusia zarista.

—Sputnik, Richard Baline.

—Sputnik, Anastasia.

—Richard, ¿éstos son también americanos?

—Claro que son americanos. Pagan regularmente sus impuestos.

—Entonces, ¿por qué dicen sputnik en lugar de decir buenas noches?

—Porque están contentos. ¿No te gustan?

—No. No me gustan. Carecen de orgullo. Y, además, no hay motivo para estar contento.

—¡Déjalo, Gió! No te hagas la Casandra, como Igor.

—No me hago la Casandra. Digo sólo que me indignan.

Claro que escaparon de Rusia, hace años. ¿Cómo podrían no amar el país que les ofreció refugio?

—Su patria es Rusia.

—Su patria ya es América. Y si no es así, ¿qué país es éste que no se hace amar ni siquiera de aquellos a quienes ofrece asilo?

Pero Richard no la escuchaba. Se reía, bebía vodka, se reía, repitiendo con los demás la misteriosa palabra que a los oídos italianos de Giovanna sonaba como la palabra *sputo*[1]. "¡Sputnik!" Entre los otros había un hombre con bigotes de papel que a cada sorbo levantaba el vaso mirando a una imagen de la Virgen con el Niño y gritaba:

—¡Sputnik, María! ¡Sputnik, Jesús!

—¿No te parece emocionante, Gió?

—Sí, Richard. Muy emocionante.

—Entonces, ¿por qué pones mala cara, Gió?

—¡Qué va! Escucho.

En realidad, Giovanna pensaba: "¿Y si Igor tuviera razón? ¿Si los Estados Unidos fueran un espejismo? ¿Si Richard fuera equívoco? Entonces, ¿qué hago yo, adónde voy, en qué creo?" Y desesperadamente buscaba un consuelo a aquella duda súbita, y más desesperadamente aún se decía que no se había equivocado, que no tenía que dejarse llevar por el miedo que aumentaba y le paralizaba la garganta, el cerebro.

—¡Oye, Dick! —dijo el hombre de los bigotes de papel—, ¿Por qué no vamos a casa de Hultz? Da un sputnik-party, esta noche.

—¿Cómo no? Vamos, Gió.

—Richard, es imposible. Yo voy con pantalones y tú con ese pullover. Deberíamos por lo menos cambiamos.

—¿Qué importa eso? Hoy es una noche especial y nadie se fijará en nosotros. Además, ¿no te he dicho que me gustas más vestida como vas ahora?

—No seas ridículo, Richard.

—¡Ah, mi Funny Boy!

Richard arrastró a Giovanna hasta el coche, junto con el hombre de los bigotes de papel. En pocos minutos estuvieron ante la casa en Central Park, y luego en el último piso en donde Hultz, infaliblemente borracho, recibía a la gente con el vaso en la mano.

—Sputnik, Gió. Sputnik, Dick. Habéis hecho bien en venir esta noche.

—Sputnik, Hultz. ¿Sabes que Gió no quería venir?

—¡Sputnik, tonterías!

—Sputnik. Sputnik. Sputnik…

Diciendo sputnik se daban la mano y se abrazaban unos a otros. Diciendo sputnik comían ensalada de camarones y esturión hervido. Diciendo sputnik se pavoneaban en sus esmoquins, en sus trajes escotados. Y mientras decían sputnik no advertían a Richard y

Giovanna que avanzaban en pantalones y pullover, como si sus ojos se hubieran ya cegado por la gran llamarada. El sputnik era lo único que veían, el hilo conductor de todas las conversaciones, la obsesión general.

—Seamos sinceros: el sputnik es un triunfo americano. ¿No fue Robert Hutchings Goddard el padre de los cohetes?

—Me parece que se da por supuesto que sólo a través del marxismo se llega a conquistar los espacios. La estructura de la sociedad capitalista no permite una adecuada preparación científica...

—El hecho de que los rusos hayan sido los primeros en conseguir lanzar un satélite artificial, Madam, es el aspecto menos importante del acontecimiento. Lo que cuenta es el triunfo de la inteligencia humana sobre las fuerzas de la naturaleza...

—Te digo que esto es un segundo Pearl Harbour.

—Es verdad, si estalla la guerra...

—Es verdad, si estalla la bomba...

—Cuando estalla la guerra...

—Cuando estalla la bomba...

—La guerra... la bomba... la guerra...

Richard y Giovanna entraban en medio de aquellas conversaciones fragmentadas, en que unos se quitaban la palabra a los otros, y la frente de Giovanna se fruncía cada vez más y la sonrisa de él reflejaba cada vez menos alegría. Sí, pensaba Richard, la excusa para no llevarla a un motel la había encontrado, pero ¡a qué precio! Sí, pensaba Giovanna, el espíritu con qué esta gente acepta el chasco es deportivo; pero bastaba un pueblo de Vladimiros humildes y gordos para sembrar en cada uno de ellos un sombrío espanto. Sí, pensaban los dos, quizás Igor tuviera razón: tal vez el espacio de años que les quedaba por vivir era mucho más breve de lo que creían. Y en este miedo que lentamente se apoderaba también de ellos se buscaban con los ojos, los dedos, el silencio: patéticos y cómicos en su indumentaria equivocada, en su amor equivocado, en su esperanza equivocada. Pero ¿esperanza de qué?

No había esperanza en lo que decía el invitado de honor de Hultz y a quien Hultz habría financiado una novísima empresa.

—Sí, tengo la intención de preparar un disco con el título de *Si la bomba cae* y ponerlo en venta a noventa y nueve centavos para que hasta los más ignorantes sepan cómo defenderse. Si cae la bomba, diré, lo importante será el deseo de sobrevivir; es decir, poseer un shelter que es un banal refugio antiatómico y cuesta lo mismo que un visón o un Buick. El ciudadano que se compra un refugio antiatómico es un hombre sensible y sólido, que ama a la familia propia. Dentro del shelter habrá todo lo necesario: agua, comida, transistor. Allí podréis estar incluso dos semanas, junto con el consuelo de sentirse

vivo mientras los otros son una sombra estampada en la pared. Acordaos de Hiroshima. Sí, Madam, el señor Hultz y yo vamos a crear una industria de shelters, rinde más que el cine. Convenza a su marido, Madam; los tendremos de todos los precios y dimensiones, nuestro plan trienal prevé un refugio económico de dos mil dólares; en tiempo de paz se puede explotar para el cultivo de setas. El refugio elegante costará, en cambio, veinte mil dólares, pero mientras dure la paz podrá usarse como piscina...

—¿Tienes hambre, Gió?

—No, Richard. ¿Y tú?

—¿Ni siquiera un poco? ¿Qué comimos en el Russian Tea Room?

—Nada. Hemos bebido vodka.

—¡Oh, queridos, queridos! ¿También vosotros bebéis vodka? Yo digo siempre que la vodka contiene menos calorías que el whisky. ¡Ah, siempre astutos esos rusos! —gritaba la mujer de Hultz.

Richard le lanzó una mirada.

—¿Sabes, Gió? Preferiría no haber regresado a Nueva York.

—Paciencia. Ahora ya estamos aquí.

—¿Voy a buscarte un poco de whisky, Gió?

—Muy bien, gracias.

Lo vio alejarse hacia la mesa de las botellas. Se sentó, extenuada, entre la esposa de Hultz y el tipo que vendía los shelters.

—El problema, amigo mío, no consistirá en tener un shelter. El problema surgirá cuando haya que compartirlo con los extraños, que una vez están dentro se te beben el agua, se te comen las latas de conserva y te respiran todo el oxígeno.

—Pero, mi querida señora, ¡dentro del shelter hay que tener un fusil!

—Jovencito, yo soy católica. Nunca podría matar a otros hijos de Dios.

—Aquí la quería ver, mi querida señora. Antes de firmar el contrato con Hultz he telefoneado a mi confesor, un jesuita excelente, y le he consultado el problema. ¿Cómo debo comportarme con los extraños que quieran entrar en mi shelter cuando va a estallar la bomba? "Dispara, hijo, dispara". O nosotros o ellos, se entiende.

—Si es así...

Giovanna se levantó, llena de ira. ¿Era posible que todos fueran iguales allí dentro? ¿En dónde se había metido Richard? Quería irse: enseguida. Se dirigió hacia la puerta y fue entonces cuando oyó una voz que se levantaba dominando las demás, llena de dignidad.

—¡Basta, por favor! Me estáis cargando. La guerra no es un partido de baseball y la muerte no se esquiva con vuestro dinero. Si la guerra estallase, no sería el fin de los Estados Unidos sino el fin del mundo. No hemos de temer nada más que el miedo. Y quien tiene

miedo es un cobarde.

Conocía aquella voz. Era la voz de Bill. Lentamente, Giovanna volvió sobre sus pasos. Fue al encuentro de Bill.

—Hola, Bill.

—Hola, Gió. ¿Ya no estás enojada conmigo?

—Mucho menos.

—¿Y no tienes miedo de la bomba?

—Mucho menos.

—Y Dick, ¿qué dice?

—¡Ah, estás aquí, Bill! —dijo Richard, que llegaba con dos vasos de whisky.

—Sí, Dick. ¿No sabes que yo estoy en todas partes? Lo dice también Gió.

Richard se arrimó a Giovanna.

—¿Te gusta mi Funny Boy?

—Me gusta. No le interesa el visón —contestó Bill, tomando el vaso de Richard—. Y a pesar de esto, se quedará en los Estados Unidos de América.

—¡Gió! ¿Es verdad?

—Es verdad, Richard.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No estaba segura de que te gustase.

—Pero ¡si es espléndido, Gió!

—Bueno, por lo que veo, parece que todos estamos contentos —dijo Bill—. Podemos ir a las ventanas y ver los fuegos artificiales. Nuestro amigo Hultz sostiene que a esta hora el sputnik tiene que pasar sobre Nueva York. Oíd como grazna la dama dispuesta a disparar contra los hijos de Dios.

—¡Allá! ¡Allá! —gritaba la señora Hultz.

Y alargaba un dedo barnizado con laca hacia una estrella mientras todos miraban, obedientes, y exclamaban:

—¡Oh!

—No, querida. Falta todavía un minuto —replicaba Hultz.

—Tu reloj va mal, darling.

—Tu oculista va mal, darling.

—Es el mejor oculista de Nueva York. Setenta dólares la visita.

—Es el mejor reloj de Nueva York. Doscientos dólares sin la pulsera.

Giovanna y Richard se encontraron separados de Bill y luego oprimidos contra una ventana, mirando una taza azulada, punteada de estrellas.

—¿Ves algo, Gió?

—No, Richard.

—Tampoco yo, pero no me importa.

—A mí menos.
—¿De veras te quedarás en América, Gió?
—De veras.
—Es lo que esperaba, Gió.
—Richard, ¿te acuerdas de la noche del bombardeo, cuando estábamos mirando las bengalas por la ventana?
—Me acuerdo.
—Es un poco lo mismo, ¿verdad?
—Es un poco peor.
—Richard, no soporto la idea de que esta ciudad pueda ser destruida; o este país. Es un gran país. Y no obstante, creo que Igor tiene razón.
—También yo.
—Si nos queda poco tiempo, Richard, ¿por qué lo desperdiciamos así?
Richard se apretó contra ella y un tórax huesudo le acarició la espalda, su ingle le acariciaba los riñones. El veranillo de San Martín tenía de nuevo el olor de hierba tierna.
—Gió...
—¿Sí?
—Mira... Decía... Qué cosa extraordinaria e idiota... Han disparado una bola de hierro al cielo y a causa de esto nos encontramos casi enemigos, luego a causa de esto...
—Vámonos a casa, Richard. A tu casa.
—Sí, Gió.
Salieron sin saludar casi a nadie y aquella noche no hubo música, no hubo lágrimas. No hubo la luz azul de la Gordon’s Gin y no hubo whisky. Durante el tiempo que duró la Cosa, no hubo soledad en ninguno de los dos, ni miedo. Como cómplices que el error hace aún más cómplices, llegaron casi a amarse; estando tendidos, sobre las cejas les brillaba, como gotas de rocío, el sudor. Pero al amanecer, mientras Giovanna se amodorraba preguntándose inconscientemente qué podía haber de equivocado o de incompleto en la Cosa con Richard, llovía del techo el habitual rumor de pasos.
—Richard, ¿qué es eso?
Con la cabeza hundida en la almohada y el cigarrillo en los labios, Richard se sonrió como un convaleciente que ve próxima su curación.
—Es mammy, tesoro—Le dije que no volvería y evidentemente se ha dado cuenta de que estoy aquí. Una de estas noches cenaremos con ella. Tienes que conocerla. ¿Te va?
—Me va.
Los pasos se hicieron sordos.

CAPÍTULO XIII

—MALO —decía Martine, moviéndose de un lado a otro de la habitación—. Malísimo. No creía que la cosa llegara a este punto. Pero ¿cómo ha podido ser, Gió? Reencuentras un fantasma, te vas a la cama con él, te enamoras de él y ahora aceptas que te presente a su madre. ¿Sabes lo que representa que Richard Baline te presente a su madre? ¿Y sabes quién es Richard Baline?

Giovanna se encogió de hombros, tranquila.

—¿Qué quieres decir, Martine? ¿Qué es un americano sin dinero? Lo sé. ¿Qué es un neurasténico y un débil? Lo sé. ¿Que no sabría proteger ni a un gato? Lo sé. ¿Y qué? Le quiero.

—¡Christian Dior! —Los blancos brazos de Martine se alzaron hacia el cielo para invocar a los santos y a los arcángeles como testigos de su indignación—. Pero ¿cómo pueden tomarte en serio? ¿Dónde está tu inteligencia? ¿La tienes? ¿Existe? Dime: ¿existe de veras?

—Jane Austen decía que una mujer inteligente no debe demostrar nunca que lo es. Tal vez yo sigo los consejos de Jane Austen.

—No me fastidies con tus citas. Resultas igualmente tonta. ¡Óyela, Christian Dior! Una mujer como ella, que ha triunfado, que podría llegar a ser realmente alguien, se lía con Richard Baline. Y de Francesco, ¿qué haces?

—Francesco lo sabe todo, lo sabía todo antes que yo. Y en todo caso no eres quien para condenarme a causa de Francesco. ¿Acaso tú no lo plantaste? En cuanto a mi triunfo, escúchame bien, Martine: el éxito no justifica una vida. He necesitado veintiséis años para comprenderlo, pero ahora lo comprendo. La única manera de ser alguien, si naces mujer, es amar a un hombre. Soy una criatura normal. Deseo lo que desean las mujeres normales: un marido e hijos.

—¿Y los quieres de Richard Baline?

La voz de Martine se quebró en un tono histérico.

—Los quiero de Richard Baline.

—Bercita mía...

Pareció que Martine iba a decir algo, pero no lo dijo. Se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo.

—Bercita mía, hay a millones mejores que él.

—¿Y qué? También las hay a millones mejores que yo. En todo caso, no conozco a esos mejores que él, y no puedo consumir mi vida esperando conocerlos. Además, si tuviéramos que buscar la perfección en un hombre no amaríamos más que a los santos. Los santos están muertos y yo no me acuesto con el calendario.

—Chérie, la perfección no tiene nada que ver con esto. Y no tiene tampoco que ver que Richard Baline sea lo peor que puede ofrecerte América: un pequeño fotógrafo pegado a las faldas de mamá y… Dejémoslo. Lo que cuenta es el hecho que no te da nada, que no te dará nunca nada, que no te ama.

—¿Cómo lo sabes?

—Apuesto todas mis joyas a que ese esqueleto rojo no te ama.

—Eres mala, Martine. De todos modos, yo le quiero.

—¡Christian Dior! —y de nuevo los brazos de Martine se levantaron hacia el cielo—. El amor de una sola parte no basta, Gió. Tus fantasías son de masoquista. No se regala el alma a quien no está dispuesto a regalar la suya. Quien no hace regalos no aprecia los regalos. Tú buscas a Dios en la tierra y estás dispuesta a cualquier mentira con tal de inventarlo. Pero Dios no se inventa y tampoco el amor. El amor es un diálogo, no un monólogo.

—¿Qué sabes tú de esto, Martine? No has amado nunca a nadie, cambias de hombre como de medias. No te condeno, Martine; te aprecio. Pero te pregunto: ¿has probado alguna vez pertenecer a un hombre y aceptarlo con gratitud por el solo hecho de que existe y lo amas? ¿Te has dicho alguna vez que el amor es algo gratuito y no un intercambio de mercancías?

Martine iba a llevarse el cigarrillo a los labios. Lo tiró rápidamente y sus ojos brillaron con un relámpago feroz, sus manos se abrieron como si se dispusiera a liarse a bofetadas. Luego se puso de pie, volvió otra vez a andar de un lado para otro; su vestido de encajes se hinchaba con revuelos, se sentó de nuevo en la cama y volvió a hablar, pero con voz tristísima.

—Escúchame, Gió. ¿Qué crees que soy yo? ¿Una coleccionista de amantes y de joyas? ¡Pobre Gió! Si no estuvieras acostumbrada a catalogar a la gente según unos esquemas banales, comprenderías que también yo he tenido un Richard Baline. Y Dios sabe cómo lo amaba, porque también yo sentía la necesidad de inventar a Dios en la tierra, a costa de inventarlo en un hombrecito. Escúchame, Gió: ¿te imaginas a Martine planchando camisas y preparando la cena? ¿Te imaginas a Martine que quiere tener hijos del hombrecito para hacer otros tantos pequeños dioses? Y lo soportaba todo porque me decía que una mujer ha de serlo en humildad y devoción. Pero ¿quién es el imbécil que dijo estas palabras? Tenemos dos brazos y dos piernas y una nariz y un cerebro; como los hombres. Pero desde niñas oímos repetir que les debemos obediencia y respeto. ¿Por qué? Tenemos un vientre y unos deseos, como los hombres. Pero ellos pueden hacer cuanto les apetece desde que nacen y nosotras hasta los sesenta años oímos repetir que la virginidad es el tesoro más precioso que una mujer pueda ofrecer a un hombre. ¿Por qué?

Encendió otra vez su cigarrillo, dio una chupada rabiosa, y se tragó las lágrimas que le resbalaban hasta la boca.

—Perdí al hombrecillo. Y perdí también a mi pequeño dios. Era el día de Pascua y frente a la clínica había una iglesia cuyas campanas sonaban, sonaban, sonaban. Entró un hombre de tez bronceada, con las manos llenas de venas, y me dijo: “Soy el cirujano. Vamos, señora, un pequeño corte y en un mes está curada.” Yo tenía puesto un pijama rojo. Me bajé de la cama con el pijama rojo y el cirujano me llevó a una habitación en la que había tres hombres con la cara tapada con gasa. Me ataron a una mesa, por las muñecas y por los tobillos. Sobre mí había una lámpara, cegadora, cromada. Se acercó un hombre con la cara tapada y una jeringuilla en la mano. Tenía los ojos azules, recuerdo, y yo no veía más que sus ojos azules por encima de la jeringuilla y de la gasa, pero no me dijo nada. Me clavó la aguja en un brazo, sentí un sueño profundo y luego todo fue como morir. El cirujano trabajó dos horas y tres cuartos sobre mi vientre. Después me desperté con un gran dolor en el vientre, un gran vacío en el vientre, y las campanas sonaban porque era el día de Pascua. Entró el cirujano y me dijo que todo había ido muy bien: el corte era tan minúsculo que podría usar el bikini e incluso hacer el striptease si yo era stripteaser. Le contesté que no, que no era stripteaser. Después entró una enfermera. Era pequeña y gorda, llevaba un vaso en la mano. Dentro del vaso había alcohol y en el alcohol había algo como una nuez de carne que era mi hijo. Me pregunto: “¿Quiere verlo?” Contesté que no. Y ella me dijo que yo era tonta, que debía verlo, aunque sólo fuera por curiosidad. Se aproximó y me mostró el vaso en el que había una nuez de carne.

Martine cerró los ojos y tragó saliva.

—Era exactamente como una nuez, con un bajorrelieve en el centro. Tenía los ojos y la boca y las piernas y los brazos, los brazos sobre los ojos, las piernas contra la boca, y aquello era mi hijo. Era el día de Pascua y sonaban las campanas y yo pensaba que aquello era mi hijo y que ya nunca podría tener. Había gente que tenía un hijo, pero nacido, y decía un montón de cosas: mi hijo ha dicho la primera palabra, mi hijo ha echado el primer diente, mi hijo ha dado el primer paso, mi hijo va a la escuela, a mi hijo le sale la barba, mi hijo se ha enamorado, mi hijo se casa, mi hijo espera un hijo. Pero no hay que hacer caso. Y yo me sentía morir de desesperación. Pero no hay que hacer caso. No se muere de desesperación. Con la desesperación se come, se bebe, se duerme, y una mañana te levantas y te das cuenta de que la desesperación se ha disipado y de que la cicatriz ni siquiera se ve: puedes realmente llevar el bikini. Puedes, incluso, casarte con un hombre que no te dará pequeños dioses pero que puede darte otros hijos más preciosos y más cómodos: hijos que no crecen, que no caen

enfermos, que no van a la guerra, que no se convierten en hombres y mujeres para sufrir, que no mueren nunca. Mis queridas, adoradas joyas. No, gracias: este niño que tengo en el dedo me gusta mucho, no renuncio a él. Por lo que a mí respecta, ya he aportado mi contribución a la causa equivocada. Amar en el vacío es pecado mortal, chérie, y regalarse a alguien es delito. Quédate con tu Richard Baline, si quieres estar segura de esto. Pero si no quieres sucumbir antes de tiempo, no veas a su madre. Es demasiado amiga de...

Giovanna, que hasta aquel momento había escuchado conmovida, levantó de pronto la cabeza olvidada de toda conmoción.

—¿De quién es demasiado amiga, Martine?

—¡Al diablo! ¡Haz lo que te parezca! —gritó sollozando Martine.

Y se encerró en el cuarto de baño.

Con su desconocida sensatez y después de la pelea con Bill, Martine imaginaba muy bien el diálogo que en aquel momento estaba desarrollándose ante Richard y Florence, siempre lo mismo.

—Hallo, mammy. ¿Tienes algún compromiso para mañana por la noche?

—No, hijito. ¿Por qué?

—Me gustaría que nos viésemos durante la cena para presentarte a una amiga.

—Será un placer, hijito. Soy yo quien os invita.

—Mammy, esta vez serás amable, ¿verdad?

—Hijito, sabes muy bien qué haré todo lo que pueda para que se sienta a gusto. No, hijito, no me digas más. No quiero saber nada de ella, sólo conocerla y juzgarla sin prevenciones, sin prejuicios. Ya sabes, hijito, cuánto deseo ver— te feliz.

Después de esto, Florence se ponía a andar de un lado a otro y, en las horas que precedían a la batalla, aquellos pasos acompañaban las vacilaciones de Richard, como un mensaje cifrado que decía: “No temas, hijito. Estoy aquí y te protejo. No temas, hijito. Estoy aquí y no se te llevará.” Promesa nunca vana; desgarrada por el terror de que otra mujer pudiera llevárselo, Florence estudiaba cada vez un plan de guerra que inevitablemente terminaba con estas frases. “No me ha gustado, hijito. No es digna de ti. Te devoraría. Piénsalo bien.” Y Richard, siguiendo inevitablemente el consejo, fingía ignorar por qué aquellas cenas fracasaban; en el fondo, también él deseaba que fracasaran.

Pero no esta vez; Florence tenía conciencia de ello. Desde detrás de los visillos de su habitación, Florence había espiado todas las visitas de Giovanna: la había visto salir al amanecer de la primera mañana, la había visto salir al día siguiente al del sputnik. Y como si esto no bastara, demasiados elementos contribuían a redoblar su alarma: la fuga de Richard a San Francisco, el regreso inesperado, la

insistencia con que Richard ignoraba a Bill y a ella misma. Antes, nunca se había dado el caso de que Richard descolgara el teléfono o desairara a Bill. A pesar de que las miradas a través de los visillos le habían permitido ver a una rubia de aire vulgar, Florence intuía que Giovanna era muy temible y necesitaba prepararse con infinito cuidado para el encuentro. Fijada la cita con Richard, Florence telefoneó a Bill.

—Hola, Bill. ¿Está Richard contigo?

—No, Florence. Estoy trabajando. ¿Qué deseas?

—¡Oh! Perdóname, Bill. Estoy buscando a Richard desde hace por lo menos dos horas. Es para la cena de mañana por la noche. ¿Sabes?, va a presentarme una amiga. Gió Nosequé. ¿La conoces?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Me gustaría saber qué tipo es. Eso es todo, —Florence, cualquiera que sea el tipo de Gió, deberías abstenerte de armar una de tus acostumbradas maquinaciones. Ya es hora de que Dick se las arregle solo. Y yo no tengo ganas de meterme en tonterías.

—¡Bill! No te reconozco.

—No me conoces lo suficiente.

—¡Bill! Era sólo para no cometer algún gafe. Es de buena educación informarse sobre una persona que debes conocer—, saber sus gustos, sus ideas. Bill, querido, ¿podemos vernos mañana?

—No.

—¡Bill! Tienes voz de desolado. ¿Sufres, querido? ¿Por qué?

—Estoy muy bien, Florence. Pero me has interrumpido mientras trabajaba. Detesto que me interrumpan cuando escribo, lo sabes.

—¡Oh, Bill! Yo, al contrario, me siento muy mal. ¿Podemos vernos mañana? Te lo ruego. Es mi deber. Y también el tuyo. ¡Bill! Te interesa que yo sea amable con Richard y con la chica, ¿verdad?

—Bueno. A las cinco en el bar del Waldorf. Sé puntual.

Florence se preparó con el corazón agitado y a las cinco menos cuarto del día siguiente estaba ya sentada en el bar del Waldorf, para salir de alii a las siete con Bill, con el corazón más agitado aún y la mente ardiendo.

—Bill, caminemos un poco, por favor. Necesito tomar el aire.

—También yo. Me has dejado sin él.

—Bill, eres cruel.

—No más que tú.

—Yo no tengo opción.

—Yo menos que tú.

Era una tarde de viento. El sputnik estaba a punto de desintegrarse en los umbrales del infinito y la reina de Inglaterra visitaba Nueva York junto con su marido. Broadway era un pantano de papel, rojo, estrellas fugaces, páginas de listines telefónicos

sacrificados al cortejo de la reina, que iba a comer con el alcalde. La multitud se agolpaba gritando a lo largo de las vallas y los policías pegaban a quienquiera que intentara atravesar la calle; allá lejos se veía avanzar un sombrero de color naranja que era el sombrero de la reina, sofocada en un automóvil negro. Giovanna acababa de salir de la peluquería y se dirigía a la cita con Richard. Lanzó una mirada sin interés al sombrero de color naranja y trató de abrirse camino entre la multitud. De pronto se encontró dentro de una prensa de chaquetas y codos. Entonces intentó volver atrás, pero la prensa era un muro compacto. Intentó llegar a la valla y deslizarse junto a ella: la frenó, de pronto una estrangulación en el estómago. Delante de ella vio a Bill con una señora. Bill le daba la espalda y la señora también; no había, por tanto, peligro de que la vieran. Pero pensó que si la veían, no pasaría nada extraño. Recordó que la última vez que había visto a Bill se había comportado de un modo bastante cordial y la señora no era más que una espalda alta y recta, con una nuca de rizos negros. Sin embargo, la estrangulación del estómago se hizo más aguda: en la actitud de las dos había algo de familiar y de inexorable al mismo tiempo, que le inspiraba un deseo de fuga.

Se volvió para alejarse, pero la reina llegaba y nadie estaba dispuesto a ceder ni medio centímetro. Empujó con todo su cuerpo, pidió permiso en voz baja, recibió como respuesta un empujón que casi la echó contra Bill. Empujó aún, volvieron a rechazarla, en el choque estuvo a punto de caer y en sus esfuerzos por mantener el equilibrio golpeó ligeramente una pierna de la señora. Ligeramente, ligerísimamente. Pero de pronto un tacón le pisó el pie culpable y enseguida, rápida como un latigazo, la cabeza de los rizos negros se volvió, dos ojos castaños le perforaron el rostro y una voz metálica la heló.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

Giovanna no contestó. Enmudecida por una incertidumbre, aterrorizada a la idea de que Bill se volviera, rompió el círculo de chaquetas y codos y avanzó salvajemente, corrió a lo largo de los muros, atravesó las calles y se lanzó, despeinada y descompuesta, en brazos de un Richard más extraviado que de costumbre.

—¿Qué has hecho, Funny Boy?

—Nada... Temía llegar tarde.

—¿Y ese pie? ¿Quién ha sido?

Giovanna miró la media rota, la hinchazón lívida.

—No sé. Había una confusión enorme en Broadway. Tengo que comprarme un par de medias.

—No te preocupes por esto, mammy no es formalista. Y las mujeres no miran nunca las piernas de las otras mujeres. ¿Te dolerá si corremos un poquito?

—¡No, claro!

Pero le dolía; le dolía rabiosamente como aquella certidumbre. Y andaba apretando los dientes, sofocando improperios, que se convirtieron en blasfemias cuando se dio cuenta de cuál era el restaurante elegido por Florence: una especie de cubil con los manteles sucios, las botellas de vino colgadas del techo, el golfo de Nápoles estancado, que un pintor inexperto había reproducido en una pared, y por último una muchacha desaliñada que servía la pizza limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

—Bueno, no es muy elegante, pero estoy seguro de que mammy ha creído que te gustaría —dijo Richard, mortificado.

—Claro, Richard.

—Bueno... ¿Entramos?

—Claro, Richard, y

Entraron en una pestilencia de tomates y de anchoas, él cada vez más mortificado y ella cojeando. Cogidos de la mano se metieron entre las mesas con manteles de cuadritos negros y rojos. Llegaron a la mesa en que Florence les esperaba. Richard tosió.

—Mammy, aquí está Gió. Gió, aquí está mamá.

Giovanna tendió lentamente la mano y mientras los dos ojos castaños le perforaban la cara, murmuró, sin sorpresa:

—Buenas tardes, señora Baline.

* * *

Una vez, en el estudio del abuelo, Giovanna había asistido a la lucha entre un papagayo y un mono. El mono era joven y gracioso, el papagayo era viejo y muy hermoso. Uno y otro estaban enamorados del abuelo y por esto se odiaban con odio tan profundo que durante meses y meses habían vivido en el mismo rincón evitando cualquier aproximación. Pero un día, el abuelo, que quería ponerlos de acuerdo, puso el papagayo junto al mono, y empezó enseguida el combate. Los dos animales se miraron fijamente, luego el papagayo dio un picotazo en el ojo derecho del mono. El mono contestó con un mordisco en la cabeza del papagayo y. antes de que el abuelo hubiera podido intervenir, el mono y el loro fueron una sola cosa que rodaba por el suelo resuelta a destruirse. Fue un verdadero combate, una pelea entre hombres. El mono no dio un grito, el papagayo no soltó un chillido. Se destruían sin ruido, salvo el batir de aquellas alas y aquel jadeo un poco ronco, y así continuaron, obstinados, correctos, hasta que yacieron moribundos: el papagayo con una sola ala, casi sin ninguna de sus bellas plumas y el mono cubierto de anchas estrías de sangre, casi desollado.

Giovanna no recordaba cuál de los dos animales había muerto ni

si habían muerto los dos ni si ambos habían sobrevivido con sus mutilaciones. Pero recordaba muy bien el odio cortés con que se herían: el mismo odio que brillaba en las pupilas de Florence Baline y que subía también a las suyas cuando, por segunda vez y con calma, miraba aquellas mejillas enjutas, aquella nariz imperiosa, aquellos labios delgados y escandalosamente pintados de rojo, aquel rostro en el que todo era bello y, no obstante, desagradable, como un moscardón dorado, cuyos reflejos fascinan pero no bastan para hacemos olvidar que el moscardón dorado es un insecto.

—Espero que el local sea de su agrado, querida —dijo Florence levantando una mano cuidadísima y blanca.

Y por un momento el olor de gardenia de aquella mano dominó el olor de tomate y de anchoa.

—Su gusto es exquisito, señora —repuso Giovanna. —Gracias. Pero nosotras dos nos hemos visto ya, ¿no? —No, señora. Estoy segura.

—¡Qué extraño, qué raro!

—De veras, qué extraño, qué raro.

—Hace un momento usted cojeaba, querida. ¿Le ha pasado algo?

—Es mi manera de andar, señora.

Se sonrieron, ambas. Richard fingió que estudiaba la minuta.

—Comemos pizza, ¿eh? ¡Comemos pizza!

—Con mucho gusto —dijo Florence.

—Con mucho gusto —dijo Giovanna.

Ambas detestaban la pizza.

—Grande y bello país, Italia —dijo Florence— Yo adoro, sencillamente adoro su Roma. Tan pintoresca, tan soleada.

—Yo prefiero Nueva York —respondió Giovanna.

—Y los neoyorquinos —agregó Florence—. Pero se comprende. Los italianos son insoportables con las mujeres. *Por* la calle silban siempre a las mujeres. Que yo sepa, sólo los italianos silban a las mujeres por la calle.

—Los americanos silban mejor, señora. Después de la llegada de los soldados aliados, nuestras calles eran un concierto permanente. Tenían una manera muy divertida de llevarse dos dedos a la boca y silbar. He encontrado el mismo método aquí. Sólo Richard no silba. No silbaba ni siquiera cuando estaba escondido en nuestra casa, con Joseph.

—A propósito, querida. Muchas gracias por haber hospedado a mi hijo. Fueron ustedes muy amables. Espero que no les causara muchas molestias —dijo Florence con el tono con que se da las gracias al amo de casa que ha puesto sábanas y manta sobre un diván para que se quede a dormir un amigo que no ha encontrado lugar en el hotel.

—Por favor, señora. No nos causó ninguna molestia. Fue para

nosotros un verdadero placer tenerlo en casa —contestó Giovanna en el mismo tono.

Luego, las dos atacaron la pizza: en silencio, conscientes de que no podían desperdiciar palabras. El primer round había sido débil, las dos comprendían esto, pero el segundo sería violento; y la presa allí, callada, dispuesta a ser la presa del vencedor. Había que descansar un poco, tragar un par de bocados. Al tercer bocado afilaron el pico y las garras, y sonrieron. Desde aquel momento quedaba excluida toda piedad y permitida toda vileza.

—El año próximo volveré a Roma. Espero verla, querida Gió.

—Yo, en cambio, espero verla en Nueva York porque el año próximo, señora, estaré en Nueva York.

—Preferiría verla en Roma, le digo.

—En Nueva York, querrá decir.

—En Roma, he dicho.

—¡Mammy! —exclamó Richard, tontamente.

—Hijito, sin Gió me divertiría mucho menos. Si estuviera en Roma, Gió me acompañaría a visitar al papa. Quizás ella también lo desea mucho.

—La verdad es, señora, que no lo deseo. No me importa nada el papa, señora.

—¡Gió! —exclamó Richard, desconcertado.

Luego, el instinto olvidado del macho que siente el deber de proteger a la mujer, le ayudó.

—Gió piensa como yo, mammy. También en esto estamos de acuerdo.

—Pero, querido, yo creía que era católica.

—Sólo oficialmente, señora. Los católicos no gozan de mis simpatías.

—Yo, al contrario, lo soy realmente y sus palabras me ofenden —dijo Florence.

Y hundió el tenedor en la ensalada con la misma alegría feroz con que lo habría hundido en la cabeza de Giovanna.

Era un golpe traidor. Giovanna sintió como el tenedor le entraba en la cabeza y le pareció que por la nuca le caía una gota de sangre. No era sangre: era sudor.

—Mammy se ha dejado cautivar por Fulton Sheen —intervino Richard—. Papá no fue nunca capaz de hacerle abandonar la religión anglicana, pero Fulton Sheen, por la televisión, lo ha logrado en dos meses. Fulton Sheen es un hombre apuesto, mucho más apuesto y bello que papá.

—¡Te prohíbo, Richard! —chilló Florence, que se contuvo enseguida—. Richard está loco, querida. Le gusta bromear de las coas más serias. ¿También sus amigos italianos están tan locos cómo

Richard?

—Algunas veces, pero Richard es más divertido.

—¿Es usted la prometida de alguno de ellos?

—¡No, señora!

—¿Casada?

—No.

—¿Divorciada?

—En Italia no existe el divorcio, señora. Ni existen tampoco las divorciadas que viven a expensas de la pensión de los ex maridos. Entre tantos errores, ésta es una virtud encomiable, ¿no le parece?

—¿Ah, sí?

La voz de Florence era suave, muy suave.

—Yo me he divorciado dos veces, querida. La primera del padre de Richard, que murió casi enseguida, pobrecito. La segunda, de mi segundo marido, de la pensión del cual vivo. No me parece inmoral vivir de una herencia o de una pensión por divorcio, querida. ¿Me equivoco?

Esta vez le pareció a Giovanna que el picotazo lo había recibido en el ojo y que el ojo ya no veía a causa de la sangre que lo cubría. Instintivamente, se enjugó el ojo: no era sangre, era sudor. Ahora el sudor le pegaba la ropa al cuerpo, como si estuvieran en agosto, y se sentía soñolienta. Miró a Richard como para decirle que se daba por vencida, que aceptaba la derrota. De nuevo Richard le tendió una mano.

—Mammy, Gió no te juzga inmoral. Su opinión es la de una mujer que toma el matrimonio en serio.

—¿Pensáis casaros, queridos? —preguntó Florence.

—Es probable, mammy, si Gió me quiere.

—Naturalmente que quiero, señora —dijo Gió levantando la cabeza.

—¡Oh, queridos, queridos! Entonces tendré que haceros un regalo. ¿Qué os parecería un bellísimo shelter?

—La sola idea del shelter me trastorna, señora.

—¿Está usted contra las disposiciones del comité para la defensa civil? ¿No admite usted que los americanos deban defenderse? ¿Querría usted hacer morir a mi Richard?

—No querría hacer morir a nadie, señora. Querría sólo no pensar en la muerte, señora. Sobre todo querría no organizar mi vida en torno al sepulcro de un refugio antiatómico. Ya he visto la guerra, señora, cuando usted estaba muy tranquila en Nueva York. Y no tengo ningún deseo de volver a verla, señora, porque la guerra no es lo que usted cree. No es... ¿cómo había dicho Bill?, un partido de baseball. Pregúnteselo a su hijo, señora.

El zarpazo dio a Florence en pleno pecho y esta vez fue ella la que

se tocó, como si le hubieran arrancado las bellas plumas y llevara colgando un ala ya separada del cuerpo. Pero enseguida se apresuró a la defensa. Se llevó las bellas manos a las sienes y gimió:

—Queridos... ¡Oh, queridos, me ha venido una jaqueca tan fuerte! Pero acaso no es una jaqueca, es el corazón. Sepa que sufro del corazón. ¡Oh, qué dolor! Me sofoco, me sofoco. Pronto, mi medicina, un poco de agua. ¡Oh! ¿Dónde está mi medicina? Está en casa. ¡Dios mío! Está en casa. Pronto, llevadme a casa. Me encuentro mal. Estoy enfermaaaa...

Pagaron la cuenta rápidamente. Llamaron un taxi, la llevaron a casa. Richard estaba pálido; Giovanna, petrificada. En el taxi, Florence se había sentado entre ella y Richard, separándolos, y ahora, abandonada sobre el pecho de su hijo, respiraba con esfuerzo, con los párpados caídos. Para subir la escalera, fue necesario que la sostuvieran entre los dos.

—Creo que mammy me necesita —dijo Richard antes de abrir la puerta; y lo dijo en un tono que tenía algo de hostil—. ¿Te molestaría volverte sola a casa?

—¡Imagínate!

—Entonces, hasta la vista.

—¡Richard! No estás... no estás enojado conmigo, ¿verdad?

—Te he dicho hasta la vista.

—Óyeme, Richard...

—¿No ves que mammy está a punto de desmayarse?

—¡Muy bien, que se desmaye! —gritó Giovanna.

Luego, volviéndose hacia Florence:

—Adiós, señora Baline. No se desmaye, por favor.

—Adiós, querida. Que tenga usted buen viaje. Y déjeme su dirección en Roma —murmuró Florence.

Giovanna se detuvo a mirar a Richard que abría con dificultad la puerta al tiempo que sostenía el peso materno, y no vio los párpados de Florence Baline, que se abrían, triunfantes, sobre los ojos castaños.

CAPÍTULO XIV

EL DÍA siguiente era sábado y Richard no telefoneó, Giovanna hizo lo mismo; aun teniendo conciencia de haber sufrido una ofensa, se sentía confusamente culpable. Por la mañana del domingo, Martine fue a Washington para posar con un vestido de chiffon ante la estatua de Lincoln y sugirió a Giovanna que fuese con ella, pero Giovanna rechazó la invitación porque esperaba que Richard la llamara por teléfono. No había sucedido nunca que Richard dejara pasar dos días seguidos sin telefonearla y después de la catástrofe con Florence era realmente importante que se vieran. Richard no llamó.

No llamó ni a las once, ni al mediodía, ni a la una, ni a las dos, ni a las tres. Otra vez aquel teléfono callado, con aquellos números encerrados en aquellos agujeros cerrados volvía a ser algo maligno y vivo que le destrozaba la cabeza, y Giovanna pensaba que le imponía la tentación de levantar el auricular. Para no llamarlo, se puso a escuchar discos, a coser botones y finalmente a releer la idea del argumento, que progresaba como un niño paralítico, a mirar las fotografías que se habían hecho en Times Square, los cartoncitos en que la máquina había predicho su futuro, la muñeca con el nombre de Pobre Perla Lastimosa, que la miraba con sus ojos de vidrio y su perpetua sonrisa. Sonaban las campanas de la iglesia de enfrente, al anochecer, cuando Giovanna comenzó a sospechar que pudiera haber ocurrido algo. Levantó el auricular y marcó el número de Richard. No contestó nadie. Probó una segunda vez y una tercera. No contestó nadie. Salió y anduvo hacia la casa de Richard para ver si se filtraba alguna luz por las ventanas. Las ventanas estaban a oscuras. Volvió atrás, comió algo, se metió en la cama, marcó otra vez el número de Richard. No contestó nadie. Intentó calmarse encendiendo la radio y escuchando un concierto de Vivaldi. Después de unas pocas notas, la voz de un locutor tronó: “¿Habéis oído alguna vez hablar del cáncer? Hay que combatir el cáncer. No conseguiréis un deleite sincero de esta música bellísima si no contribuís a la lucha contra el cáncer. ¡Recordadlo! También vosotros podéis ser víctimas del cáncer.” Cambió de botón haciendo un corte de manga y se puso a escuchar otro concierto, esta vez de Beethoven. Después de unos minutos, callaron los violines y se oyó la voz del pelma habitual: “¿Habéis oído alguna vez hablar de la leucemia? Hay que combatir la leucemia. No conseguiréis un deleite sincero...” Apagó la radio con un gesto furioso. ¿Tendría razón Igor cuando decía que los americanos forman el pueblo más enfermo del mundo? Volvió a marcar el número de Richard. No contestó nadie. Probó otra vez y otra, hasta que aquellos

números en movimiento se convirtieron en una pesadilla. La noche envejeció como una amenaza; después tuvo un presentimiento, luego una certidumbre vaga todavía al iniciarse el alba, cuando, dejando de lado todo orgullo, dispuesta al perdón, y hasta deseosa de pedirlo, telefoneó otra vez a Richard. Sin conseguir respuesta.

Entonces telefoneó al estudio y allí una secretaria que tenía voz de ángel contestó pérfidamente que el señor Baline estaba ausente, que no sabía cuándo regresaría, que si lo hubiera sabido se habría guardado muy bien de decírselo porque no tenía autorización para decirlo, buenos días. Salió. Volvió a comprobar si los cristales de las ventanas de Richard estaban bajados. Estaban levantados. Subió. Llamó a la puerta esmaltada de verde, la housekeeper abrió para decirle que el señor no estaba, que evidentemente no había dormido aquella noche en casa porque la cama estaba intacta. Así volvió a casa y a otras veinticuatro horas de espera que fueron el inicio de una tortura cada vez más densa y cada vez más intolerable. Y a pesar de que la vida le reservaba una serie de torturas más graves, aquélla nunca la olvidaría, como no se olvida el primer diente que se cae, la primera noche en la cama de otra criatura, el primer estupor ante la muerte.

Los días, ahora que Richard había desaparecido de nuevo, se habían hecho inmóviles, pesados como el aire de agosto, cuando todo se esconde en un estridor de cigarras. Las horas se prolongaban como siglos de ocio que nada conseguía llenar y en ese vacío todo le parecía desviado de una realidad brutal. Andaba por la ciudad y descubría cacharros sucios, botellas rotas, una tétrica inmundicia. Se detenía ante los escaparates y se indignaba por el mal gusto de los muñecos de cera, de los carteles rojos que anunciaban los saldos. Subía en un ascensor y la sacudida del arranque le producía náuseas y la sacudida de la llegada le revolvía el estómago. Cuando las sacudidas se multiplicaban por las paradas que hacia el ascensor antes de llegar al piso adónde iba ella, miraba con odio al empleado del ascensor y luego seguía con desesperación las franjas de luz de cada piso, ansiosa de que acabara la tortura. Detestaba ahora los rascacielos, los taxis amarillos, los vasos de agua helada que te ponen delante en cuanto pides cualquier cosa para comer o beber, los enormes filetes sanguinolentos, los periódicos del domingo, que tienen centenares de páginas y pesan como un fardo, el metro en el que nunca hay un asiento libre, las groseras empleadas de los almacenes que te venden con el aire de hacerte un favor, los cines donde está prohibido fumar y estrujas el cigarrillo entre los dientes hasta que el cigarrillo se rompe y te encuentras el tabaco sobre la lengua. Detestaba ahora el rumor de las excavadoras y las explosiones de la dinamita, las escaleras antiincendios y las luces siempre encendidas, el derroche y el lugar

común. ¡El lugar común!

Una mañana quiso ir a ver de cerca la estatua de la Libertad. Así fue como tomó el ferryboat y, haciendo de nuevo, con turistas y parejas en luna de miel, el mágico viaje de la primera noche con Richard, llegó a una isla pequeña, en la cual se elevaba la giganta de hierro, vulgar sobre el pedestal de piedra. Junto con los turistas y las parejas en luna de miel subió la escalerilla del caracol que se desarrolla dentro del gran cuerpo vacío, se encontró dentro de la gran cabeza vacía y desde la aureola vacía miró sin descubrir nada más que el vacío: el vacío del cielo, y el vacío del mar, el vacío de su desilusión. Otra mañana tomó un taxi y fue a Coney Island, para conocer el paisaje fantástico que había acompañado la infancia de Richard. Descubrió sólo un camino gris, una playa gris, un mar gris, que ni siquiera olía a mar. En el parque de atracciones, puertas metálicas bajadas, tiovivos inmóviles, zoo sin animales, un viento helado que barría papeles y lanzaba arena a los ojos. Kiddieland, el paraíso de los niños, era una pista de cemento con caballos de cartón cubiertos con trapos, una gitana que contaba miserias: un maniaco sexual había violado allí a un niño y así la policía ordenó el cierre. Giovanna hizo una mueca y dijo al taxista que la llevara a su oficina, en donde, entre la curiosidad insaciable de Gómez y las miradas miopes de la secretaria, se abandonó a sus habituales preguntas. ¿Por qué esta vez Richard no había dejado dirección? ¿A quién pedirla? ¿A Bill? Imposible, está en connivencia con Florence. ¿A Florence? ¡Ni por soñación! Por su culpa, por su dureza de corazón, por sus celos, Richard la había plantado. Entonces, ¿a quién? A nadie.

La atormentaban estos pensamientos desde hacía casi seis días y de vez en cuando un odio sombrío le subía a la garganta y se extendía a Richard, a Bill y al mundo entero; luego se apaciguaba en un perdón, durante el cual formulaba para Richard las justificaciones más ingenuas y se acusaba a sí misma por su intolerancia, su agresividad, hasta que todo moría en una impotente abulia, en una resignada lucidez. ¿De qué servía conjeturar y lamentarse? La catástrofe había que darla por descontada desde el primer momento. ¿Acaso no le había advertido Martine? Incluso le había confiado su desgarrador secreto para ponerla en guardia. ¡Ah, sí por lo menos hubiera vuelto Martine!

Martine regresó al sexto día; alegre, olvidada ya de los sollozos que la obligaron a refugiarse en el cuarto de baño. Pero su presencia sirvió lo mismo que un par de gafas a un ciego.

—¡Viva, chérie! ¡Qué alivio volver a la ciudad! ¡Oh aquellas estatuas de muertos, aquellas cúpulas blancas, aquel Pentágono atroz! Washington me impone, lo odio. Una noche más con el fantasma de Lincoln y me muero. Y tú, ¿qué cosa agradable has hecho?

—He descansado.

—¿Descansado? Error gravísimo. En Nueva York no hay que estar nunca quieta. Nueva York es como un crucero: fascinante mientras estás en movimiento. Pero ay de ti el día en que bajas a tierra y te acuerdas de que hay tierra, o te pones a mirarla como un marinero desde el barco: te aburres, descubres lo peor. ¿Te fue bien el encuentro con la bruja?

—Desastrosamente.

—¡Ah!

—Richard ha desaparecido otra vez.

—¡Ah!

—La misma noche.

—¡Ah! ¿Y no das gracias al Señor?

—Callâtes, Martine.

—Mon petit chou, créeme: déjalo. No vale la pena.

La frase produjo una especie de disputa en la cual Giovanna dijo que ciertas palabras deben guardarse para sí o para las sirvientas preñadas por los cabos. Martine replicó que las sirvientas preñadas por los cabos eran más educadas que las escritoras, y Giovanna salió dando un portazo. Es increíble, lamentaba Giovanna, hasta qué punto la gente es sorda al dolor no físico. Si te duele el estómago o un pie, todos tratan de serte útiles y te muestran su respeto. Pero si te duele el alma, nadie te ayuda. Más bien se ríen, como si el dolor no físico fuera una cosa grotesca. Caminas y caminas y no sabes a quién pedir socorro; no te queda otro recurso que dirigirte a Dios. Pero ¿te parece decente dirigirte a Dios por un hombre que huye?

Docenas de veces, admitámoslo, había tenido esta intención banal: por ejemplo, cuando pasaba ante la catedral de San Patricio y se detenía encantada contemplando los cirios encendidos en una pirámide de luz trémula. Sentía la tentación de arrodillarse, de encender por veinticinco centavos la propia llamita; pero enseguida la idea de molestar con súplicas o contratos de fe al que los pintores reproducen sentado encima de una nube la llenaba de vergüenza y ridículo. Admitiendo que existiera y que se ocupara de las vidas de los demás, ¿cómo juzgaría aquella tentativa de soborno barato, aquella manera repentina de acordarse de él? Exactamente cómo se juzga a los parientes zafios que se informan de nuestra salud sólo cuando necesitan recomendaciones o dinero, concluía Giovanna. No, no había nada que hacer, ni con llamitas ni con oraciones. Estaba sola, sola, y con una Martine inservible, pensaba al volver a casa. Mira lo feliz que duerme. No tiene ni la menor idea de lo que sufro.

Martine, al contrario, lo sabía muy bien. Sabia hasta lo pueril que había sido revelarle el drama de una criatura lanzada a un cubo de basura entre ampollas vacías y vendas de gasa, porque cada uno siente

la tragedia propia, no las de los otros, y es inútil decir a uno que ha perdido una mano: “A fulano le faltan las dos”, te responden. “Pero yo sufro por mi mano, no por las suyas.” Sabía también qué pensamientos atormentaban a Giovanna aquella noche: cuando la punta encendida de su cigarrillo se movía en la oscuridad, después se apagaba despidiendo unas chispitas y entonces había que esperar la luz de otra cerilla que iluminaría dos ojos desvelados, dos mejillas hundidas. La atormentaban pensamientos de ira, de orgullo lastimado; y, además, el cansancio de quien se descubre estafado en sus sentimientos y la miseria de quien ha invertido su capital de afecto en una empresa destinada al fracaso. Aquel lejano día de Pascua, mientras sonaban las campanas y la enfermera le mostraba aquella nuez de carne dentro de un vaso, Martine había sentido lo mismo; pero con dolor mucho más grande. Y así vencía el deseo de levantarse, abrir la puerta y consolar a Giovanna, con el cinismo de quien ha perdido todas las ilusiones. Permanecía en el lecho, imaginando el cigarrillo encendido en la oscuridad, y cuando la luz del sol entraba por las ventanas, llamaba a su puerta y le llevaba solícitamente café, para que digiriera el whisky con que había alimentado su insomnio.

Aquella gripe sentimental duró doce días. Pero en el decimosegundo día Giovanna tuvo un colapso, vomitó todo el whisky que había engullido de un amanecer a otro amanecer; y Martine, invocando a Christian Dior, gritó que había que terminar la farsa y se lanzó sobre el teléfono.

—¿A quién llamas, Martine?

—Llamo a la bruja y le ordeno que me dé la dirección de ese deficiente mental.

—¡No hagas eso, Martine!

—Pues lo voy a hacer, tan seguro como que me llamo Martine!

—¡Te lo prohíbo!

—Hallo? ¿La señora Baline? Soy la ex amante de Bill, señora Baline, y quiero inmediatamente la dirección de su querido hijito.

—¡Martine! ¡Deja el teléfono, Martine! ¡Ah, *ésta* no te la perdono, Martine!

—¿Qué me dice, señora? ¡Oh! ¡Ah! ¡Uh! Seguro, señora. *Lo* comprendo, señora. Usted perdone, señora. Nada más, señora.

Dejó el auricular y levantó el rostro más desconcertado que Giovanna había visto en su vida. Lanzó un larguísimo silbido.

—¿Quién habría podido decirlo, Gió? La bruja se ha convertido en un cordero. Llora y te ruega que la perdones. Dice que ni siquiera ella sabe dónde está Richard, y el único que lo sabe se dejaría cortar la lengua antes que revelarlo. Dice que podrías probarlo tú. Tal vez tú lo conseguirías.

—¿Quién es, Martine?

La voz de Giovanna era ronca.

Martine agitó los brazos, desconsolada.

—¡Pequeña idiota! ¡Bill! ¿No?

* * *

El taxista que llevó a Giovanna a casa de Bill preguntó a la joven si iba a ver a un médico. Su cara descompuesta y el temblor de su mano tendida para darle un billete de a dólar delataban la fiebre. Giovanna no respondió. Pasó ante el portero como si no existiera. Recorrió el vestíbulo de alfombras y de espejos como si la persiguieran. Apretó dos o tres veces el botón del ascensor, aunque el botón estaba ya encendido. Subió al decimosexto piso con una lentitud que le pareció exasperante. Se sobresaltó al ruido del timbre y al de unos pasos tras la puerta. Luego la puerta se abrió; y, cubierto hasta los tobillos con una bata de seda y los pies en unas absurdas zapatillas doradas, apareció Bill.

—¡Cristo! ¿Qué quieres?

Bill tenía en la mano un vaso de whisky y sus ojos estaban inyectados en sangre; los cabellos le caían sobre la frente como un fleco sudado. Debía haber bebido copiosamente, porque las piernas apenas le sostenían; y se tambaleaba hacia adelante y hacia atrás, como una hoja de metal a la que han dado un empujón.

—Invítame a entrar.

—Te he preguntado qué quieres.

—Y yo te digo: invítame a entrar.

—Por favor, señora. Por favor.

Con una mano sobre el corazón y el cuerpo inclinado en una reverencia irónica, Bill retrocedió hasta la sala, donde, *de* pronto, se irguió en toda su elegante arrogancia.

—Te he invitado a entrar. Ahora dime qué quieres.

Sin apresurarse a contestar, Giovanna miró, en torno, la estancia, una pieza amplia, amueblada con lujo. En el centro, una gran alfombra china; en un rincón, una ménsula del siglo XVIII con un jarro de flores marchitas; por todas partes muebles raros con valiosos objetos. Desde las ventanas se veía un encaje de rascacielos iluminados. Por una puerta abierta se veía la alcoba con el cobertor de visón sobre el lecho y, encima de una mesa, una gran fotografía de Richard.

—Quiero saber dónde está.

—¿Te lo ha sugerido Martine? Tan cargante de día como de noche.

—Me lo ha sugerido la mamá de Richard.

—¡Vaya otra!

—Creía que erais amigos.

—No te importa.

—También esto me importa. De manera que ¿dónde está? —Y aunque te lo dijera, ¿qué? No quiere ver a nadie: ni a ti, ni a mí, ni a Florence. Ha intentado suicidarse. Estaréis contentas las dos.

—¿Suicidarse?

—Sí, señora.

Bill apuró su vaso de whisky y se sirvió otra vez. Fue a buscar hielo. Volvió.

—Me parece veros a las dos, con las garras afiladas como bestias hambrientas. Y él en medio, como un muñeco en el tiro al blanco, preparado para ser entregado como trofeo a la bestia que haya dado más zarpazos. ¿Nooo? Ninguna de vosotras dos ha pensado que era un hombre con ojos y oídos, cerebro y corazón, y que lo veía todo, lo comprendía todo y sufría. ¿Nooo?

—No grites, Bill. Era ella quien me provocaba. Todo sucedió sin que yo lo quisiera. Estaba desesperada. Os había visto en el desfile y ella me había dado un puntapié.

—¡Lo sé, lo sé! También yo te vi. Y fui yo el que le dijo quién eres. Y permití con inmenso placer que se dispusiera a despedazarte. Por desgracia, te creía más débil. Os destrozasteis mutuamente.

—¿Tú? ¿Fuiste tú?

—Sí, señora. ¡Yo, yo, yo!

—¿Por qué?

Giovanna se dejó caer en el diván, y tenía los labios abiertos en un estupefacto dolor, todo el cuerpo le dolía de indignación y de sorpresa. ¿Por qué Bill le había hecho también esto? ¿Hasta qué punto su amistad con Richard justificaba semejante maldad? ¿Y de qué género era, pues, su amistad con Richard? ¿De cuál? No quería saber. No quería saber absolutamente nada. Levantó la cabeza.

—Hiciste mal, Bill. Yo no soy como Florence y esas mujeres americanas. Yo no quiero lo que quieren ellas. Y Richard era mío.

—¿Tuyo?

Con un golpe violento Bill puso el vaso sobre la ménsula y el jarro de las flores mustias se tambaleó junto a él. Luego se acercó a ella, las manos extendidas, los dedos separados, como si quisiera golpearla.

—¿Tuyo? ¿Y cómo lo has pagado, señorita Gió? ¿Con el capital de tu avara virginidad? ¿Y crees de veras que el precio de tu avara virginidad basta para equiparar el afecto de quien lo llevó nueve meses dentro de su cuerpo y lo puso en el mundo, o de quien ha estado tantos años junto a él, soportando sus cóleras, sus indecisiones, sus infidelidades? ¿Crees de veras que basta ir a la cama con un hombre para poseerlo? —Rió burlonamente con desprecio—. ¡Oh, ella no es como esas americanas! ¡Ella no! ¿Cuántas veces debes haber

repetido esta frase imbécil? Está muy de moda en Europa, ¿verdad? ¿Y qué crees que son las americanas? ¿Vampiros hembras que chupan la sangre de los machos? ¿En qué crees que son diferentes de ti? ¿En qué crees que son peores que tú? Pequeña hipócrita presuntuosa. Te has portado con Dick como el más desvergonzado de los hombres. Lo has seducido, lo has violentado, lo has embaucado, apuntaste a él como un cazador a una liebre. Te gustaba la perspectiva de vivir con un hombre tan débil, ¿verdad? Y dime, purísima mujer latina, ¿también te pusiste pantalones para atrapar mejor a la liebre? A Dick le gustan los pantalones, deberías saberlo.

Una bofetada seca se abatió sobre la mejilla de Bill, que se tambaleó y para no caerse se apoyó en la ménsula. Luego Gió se lanzó sobre él, con las pupilas dilatadas, la respiración entrecortada, ciega de furor como un jorobado que sabe que es jorobado pero mata a quien se lo diga.

—Repítelo.

—Te lo repito. A Dick le gustan los pantalones. Deberías saberlo.

—¡Maldito!

—¿O no lo sabías?

—¡Maldito!

—Adelante: dime que no lo sabias.

—¡Maldito!

No conseguía decir otra cosa. Le subían a los labios infinitas protestas y ofensas y acusaciones, pero no acertaba a decir otra cosa. Y con los puños golpeaba la espalda de Bill, la cabeza de Bill, la cara de Bill, que se reía apoyado en la ménsula y no parecía recibir aquellos golpes.

—Pequeña hipócrita. Dime que no lo sabías.

Pero si, lo sabía. En el fondo de su corazón y de su cerebro lo había sabido siempre, aunque sólo para rechazar la idea. Pero no soportaba, no aceptaba que fuera Bill quien la informase. La respuesta le salió como un grito.

—¡No quería saberlo! ¡No lo sabía!

—Mentirosa.

—¡No lo sabía!

—Idiota, entonces. Idiota, ¡maldita sea! ¿Cómo es eso? Eres adulta, vives en un mundo sin misterios. ¿Es verdad, entonces, que el amor puede cegar? Y Martine, esa loca, ¿por qué se ha callado? Se lo dije todo a Martine, todo. ¿Creía también ella que tú podrías ser la salvación de Dick? La salvación de Dick se ha convertido en un chiste. No hace más que buscar la salvación y luego vuelve a Florence o a mí, como un chiquillo arrepentido. ¡Idiota! Pero, ¿en dónde creías que pasaba las noches que no pasaba contigo? ¿De dónde creías que volvía con ojeras, con sueño? Y ¿con quién, eh? ¿Con quién?

Giovanna se dejó caer, sentada, con la cara impasible.

—Vamos, purísima mujer latina. ¿Por qué no lloras? Vosotras sois muy buenas para llorar, mejores que Dick. Vamos, llora. ¿O no lo consigues? No, no lo consigues*, las lágrimas te suben a la garganta y ahí se te hielan como los cubitos de hielo. Te suben a los ojos y ahí se secan; tus pestañas están secas como las hojas de un árbol sobre el cual no cae nunca la lluvia. No, no lo consigues. Apostaría cualquier cosa a que no sabes ni siquiera qué sabor tiene una lágrima. Dímelo, por Dios: ¿es dulce o salada?

Se inclinó sobre ella, la agarró por los hombros y la sacudió con furia.

—¿Es dulce o salada? ¿Eh? ¿Es dulce o saladaaaa?

Ella seguía callada, apretando los labios.

—No lo sabes, estéril. Pero quieres comprender, por lo menos, que Dick está enfermo, enfermo, enfermo. Trabaja para unos periódicos porque yo lo impongo y mi nombre es famoso. Trabaja porque yo lo quiero; de otro modo ni siquiera pondría un carrete en una Rolleiflex. Vive porque yo lo quiero; de otro modo hace ya tiempo que se habría tragado ese somnífero que le habéis hecho tragar. Y conoce los refinamientos porque yo se los he enseñado. Cuenta historias divertidas porque antes yo se las he contado. Aprecia los buenos trajes y los buenos vinos. Gasta dinero con prodigalidad porque se lo doy yo. Sí, señora. ¿De dónde crees que saca todo el dinero que derrocha contigo? ¿De la nómina de “Esquire”? ¿Quién crees que lo ha consolado en las crisis que le provocabais, en las incertidumbres en que le hacíais caer, en las pruebas de resistencia a que lo sometíais? Loco yo también por haberme hecho la ilusión de que lanzarte en sus brazos iba a servir para algo. Loco yo también por haberte regalado a él con la esperanza de hacerle un favor. Pero ¿por qué has venido a meter discordia entre nosotros? Las cosas iban muy bien antes de que llegaras tú con tu maldita arrogancia, tu maldita sonrisa y tus malditos ojos. ¡Loco yo, loca tú! Pero ¿quieres comprender que Dick no será nunca como los demás, aunque ponga en el mundo a veinticuatro mocosos? ¡Contesta!

Giovanna levantó una mirada implorante: por primera vez en su vida extendió las manos implorando piedad. Pero Bill continuaba, implacable como el telón de agua que a cada golpe cortaba la piedra, y no mostraba ninguna intención de hacerle el don de la piedad.

—¿Te basta, Gió? ¿O quieres probar de hacer de él un Mister Babbitt cualquiera? ¿No es un Mister Babbitt lo que siempre queréis las mujeres? Pero cuidado si haces de él un Mister Babbitt. Podrías darte cuenta, después, de que te gustaba porque era un duende sin sexo, un Peter Pan destinado a no crecer nunca. Adelante, ¿quieres correr el riesgo? Adelante, ¿quieres saber dónde está? Está en el

campo, con Igor.

—¿Con Igor?

—¡Con Igor, con Igor!

De manera dramática, Bill arrancó la sobrecubierta de un libro suyo, escribió en ella la dirección exacta, y la tendió a Giovanna como se tiende un testamento.

—¡Ah! No será fácil, porque Igor no consiente que nadie se acerque a él; defiende a sus pacientes como un dragón. Ya me echó a mí y te echará a ti; cortés cuando se trata de hospedar a un amigo, se convierte en una fiera cuando se trata de hospedar a un suicida. Pero a ti te gusta el papel de caballero sin miedo, ¿verdad? Corre, pues, y mete tu espada en las fauces del dragón. Tal vez lo venzas. ¿No me has derrotado ya a mí? Y así liberarías a tu bella princesa encadenada que por arte de magia se transformará en un Mister Babbitt cualquiera y te regalará muchos niños cualesquiera, destinados a morir bajo la bomba.

—No quiero a ningún Mister Babbitt.

—Embustera. No quieres ir y esto es todo. Eres como todas, y esto es todo. Ninguna mujer resiste a ciertas realidades, y esto es todo. Tampoco Martine ha resistido conmigo.

La sobrecubierta arrancada del libro había quedado sobre las rodillas de Giovanna. Lentamente Giovanna la dobló y la metió en el bolso.

—Iré, Bill. En cuanto a la cierta realidad de que hablas, tu amor por él me importa bastante menos de lo que tú puedes creer. Todo amor es licito cuando se trata de auténtico amor. Lo digo por ti, por mí y por Florence. Lo diría

también por Richard si fuera capaz de amar a alguien. Pero él no consigue más que ser amado. Y porque lo amamos no nos queda más remedio que aceptarlo como es. Y continuaré amándolo.

—¿He oído bien?

—Has oído bien.

—¿Has dicho que vas?

—He dicho que voy.

Bill dejó el vaso, sin responder ni palabra. Luego volvió a tomar el vaso y echó el whisky en el jarro de las flores marchitas. Después se pasó una mano por el pelo, y se sentó también en el diván.

—Mira, Gió. No— creía que lo amaras así. Quién sabe por qué amamos siempre a quien no lo merece; como si esto fuese la única manera de restablecer el equilibrio perdido en el mundo. Es la más antigua forma de masoquismo, la de amar a quien no sabe amar; es la

más estúpida. No obstante, tú le amas, yo lo amo, Florence lo ama y… ¡maldita sea! No me había equivocado contigo. Esto complica condenadamente las cosas.

—Lo sé.

—Ahora no sé si le quiero más a él o si te quiero más a ti.

—Yo tampoco.

—Comprendo a Dick cuando no sabía escoger entre tú y yo, y nos quería a los dos, y…

—También lo comprendo yo.

Bill se acercó más a ella. En el mismo momento sonó el teléfono. Levantó el auricular con un gesto de irritación.

—Hallo! Sí. ¿Qué quieres, Martine? Sí. Está aquí, pero ¿qué te importa si está aquí? ¿Cómo? ¡No! ¡Oh, Cristo! Sí, sí. Está bien.

Bill dejó el auricular.

—Has hecho un viaje inútil, Gió. Si hubieras tenido dos horas más de paciencia te habrías ahorrado la horrible revelación. O habrías podido recibirla más limpiamente de él. La princesa se ha liberado por sí misma de las fauces del dragón y Mister Babbitt, casi curado, ha telefoneado buscándote. ¡Pobre Mister Babbitt! Igor lo ha acompañado hasta casa y ahora te llama con el termómetro en la boca. Dice que Florence ha dejado la puerta entreabierta.

—Bien.

—¿Te vas ahora, Gió?

—Claro.

—Siento lo que ha pasado, Gió.

—También lo siento yo.

—Óyeme, Gió. Yo nunca te he odiado: al contrario. Algunos días lo he buscado a él porque quería buscarte a ti. Es ridículo, ¿no?, en un hombre de mi edad, que puede tener todos los Richard y todas las Martine que quiera. Y ahora no sé lo que daría para no ser viejo y para no ser lo que soy. No me ha gustado nunca ser lo que soy, pero ahora me gusta menos que nunca. Eres una mujer extraordinaria, Gió. Querría haberte encontrado antes, en lugar de Dick. Y, te lo juro, ninguna Florence ni ningún Richard me habrían separado de ti.

Giovanna se fue encorvada hacia la puerta y allí se irguió en un intento extremo de no sufrir aquella voz.

—No deberías decírmelo Bill, porque yo voy a buscar a Richard y me propongo quedarme con Richard.

—Claro. Por esto yo te…

—Richard me ha llamado y yo voy…

—Vete enseguida, pues. Si no, te abrazo. Suponiendo… que no te repugne.

Giovanna iba a abrir la puerta. Se detuvo.

—¿Por qué ibas a repugnarme, Bill?

—Porque soy la repugnancia en persona.

—No lo diría, no lo diría…

Giovanna se dispuso a abrir la puerta. Sin impedírselo, Bill se apoyó contra la pared, junto a la puerta.

—Tienes bellísimos ojos y bellísimos cabellos y bellísimo corazón. Toda tú eres bella, por dentro y por fuera.

—Gracias, Bill.

—Si no fuera tan importante para Dick, te diría: márchate enseguida de América, Gió, porque si te quedas…

—Adiós, Bill.

—Adiós, Gió.

Bill la miró fijamente durante un largo y silencioso instante, luego le pasó una mano, suave, por los cabellos, la nariz, los labios; y Giovanna creyó que iba a besarla, pero no la besó. Se le aproximó aún más casi hasta rozar su cara con los labios. Luego, de repente, se separó, levantó los brazos y se estrechó las manos por encima de la cabeza, como hacen los boxeadores antes de empezar el combate. Giovanna se sonrió, asintiendo tristemente, abrió la puerta, quedó un momento inmóvil, oprimiendo el pomo, se volvió hacia Bill, dejó el pomo y abrazó al hombre con desesperación. Bill cerró puerta.

Luego llegó enseguida el ascensor. Y Giovanna partió insoportablemente veloz.

CAPÍTULO XV

POR LA calle se dio cuenta de que empezaba a oscurecer y de que había estado en casa de Bill mucho más tiempo del que creía; no obstante, contestó con un gesto negativo al taxista que se había detenido. Tenía ganas de andar, de pensar, de tomar el aire fresco. Esta vez Richard no se le escaparía.

Se encaminó hacia la Encrucijada de los Mundos. Repetidamente se detuvo a mirar los escaparates adornados con cintas rojas, campanillas, bolas plateadas y algún Papá Noel con la gran barba blanca y el vientre hinchado con virutas. Durante su gripe sentimental había estallado en Nueva York la organización navideña. “Mira, Gió, las fiestas se preparan dos meses antes. Plantan un árbol inmenso en la misma garganta del Rockefeller Center, después lo encienden con millares de lámparas que parecen estrellas y la gente se embriaga bajo ellas fingiendo creer que son auténticas estrellas.” ¿Quién había dicho esto? ¿Bill? ¿Richard? ¡Bah! Fuera como fuera, había de estar contenta de pasar la Navidad en Nueva York. La pasaría con Richard, pensó observando encantada un joven de caderas femeninas que se contemplaba ante un espejo. Enojado, el joven la increpó con una vocecita aguda.

—Bueno, ¿qué mira usted?

—Nada.

—Con mi vida yo hago lo que me da la gana.

—Muy justo.

Giovanna continuó andando.

No tardaría en oscurecer y había transcurrido mucho tiempo desde que Richard había telefoneado a Martine y después Martine a Bill; pero esto no era una razón para tener prisa. Después de todo, el Village no estaba lejos. Podía también tomar un autobús, bajar en la Catorce, continuar hacia Cooper Union, meterse un poco en la Bowery. Nunca había visto la Bowery. Cuando le pedía a Richard que la acompañara allí, él le contestaba que era peligroso o que no valía la pena; o alegaba otra justificación. Tomó un autobús, bajó en la Catorce, fue hacia Cooper Union y luego entró en la Bowery, que le pareció una calle como todas las demás, pero un poco más sucia, con las casas un poco más bajas, y con vagabundos en las aceras vestidos con harapos. Miró sin excesivo interés aquellos cuerpos casi desprovistos de huesos, aquellos ojos vítreos y perdidos en quién sabe qué recuerdos, aquellas bocas babeantes de las cuales caían hilos de saliva. Uno, completamente borracho, estaba tendido en medio de la calle y los coches pasaban rozándole un pie o la cabeza. Otro se

tambaleaba, lanzando mugidos a su espalda y le tiraba de la manga para pedirle una limosna. En un rechinamiento de neumáticos se detuvo un automóvil de la policía.

—¿Se ha equivocado usted de calle, young lady?

—No gracias.

—¿Necesita ayuda?

—No, gracias.

—Sería mejor que no paseara usted por estos lugares, young lady.

—Sí, gracias.

—¿Quiere subir, young lady?

—No gracias.

El policía se fue. Ella reanudó su paseo, seguida del vagabundo que le tiraba de la manga y le reclamaba una limosna. Giovanna iba pensando que era extraño, que ahora todo estaba claro, todo resuelto. ¿Por qué, pues, no siento resignación, complacencia o dolor? ¿Por qué procedo con esta compostura de autómata?

—Un veinte, por favor.

Al final Bill no quería abrazarme. Pero ha sido agradable; más agradable que abrazar a Richard o a cualquier otro. En el futuro deberé intentar no verlo más. O verlo lo menos posible.

—Un veinte, por favor. Un veinte.

Por lo demás, también él ha comprendido. “Si no fuera tan importante para Dick, te diría: márchate enseguida de América, Gió, porque si te quedas...”

—Un veinte, por favor. Un veinte.

La obsesión era, pues, reciproca. “Algunos días lo he buscado a él porque quería buscarte a ti.”

—Un veinte, por favor. Un veinte.

¿Y no era reciproca la incertidumbre de ahora? “Ahora no sé si le quiero más a él o si te quiero más a ti.” Yo tampoco; tampoco Richard, Bill.

—Un veinte, por favor. Un veinte. Un veinte.

Ahora los vagabundos que le tiraban de la manga eran dos. Ahora tres. Ahora cuatro, cinco. Ahora era todo un racimo; muchos racimos; le parecía ser el hombre de la flauta mágica cuando la tocaba y las ratas le seguían. Pero no solamente la seguían. Los tenía a los lados, la precedían, la oprimían; apestosos, más repugnantes que las ratas. Y gritaban reclamando veinte centavos.

—¡Un veinte! ¿No lo sabe que ésta es la tarifa, muchacha?

¿Cómo no? En América había una tarifa hasta para dar limosna. Sonriente, buscó en el bolso y dio una moneda al más insistente, pero esto fue como una señal. Aumentó el número de mendigos, se multiplicaron, la rodearon hasta que Giovanna se vio en un mar de manos, de brazos, de harapos, de ojos vítreos, bocas babosas y un solo

pensamiento en la cabeza: “Vaya, también esto es América. Vaya, estoy dando limosna a los americanos.”

¿Limosna a los americanos? ¿Ella que pertenecía a un país afligido por milenarias limosnas, las últimas de las cuales habían sido los cigarrillos americanos, el chocolate americano, la libertad americana? La idea le pareció tan cómica, tan absurda, tan imprevisible, que de pronto se olvidó de Bill, de su compostura de autómata y torpemente agarró todo el dinero que tenía, en monedas de distintos valores, y billetes de dólar, de dos dólares, de cinco dólares, de diez dólares. Desmañadamente lo tiró todo sobre las ratas que gritaban, bendecían, maldecían, se golpeaban. Se rió al ver volar los dólares y al oír el tintineo de las monedas contra el suelo, al estallar su triste y mezquina venganza. Y sólo cuando el bolso quedó vacío dejó de reírse y se dirigió al Village.

Ahora no podría pagar ni siquiera el billete del autobús: tenía que recorrer a pie el trecho que la separaba de Richard. Pero cuanto más andaba menos prisa tenía. La idea de llegar llegó casi a fastidiarla. No pensaba ya ni en Bill ni en Richard. Pensaba en los pobres a quienes había arrojado su dinero, trágicos ya como una nación de topos con pálidos ojos que ven sólo en la oscuridad porque un rayo de luz los ciega, gráciles de miembros que no pueden sacarlos de la madriguera, para mirar el paisaje desolado de ciudades destruidas, disueltas, de rascacielos reducidos a un montón de piedras. El sonido de un claxon le parecía ya el mugido de las sirenas de alarma, el lamento desgarrador que anuncia un avión, dos aviones, veinte aviones que traen el grano de arena, mortal como un grano de polvo en el ojo de Dios. Aquellas casas duras, aquellos bloques de cemento geométrico, le parecían ya shelters que iban a cerrar las puertas al extraño que solicitara piedad. Seguro que había ya un fusil entre las latas de carne en conserva y la reserva de agua, el cañón apuntando al incauto que quería robar el oxígeno. Por tanto, ¿ésta era América? ¿La América derrotada de Igor?

Ya faltaban pocos metros para llegar a la casa de Richard. Bastaba atravesar la Quinta Avenida y recorrer un poco de acera. Pero no había razón para tener prisa alguna, podía aún detenerse en’ esta tienda, hojear aquel libro, leer aquella poesía de Langston Hughes “¿Qué pasa con un sueño recordado? ¿Se seca como un grano de uva al sol?” Con una misteriosa sonrisa dejó el libro, salió de la librería, atravesó la Quinta Avenida, recorrió aquel poco de acera, subió al primer piso y entró sin hacer ruido. La puerta pintada de verde estaba entreabierta y tras el biombo salía un silbido ridículo.

—¡Richard! —llamó.

Richard dormía, cubierto de lana, y de su boca salía aquel silbido ridículo.

—¡Richard!

Richard continuaba durmiendo. Evidentemente, el efecto del somnífero no había pasado. Debió tragarse una buena dosis. Giovanna se aproximó de puntillas al diván, se sentó, y esperó.

Encendió un cigarrillo y esperó.

Encendió otro cigarrillo y esperó.

Encendió un tercer cigarrillo y esperó.

Bueno, había esperado mucho; podía esperar una hora más. Bostezó. ¿No era capaz ni siquiera de esperar? En otro tiempo conseguía esperar y esperar cosas menos importantes: un tranvía que no llegaba, un amanecer que llegaría quién sabe cuándo, una judía que abre la tierra para sacar el brote a la luz. Se inquietó. Pasaba horas y horas con su padre, esperando que la judía abriera la tierra y levantara el brote, entre las lechugas y las tomateras cultivadas para no morir de hambre. Apretó los labios, conmovida. Era bello aquel tiempo. Todo era bello en aquel tiempo; incluso esperar que brotara una judía. Primero la tierra se hendía, como un huevo se rompe para liberar al polluelo, luego se separaba, se abría, y asomaba el brote como un polluelo de la cáscara, pero ya no era hierba sino una criatura. Sonrió. Realmente, no parecía una hierba, parecía una minúscula serpiente, y en lo alto tenía también la cabecita y en la cabecita ojos y boca. En un cierto momento la cabe— cita vibraba, desconcertada, como la de un niño que quiere andar pero no se sostiene de pie, y entonces el padre metía en el suelo una caña delgada, la cabecita se apoyaba cansada en la caña, se retorcía, empezaba a subir, hasta ser más alta que las lechugas y las tomateras, más alta que todo, hasta descubrir, desde la punta de su caña, los misterios del huerto, que estaba cercado con un muro, y al otro lado del muro ¿quién sabía lo que había?, había guerra, pero la cabecita no lo sabía y el padre decía: ¿ves?, valía la pena esperar, mira como tiembla, respira, quizá también las judías tienen un alma y nosotros las comemos, las pisoteamos, las arrancamos. En aquel entonces tenía doce años, no conocía a Richard y sabía esperar. Suspiró. ¡Dios mío, qué aburrimiento! Aguzó el oído a los posibles ruidos del piso superior, pero no oyó ningún rumor de pasos. No se oía rumor de pasos. Evidentemente Florence había renunciado a la lucha y estaría orando a monseñor Fulton Sheen. Olió el aire y enseguida hizo una mueca. Del dormitorio salía olor a medicina. Las medicinas de Mister Babbitt.

Lanzó una lenta ojeada por la habitación: sobre la mesa cubierta de fotografías y papeles, las butacas, los visillos corridos. Y de pronto se sintió sofocada. ¡Dios mío, qué pequeño se había hecho su mundo! Cuando tenía doce años la tierra era grande y desde la ventana de sus sentimientos podía observar un panorama sin límites. Ahora, en

cambio, su mundo era una habitación y desde la ventana de sus sentimientos no alcanzaba a ver más que a Richard, a Bill, a Florence y a sí misma: la trampa en que había caído. ¿Y había costado tanto trabajo llegar a esto?

Se levantó, resuelta. Se aproximó al biombo de corredera para llamar a Richard, explicarle, explicarse. Richard continuaba durmiendo y sobre sus rizadas cejas el sudor ya no parecía gotas de rocío; su cuerpo deshuesado recordaba el cuerpo del mendigo tendido en medio de la Bowery y daba lástima mirarlo. ¿Lástima?

Giovanna miró una vez más su cara de arcángel resfriado, luego el lecho sobre el cual se había convertido en mujer y mientras el habitual sollozo le subía del vientre a la garganta y allí se detenía, tuvo la tentación de sacudirlo, decirle que había venido-y que todo iba bien. Pero se aseguró de que Richard no la había visto ni oído, volvió cautelosamente hacia la puerta pintada de verde y ‘Cuando estuvo en el rellano la cerró a sus espaldas.

* * *

Fue entonces cuando Richard se despertó, y llamó lastimeramente:

—Gió... ¿Estás aquí, Gió?

Silencio.

—Gió! ¿Has venido, Gió?

Silencio.

—Mammy!... ¿Eres tú, mammy?

Silencio.

No obstante, le parecía haber oído, en el sueño, algún rumor, y ahora creía percibir incluso un perfume. Se levantó y fue a buscar el tubo de las cápsulas y después de unos momentos de titubeo se las tragó todas, con lo cual se ¿por qué? Mammy le había prometido abrirla. La abrió de nuevo. Se volvió a la cama. Se metió otra vez entre las sábanas. Se impuso no dormirse y esperarla. Se puso a esperarla. Bueno, bueno, con las sábanas hasta el cuello, las lágrimas le resbalaban por las mejillas, la memoria le hacía revivir el tormento de los últimos días, cuando mammy había encendido un cigarrillo, demostrando que se encontraba perfectamente, y él se había puesto furioso. Había estallado una escena terrible, la primera escena que él se había atrevido a hacer con mammy. Después se había ido a casa de Bill a contárselo todo. Bill se reía como si hubiera pasado la cosa más divertida del mundo. Se reía y decía “vamos a dormir”. Richard se había enojado de nuevo y había bajado precipitadamente las escaleras, sin usar el ascensor, se encontró ante el automóvil rojo y subió a él. No sabía a dónde ir. Las calles estaban desiertas, como si ya hubiera sonado la alarma, como si estuvieran a punto de llegar los

aviones con la bomba. Conducía, lloraba y pensaba que nunca había pedido ser amado por los otros de manera tan feroz. Lo amaban, sí, pero no comprendían que de la misma manera que amar a alguien te llena, ser amado te vacía, puesto que el que ama no hace más que nutrirse de ti, de lo que tienes, y día tras día te consume, te roba, hasta que quedas como una cáscara vacía de la cual han sorbido los secretos, la linfa, la vida.

Se sentía vacío mientras rodaba sin rumbo fijo por Nueva York. Luego tomó la carretera que bordea el Hudson y así había llegado a casa de Igor, que sin mostrar sorpresa ni molestia por la irrupción nocturna, tomó dos cápsulas de un tubo y se las dio al mismo tiempo que un vaso de agua, rogándole que se acostara. Se acostó en una habitación destinada a los pacientes de Igor, pero no conseguía cerrar los ojos; a medida que pasaban las horas le entraba un gran cansancio, una necesidad de acabar de una vez, de dormirse para siempre. Y así, con la cautela de un ladrón, se levantó y fue a buscar el tubo de las cápsulas y después de unos momentos de titubeo se las tragó todas, con lo cual se durmió, con un sueño más pesado que el plomo, más dulce que la miel, rápido, mientras sus oídos zumbaban, la habitación daba vueltas a su alrededor, la lengua se le ponía pegajosa, sus pensamientos se hacían confusos y todo se precipitaba en el vacío, en el silencio, en la nada.

Era bello morir: en la misma medida que era feo renacer. Renacer era un muro blanco delante de los ojos, un estupor doloroso, una náusea. Era el rostro de Igor sobre el suyo, era una voz que humillaba su furor impotente y decía: “Se la hemos hecho buena, ya despierta.” Era la desesperación de haber sido burlado, de no saber ya qué hacer porque ya lo había hecho todo. Era un deseo de hablar finalmente a aquel hombre que te escuchaba con la pipa en la boca, como un confesor. Durante días y días Richard había hablado, durante días y días Igor había escuchado, y le había dicho que la curación dependía de él, que consistía en llenar su vacío amando finalmente a alguien: a Giovanna, por ejemplo. Después Igor había telefoneado a Bill para decirle que acudiera a recoger su automóvil y nada más. Bill había ido a recoger el coche y nada más, y tampoco se habían visto, e Igor lo acompañó a la ciudad, a su casa. En casa, mammy lloraba jurando que no lo haría nunca más y él había llamado a Giovanna, decidido a. decirle lo que no había conseguido decirle en el Monocle, decidido a amarla, a desearla. Y ahora él estaba aquí, en esta cama: la esperaba, la deseaba, la amaba; y ella no venia. ¿Por qué no venía?

Tragándose una lágrima, Richard telefoneó de nuevo a Martine; Martine contestó que ya la había avisado. Telefoneó a Bill y Bill le dijo que Giovanna había ido a verle. Telefoneó a Florence: Florence juró que había dejado la puerta entornada. Volvió a esperar. Esperó

todavía una hora, dos horas, y tres horas y era ya de noche cuando comprendió que Giovanna se había ido y no volvería nunca más. Y mientras todo recobraba sustancia anterior, se tapó con el cubrecama y se durmió.

CAPÍTULO XVI

EL TELEGRAMA de Francesco era breve. Decía: "Por qué no escribes stop cómo estás stop qué haces stop afectuosamente Francesco.” Giovanna contestó: “Vuelvo a casa stop telegrafiaré número vuelo stop afectuosamente Gió.” Después telefoneó al aeropuerto para insistir en que le encontraran plaza en un avión antes de dos días. Por último fue a la oficina de Gómez y le anunció que no se quedaba en América. Gómez la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Qué te pasa, baby? Tienes talento, tienes valor. No podrás nunca aprovechar estas dotes en Italia.

—Lo siento, Gómez. Me voy.

—¡Razona, baby! El contrato está preparado, no falta más que firmarlo. ¿Quieres perder esta oportunidad?

—Lo siento, Gómez. Me voy.

—¿Te has cansado de Nueva York? ¿Quieres ir a Hollywood? Te envío a Hollywood. Allí hay sol, como en Roma. Tendrás un bungalow para ti, totalmente para ti, y la piscina, y el mar a dos pasos, y un montón de chicos guapos a tu alrededor.

—Lo siento, Gómez. Me voy.

—Vamos, baby. ¿Te ha pasado algo con Dick?

—En cierto sentido, sí.

—¿Qué ha pasado?

Giovanna encendió un cigarrillo y titubeó unos momentos antes de responder, pero luego respondió.

—No podíamos dormir en una cama de tres plazas.

—¡Gió!

—¿Te indigna, Gómez? Lo siento. Pero ésta es la desconcertante realidad.

—No me indigna. Me duele sólo. Y ya es mucho que lo hayas comprendido: son muchos los que duermen en una cama de tres plazas. Esto quiere decir que eres una mujer sana.

—No exactamente, Gómez. Yo no me voy por Richard. Me voy por Bill. Es a él a quien temo.

Gómez tragó saliva, desolado.

—Baby, no puedes juzgar a la distancia de un solo día. Estás trastornada, demasiado trastornada. En cuanto a ese... dramaturgo, te turba el hecho de haber conocido a un hombre más fuerte que tú. Los tipos como tú se lanzan siempre sobre los débiles y cuando encuentran a un hombre que es fuerte, pierden la cabeza. Reflexiona, Gió. Esto pasará. Espera, Gió. América es una escuela severa, lo sé, pero de las escuelas severas salen excelentes carreras. No se tiene el derecho de

interrumpir el año escolar si se ha tenido el privilegio de ser admitido.

—No quiero ninguna carrera, Gómez. Y la lección me basta. Este país no está hecho para mí.

—Tonterías. Los otros países se están convirtiendo en una mala copia de éste, comprendido el tuyo. Entonces, lo mismo da estar aquí. Te arrepentirás si no te quedas. Te digo más: volverás.

—No me arrepentiré y no volveré. Adiós, Gómez. Gracias por todo.

—Hasta la vista, Gió.

Se despidieron con ternura, olvidándose hasta de hablar del guión; luego Giovanna encargo a la secretaria que le mandara a casa sus papeles y se fue para ir a la Oficina de Emigración.

Había que pasar por una serie de pejigueras para salir de los Estados Unidos. Tantas como para entrar. Había que firmar muchos papeles, jurar no haber recibido estipendios, confesar pecados veniales y mortales. El empleado de la Oficina de Emigración era especialmente severo y la interrogaba como si hubiera robado la estatua de su Libertad. Con sorpresa, Giovanna se dio cuenta de que no sabía reaccionar ante él y cuando consiguió la autorización para salir se sintió como un culpable puesto en libertad por error. Muchas otras cosas habían de asombrarla en el resto del día. Por ejemplo, no se metía con arrogancia en la multitud: se aventuraba con temor y sufriendo empujones. No soportaba ya el estruendo del tráfico que en los primeros días le había parecido música de arpa y el aire en el cual durante los primeros días descubría perfume de jazmín apestaba hasta la náusea a gasolina y polvo. Ya no miraba con éxtasis a los rascacielos, los miraba con esa sensación de angustia que se siente en una prisión, con el presentimiento de que tenía que desplomarse. Sobre todo, no sabía ya conseguir un taxi. Cuando, por la tarde, logró meterse en uno, la fortuna le pareció tan inesperada que se encerró en casa y ya no salió hasta el momento de ir al aeropuerto: dos mañanas más tarde.

En el intervalo transcurrido entre una Martine desconcertada y un teléfono que cada vez que sonaba amenazaba darle la voz de Richard o de Bill, su metamorfosis no sufrió mutaciones ulteriores. Le disgustaba, evidentemente, dejar aquella maravillosa eficiencia, aquella comodidad no humana. Le disgustaba dejar el Village, un futuro tan lleno de aventuras. Pero al mismo tiempo encontraba en ello alivio, hasta el punto de hacer frente a Martine, que tan pronto se lamentaba como le hacía reproches, o le suplicaba que cambiara de idea.

—¡Christian Dior! Qué disgusto me das. ¿Por qué quieres darme este disgusto?

—Dejemos esto, Martine. Empezaba a fastidiarte: no se puede

tener siempre un invitado ante las narices. Más tarde o más temprano habría tenido que dejar esta casa.

—¡Christian Dior! Me moriré de aburrimiento.

—No te aburrirás. Tienes un trabajo. Nueva York está a tus pies.

—Chérie, tú sabes muy bien que no continuaré trabajando: ciertas locuras no son para mí. Oye, ¿por qué no nos vamos a hacer un viajecito a Florida, eh?

—Bromeas, Martine. Yo he de entregar el tema para un guión. No tengo intención alguna de que me despidan. Además, quiero regresar a casa. ¡A casa!

Y con gestos irritados metía los vestidos en las maletas, que no le bastaban. Ofreció a Martine su vestido dorado.

—¿Lo quieres, Martine? En casa no me sirve: es demasiado llamativo. Me costará un capital el exceso de equipaje si no me desprendo de las cosas más inútiles.

—¡Oh, gracias!

—¿Quieres esta muñeca? Se llama Pobre Perla Lastimera.

Ofreció a Martine la muñeca que le había regalado Richard.

—Esto no, Gió. Ésta debes guardarla.

—¿Por qué? ¿Es que me la ha recetado el médico? En casa yo no tengo juguetes.

—No es un juguete, Gió.

—Es un juguete y la fiesta terminó. Mira, no me cabe en la maleta.

—¿No cabe ni siquiera este pedacito de cartulina?

Martine tendía a Giovanna la fotografía hecha con Richard en Times Square.

—No cabe —contestó Giovanna, rompiendo la fotografía.

—Eres mezquina, masoquista y mala.

—Nada de eso. Soy práctica. Y me voy a casa. A casa. ¿Comprendes? ¡A casa!

Sólo con repetir aquellas dos breves palabras, “a casa”, se sentía un poco mejor. La casa era el refugio, la conciencia de sentirse segura en un lugar que conoces porque has nacido en él y es tuyo. Era la gente como ella, que hablaba como ella, que pensaba como ella. Eran los tejados y las callejuelas que había traicionado por los rascacielos y las avenidas. Era el hombre que había traicionado por una mujer. Era Francesco. ¿Francesco? Sí. ¿Por qué no?

—Florence ha telefoneado otra vez —insistió Martine.

—¿De veras?

—Querría verte.

—No.

—Querría por lo menos hablarte.

—No.

—Dice que Richard...

—¿Quieres alcanzarme esos zapatos, Martine?

—Gió, tu historia con Richard siempre me gustó poquísimo. Pero ahora me pregunto: ¿es humano y normal que todo pueda acabar en dos días?

—¿Quieres alcanzarme ese traje, Martine?

—No comprendo. El mismo Bill ha quedado estupefacto. Bill ha telefoneado esta mañana y querría...

—¿Quieres alcanzarme esos pantalones, Martine?'

Eran los pantalones que llevaba puestos el día del sputnik. Se quedó un momento temblorosa mirándolos. ¿Había sido, pues, un amor tan pequeño el suyo si podía ya comportarse con tanta frialdad? ¿O había sido más bien la alucinación de un amor inventado? Pero, a esta pregunta, lanzó, irritada, los pantalones en la maleta. ¡Alucinaciones! ¡Realidad! ¿Qué diferencia hay entre la alucinación y la realidad si en la alucinación ves y sufres lo mismo que ves y sufres en la realidad? Todos los hipócritas que han amado a alguien y han dejado de amarlo se defienden diciendo— que no se trataba de un amor verdadero: casi como si renegar de algo muerto fuera más digno que reconocer la propia derrota. Había amado a Richard y esto era todo. Y con él había amado a América. Había amado a América, y esto

era todo. Y con ella había amado a Bill. Luego, de pronto, había dejado de amarlo. De pronto, como cuando te desaparece la fiebre. Pero esto no quita que la fiebre haya existido de veras.

Cerró la maleta, trabajosamente.

¿De pronto? ¿Había dejado, realmente, de amarlo de pronto? Peor aún: ¿había dejado realmente de amarlo, de amar a Richard? A esto no sabía encontrar respuesta.

* * *

Dejó Nueva York un amanecer helado, junto con Mar— tiñe. El taxi tomó velozmente la Quinta Avenida y en el momento que empleó para atravesar la calle de Richard, no tuvo ni siquiera tiempo de volverse para echar una última ojeada. Eran casi las seis: la hora en que, después de aquella primera noche, había dejado a Richard y el taxista se puso a bromear. “Una buena juerga, ¿eh, baby?” Se dio cuenta del lugar cuando el taxi hubo pasado ya la esquina y por un instante, un breve instante, tuvo la tentación de inventar una excusa, decir a Martine que había olvidado el pasaporte, el billete: volver atrás, como aquella mañana, volver a ver las ventanas y la entrada con los leones de piedra, como aquella mañana. Por un instante, un breve instante, deseó subir aquella escalera, abrir la puerta pintada de verde, abrazarlo en el sueño, confesarle que se había equivocado, que no

quería irse, porque no quería tener que lamentar toda la vida la propia cordura, no quería juzgar como los demás lo que es justo o injusto, moral o inmoral, no quería vivir sola. Y como un atolondrado que ha dejado caer en el mar la única moneda que le quedaba, se volvió, desesperada, a mirar el muro que huía, la acera que huía, las calles que huían. Tendió los dedos, desesperada, para rescatar una muñeca fea que había tirado, una fotografía que había desgarrado y, silenciosamente, mentalmente, gritó: “¡Richard! ¡Bill! ¡Qué estúpida soy, Richard! ¡Qué estúpida soy, Bill!” Luego se llevó un cigarrillo a los labios y con mano firme lo encendió.

—¿No te parece que este taxi va demasiado despacio, Martine? Llegaremos tarde al Idlewild.

Llegaron con media hora de anticipación. Pero sólo unos momentos antes de despedirse Martine le entregó un sobre en el cual se leía su nombre completo: “Giovanna”.

—Me la ha dado Bill. Me ha dicho que puedes rechazarla.

—Bueno.

—Ha dicho que le habría gustado acompañarte al aeropuerto, pero que temía molestarte.

—Bueno.

—Ha dicho otras cosas, pero no las recuerdo.

—Mejor.

Giovanna tomó la carta de Bill, besó a Martine, que sollozaba, salió a la pista con paso seguro y cuando el avión despegó, no se movió ni un músculo de su rostro endurecido; ni siquiera por distracción sus ojos se volvieron a mirar por última vez la Tierra Prometida, que se empequeñecía más y más y que ahora era como un grano de arena dispuesto a acoger el otro grano de arena. Ni se apresuró a leer lo que Bill le había escrito. Esperó a que el avión estuviera en línea de crucero, comió, fumó y cuando no tuvo otra cosa que hacer, rasgó el sobre y leyó la carta, que decía así:

“Detesto las cartas, Gió. Las considero un instrumento de comunicación para sordomudos. Ninguna carta podrá nunca bastar para disminuir tu amargura, para corregir la idea que te has hecho de América conociendo a dos tipos como Dick y como yo, para explicarte que la América que no has conocido es mejor; más banal y mejor, más aburrida y mejor, más obtusa y mejor: una América que cree en la lealtad, en la moralidad, en la libertad, hasta el punto de dejar obrar a su antojo a tipos como yo, como Dick y

como tú; una América que puede sobrevivir a la catástrofe en la inminencia de la cual nosotros, criaturas que no merecemos sobrevivir, nos hemos encontrado y nos hemos hecho la guerra. Te lo escribo después de saber que cerraste la puerta sobre Richard, sobre nosotros. Es de noche, el remordimiento me desvela y me repito

inútilmente que no puede bastar una carta para explicarte que no es necesario pensar en las puertas que hemos cerrado tras nosotros o que nos han dado con ella en las narices porque todas las veces que se cierra una puerta nos encontramos frente al dilema definitivo, o tú o yo, o la vida o la muerte, y en la elección entre una cosa u otra se agota nuestra libertad interior. Tú escoges, por ejemplo, vivir y te encaminas por la calle que te parece la más fácil porque es de dirección única y no tiene curvas, pero sabes muy bien que una avería en el motor o un imprevisto malestar puede lanzarte a un hoyo de inocua apariencia. Lo que tú quieres o querrías que fuese no depende de ti; ésta es la única certidumbre que me consuela cuando la mirada se posa en un espejo y el espejo me devuelve un fantasma con bigotes, arrugas de frustración, orgullo frustrado, vicio frustrado. Y no hay que hacer caso de quien nos dice que el destino nos lo fabricamos nosotros o que la Providencia nos protege; no te protege nadie ya a partir del momento en que naces y lloras porque has visto el sol. Estás sola, sola, y cuando te sientes herida es inútil que esperes auxilio de nadie, porque no hay padre o amante o hermano que pueda perder el tiempo contigo; se inclinan más o menos sobre ti, incluso te vendan y te dan algo para beber, pero enseguida irremediablemente continúan su marcha por la calle en la cual, a su vez, caerán heridos. Esta carta, por tanto, sólo puede servir para una cosa: para darte un consejo banal. Y ahora escúchame Gió. La guerra verdadera no es aquella en que luchas cuando dos potentes imbéciles han decidido lanzar una bomba. La verdadera guerra es aquella que se sostiene en el amor y en el odio no controlados, sobre todo cuando regresas. Tu regresas, Gió, con el cerebro y con el corazón destrozados en una herida gravísima; pero los demás lo ignoran porque en apariencia eres como antes. Déjales en esta ilusión. No digas que has cambiado, no cuentes la guerra que te ha hecho cambiar. La tribu en que vives no sabe qué hacer de los mártires y de los héroes. Van contra las reglas, perturban la conciencia de los simples, son los dementes en un mundo de sabios. Debes callarte o mentir si no quieres asustarlos. Y acuérdate de que estas palabras las escribe con pesar, con amor, el único hombre con quien habrías podido no callar y no mentir: Bill”

¿El único? Giovanna se encogió de hombros y se permitió una mueca. ¿A qué podía aludir Bill con estas últimas frases? ¿Querría quizás invitarla a callar o a mentir a Francesco? Francesco la comprendería mejor que él. ¿A qué pretendía aludir con la historieta del hoyo de inocua apariencia? ¿A Francesco? Francesco nunca le haría ningún daño. La vendaría, le daría de beber, reanudaría el camino con ella. Metió la carta en el bolso y se sumió en un sueño de agotamiento. Despertó seis horas más tarde, cuando una mano la

sacudió.

—¿Quiere usted ponerse el cinturón de seguridad, señorita?

—¿Cómo? ¡Oh, sí! ¿Por qué?

—Vamos a aterrizar, señorita.

—¿Cómo? ¿En dónde?

—En Roma, señorita. Ha dormido usted un buen sueño, señorita. Ni siquiera ha comido.

—¡Roma!

Es curioso eso de cerrar los ojos en una ciudad y abrirlos en otra. Te da la impresión de algo imposible, de que no existe el tiempo, de que el espacio no cuenta. El | avión descendía sobre Roma. Y qué pequeña se veía Roma, comparada con Nueva York... ¡Qué aplastada, amarilla y pobretona! El avión rozaba la pista, se posaba en la pista, se detenía con un ruido tremendo y, ¡Dios mío!, ¿cómo se lo diría a Francesco? Se arregló rápidamente el cabello, se pintó desordenadamente los labios, se roció con un poco de perfume para quitarse de encima el olor desagradable del sueño, con piernas inseguras bajó la escalerilla, tendió el pasaporte con manos inseguras, buscó a Francesco con mirada insegura y Francesco estaba allí, tras la barrera de la aduana: el habitual cuerpo vigoroso, la habitual cara tranquila, las habituales manos que sabían guiarla tan bien a través de la multitud.

—Bienvenida, Giovanna.

—Gracias, Francesco.

—Te has adelantado dos días.

—He terminado el trabajo un poco antes de lo previsto. —¿Te ha ido bien?

—¡Oh, no lo sé! Todavía tengo que escribirlo, ¿sabes? —Te ha gustado América, ¿eh?

—Sí, mucho.

—¿Qué se dice en América?

—Se espera la guerra.

—¡Qué va!

—En serio. Y aquí, ¿qué se dice?

—Nada. ¿Sobre qué?

—No sé... Sobre el sputnik, por ejemplo.

—Aquí se ciscan en el sputnik.

—Que Dios, si es que existe, te bendiga.

—¿Sabes, Giovanna? No has cambiado. Ni siquiera un poco.

Después, en un silencio embarazoso, lleno de miradas disimuladas, volvieron a pasar por la calle de dos meses antes, en sentido contrario, y no se sentía frío en Roma, sino un. dulce sabor a tierra. Aquí no se veían ardillas, ni alfombras de hojas, ni árboles amarillos, rojos, violeta, ni apocalipsis de agua, sino viñedos y perros

vagabundos y ruinas antiguas y un aire de pobreza. Pero éstas eran sus viñas y sus perros y sus ruinas, y esta pobreza le era muy familiar.

—¿En qué piensas, Giovanna?

—En muchas cosas, difíciles de explicar.

—¿Quieres decir que estás contenta de regresar a casa?

—Lo estoy, Francesco, lo estoy.

—¿Sabes?, creí que no regresarías.

—También yo lo creí. Ya hablaremos de esto, ¿eh?

—No, dejémoslo, Giovanna. Háblame más bien de Nueva York. ¿De veras hablan todos de la guerra?

—¡Oh, hazme mirar Roma!

No se advertía en Roma la Navidad. No se veían escaparates con copos de nieve ni bolas plateadas ni Papás Noel de barriga hinchada con virutas, sino cúpulas redondas como caricias y verde y dulzura de todo lo cual tenía hambre, ahora, con la misma violencia con la que, antes, había tenido hambre de rascacielos y de gris y de fuerza.

—La sirvienta viene mañana —dijo Francesco, al llevar las maletas a la casa—. Pero he hecho que me dieran las llaves, he abierto las ventanas para airear las habitaciones y he calentado el agua del baño. Tienes la cama preparada.

—¡Eres un tesoro, Francesco! Y aún dirán que los italianos no son animales domésticos.

Giovanna abrió enseguida el grifo del baño y, riendo, empujó a Francesco para que saliera del cuarto. Francesco se apoyó contra la puerta, en la parte exterior.

—Entonces, Giovanna, ¿vivirías en América?

—¡Nooo!

—¿Prefieres esto?

—¡Siií!

—¿Tenía yo razón?

—Bastante.

—Pero no has cambiado nada, de veras, ¿sabes? Tu corazón y tu cerebro son invulnerables, a fin de cuentas.

—¿Qué dices?

—Te pregunto si me has traído algún buen disco. De la Fitzgerald, por ejemplo.

—¿Fitzgerald? No... me fui muy deprisa ¿sabes?

En aquel momento Giovanna se estremeció en el agua caliente. ¡La Fitzgerald! ¿Por dónde empezaría a hablar? ¿Por el disco de la Fitzgerald? ¿Por la primera pelea con Bill? ¿Por Richard, por Bill, por Martine? Se secó apresuradamente, se puso una bata color lila comprada en el curso de su vacío vagabundeo por las tiendas. Se plantó ante Francesco, resuelta.

—Francesco, tengo que hablarte.

—¡Qué bella estás, con esa bata lila!

—Tengo que hablarte, Francesco.

—Será mejor que no lo hagas, Giovanna. Al fin y al cabo, ¿qué quieres decirme? ¿Qué te has enamorado del americano? Ya me lo escribiste, lo sé. ¿Qué me olvidaste? Era evidente, lo sé. He sufrido bastante por todo esto. No quiero volver a pensar en ello. Además, ¿sabes cuántas veces, en todo este tiempo, he creído que te olvidaba por una alemana o una sueca? Y ya ves, aquí me tienes. Y aquí te tengo. No tiene importancia lo que haya sido, Giovanna.

—Al contrario, la tiene.

—No me afecta, Giovanna. No había ninguna obligación, ningún pacto entre nosotros. Lo escribiste tú misma.

—Al contrario, te afecta.

Giovanna empujó a Francesco al estudio, se sentó frente a él y le pareció que era Richard aquella noche del Monocle, cuando intentaba decirle algo y no lo conseguía.

—Mira, Francesco, ante todo tienes que comprender. Y para comprenderme tienes que comprender antes aquel país, tan grande, tan igual, tan cruel...

Sonó el timbre del teléfono.

—Hola, Gió. Bienvenida, querida. Veo que me has ahorrado dos días de dieta. Eres muy considerada. ¿Va bien todo, Gió?

—Muy bien, comendatore.

—¿Me ha encontrado un buen tema?

—Así lo espero,— comendatore.

—¿Le ha fastidiado mucho Gómez?

—No, comendatore.

—Hasta mañana, querida. Estoy impaciente por verla.

—Hasta mañana, comendatore.

Giovanna se sentó otra vez frente a Francesco. Nerviosa, se pasaba las manos por la cara, como hacia Richard aquella noche.

—¿Qué te decía? ¡Ah, sí! Apenas llegué a Nueva York busqué a Martine. Ya conoces a Martine: cuando decide una cosa no hay manera de contrariarla. Martine, aquellos días...

Volvió a sonar el teléfono.

—Hola, Gió. Bienvenida, querida.

—Gracias.

—¡Ah, feliz tú, que has estado en América!

—Perdona, estoy muy ocupada.

Dejó el auricular, irritada. Volvió junto a Francesco.

—¿Qué decía? ¡Ah, sí! Mira, Francesco, tu carta era muy bella, muy noble y muy bella. La releí muchas veces y habría querido explicarte ya entonces... En fin, Francesco, tú no eres como esos hombres americanos, de manera que quiero ser franca y hablarte

claramente desde el primer momento…

—Oye, Giovanna, tengo hambre. ¿Por qué no vamos a cenar y hablamos mientras cenamos, si quieres?

—O.K. Vamos a cenar. Me visto.

La cena era buena. Giovanna comió con apetito y habló, habló; pero no dijo nada de lo que quería decir. Habló de Martine, de los zapatitos del perro de Martine, del trabajo de Martine. Habló de los rascacielos, de la oscuridad, del sputnik, de los shelters; incluso de Igor. Pero no dijo nada de lo que quería. En cuanto a Francesco le preguntó sobre Igor, el sputnik y los shelters, pero no dijo nada de lo que quería. En fin, hablaron de todo menos de Richard, de Richard y de Bill, de Richard y de Bill y de ella. En un momento determinado fue, para ella, como si los hubiera olvidado; y entonces sintió una alegría tan feroz, un alivio tan rebelde, que se agarró a Francesco y agarrada a Francesco salió del restaurante, y propuso ir a casa a tomar un whisky. Francesco subió. Bebieron juntos el whisky, sentados en el diván. La cara de Francesco estaba cerca de la suya, como aquella noche la cara de Richard. De su boca salía un agradable olor de tabaco, como aquella tarde con Bill. Giovanna lo abrazó. Francesco se quitó las gafas.

* * *

Sin las gafas, también su cara parecía desnuda. Tendido en la cama, sin fuerza, toda su piel, su misma respiración, parecían tan vulnerables que la cara de Richard, luego la de Bill volvieron a su memoria. Y en el mismo momento comprendió que no podía engañarlo. Richard y Bill no habían sido realmente olvidados, no podían ser olvidados, no los olvidaría nunca. Por esto tenía que hablar, se dijo, e inútilmente su mirada se posó en el bolso que contenía la carta con los consejos de Bill e inútilmente Francesco le suplicó que no dijera nada, sabia ya demasiado, no quería saber más. Ella encendió un cigarrillo, se acomodó mejor en la almohada y el relato fluyó de sus labios, completo, leal. Le contó cómo había sucedido y por qué había sucedido. Le confesó minuciosamente el odio amoroso que había sentido por Bill *y el que Bill había sentido por ella, aquel triple amor en cadena en el cual se habían metido los tres haciendo un nudo que no podía deshacerse más que con su fuga: Richard que la quería a ella y a Bill, Bill que la quería a ella y a Richard y, ella que al final quería a Richard y a Bill. Pero ahora, concluyó Giovanna, todo había terminado; porque sólo quería a un hombre que se llamaba Francesco.

Cuando concluyó, Francesco se encontraba en el fondo de la habitación, vestido. Sus brazos oscilaban, sin fuerza, y su cara ya no

parecía ni siquiera bronceada: estaba totalmente blanco, blando, y en sus pupilas brillaba el mismo desconcierto que Giovanna había visto tantas veces en las de Richard.

—Es una historia poco alegre, lo sé —dijo Giovanna, mirándolo con vaga suspicacia.

—¡¿Poco alegre?!

Lentamente Francesco se puso las gafas y recobró la mirada. Luego empezó a recoger sus cosas.

—¿Poco alegre? Es una historia sórdida, Giovanna. Y yo no la comprendo. ¿Por qué has querido hablar? ¿Por qué quieres siempre ser diferente de los demás, ignorar las leyes de los otros, las limitaciones de los otros? Si me hubieras dicho: “No amaba ni por asomo a ese Richard. Me gustaba, esto era todo, y así me acosté con él”. Habría sido algo duro, pero lo habría soportado. Pero eso, Giovanna. ¡Eso!

—¿Habrías preferido que te engañara?

—Sí, lo habría preterido. La vida es ya bastante dura sin la claridad, imagínate cómo va a ser con la claridad. ¡Ah!, ¡tú maldita obsesión de querer aclararlo todo a toda costa!

—Quería que entre nosotros dos todo fuera perfecto, Francesco.

—La perfección no existe, Giovanna. Y cuando existe es irritante.

—Pero yo te quiero, Francesco...

—Lástima. Antes yo te quería a ti y tú no me querías a mí. Ahora tú me quieres y yo no te quiero. ¿No nos encontramos nunca en el momento justo, auténtico, Giovanna? O demasiado pronto o demasiado tarde.

—Es lo que parece.

—Había esperado tanto que volvieras. Cuando llegó tu telegrama, fue como si recibiera una flor. Ahora preferiría que no hubieras regresado.

Se volvía cada vez más blando, más blanco.

—He vuelto para encontrar a un hombre y una casa. Y te he hablado como se habla a un hombre.

—Me has hablado como un hombre habla a un hombre, no como una mujer habla a un hombre. En cuanto a encontrar una casa, me temo que esta vez te hayas equivocado de dirección. Tu casa está allá.

—Mi casa está aquí.

—Estuvo.

—Está.

—Estuvo. ¿Por qué has vuelto, Giovanna?

—También por ti.

—Lo siento.

Hubo un largo silencio. Luego, el forro del abrigo crujió sobre la chaqueta.

—Entonces, me voy, Giovanna. Es tarde.

—Comprendo.

Se levantó, se puso la bata, lo acompañó hasta la puerta buscando un pretexto para entretenerlo. Pero no lo encontró.

—Trata de dormir, Giovanna.

—Claro.

—Te dejo el periódico.

—Gracias. Eres muy amable.

Y sonrió con amargura.

—Mira, hasta publica un artículo que me afecta, *Las dificultades emotivas de la mujer moderna*. Podría dar una conferencia en el Soroptimist Club.

Él la miró apenas y titubeó.

—¿Necesitas algo? Para cualquier cosa que necesites... —No necesito nada ni a nadie.

—Entonces, hasta la vista —concluyó Francesco cerrando la puerta.

Giovanna contestó hasta la vista y sabía que estaba diciendo adiós. Volverían a verse, naturalmente; quizás al día siguiente, quizás al otro, durante meses, durante años. Pero también la puerta entre ellos estaba cerrada. Tenía razón Bill. La tribu en que vives no sabe qué hacer de los mártires y de los héroes. Debes callarte o mentir si no quieres asustarlos. Abrió el bolso en busca de las cerillas y entonces vio de nuevo la carta del único hombre con el cual habría podido salvarse. La releyó apretando los labios: "...ninguna carta podrá bastar para disminuir tu amargura, para corregir la idea que te has hecho de América conociendo a dos tipos como Dick y como yo, para explicarte que la América que no has conocido es mejor... una América que puede sobrevivir a la gran catástrofe ante la cual nosotros, criaturas que no merecemos sobrevivir...*'

Pero ¿por qué, Dios santo, no merecemos? Ella estaba viva y muy viva y no tenía el menor deseo de reventar por un grano de arena o por un dolor. Con secos ademanes rompió la carta, volvió a meterse en la cama y se desperezó bajo las sábanas. ¿Le gustaría al comendatore el tema de Martine? Tal vez habría sido prudente esbozar un segundo guión; por ejemplo, la historia de una chica italiana que va a América y encuentra al hombre de quien se creía enamorada cuando era una niña. ¡Por Dios!, ésta era su historia. Una historia excelente, una historia para vender, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Podría hacer un libro, además de la película. Veamos. Para un libro se necesita más tiempo y, además, es más difícil. En cambio, para un filme lo despachaba en un mes, sin esfuerzo. ¿No estaba ya todo a punto? El detalle de la Gordon's Gin que se enciende y se apaga, por ejemplo, es muy explotable cinematográficamente. El personaje de

esta mujer que no sabe llorar no está nada mal para una actriz que conozca su oficio. El personaje de Richard es adecuado para alguno de esos jóvenes que frecuentan el Actor's Studio. El de Bill parece inventado para un Lancaster. Gómez estará contentísimo. Claro que habrá que modificar la intriga, si no, intervendría la censura. Tal vez en el lugar de Bill habría que poner a una mujer o inventar una especie de padre. ¿Y el final? Bueno, esto quizá será mejor cambiarlo. Al público no le gustan las historias tristes y además me parece oír al comendatore: "¿Qué diantre de historia es ésta? No es posible, estas cosas no suceden nunca. Además, querida, ¿no comprendes que así no se salva nadie? ¡Haga que se casen!" Bueno, hago que se casen. Ahora veamos: si me levanto a las siete y preparo un borrador de diez cuartillas para el medio día, luego lo llevo al comendatore y tal vez después de este tema me vuelvo a los Estados Unidos, voy a Hollywood, me busco un buen bungalow al borde del mar y gano un montón de dinero. "Aquí cuenta sólo el dinero, querida. El dinero es nuestro dios, nuestra fe, nuestra esperanza." Justo, muy justo. ¿Y cuánto dinero ganaré? ¿Diez, quince, veinte millones? Más aún si soy lista. Pero deberé venderme hasta el fondo de mi misma y a los que he amado como a mí misma, traicionar, mentir, confesar sin vergüenza, reconstruir como si a otra le hubiese sucedido este inevitable otoño... ¿Y a quién le importa esto? Lo hago. "Lo importante, baby, no es existir sino hacer saber a los demás que se existe." Y luego me veo con esos idiotas que me critican porque soy una mujer. Yo soy más valerosa que un hombre y las Penélopes ya no se usan. Yo hago la guerra y sigo una ley de los hombres: o yo o tú. O yo o

Apagó la luz y el habitual sollozo le subió del fondo del vientre y se detuvo, como siempre, en la garganta. Vamos, purísima mujer latina, ¿por qué no lloras? Vosotras sois muy buenas para llorar; mejores que Dick. ¿O quizá no lo consigues? Tus pestañas están secas como las hojas de un árbol sobre el cual nunca ha llovido. Apostaría cualquier cosa a que ni siquiera sabes el sabor que tiene una lágrima. Dime, ¿es dulce o salada? Se tragó el sollozo, resuelta a no llorar. No lo sabía, no quería saberlo. No tenía tiempo para compadecerse a sí misma o para consideraciones ya inútiles. No era ella quien había elegido el vestido de hombre... No era ella, pero se lo ponía y no habría podido cambiarlo porque no se puede ir contra lo que decide el Jugador Invisible sin preguntarte si estás o no de acuerdo con él. ¡Vamos, Gió, cuántas historias! Ni siquiera el feto puede, decir lo suyo cuando está en el vientre materno. Quizá le gustarían las piernas largas y le salen cortas, los ojos azules y le salen negros. Y lo peor es que ni siquiera te piden permiso para echarte al mundo. Te echan en él y basta. Si, además, no pretendieran que les estés agradecida porque "la vida es un don de Dios"... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué no

existes?

¡Vaya! Llegaba la lágrima. Y sabía a sal.

notes

Notas a pie de página

[1] Esputo.